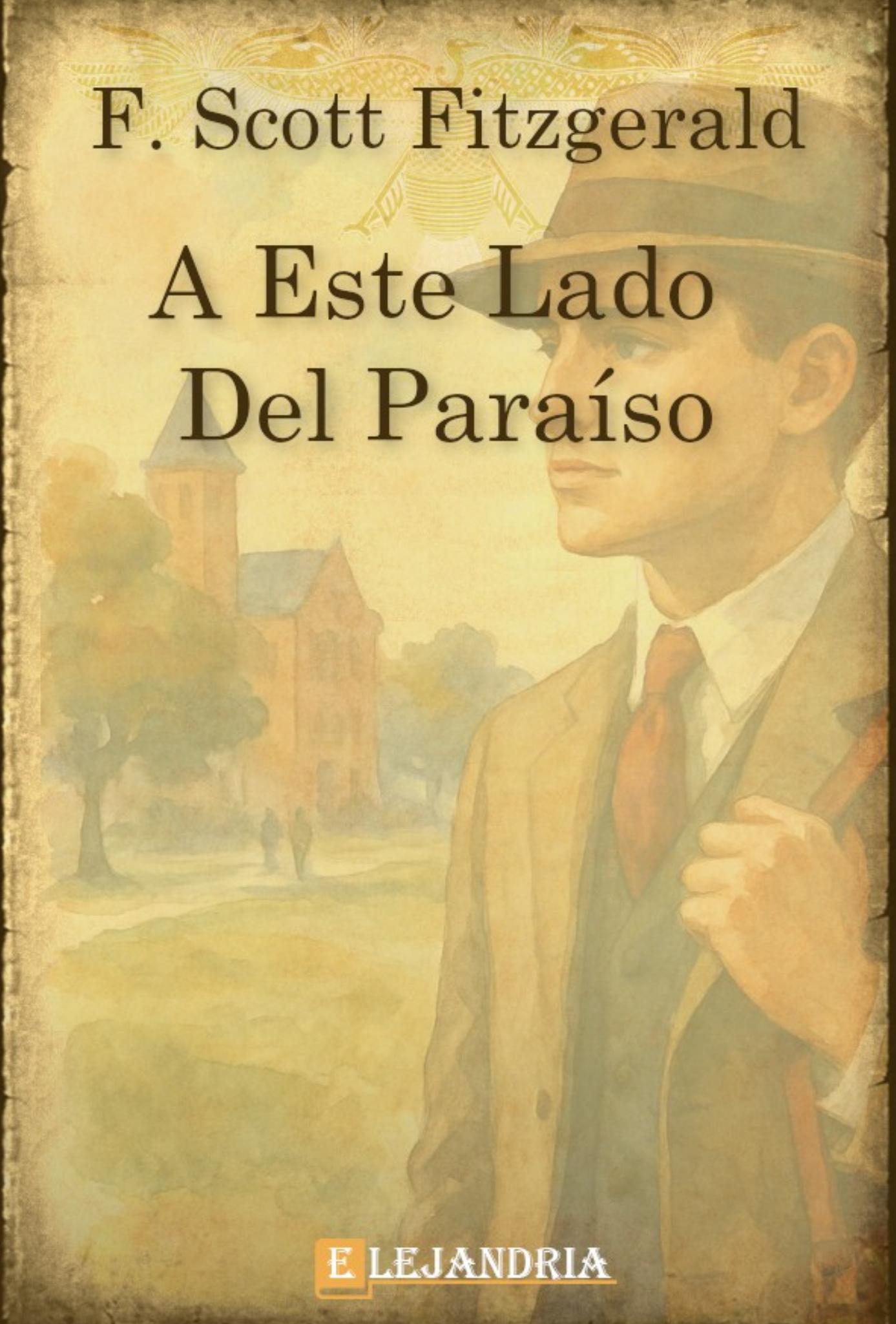


F. Scott Fitzgerald

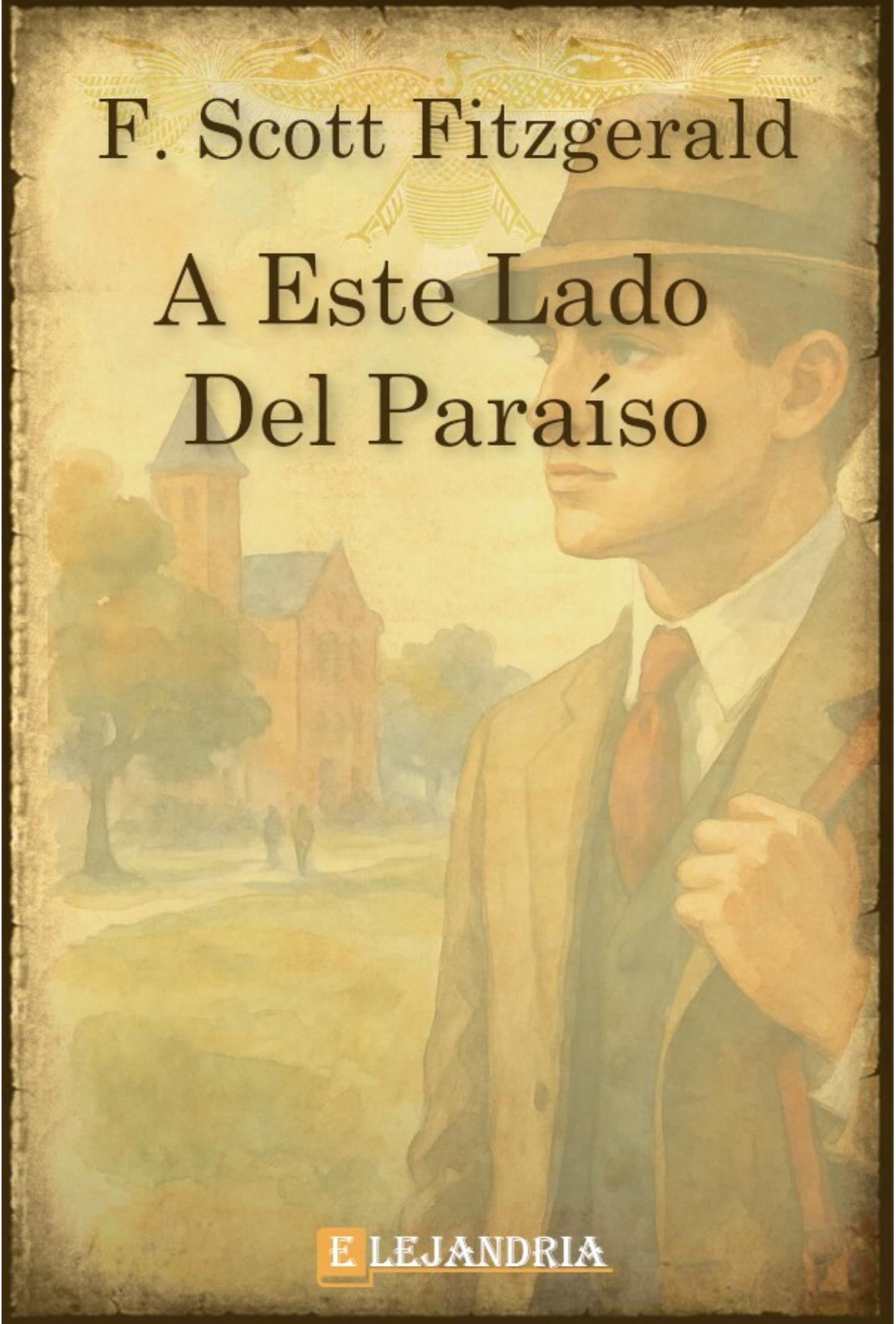
A Este Lado
Del Paraíso

A painting of a man in a dark suit and hat, looking out over a landscape. In the background, there's a large building with a tower and some trees. The overall mood is contemplative.

ELEJANDRIA

F. Scott Fitzgerald

A Este Lado
Del Paraíso



ELEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

A ESTE LADO DEL PARAÍSO

F. SCOTT FITZGERALD

PUBLICADO: 1920

FUENTE: PROJECT GUTENBERG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO PRIMERO: EL EGOÍSTA ROMÁNTICO

CAPÍTULO 1. AMORY, HIJO DE BEATRICE

Amory Blaine heredó de su madre todos los rasgos, salvo esos pocos ex-traviados e inexpresables, que le hacían valioso. Su padre, un hombre inefi-caz e inarticulado con gusto por Byron y la costumbre de adormilarse sobre la Enciclopedia Británica, se hizo rico a los treinta años gracias a la muerte de sus dos hermanos mayores, exitosos corredores de bolsa de Chicago, y en el primer arrebato de sentir que el mundo era suyo, fue a Bar Harbor y conoció a Beatrice O'Hara. En consecuencia, Stephen Blaine legó a la pos-terioridad su estatura de poco menos de un metro ochenta y su tendencia a vacilar en los momentos cruciales; estas dos abstracciones aparecieron en su hijo Amory. Durante muchos años, permaneció en un segundo plano en la vida de su familia, una figura poco asertiva con un rostro medio borrado por un cabello lacio y sedoso, continuamente ocupado en «cuidar» de su es-posa, continuamente acosado por la idea de que no la entendía ni podía entenderla.

¡Pero Beatrice Blaine! ¡Aquella sí que era una mujer! Las primeras fo-tografías tomadas en la finca de su padre en Lake Geneva, Wisconsin, o en

Roma en el Convento del Sagrado Corazón —una extravagancia educativa que en su juventud solo estaba al alcance de las hijas de los excepcionalmente ricos— mostraban la exquisita delicadeza de sus rasgos, el arte consumado y la sencillez de su atuendo. Tuvo una educación brillante —su juventud transcurrió en una gloria renacentista—, estaba versada en los últimos cotilleos de las viejas familias romanas; conocida por su nombre como una joven estadounidense fabulosamente rica por el cardenal Vitori y la reina Margarita y por celebridades más sutiles de las que había que tener cierta cultura incluso para haber oído hablar. En Inglaterra aprendió a preferir el whisky con soda al vino, y su charla trivial se amplió en dos sentidos durante un invierno en Viena. En conjunto, Beatrice O'Hara absorbió el tipo de educación que será del todo imposible volver a recibir; una tutela medida por el número de cosas y personas de las que se podía ser despectivo y encantador; una cultura rica en todas las artes y tradiciones, pero yerma de toda idea, en los últimos días de aquella época en que el gran jardinería podaba las rosas inferiores para producir un único capullo perfecto.

En sus momentos menos importantes regresó a América, conoció a Stephen Blaine y se casó con él; esto, casi por completo, porque estaba un poco cansada, un poco triste. Su único hijo fue gestado a lo largo de una temporada tediosa y traído al mundo en un día de primavera del noventa y seis.

Cuando Amory tenía cinco años, ya era para ella un compañero delicioso. Era un niño de pelo cobrizo, con unos ojos grandes y hermosos que con el tiempo le quedarían bien, una mente imaginativa y despierta y un gusto por los disfraces. Desde los cuatro hasta los diez años, recorrió el país con su madre en el vagón privado de su padre, desde Coronado, donde su madre se aburrió tanto que sufrió una crisis nerviosa en un hotel de moda, hasta Ciudad de México, donde contrajo una tisi-leve, casi epidémica. Este mal le agració, y más tarde lo utilizó como parte intrínseca de su atmósfera, especialmente después de varios reconstituyentes asombrosos.

Así, mientras otros niños ricos más o menos afortunados desafiaban a sus institutrices en la playa de Newport, o eran azotados, instruidos o les leían «Do and Dare» o «Frank on the Mississippi», Amory mordía a botones complacientes en el Waldorf, superaba una natural repugnancia por la música de cámara y las sinfonías, y recibía de su madre una educación altamente especializada.

—Amory.

—Sí, Beatrice. (Un nombre tan curioso para su madre; ella lo fomentaba).

—Querido, ni pienses en levantarte todavía. Siempre he sospechado que madrugar en la juventud lo pone a uno nervioso. Clothilde hará que te suban el desayuno.

—De acuerdo.

—Hoy me siento muy vieja, Amory —suspiraba ella, con su rostro como un cameo de raro patetismo, su voz exquisitamente modulada, sus manos tan diestras como las de Bernhardt—. Tengo los nervios de punta... de punta. Mañana debemos dejar este lugar aterrador e ir en busca del sol.

Los penetrantes ojos verdes de Amory miraban a su madre a través de su enmarañado cabello. Ni siquiera a esa edad se hacía ilusiones sobre ella.

—Amory.

—Oh, sí.

—Quiero que te des un baño muy caliente, tan caliente como puedas soportarlo, y que simplemente relajes los nervios. Puedes leer en la bañera si lo deseas.

Le leía fragmentos de las «Fêtes Galantes» antes de que cumpliera los diez; a los once, podía hablar con soltura, aunque de manera bastante memorativa, de Brahms, Mozart y Beethoven. Una tarde, al quedarse solo en el hotel de Hot Springs, probó el licor de albaricoque de su madre y, como el sabor le agradó, se emborrachó bastante. Fue divertido durante un rato, pero en su exaltación intentó fumar un cigarrillo y sucumbió a una reacción vulgar y plebeya. Aunque este incidente horrorizó a Beatrice, también la divirtió en secreto y pasó a formar parte de lo que en una generación posterior se habría llamado su «repertorio».

—Este hijo mío —la oyó decir un día a una sala llena de mujeres admiradas y sobrecogidas— es enteramente sofisticado y encantador, pero delicado... todos somos delicados; aquí, ya sabes. —Su mano se dibujó radiante contra su hermoso pecho; luego, bajando la voz a un susurro, les contó lo del licor de albaricoque. Ellas se regocijaron, pues era una valiente narradora, pero muchas fueron las llaves que se giraron en las cerraduras de los

aparadores aquella noche contra la posible deserción del pequeño Bobby o Bárbara...

Estas peregrinaciones domésticas eran invariablemente de gala; dos criadas, el vagón privado o el señor Blaine cuando estaba disponible, y muy a menudo un médico. Cuando Amory tuvotos ferina, cuatro especialistas asqueados se miraron hoscos alrededor de su cama; cuando contrajo la escarlatina, el número de asistentes, entre médicos y enfermeras, ascendió a catorce. Sin embargo, como la sangre es más espesa que el caldo, logró salir adelante.

Los Blaine no estaban ligados a ninguna ciudad. Eran los Blaine de Lake Geneva; tenían suficientes parientes para suplir a los amigos, y una posición envidiable desde Pasadena hasta Cape Cod. Pero Beatrice se inclinaba cada vez más a apreciar solo a los nuevos conocidos, ya que había ciertas historias, como la de su constitución y sus muchas enmiendas, o los recuerdos de sus años en el extranjero, que necesitaba repetir a intervalos regulares. Como los sueños freudianos, debían ser desechados, de lo contrario la invadirían y asediarían sus nervios. Pero Beatrice era crítica con las mujeres estadounidenses, especialmente con la población flotante de ex-occidentales.

—Tienen acentos, querido —le dijo a Amory—, no acentos sureños ni de Boston, no un acento ligado a ninguna localidad, solo un acento. —Se puso soñadora—. Recogen viejos acentos londinenses apolillados que están de capa caída y necesitan que alguien los use. Hablan como lo haría un mayor-domo inglés después de varios años en una compañía de ópera de Chicago. —Se volvió casi incoherente—. Supón... llega un momento en la vida de toda mujer del Oeste... siente que su marido es lo bastante próspero como para que ella tenga... un acento... intentan impresionarme, querido...

Aunque consideraba su cuerpo como una masa de fragilidades, creía que su alma estaba igualmente enferma y, por tanto, era importante en su vida. Había sido católica, pero al descubrir que los sacerdotes eran infinitamente más atentos cuando estaba en proceso de perder o recuperar la fe en la Santa Madre Iglesia, mantuvo una actitud encantadoramente vacilante. A menudo deploraba la calidad burguesa del clero católico estadounidense, y estaba convencida de que si hubiera vivido a la sombra de las grandes catedrales continentales, su alma seguiría siendo una llama delgada en el

poderoso altar de Roma. Aun así, después de los médicos, los sacerdotes eran su pasatiempo favorito.

—Ah, obispo Wiston —declaraba—, no quiero hablar de mí misma. Puedo imaginar el torrente de mujeres histéricas que revolotean a sus puertas, suplicándole que sea *simpatico* —luego, tras un interludio ocupado por el clérigo—, pero mi estado de ánimo... es... extrañamente distinto.

Solo a obispos y superiores les divulgaba su romance clerical. Cuando regresó por primera vez a su país, había habido en Asheville un joven pagano y swinburniano por cuyos apasionados besos y conversaciones poco sentimentales había sentido una decidida inclinación; habían discutido el asunto de un lado a otro con un romanticismo intelectual completamente desprovisto de sensiblería. Finalmente, ella había decidido casarse por el estatus, y el joven pagano de Asheville había pasado por una crisis espiritual, se había unido a la Iglesia Católica y ahora era... Monseñor Darcy.

—Ciertamente, señora Blaine, sigue siendo una compañía encantadora; es la mano derecha del cardenal.

—Sé que Amory acudirá a él algún día —suspiró la bella dama—, y Monseñor Darcy lo comprenderá como me comprendió a mí.

Amory cumplió trece años, bastante alto y esbelto, y más que nunca consciente de su madre celta. Había recibido clases particulares ocasionalmente —la idea era que se «mantuviera al día», en cada lugar «retomando el trabajo donde lo dejó»—; sin embargo, como ningún tutor encontró nunca el lugar donde lo dejó, su mente seguía en muy buena forma. Lo que unos años más de esta vida habrían hecho de él es problemático. No obstante, a cuatro horas de tierra firme, rumbo a Italia con Beatrice, su apéndice reventó, probablemente por demasiadas comidas en la cama, y tras una serie de frenéticos telegramas a Europa y América, para asombro de los pasajeros, el gran barco viró lentamente y regresó a Nueva York para depositar a Amory en el muelle. Admitirán que, si no fue vida, fue magnífico.

Después de la operación, Beatrice sufrió una crisis nerviosa que guardaba un sospechoso parecido con el delirium tremens, y Amory fue dejado en Mineápolis, destinado a pasar los dos años siguientes con sus tíos. Allí, el aire crudo y vulgar de la civilización occidental lo atrapa por primera vez; en paños menores, por así decirlo.

UN BESO PARA AMORY

Frunció el labio al leerla.

«Voy a dar una fiesta de trineo», decía, «el jueves diecisiete de diciembre, a las cinco en punto, y me gustaría mucho que pudieras venir.

Atentamente,

S.R.C. Myra St. Claire.»

Llevaba dos meses en Mineápolis, y su principal lucha había sido ocultar a «los otros chicos de la escuela» lo particularmente superior que se sentía, aunque esta convicción se asentaba sobre arenas movedizas. Un día se lució en la clase de francés (estaba en la clase de francés avanzado) para total confusión del señor Reardon, cuyo acento Amory condenó con desprecio, y para deleite de la clase. El señor Reardon, que había pasado varias semanas en París diez años antes, se vengaba con los verbos cada vez que tenía el libro abierto. Pero en otra ocasión, Amory se lució en la clase de historia, con resultados bastante desastrosos, pues los chicos de allí eran de su edad y se lanzaron insinuaciones agudas entre sí durante toda la semana siguiente:

— ¡Ay!... yo creo, ¿sabe usted?, que la revolución americana fue en gran parte un asunto de las clases medias.

O:

— Washington provenía de muy buena sangre... ay, bastante buena... creo yo.

Amory, ingeniosamente, intentó redimirse cometiendo errores a propósito. Dos años antes había comenzado una historia de los Estados Unidos que, aunque solo llegó hasta las Guerras Coloniales, su madre había calificado de absolutamente encantadora.

Su principal desventaja residía en el atletismo, pero tan pronto como descubrió que era la piedra de toque del poder y la popularidad en la escuela, comenzó a hacer esfuerzos furiosos y persistentes para sobresalir en los deportes de invierno, y con los tobillos doloridos y doblándose a pesar de sus esfuerzos, patinaba valientemente por la pista de Lorelie todas las tardes, preguntándose cuándo sería capaz de llevar un palo de hockey sin que se le enredara inexplicablemente en los patines.

La invitación a la fiesta de trineo de la señorita Myra St. Claire pasó la mañana en el bolsillo de su abrigo, donde mantuvo una intensa relación física con un polvoriento trozo de crocante de cacahuete. Por la tarde, la sacó a la luz con un suspiro y, tras cierta consideración y un borrador preliminar en la parte de atrás del «Latín de Primer Año» de Collar y Daniel, compuso una respuesta:

«Mi querida señorita St. Claire:

Su invitación verdaderamente encantadora para la tarde del próximo jueves por la tarde fue verdaderamente delicioso de recibir esta mañana. Estaré encantado y hechizado de presentar mis respetos el próximo jueves por la tarde.

Sinceramente suyo,

Amory Blaine.»

El jueves, por lo tanto, caminó pensativo por las resbaladizas aceras despejadas a pala, y llegó a la vista de la casa de Myra, a las cinco y media, una tardanza que imaginó que su madre habría aprobado. Esperó en el umbral con los ojos entrecerrados con indiferencia y planeó su entrada con precisión. Cruzaría el suelo, no demasiado deprisa, hacia la señora St. Claire y diría con la modulación exactamente correcta:

—Mi querida señora St. Claire, siento terriblemente llegar tarde, pero mi doncella... —hizo una pausa y se dio cuenta de que estaría citando— ... pero mi tío y yo teníamos que ver a un tipo... Sí, he conocido a su encantadora hija en la escuela de baile.

Luego estrecharía la mano, usando esa ligera inclinación medio extranjera, a todas las almidonadas mujercitas, y asentiría a los tipos que estarían por ahí, paralizados en grupos rígidos para protegerse mutuamente.

Un mayordomo (uno de los tres que había en Mineápolis) abrió la puerta. Amory entró y se despojó de la gorra y el abrigo. Se sorprendió ligeramente de no oír el chillido agudo de la conversación en la habitación contigua, y decidió que debía de ser bastante formal. Lo aprobó, al igual que aprobó al mayordomo.

—La señorita Myra —dijo.

Para su sorpresa, el mayordomo sonrió horriblemente.

—Oh, sí —declaró—, está aquí. —No era consciente de que su incapacidad para ser *cockney* estaba arruinando su posición. Amory lo consideró con frialdad.

—Pero —continuó el mayordomo, con la voz innecesariamente alta—, es la única que está aquí. La fiesta se ha ido.

Amory jadeó con repentino horror.

—¿Qué?

—Ha estado esperando a Amory Blaine. Ese eres tú, ¿no? Su madre dice que si aparecías para las cinco y media, los dos debíais ir a buscarlos en el Packard.

La desesperación de Amory se cristalizó con la aparición de la propia Myra, envuelta hasta las orejas en un abrigo de polo, con el rostro claramente malhumorado, su voz agradable solo a duras penas.

—Hola, Amory.

—Hola, Myra. —Había descrito el estado de su vitalidad.

—Bueno... al menos has llegado.

—Bueno... te diré. Supongo que no sabes lo del accidente de coche —romanceó.

Los ojos de Myra se abrieron de par en par.

—¿A quién le pasó?

—Bueno —continuó desesperadamente—, a mi tío, a mi tía y a mí.

—¿Murió alguien?

Amory hizo una pausa y luego asintió.

—¿Tu tío? —alarmada.

—Oh, no, solo un caballo... una especie de caballo gris.

En este punto, el mayordomo irlandés soltó una risita.

—Probablemente mató el motor —sugirió. Amory lo habría puesto en el potro de tortura sin escrupulos.

—Nos vamos ahora —dijo Myra con frialdad—. Verás, Amory, los trineos estaban pedidos para las cinco y todo el mundo estaba aquí, así que no podíamos esperar...

—Bueno, yo no podía evitarlo, ¿verdad?

—Así que mamá me dijo que esperara hasta las cinco y media. Alcanzaremos a los trineos antes de que lleguen al Club Minnehaha, Amory.

El aplomo destrozado de Amory se desvaneció. Se imaginó la alegre comitiva tintineando por las calles nevadas, la aparición de la limusina, el horrible descenso público de él y Myra ante sesenta ojos de reproche, su disculpa... una de verdad esta vez. Suspiró en voz alta.

—¿Qué? —inquirió Myra.

—Nada. Solo estaba bostezando. ¿Seguro que los alcanzaremos antes de que lleguen allí? —Estaba albergando una débil esperanza de que pudieran colarse en el Club Minnehaha y encontrarse con los demás allí, ser descubiertos en un aislamiento displicente ante el fuego y recuperar por completo su actitud perdida.

—Oh, claro que sí, los alcanzaremos. ¡Vamos, deprisa!

Se hizo consciente de su estómago. Mientras subían al coche, extendió apresuradamente una capa de diplomacia sobre un plan bastante simplón que había concebido. Se basaba en algunos «rumores» sonsacados en la escuela de baile, en el sentido de que era «tremendamente guapo y con un aire inglés».

—Myra —dijo, bajando la voz y eligiendo cuidadosamente sus palabras—, te pido mil perdones. ¿Podrás perdonarme alguna vez? —Ella lo miró con gravedad, sus ojos verdes e intensos, su boca, que para el gusto de sus trece años y de cuello de flecha era la quintaesencia del romance. Sí, Myra podía perdonarle muy fácilmente.

—Pues... sí... claro.

La miró de nuevo y luego bajó los ojos. Tenía pestañas.

—Soy terrible —dijo con tristeza—. Soy diferente. No sé por qué cometí meteduras de pata. Supongo que porque no me importa. —Luego, temerari-

amente—: He estado fumando demasiado. Tengo el corazón dañado por el tabaco.

Myra se imaginó una orgía de tabaco de toda la noche, con Amory pálido y tambaleándose por el efecto de los pulmones nicotinados. Dio un pequeño respingo.

—¡Oh, Amory, no fumes! ¡Detendrás tu crecimiento!

—No me importa —insistió sombríamente—. Tengo que hacerlo. Es un vicio. He hecho muchas cosas que si mi familia supiera... —vaciló, dándole tiempo a su imaginación para imaginar oscuros horrores— ...la semana pasada fui al espectáculo de burlesque.

Myra estaba completamente abrumada. Él volvió a clavar sus ojos verdes en ella.

—Eres la única chica de la ciudad que me gusta de verdad —exclamó en un arrebato de sentimiento—. Eres *simpatico*.

Myra no estaba segura de serlo, pero sonaba elegante, aunque vagamente impropio.

Afuera había caído un espeso crepúsculo y, cuando la limusina dio un giro brusco, ella se golpeó contra él; sus manos se tocaron.

—No deberías fumar, Amory —susurró—. ¿No lo sabes?

Él negó con la cabeza.

—A nadie le importa.

Myra vaciló.

—A mí sí me importa.

Algo se agitó dentro de Amory.

—¡Oh, sí, claro! Estás colada por Froggy Parker. Supongo que todo el mundo lo sabe.

—No, no lo estoy —muy lentamente.

Un silencio, mientras Amory se emocionaba. Había algo fascinante en Myra, encerrada aquí acogedoramente lejos del aire oscuro y frío. Myra, un

pequeño bulto de ropa, con mechones de pelo amarillo que se escapaban por debajo de su gorro de patinar.

—Porque yo también estoy colado por alguien... —Hizo una pausa, pues oyó en la distancia el sonido de risas juveniles y, mirando a través del cristal escarchado a lo largo de la calle iluminada por farolas, distinguió el oscuro contorno de la comitiva de trineos. Debía actuar rápido. Se inclinó con un esfuerzo violento y brusco, y agarró la mano de Myra; su pulgar, para ser exactos.

—Dile que vaya directo al Minnehaha —susurró—. Quiero hablar contigo... tengo que hablar contigo.

Myra distinguió la comitiva delante, tuvo una visión instantánea de su madre y luego —¡ay de las convenciones!— miró los ojos que tenía al lado.

—¡Gira por esta calle lateral, Richard, y conduce directo al Club Minnehaha! —gritó por el tubo acústico. Amory se recostó contra los cojines con un suspiro de alivio.

«Puedo besarla», pensó. «Seguro que puedo. ¡Seguro que puedo!»

Arriba, el cielo estaba medio cristalino, medio brumoso, y la noche circundante era fría y vibraba con una rica tensión. Desde los escalones del Country Club, los caminos se extendían, pliegues oscuros sobre la manta blanca; enormes montones de nieve bordeaban los lados como las huellas de topos gigantes. Se demoraron un momento en los escalones y observaron la blanca luna festiva.

—Lunas pálidas como esa —Amory hizo un gesto vago— hacen a la gente misteriosa. Pareces una joven bruja sin gorro y con el pelo algo despeinado. —Ella se llevó las manos al pelo—. Oh, déjalo, te queda bien.

Subieron las escaleras y Myra lo guio hasta el pequeño estudio de sus sueños, donde un fuego acogedor ardía ante un gran sofá mullido. Unos años más tarde, este sería un gran escenario para Amory, la cuna de muchas crisis emocionales. Ahora hablaron un momento sobre las fiestas de trineo.

—Siempre hay un grupo de chicos tímidos —comentó él—, sentados en la cola del trineo, como al acecho, susurrando y empujándose unos a otros. Luego siempre hay alguna chica loca y bizca —hizo una imitación aterradora—.

ra—, siempre está hablando mucho, como para hacerse la interesante, con la chaperona.

—Eres un chico tan raro —dijo Myra, perpleja.

—¿Qué quieres decir? —Amory prestó atención inmediata, por fin en su terreno.

—Oh... siempre hablando de cosas raras. ¿Por qué no vienes a esquiar con Marylyn y conmigo mañana?

—No me gustan las chicas durante el día —dijo secamente, y luego, pensando que era un poco brusco, añadió—: Pero tú me gustas. —Se aclaró la garganta—. Me gustas la primera, la segunda y la tercera.

Los ojos de Myra se volvieron soñadores. ¡Qué historia sería esta para contársela a Marylyn! Aquí en el sofá con este chico de aspecto maravilloso... el fueguecito... la sensación de que estaban solos en el gran edificio...

Myra capituló. La atmósfera era demasiado apropiada.

—Tú me gustas los veinticinco primeros —confesó, con la voz temblorosa—, y Froggy Parker el vigésimo sexto.

Froggy había caído veinticinco puestos en una hora. Y todavía ni se había dado cuenta.

Pero Amory, estando allí mismo, se inclinó rápidamente y besó la mejilla de Myra. Nunca antes había besado a una chica, y se saboreó los labios con curiosidad, como si hubiera mordisqueado alguna fruta nueva. Luego sus labios se rozaron como flores silvestres al viento.

—Somos terribles —se regocijó Myra suavemente. Deslizó su mano en la de él, su cabeza se inclinó contra su hombro. Una súbita repulsión se apoderó de Amory, asco, aversión por todo el incidente. Deseó frenéticamente estar lejos, no volver a ver a Myra jamás, no volver a besar a nadie; se hizo consciente de su rostro y del de ella, de sus manos entrelazadas, y quiso salirse de su cuerpo y esconderse en algún lugar seguro, fuera de la vista, en un rincón de su mente.

—Bésame otra vez. —Su voz salió de un gran vacío.

—No quiero —se oyó decir. Hubo otra pausa.

—¡No quiero! —repitió apasionadamente.

Myra se levantó de un salto, con las mejillas sonrosadas de vanidad herida, el gran lazo en la parte posterior de su cabeza temblando en solidaridad.

—¡Te odio! —gritó—. ¡No te atrevas a volver a dirigirme la palabra!

—¿Qué? —tartamudeó Amory.

—¡Le diré a mamá que me besaste! ¡Lo haré! ¡Lo haré! ¡Se lo diré a mamá, y no me dejará jugar contigo!

Amory se levantó y la miró fijamente, impotente, como si fuera un animal nuevo de cuya presencia en la tierra no hubiera sido consciente hasta entonces.

La puerta se abrió de repente y la madre de Myra apareció en el umbral, jugueteando con sus impertinentes.

—Bueno —comenzó, ajustándoselos con benignidad—, el hombre de la recepción me dijo que vosotros dos estabais aquí arriba... ¿Cómo estás, Amory?

Amory observó a Myra y esperó el estallido, pero no llegó ninguno. El puchero se desvaneció, el intenso sonrojo remitió y la voz de Myra era plácida como un lago en verano cuando respondió a su madre.

—Oh, salimos tan tarde, mamá, que pensé que sería mejor...

Oyó desde abajo las carcajadas y olió el vago aroma del chocolate caliente y los pastelitos de té mientras seguía en silencio a madre e hija escaleras abajo. El sonido del gramófono se mezclaba con las voces de muchas chicas que tarareaban la melodía, y un tenue resplandor nació y se extendió sobre él:

«Casey-Jones... subió a la cabina...

Casey-Jones... con sus órdenes en la mano.

Casey-Jones... subió a la cabina...

Emprendió su último viaje a la tierra prometida.»

INSTANTÁNEAS DEL JOVEN EGOÍSTA

Amory pasó casi dos años en Mineápolis. El primer invierno usó mo-casines que nacieron amarillos, pero que después de muchas aplicaciones de aceite y suciedad asumieron su color maduro, un marrón verdoso y sucio; llevaba un abrigo de tela escocesa gris y un gorro de lana rojo. Su perro, el Conde Del Monte, se comió el gorro rojo, así que su tío le dio uno gris que le cubría la cara. El problema con este era que respirabas dentro y tu aliento se congelaba; un día, el maldito gorro le congeló la mejilla. Se frotó la mejilla con nieve, pero de todos modos se puso de un color negro azulado.

El Conde Del Monte se comió una caja de añil una vez, pero no le hizo daño. Más tarde, sin embargo, perdió el juicio y corrió locamente por la calle, chocando contra las vallas, revolcándose en las cunetas y siguiendo su excéntrico curso fuera de la vida de Amory. Amory lloró en su cama.

—Pobre pequeño Conde —lloró—. ¡Oh, pobre pequeño Conde!

Después de varios meses sospechó que el Conde había realizado una magnífica actuación emocional.

Amory y Frog Parker consideraban que la mejor frase de la literatura se encontraba en el Acto III de «Arsène Lupin».

Se sentaban en la primera fila en las matinés de los miércoles y sábados. La frase era:

«Si uno no puede ser un gran artista o un gran soldado, lo mejor que puede ser es un gran criminal.»

Amory se enamoró de nuevo y escribió un poema. Era este:

«Marylyn y Sallee,

Esas son las chicas para mí.

Marylyn está por encima

de Sallee en ese dulce y profundo amor.»

Le interesaba saber si McGovern de Minnesota entraría en el primer o segundo equipo All-American, cómo hacer el pase de cartas, cómo hacer el pase de monedas, las corbatas camaleónicas, cómo nacían los bebés y si Three-fingered Brown era realmente mejor lanzador que Christie Mathewson.

Entre otras cosas leyó: «Por el honor de la escuela», «Mujercitas» (dos veces), «La ley común», «Safó», «Dangerous Dan McGrew», «La ancha carretera» (tres veces), «La caída de la Casa Usher», «Tres semanas», «Mary Ware, la amiga de la pequeña coronel», «Gunga Din», The Police Gazette y Jim-Jam Jems.

Tenía todos los prejuicios de Henty sobre la historia y era particularmente aficionado a las alegres historias de asesinatos de Mary Roberts Rinehart.

La escuela arruinó su francés y le dio aversión por los autores clásicos. Sus maestros lo consideraban ocioso, poco fiable y superficialmente inteligente.

Coleccionaba mechones de pelo de muchas chicas. Llevó los anillos de varias. Finalmente no pudo pedir prestados más anillos, debido a su nervioso hábito de deformarlos a mordiscos. Esto, al parecer, solía despertar las celosas sospechas de la siguiente prestamista.

Durante todos los meses de verano, Amory y Frog Parker iban cada semana a la compañía de teatro local. Después, paseaban hasta casa en el aire balsámico de una noche de agosto, soñando por las avenidas Hennepin y Nicollet, entre la alegre multitud. Amory se preguntaba cómo la gente podía no darse cuenta de que él era un chico marcado para la gloria, y cuando los rostros de la multitud se volvían hacia él y ojos ambiguos lo miraban fijamente, adoptaba la más romántica de las expresiones y caminaba sobre los cojines de aire que yacen en los asfaltos de los catorce años.

Siempre, después de acostarse, había voces —indefinidas, evanescentes, encantadoras— justo fuera de su ventana, y antes de dormirse soñaba uno de sus sueños despiertos favoritos, el de convertirse en un gran *half-back*, o el de la invasión japonesa, cuando era recompensado siendo nombrado el general más joven del mundo. Siempre era el llegar a ser lo que soñaba, nunca el ser. Esto también era bastante característico de Amory.

CÓDIGO DEL JOVEN EGOÍSTA

Antes de ser llamado de vuelta a Lake Geneva, había aparecido, tímido pero interiormente radiante, con sus primeros pantalones largos, realzados por una corbata de acordeón morada y un cuello «Belmont» con los bordes impecablemente unidos, calcetines morados y un pañuelo con un borde morado asomando por el bolsillo de su pecho. Pero más que eso, había for-

mulado su primera filosofía, un código por el que vivir, que, lo más parecido a un nombre que se le puede dar, era una especie de egoísmo aristocrático.

Se había dado cuenta de que sus mejores intereses estaban ligados a los de una cierta persona cambiante y variable, cuya etiqueta, para que su pasado siempre pudiera identificarse con él, era Amory Blaine. Amory se consideraba un joven afortunado, capaz de una infinita expansión para el bien o para el mal. No se consideraba un «carácter fuerte», sino que confiaba en su facilidad (aprender las cosas bastante rápido) y en su mentalidad superior (leer muchos libros profundos). Estaba orgulloso del hecho de que nunca podría convertirse en un genio mecánico o científico. De ninguna otra altura se le excluía.

Físicamente. —Amory pensaba que era extraordinariamente guapo. Lo era. Se imaginaba un atleta con posibilidades y un bailarín ágil.

Socialmente. —Aquí su condición era, quizás, la más peligrosa. Se concedía a sí mismo personalidad, encanto, magnetismo, aplomo, el poder de dominar a todos los varones contemporáneos, el don de fascinar a todas las mujeres.

Mentalmente. —Superioridad completa e incuestionable.

Ahora habrá que hacer una confesión. Amory tenía una conciencia bastante puritana. No es que cediera a ella —más tarde en la vida casi la aniquiló por completo—, pero a los quince años le hacía considerarse mucho peor que otros chicos... falta de escrúpulos... el deseo de influir en la gente de casi todas las maneras, incluso para el mal... una cierta frialdad y falta de afecto, que a veces llegaba a la crueldad... un sentido del honor cambiante... un egoísmo profano... un interés perplejo y furtivo por todo lo relacionado con el sexo.

Había, también, una curiosa veta de debilidad que atravesaba su constitución... una frase dura de los labios de un chico mayor (los chicos mayores generalmente lo detestaban) era capaz de barrer su aplomo y sumirlo en una sensibilidad hosca o una estúpida timidez... era esclavo de sus propios estados de ánimo y sentía que, aunque era capaz de temeridad y audacia, no poseía ni coraje, ni perseverancia, ni respeto por sí mismo.

Vanidad, atemperada con autosospecha si no autoconocimiento, un sentido de las personas como autómatas a su voluntad, un deseo de «superar» a tantos chicos como fuera posible y llegar a una vaga cima del mundo... con este trasfondo, Amory se deslizó hacia la adolescencia.

PREPARATIVOS PARA LA GRAN AVENTURA

El tren redujo la velocidad con la languidez de pleno verano en Lake Geneva, y Amory vio a su madre esperando en su coche eléctrico en el camino de grava de la estación. Era un eléctrico antiguo, de los primeros modelos, y pintado de gris. La visión de ella sentada allí, esbeltamente erguida, y de su rostro, donde la belleza y la dignidad se combinaban, fundiéndose en una sonrisa soñadora y rememorada, lo llenó de un súbito y gran orgullo por ella. Mientras se besaban fríamente y él subía al eléctrico, sintió un rápido temor de haber perdido el encanto necesario para estar a su altura.

—Querido muchacho... estás tan alto... mira hacia atrás y ve si viene algo...

Ella miró a izquierda y derecha, se deslizó cautelosamente a una velocidad de tres kilómetros por hora, suplicando a Amory que actuara como centinela; y en un cruce concurrido le hizo bajar y correr por delante para indicarle que avanzara como un policía de tráfico. Beatrice era lo que podría llamarse una conductora prudente.

—Estás alto... pero sigues siendo muy guapo... te has saltado la edad del pavo, ¿o es a los dieciséis?; quizás sea a los catorce o quince; nunca me acuerdo; pero te la has saltado.

—No me avergüences —murmuró Amory.

—Pero, querido, ¡qué ropa más rara! Parece que es un conjunto, ¿no? ¿Tu ropa interior también es morada?

Amory gruñó de forma maleducada.

—Tienes que ir a Brooks' a comprarte unos trajes realmente bonitos. Oh, hablaremos esta noche o quizás mañana por la noche. Quiero hablarte de tu corazón... probablemente has estado descuidando tu corazón... y no lo sabes.

Amory pensó en lo superficial que era el reciente barniz de su propia generación. Aparte de una mínima timidez, sentía que el viejo parentesco cínico con su madre no se había roto en absoluto. Sin embargo, durante los primeros días deambuló por los jardines y a lo largo de la orilla en un estado de súper soledad, encontrando un contento letárgico en fumar «Bull» en el garaje con uno de los chóferes.

Las sesenta acres de la finca estaban salpicadas de cenadores nuevos y antiguos, y de muchas fuentes y bancos blancos que aparecían de repente a la vista desde escondrijos cubiertos de follaje; había una gran y creciente familia de gatos blancos que merodeaban por los numerosos parterres y se recortaban de repente por la noche contra los árboles que se oscurecían. Fue en uno de los senderos sombríos donde Beatrice finalmente capturó a Amory, después de que el señor Blaine, como de costumbre, se hubiera retirado por la noche a su biblioteca privada. Después de reprenderlo por evitárla, lo llevó a un largo tête-à-tête a la luz de la luna. Él no podía reconciliarse con su belleza, que era madre de la suya propia, el exquisito cuello y los hombros, la gracia de una mujer afortunada de treinta años.

—Amory, querido —arrulló suavemente—, pasé una época tan extraña, tan rara, después de que te dejé.

—¿De verdad, Beatrice?

—Cuando tuve mi última crisis nerviosa —habló de ello como una hazaña robusta y valiente.

—Los médicos me dijeron —su voz cantaba en un tono confidencial— que si cualquier hombre vivo hubiera bebido de forma constante como yo, habría quedado físicamente destrozado, querido, y en su tumba... hace mucho tiempo en su tumba.

Amory hizo una mueca y se preguntó cómo le habría sonado esto a Froggy Parker.

—Sí —continuó Beatrice trágicamente—, tuve sueños... visiones maravillosas. —Se apretó las palmas de las manos contra los ojos—. Vi ríos de bronce lamiendo orillas de mármol, y grandes pájaros que surcaban el aire, pájaros multicolores con plumaje iridiscente. Oí músicas extrañas y el estruendo de trompetas bárbaras... ¿qué?

Amory había soltado una risita.

—¿Qué, Amory?

—Dije que siguieras, Beatrice.

—Eso fue todo... simplemente se repetía y se repetía... jardines que ostentaban colores contra los que esto sería bastante apagado, lunas que giraban y se mecían, más pálidas que las lunas de invierno, más doradas que las lunas de cosecha...

—¿Estás bien ahora, Beatrice?

—Bastante bien... tan bien como estaré nunca. No me comprenden, Amory. Sé que no puedo expresártelo, Amory, pero... no me comprenden.

Amory se sintió bastante conmovido. Pasó el brazo alrededor de su madre, frotando suavemente la cabeza contra su hombro.

—Pobre Beatrice... pobre Beatrice.

—Háblame de ti, Amory. ¿Tuviste dos años horribles?

Amory consideró mentir, y luego decidió no hacerlo.

—No, Beatrice. Los disfruté. Me adapté a la burguesía. Me volví convencional. —Se sorprendió a sí mismo al decir eso, e imaginó cómo se habría quedado boquiabierto Froggy.

—Beatrice —dijo de repente—, quiero ir a un internado. Todos en Mineápolis van a ir a un internado.

Beatrice mostró cierta alarma.

—Pero solo tienes quince años.

—Sí, pero todo el mundo se va a un internado a los quince, y yo quiero, Beatrice.

A sugerencia de Beatrice, el tema se abandonó durante el resto del paseo, pero una semana después ella lo deleitó diciendo:

—Amory, he decidido dejar que te salgas con la tuya. Si todavíaquieres, puedes ir a un internado.

—¿Sí?

—A St. Regis's, en Connecticut.

Amory sintió una rápida excitación.

—Se está arreglando —continuó Beatrice—. Es mejor que te vayas. Hubiera preferido que fueras a Eton, y luego a Christ Church, en Oxford, pero parece impracticable ahora... y por el momento dejaremos que la cuestión de la universidad se resuelva por sí misma.

—¿Qué vas a hacer, Beatrice?

—El cielo sabe. Parece ser mi destino consumir mis años en este país. Ni por un segundo lamento ser estadounidense; de hecho, creo que ese lamento es típico de gente muy vulgar, y estoy segura de que somos la gran nación del futuro... sin embargo —y suspiró—, siento que mi vida debería haberse deslizado lánguidamente cerca de una civilización más antigua y melosa, una tierra de verdes y marrones otoñales...

Amory no respondió, así que su madre continuó:

—Mi pesar es que no hayas estado en el extranjero, pero aun así, como eres un hombre, es mejor que crezcas aquí bajo el águila gruñona... ¿es ese el término correcto?

Amory asintió que lo era. Ella no habría apreciado la invasión japonesa.

—¿Cuándo voy al internado?

—El mes que viene. Tendrás que empezar un poco antes hacia el Este para hacer los exámenes. Después tendrás una semana libre, así que quiero que vayas río Hudson arriba a hacer una visita.

—¿A quién?

—A Monseñor Darcy, Amory. Quiere verte. Fue a Harrow y luego a Yale... se hizo católico. Quiero que hable contigo... siento que puede ser de gran ayuda... —Le acarició suavemente el pelo cobrizo—. Querido Amory, querido Amory...

—Querida Beatrice...

Así que, a principios de septiembre, Amory, provisto de «seis mudas de ropa interior de verano, seis mudas de ropa interior de invierno, un suéter o camiseta, un jersey, un abrigo de invierno, etc.», partió hacia Nueva Inglaterra, la tierra de los internados.

Estaban Andover y Exeter con sus recuerdos de los muertos de Nueva Inglaterra: grandes democracias de tipo universitario; St. Mark's, Groton, St. Regis', reclutadas entre Boston y las familias Knickerbocker de Nueva York; St. Paul's, con sus grandes pistas de patinaje; Pomfret y St. George's, prósperas y bien vestidas; Taft y Hotchkiss, que preparaban a la riqueza del Medio Oeste para el éxito social en Yale; Pawling, Westminster, Choate, Kent y un centenar más; todas produciendo su tipo bien formado, convencional e impresionante, año tras año; su estímulo mental, los exámenes de acceso a la universidad; su vago propósito, expuesto en un centenar de folletos como «Impartir una Formación Mental, Moral y Física Completa como un Caballero Cristiano, para preparar al muchacho para afrontar los problemas de su día y generación, y para dar una base sólida en las Artes y las Ciencias».

En St. Regis', Amory se quedó tres días e hizo sus exámenes con una confianza burlona, luego regresó a Nueva York para hacer su visita tutelar. La metrópolis, apenas vislumbrada, le causó poca impresión, excepto por la sensación de limpieza que extrajo de los altos edificios blancos vistos desde un barco de vapor del río Hudson a primera hora de la mañana. De hecho, su mente estaba tan llena de sueños de proezas atléticas en el internado que consideró esta visita solo como un preludio bastante tedioso a la gran aventura. Sin embargo, no resultó ser así.

La casa de Monseñor Darcy era una estructura antigua y laberíntica situada en una colina con vistas al río, y allí vivía su dueño, entre sus viajes a todas partes del mundo católico romano, más bien como un rey Estuardo exiliado esperando ser llamado al gobierno de su tierra. Monseñor tenía entonces cuarenta y cuatro años y era bullicioso, un poco demasiado corpulento para la simetría, con el pelo del color del oro hilado y una personalidad brillante y envolvente. Cuando entraba en una habitación ataviado con su pleno atuendo púrpura de la cabeza a los pies, se parecía a una puesta de sol de Turner y atraía tanto la admiración como la atención. Había escrito dos novelas: una de ellas violentamente anticatólica, justo antes de su conversión, y cinco años más tarde otra, en la que había intentado convertir todas sus inteligentes pullas contra los católicos en insinuaciones aún más inteligentes contra los episcopalianos. Era intensamente ritualista, sorprendentemente dramático, amaba la idea de Dios lo suficiente como para ser célibe, y le caía bastante bien su prójimo.

Los niños lo adoraban porque era como un niño; la juventud se deleitaba en su compañía porque todavía era un joven y no se le podía escandalizar. En la tierra y el siglo adecuados podría haber sido un Richelieu; en el presente era un clérigo muy moral, muy religioso (si no particularmente piadoso), que hacía un gran misterio de mover hilos oxidados y apreciaba la vida al máximo, si no la disfrutaba por completo.

Él y Amory se cayeron bien a primera vista: el prelado jovial e impresionante que podía deslumbrar en un baile de embajada, y el joven de ojos verdes e intensos, con sus primeros pantalones largos, aceptaron en sus propias mentes una relación de padre e hijo en menos de media hora de conversación.

—Mi querido muchacho, llevo años esperando verte. Toma un sillón grande y charlaremos.

—Acabo de llegar del internado... St. Regis's, ya sabe.

—Eso dice tu madre... una mujer notable; toma un cigarrillo, estoy seguro de que fumas. Bueno, si eres como yo, detestarás todas las ciencias y las matemáticas...

Amory asintió vehementemente.

—Las odio todas. Me gustan el inglés y la historia.

—Por supuesto. También odiarás el internado por un tiempo, pero me alegro de que vayas a St. Regis's.

—¿Por qué?

—Porque es una escuela de caballeros, y la democracia no te golpeará tan pronto. Ya encontrarás mucho de eso en la universidad.

—Quiero ir a Princeton —dijo Amory—. No sé por qué, pero pienso en todos los hombres de Harvard como afeminados, como yo solía ser, y en todos los hombres de Yale como tipos que llevan grandes suéteres azules y fuman en pipa.

Monseñor se rio entre dientes.

—Yo soy uno de ellos, ya sabes.

—Oh, usted es diferente... pienso en Princeton como un lugar perezoso, apuesto y aristocrático... ya sabe, como un día de primavera. Harvard parece más bien de interior...

—Y Yale es noviembre, fresco y enérgico —terminó Monseñor.

—Eso es.

Se deslizaron rápidamente hacia una intimidad de la que nunca se recuperaron.

—Yo estaba a favor del apuesto príncipe Carlos —anunció Amory.

—Por supuesto que sí... y a favor de Aníbal...

—Sí, y a favor de la Confederación del Sur. —Era bastante escéptico sobre ser un patriota irlandés; sospechaba que ser irlandés era algo común, pero Monseñor le aseguró que Irlanda era una causa romántica perdida y los irlandeses gente bastante encantadora, y que, por todos los medios, debería ser uno de sus principales prejuicios.

Después de una hora intensa que incluyó varios cigarrillos más, y durante la cual Monseñor se enteró, para su sorpresa pero no para su horror, de que Amory no había sido educado como católico, anunció que tenía otro invitado. Este resultó ser el Honorable Thornton Hancock, de Boston, exministro en La Haya, autor de una erudita historia de la Edad Media y el último de una familia distinguida, patriótica y brillante.

—Viene aquí a descansar —dijo Monseñor confidencialmente, tratando a Amory como a un contemporáneo—. Actúo como un escape del tedio del agnosticismo, y creo que soy el único hombre que sabe cómo su mente seria y anticuada está realmente perdida en el mar y anhela un madero robusto como la Iglesia al que aferrarse.

Su primer almuerzo fue uno de los eventos memorables de la temprana vida de Amory. Estaba bastante radiante y desprendía un brillo y un encanto peculiares. Monseñor sacó lo mejor que había pensado mediante preguntas y sugerencias, y Amory habló con una brillantez ingeniosa de mil impulsos y deseos y repulsiones y fes y miedos. Él y Monseñor dominaron la conversación, y el hombre mayor, con su mentalidad menos receptiva, menos tolerante, pero ciertamente no más fría, parecía contento de escuchar y disfrutar del suave sol que jugaba entre ellos dos. Monseñor daba el efecto de la

luz del sol a muchas personas; Amory lo dio en su juventud y, en cierta medida, cuando fue mucho mayor, pero nunca más fue tan mutuamente espontáneo.

«Es un muchacho radiante», pensó Thornton Hancock, que había visto el esplendor de dos continentes y había hablado con Parnell y Gladstone y Bismarck; y después añadió a Monseñor: «Pero su educación no debería confiarse a un internado o una universidad».

Pero durante los siguientes cuatro años, lo mejor del intelecto de Amory se concentró en asuntos de popularidad, las complejidades de un sistema social universitario y la Sociedad Americana representada por los tés del Biltmore y los campos de golf de Hot Springs.

... En total, una semana maravillosa, que vio la mente de Amory puesta del revés, un centenar de sus teorías confirmadas, y su alegría de vivir cristalizada en mil ambiciones. No es que la conversación fuera escolástica, ¡Dios nos libre! Amory solo tenía la más vaga idea de quién era Bernard Shaw, pero Monseñor sacó tanto provecho de «El vagabundo bienamado» y «Sir Nigel», cuidando de que Amory nunca se sintiera fuera de su elemento.

Pero las trompetas sonaban para la escaramuza preliminar de Amory con su propia generación.

—No sientes irte, por supuesto. Con gente como nosotros, nuestro hogar está donde no estamos —dijo Monseñor.

—Sí lo siento...

—No, no lo sientes. Ninguna persona en el mundo es necesaria para ti ni para mí.

—Bueno...

—Adiós.

EL EGOÍSTA DERRIBADO

Los dos años de Amory en St. Regis', aunque a su vez dolorosos y triunfantes, tuvieron tan poco significado real en su propia vida como la escuela preparatoria estadounidense, aplastada como está bajo el talón de las universidades, lo tiene para la vida estadounidense en general. No tenemos un

Eton para crear la autoconciencia de una clase gobernante; tenemos, en cambio, escuelas preparatorias limpias, flácidas e inocuas.

Empezó con mal pie, fue generalmente considerado tanto engreído como arrogante, y universalmente detestado. Jugaba al fútbol intensamente, alternando una brillantez temeraria con una tendencia a mantenerse tan a salvo del peligro como el decoro lo permitía. En un pánico salvaje, se echó atrás en una pelea con un chico de su tamaño, ante un coro de desprecio, y una semana después, desesperado, buscó pelea con otro chico mucho más grande, de la que salió malherido, pero bastante orgulloso de sí mismo.

Era resentido contra todos los que tenían autoridad sobre él, y esto, combinado con una perezosa indiferencia hacia su trabajo, exasperaba a todos los maestros de la escuela. Se desanimó y se imaginó un paria; se dedicó a enfurruñarse en los rincones y a leer después de la hora de apagar las luces. Con un pavor a estar solo, se unió a unos pocos amigos, pero como no estaban entre la élite de la escuela, los usaba simplemente como espejos de sí mismo, audiencias ante las cuales podía hacer esa pose absolutamente esencial para él. Estaba insopportablemente solo, desesperadamente infeliz.

Hubo algunos granos de consuelo. Cada vez que Amory se hundía, su vanidad era la última parte en quedar bajo la superficie, así que todavía podía disfrutar de un cómodo resplandor cuando «Wookey-wookey», la vieja ama de llaves sorda, le decía que era el chico más guapo que había visto nunca. Le había complacido ser el hombre más ligero y joven del primer equipo de fútbol; le complació cuando el Doctor Dougall le dijo al final de una acalorada conferencia que podía, si quería, sacar las mejores notas de la escuela. Pero el Doctor Dougall estaba equivocado. Era temperamentalmente imposible para Amory sacar las mejores notas de la escuela.

Miserable, confinado en los límites de la escuela, impopular tanto con el profesorado como con los estudiantes: así fue el primer trimestre de Amory. Pero en Navidad había regresado a Mineápolis, con los labios apretados y extrañamente jubiloso.

—Oh, al principio fui un poco fresco —le dijo a Frog Parker con aire condescendiente—, pero me fue muy bien; el hombre más ligero del equipo. Deberías ir a un internado, Froggy. Es genial.

INCIDENTE DEL PROFESOR BIENINTENCIONADO

La última noche de su primer trimestre, el señor Margotson, el maestro principal, envió un recado a la sala de estudio de que Amory fuera a su habitación a las nueve. Amory sospechó que le iban a dar un consejo, pero decidió ser cortés, porque este señor Margotson se había mostrado amablemente dispuesto hacia él.

Su convocante lo recibió con gravedad y le indicó una silla. Carraspeó varias veces y pareció conscientemente amable, como lo hace un hombre cuando sabe que está en terreno delicado.

—Amory —comenzó—. Te he llamado por un asunto personal.

—Sí, señor.

—Te he observado este año y... me gustas. Creo que tienes en ti la madera de un... un muy buen hombre.

—Sí, señor —logró articular Amory. Odiaba que la gente hablara como si fuera un fracaso admitido.

—Pero he notado —continuó el hombre mayor, ciegamente—, que no eres muy popular entre los chicos.

—No, señor. —Amory se humedeció los labios.

—Ah... pensé que quizás no entendías exactamente a qué se... ah... oponían. Te lo voy a decir, porque creo... ah... que cuando un chico conoce sus dificultades, está en mejores condiciones para afrontarlas... para conformarse a lo que los demás esperan de él. —Carraspeó de nuevo con delicada reticencia, y continuó—: Parece que piensan que eres... ah... más bien demasiado fresco...

Amory no pudo soportar más. Se levantó de su silla, apenas controlando la voz cuando habló.

—Lo sé... ¡oh, no supone que lo sé! —Su voz se elevó—. ¡Sé lo que piensan; supone que tiene que decírmelo! —Hizo una pausa—. Tengo... tengo que volver ahora... espero no ser grosero...

Salió de la habitación apresuradamente. En el aire fresco de afuera, mientras caminaba hacia su casa, se regodeó en su negativa a ser ayudado.

—¡Ese maldito viejo tonto! —gritó salvajemente—. ¡Como si no lo supiera!

Decidió, sin embargo, que esta era una buena excusa para no volver a la sala de estudio esa noche, así que, cómodamente instalado en su habitación, comió Nabiscos y terminó «La Compañía Blanca».

INCIDENTE DE LA CHICA MARAVILLOSA

Hubo una estrella brillante en febrero. Nueva York irrumpió en él el día del cumpleaños de Washington con el brillo de un evento largamente esperado. Su visión de ella como una blancura vívida contra un cielo azul profundo había dejado una imagen de esplendor que rivalizaba con las ciudades de ensueño de «Las mil y una noches»; pero esta vez la vio con luz eléctrica, y el romance brilló desde el letrero de la carrera de carros en Broadway y desde los ojos de las mujeres en el Astor, donde él y el joven Paskert de St. Regis' cenaron. Cuando caminaron por el pasillo del teatro, recibidos por el nervioso rasgueo y la discordia de violines desafinados y la fragancia sensual y pesada de pintura y polvos, se movió en una esfera de deleite epicúreo. Todo lo encantaba. La obra era «El pequeño millonario», con George M. Cohan, y había una deslumbrante joven morena que le hizo sentarse con los ojos llenos de lágrimas en el éxtasis de verla bailar.

«Oh... tú... chica maravillosa,
Qué chica tan maravillosa eres...»
cantaba el tenor, y Amory asintió en silencio, pero apasionadamente.
«Todas... tus... maravillosas palabras
Me estremecen...»

Los violines se hincharon y temblaron en las últimas notas, la chica se hundió como una mariposa arrugada en el escenario, una gran explosión de aplausos llenó el teatro. ¡Oh, enamorarse así, con la lágida y mágica melodía de tal canción!

La última escena transcurría en una terraza-jardín, y los violonchelos suspiraban a la luna musical, mientras la aventura ligera y la comedia fácil y espumosa revoloteaban de un lado a otro bajo los focos de calcio. Amory ardía en deseos de ser un habitual de las terrazas-jardín, de conocer a una chica que se pareciera a esa —mejor, a esa misma chica; cuyo cabello estaría empapado de luz de luna dorada, mientras a su codo un camarero ininteligible servía vino espumoso. Cuando el telón cayó por última vez, dio un

suspiro tan largo que la gente de delante se giró y lo miró fijamente y dijo lo suficientemente alto como para que él lo oyera:

—¡Qué chico de aspecto tan notable!

Esto le quitó la mente de la obra, y se preguntó si realmente parecía guapo a la población de Nueva York.

Paskert y él caminaron en silencio hacia su hotel. El primero fue el primero en hablar. Su incierta voz de quinceañero irrumpió en un tono melancólico en las cavilaciones de Amory:

—Me casaría con esa chica esta noche.

No había necesidad de preguntar a qué chica se refería.

—Estaría orgulloso de llevarla a casa y presentarla a mi gente —continuó Paskert.

Amory quedó claramente impresionado. Deseó haberlo dicho él en lugar de Paskert. Sonaba tan maduro.

—Me pregunto sobre las actrices; ¿son todas muy malas?

—No, señor, ni de lejos —dijo el joven mundial con énfasis—, y sé que esa chica es tan buena como el oro. Puedo decirlo.

Vagaron, mezclándose con la multitud de Broadway, soñando con la música que se arremolinaba fuera de los cafés. Nuevos rostros brillaban y se apagaban como miríadas de luces, rostros pálidos o maquillados, cansados, pero sostenidos por una excitación fatigada. Amory los observaba fascinado. Estaba planeando su vida. Iba a vivir en Nueva York, y ser conocido en todos los restaurantes y cafés, vistiendo un traje de etiqueta desde la tarde hasta la madrugada, durmiendo durante las aburridas horas de la mañana.

—¡Sí, señor, me casaría con esa chica esta noche!

HEROICO EN TONO GENERAL

Octubre de su segundo y último año en St. Regis' fue un punto álgido en la memoria de Amory. El partido contra Groton se jugó desde las tres de una tarde energética y estimulante hasta bien entrado el fresco crepúsculo otoñal, y Amory como *quarter-back*, exhortando con desesperación salvaje, haciendo placajes imposibles, anunciando jugadas con una voz que había

disminuido a un susurro ronco y furioso, sin embargo, encontraba tiempo para deleitarse con el vendaje manchado de sangre alrededor de su cabeza, y el heroísmo tenso y glorioso de cuerpos que se lanzaban y chocaban y miembros doloridos. Durante esos minutos, el coraje fluía como vino desde el crepúsculo de noviembre, y él era el héroe eterno, uno con el navegante en la proa de una galera nórdica, uno con Roldán y Horacio, Sir Nigel y Ted Coy, raspado y despojado hasta quedar en forma y luego arrojado por su propia voluntad a la brecha, haciendo retroceder la marea, oyendo a lo lejos el trueno de los vencedores... finalmente magullado y cansado, pero aún esquivó, rodeando un extremo, girando, cambiando de ritmo, apartando con el brazo... cayendo detrás de la línea de gol de Groton con dos hombres sobre sus piernas, en el único *touchdown* del partido.

LA FILOSOFÍA DEL «SLICKER»

Desde la superioridad burlona del último año y el éxito, Amory recordaba con cínico asombro su estatus del año anterior. Había cambiado tan completamente como Amory Blaine podía cambiar. Amory más Beatrice más dos años en Mineápolis: esos habían sido sus ingredientes cuando entró en St. Regis'. Pero los años de Mineápolis no eran una capa lo suficientemente gruesa como para ocultar el «Amory más Beatrice» a los ojos inquisitivos de un internado, así que St. Regis' había extraído dolorosamente a Beatrice de él, y había comenzado a colocar un nuevo y más convencional entarimado sobre el Amory fundamental. Pero tanto St. Regis' como Amory eran inconscientes del hecho de que este Amory fundamental no había cambiado en sí mismo. Aquellas cualidades por las que había sufrido, su mal humor, su tendencia a posar, su pereza y su amor por hacer el tonto, ahora se daban por sentadas, reconocidas como excentricidades en un *quarter-back* estrella, un actor inteligente y el editor del *St. Regis Tattler*: le desconcertaba ver a los niños pequeños impresionables imitar las mismas vanidades que no hacía mucho habían sido debilidades despreciables.

Después de la temporada de fútbol, se sumió en un contento soñador. La noche del baile previo a las vacaciones, se escabulló y se fue a la cama temprano por el placer de oír la música de violín cruzar el césped y entrar impetuosamente por su ventana. Muchas noches yacía allí, soñando despierto con cafés secretos en Montmartre, donde mujeres de marfil ahondaban en misterios románticos con diplomáticos y soldados de fortuna, mientras las orquestas tocaban valses húngaros y el aire estaba denso y exótico con intri-

ga, luz de luna y aventura. En primavera leyó «*L'Allegro*», a petición, y se sintió inspirado a derroches líricos sobre el tema de Arcadia y las flautas de Pan. Movió su cama para que el sol lo despertara al amanecer y pudiera vestirse y salir al arcaico columpio que colgaba de un manzano cerca de la casa del sexto curso. Sentándose en él, se impulsaba cada vez más alto hasta conseguir el efecto de columpiarse en el aire abierto, en un país de hadas de sátiro que tocaban la flauta y ninfas con los rostros de las chicas rubias que veía en las calles de Eastchester. Cuando el columpio alcanzaba su punto más alto, Arcadia realmente yacía justo sobre la cima de cierta colina, donde el camino marrón se desvanecía de la vista en un punto dorado.

Leyó voluminosamente toda la primavera, el comienzo de su decimooctavo año: «*El caballero de Indiana*», «*Las nuevas mil y una noches*», «*La moral de Marcus Ordeyne*», «*El hombre que fue jueves*», que le gustó sin entenderlo; «*Stover en Yale*», que se convirtió en una especie de libro de texto; «*Dombey e hijo*», porque pensaba que realmente debería leer cosas mejores; Robert Chambers, David Graham Phillips y E. Phillips Oppenheim completos, y una pizca de Tennyson y Kipling. De todo su trabajo de clase, solo «*L'Allegro*» y cierta cualidad de rígida claridad en la geometría sólida despertaron su lánguido interés.

A medida que se acercaba junio, sintió la necesidad de conversar para formular sus propias ideas y, para su sorpresa, encontró un cofilósofo en Rahill, el presidente del sexto curso. En muchas charlas, en la carretera o tumbados boca abajo a lo largo del borde del campo de béisbol, o tarde en la noche con sus cigarrillos brillando en la oscuridad, discutieron las cuestiones de la escuela, y allí se desarrolló el término «slicker».

—¿Tienes tabaco? —susurró Rahill una noche, asomando la cabeza por la puerta cinco minutos después de la hora de apagar las luces.

—Claro.

—Voy a entrar.

—Toma un par de almohadas y túmbate en el alféizar de la ventana, por qué no.

Amory se sentó en la cama y encendió un cigarrillo mientras Rahill se acomodaba para una conversación. El tema favorito de Rahill era el futuro

respectivo del sexto curso, y Amory nunca se cansaba de esbozarlos para su beneficio.

—¿Ted Converse? Eso es fácil. Suspenderá sus exámenes, tendrá clases particulares todo el verano en Harstrum's, entrará en Sheff con unas cuatro asignaturas pendientes y lo echarán a mitad del primer año. Luego volverá al Oeste y armará jaleo durante un año o así; finalmente su padre le hará entrar en el negocio de la pintura. Se casará y tendrá cuatro hijos, todos unos zopencos. Siempre pensará que St. Regis's lo echó a perder, así que enviará a sus hijos a una escuela diurna en Portland. Morirá de ataxia locomotriz a los cuarenta y un años, y su esposa donará una pila bautismal o como se llame a la Iglesia Presbiteriana, con su nombre en ella...

—Para, Amory. Eso es demasiado sombrío. ¿Y tú?

—Yo estoy en una clase superior. Tú también. Somos filósofos.

—Yo no.

—Claro que sí. Tienes una cabeza muy buena. —Pero Amory sabía que nada en abstracto, ninguna teoría o generalidad, conmovía a Rahill hasta que se tropezaba con los detalles concretos de ello.

—No la tengo —insistió Rahill—. Dejo que la gente se aproveche de mí aquí y no saco nada de ello. Soy la presa de mis amigos, maldita sea... les hago los deberes, los saco de problemas, les hago estúpidas visitas de verano y siempre entretengo a sus hermanas pequeñas; mantengo la calma cuando se vuelven egoístas y luego creen que me lo pagan votando por mí y diciéndome que soy el «pez gordo» de St. Regis's. Quiero llegar a un lugar donde cada uno haga su propio trabajo y pueda mandar a la gente a paseo. Estoy cansado de ser amable con todos los pobres diablos de la escuela.

—No eres un *slicker* —dijo Amory de repente.

—¿Un qué?

—Un *slicker*.

—¿Qué demonios es eso?

—Bueno, es algo que... que... hay muchos de ellos. Tú no eres uno, y yo tampoco, aunque lo soy más que tú.

—¿Quién es uno? ¿Qué te convierte en uno?

Amory consideró.

—Pues... pues, supongo que la señal es cuando un tipo se peina el pelo hacia atrás con agua.

—¿Como Carstairs?

—Sí... claro. Él es un *slicker*.

Pasaron dos noches para obtener una definición exacta. El *slicker* era guapo o de aspecto limpio; tenía cerebro, cerebro social, es decir, y utilizaba todos los medios en el amplio camino de la honestidad para salir adelante, ser popular, admirado y nunca estar en problemas. Vestía bien, era particularmente pulcro en su apariencia, y derivaba su nombre del hecho de que su cabello se llevaba inevitablemente corto, empapado en agua o tónico, partido por la mitad y peinado hacia atrás como dictaba la moda del momento. Los *slickers* de ese año habían adoptado gafas de carey como insignias de su condición, y esto los hacía tan fáciles de reconocer que Amory y Rahill nunca se perdían uno. El *slicker* parecía distribuido por toda la escuela, siempre un poco más sabio y astuto que sus contemporáneos, dirigiendo algún equipo u otro, y manteniendo su inteligencia cuidadosamente oculta.

Amory encontró que el *slicker* era una clasificación muy valiosa hasta su tercer año en la universidad, cuando el contorno se volvió tan borroso e indeterminado que tuvo que subdividirse muchas veces, y se convirtió solo en una cualidad. El ideal secreto de Amory tenía todas las cualificaciones del *slicker*, pero, además, coraje y un tremendo cerebro y talentos; también Amory le concedía una veta extraña que era bastante irreconciliable con el *slicker* propiamente dicho.

Esta fue una primera ruptura real con la hipocresía de la tradición escolar. El *slicker* era un elemento definido de éxito, que difería intrínsecamente del «pez gordo» de la escuela preparatoria.

«EL SLICKER»

1. Sentido inteligente de los valores sociales.
2. Viste bien. Finge que la vestimenta es superficial, pero sabe que no lo es.
3. Se dedica a las actividades en las que puede brillar.
4. Llega a la universidad y es, en un sentido mundial, exitoso.

5. Pelo engominado.

«EL PEZ GORDO»

1. Inclinado a la estupidez e inconsciente de los valores sociales.
2. Piensa que la vestimenta es superficial, y tiende a ser descuidado al respecto.
3. Se apunta a todo por sentido del deber.
4. Llega a la universidad y tiene un futuro problemático. Se siente perdido sin su círculo, y siempre dice que los días de escuela fueron los más felices, después de todo. Vuelve a la escuela y da discursos sobre lo que los chicos de St. Regis's están haciendo.
5. Pelo no engominado.

Amory se había decidido definitivamente por Princeton, aunque sería el único chico que entraría ese año desde St. Regis'. Yale tenía un romance y un glamour por las historias de Mineápolis, y los hombres de St. Regis' que habían sido «elegidos para *Skull and Bones*», pero Princeton lo atraía más, con su atmósfera de colores brillantes y su atractiva reputación de ser el club de campo más agradable de América. Empequeñecidos por los amenazantes exámenes de acceso a la universidad, los días de escuela de Amory se desvanecieron en el pasado. Años después, cuando regresó a St. Regis', parecía haber olvidado los éxitos del último curso, y solo podía imaginarse a sí mismo como el chico inadaptado que se había apresurado por los pasillos, ridiculizado por sus rabiosos contemporáneos enloquecidos de sentido común.

CAPÍTULO 2. AGUJAS Y GÁRGOLAS

Al principio, Amory solo notó la abundancia de luz solar que se deslizaba por los largos y verdes céspedes, danzaba en los cristales emplomados de las ventanas y nadaba alrededor de las cimas de agujas, torres y muros almenados. Poco a poco se dio cuenta de que realmente estaba caminando por University Place, cohibido por su maleta, desarrollando una nueva tendencia a mirar fijamente al frente cuando se cruzaba con alguien. Varias veces podría haber jurado que algunos hombres se giraban para mirarlo críticamente. Se preguntó vagamente si había algo mal en su ropa y deseó haberse afeitado esa mañana en el tren. Se sentía innecesariamente rígido y torpe entre aquellos jóvenes de franela blanca y cabeza descubierta, que debían de ser de los últimos cursos, a juzgar por el *savoir faire* con el que paseaban.

Descubrió que el número 12 de University Place era una mansión grande y destalada, en ese momento aparentemente deshabitada, aunque sabía que normalmente albergaba a una docena de novatos. Tras una rápida escaramuza con su casera, salió a hacer un recorrido de exploración, pero apenas había avanzado una manzana cuando se sintió horriblemente consciente de que debía de ser el único hombre de la ciudad que llevaba sombrero. Regresó apresuradamente al número 12, dejó su bombín y, saliendo con la cabeza descubierta, deambuló por Nassau Street, deteniéndose a investigar una exposición de fotografías de atletas en el escaparate de una tienda, incluida una grande de Allenby, el capitán de fútbol, y luego atraído por el letrero «Jigger Shop» sobre el escaparate de una confitería. Esto le sonaba familiar, así que entró despreocupadamente y se sentó en un taburete alto.

—Un *sundae* de chocolate —le dijo a una persona de color.

—¿*Jigger* doble de chocolate? ¿Algo más?

—Pues... sí.

—¿Bollito de bacon?

—Pues... sí.

Se comió cuatro de estos, encontrándolos de agradable sabor, y luego consumió otro *jigger* doble de chocolate antes de que la calma descendiera sobre él. Tras una inspección superficial de las fundas de almohada, los banderines de cuero y las Chicas Gibson que cubrían las paredes, se fue y continuó por Nassau Street con las manos en los bolsillos. Poco a poco fue aprendiendo a distinguir entre los estudiantes de cursos superiores y los recién llegados, aunque la gorra de novato no aparecería hasta el lunes siguiente. Los que se sentían demasiado obviamente, demasiado nerviosamente en casa eran los novatos, pues a medida que cada tren traía un nuevo contingente, este era inmediatamente absorbido por la multitud sin sombrero, de zapatos blancos y cargada de libros, cuya función parecía ser vagar interminablemente calle arriba y calle abajo, emitiendo grandes nubes de humo de pipas nuevas a estrenar. Por la tarde, Amory se dio cuenta de que ahora los recién llegados lo tomaban por un estudiante de curso superior, y trató concienzudamente de parecer a la vez agradablemente displicente y casualmente crítico, que era lo más cerca que podía analizar la expresión facial predominante.

A las cinco en punto sintió la necesidad de oír su propia voz, así que se retiró a su casa para ver si había llegado alguien más. Tras subir las desvenecijadas escaleras, escrutó su habitación con resignación, concluyendo que era inútil intentar una decoración más inspirada que banderolas de la promoción y cuadros de tigres. Llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Un rostro delgado con ojos grises y una sonrisa humorística apareció en el umbral.

—¿Tienes un martillo?

—No... lo siento. Quizás la señora Doce, o como se llame, tenga uno.

El desconocido avanzó hacia la habitación.

—¿Eres un interno de este manicomio?

Amory asintió.

—Una birria de granero para el alquiler que pagamos.

Amory tuvo que estar de acuerdo en que lo era.

—Pensé en el campus —dijo él—, pero dicen que hay tan pocos novatos que se sienten perdidos. Tienen que quedarse sentados estudiando para tener algo que hacer.

El hombre de los ojos grises decidió presentarse.

—Mi nombre es Holiday.

—El mío es Blaine.

Se dieron la mano con el elegante saludo bajo que estaba de moda.

Amory sonrió.

—¿Dónde estudiaste la preparatoria?

—En Andover... ¿y tú?

—En St. Regis's.

—Ah, ¿sí? Tuve un primo allí.

Discutieron a fondo sobre el primo, y luego Holiday anunció que iba a cenar con su hermano a las seis.

—Ven con nosotros a picar algo.

—De acuerdo.

En el Kenilworth, Amory conoció a Burne Holiday —el de los ojos gris-
es era Kerry— y durante una comida limpida de sopa aguada y verduras
anémicas, observaron a los otros novatos, que se sentaban en pequeños gru-
pos con aspecto muy incómodo, o en grandes grupos que parecían sentirse
muy a gusto.

—He oído que el Commons es bastante malo —dijo Amory.

—Ese es el rumor. Pero tienes que comer allí... o pagar de todos modos.

—¡Un crimen!

—¡Una imposición!

—Oh, en Princeton tienes que tragar con todo el primer año. Es como una maldita escuela preparatoria.

Amory asintió.

—Mucha energía, sin embargo —insistió—. No habría ido a Yale ni por un millón.

—Yo tampoco.

—¿Vas a apuntarte a algo? —inquirió Amory al hermano mayor.

—Yo no. Burne va a intentar entrar en el *Prince*... el *Daily Princetonian*, ya sabes.

—Sí, lo sé.

—¿Tú vas a apuntarte a algo?

—Pues... sí. Voy a probar suerte en el fútbol de novatos.

—¿Jugabas en St. Regis's?

—Algo —admitió Amory con modestia—, pero me estoy quedando muy delgado.

—No estás delgado.

—Bueno, el otoño pasado estaba más fornido.

—¡Ah!

Después de cenar fueron al cine, donde a Amory le fascinaron los comentarios desenvueltos de un hombre que estaba delante de él, así como los gritos y alardos salvajes.

—¡Yujú!

—¡Oh, cariño... eres tan grande y fuerte, pero, oh, tan tierno!

—¡El beso!

—¡Oh, el beso!

—¡Bésala, besa a esa dama, rápido!

—¡Oh-h-h...!

Un grupo empezó a silbar «By the Sea», y el público se unió ruidosamente. A esto le siguió una canción indistinguible que incluía muchos zapeos y luego una endecha interminable e incoherente.

«¡Oh-h-h-h-h!

Ella trabaja en una fábrica de mermelada

Y... eso-puede-estar-bien

Pero a mí no me engañas

Porque sé... MALDITA SEA...

¡Que NO-hace-mermelada-toda-la-noche!

¡Oh-h-h-h!»

Mientras salían empujándose, dando y recibiendo curiosas miradas impersonales, Amory decidió que le gustaba el cine, que quería disfrutarlo como lo había disfrutado la fila de estudiantes de cursos superiores de delante, con los brazos sobre los respaldos de los asientos, sus comentarios gaélicos y cáusticos, su actitud una mezcla de ingenio crítico y diversión tolerante.

—¿Quieres un *sundae*... digo, un *jigger*? —preguntó Kerry.

—Claro.

Cenaron copiosamente y luego, todavía deambulando, regresaron tranquilamente al número 12.

—Noche maravillosa.

—Es una pasada.

—¿Vais a deshacer las maletas?

—Supongo. Vamos, Burne.

Amory decidió sentarse un rato en los escalones de la entrada, así que les dio las buenas noches.

Los grandes tapices de los árboles se habían oscurecido hasta convertirse en fantasmas en el último borde del crepúsculo. La luna temprana había empapado los arcos de un azul pálido y, tejiéndose sobre la noche, entrando y saliendo de las etéreas grietas de la luna, barrió una canción, una canción

con más que un toque de tristeza, infinitamente fugaz, infinitamente melancólica.

Recordó que un exalumno de los noventa le había contado una de las diversiones de Booth Tarkington: pararse en medio del campus en las altas horas de la madrugada y cantar canciones de tenor a las estrellas, despertando emociones encontradas en los estudiantes acostados según el sentimiento de sus estados de ánimo.

Ahora, muy abajo en la sombría línea de University Place, una falange vestida de blanco rompió la penumbra, y figuras marchando, de camisa blanca, de pantalón blanco, avanzaban rítmicamente por la calle, con los brazos enlazados y las cabezas echadas hacia atrás:

«Volviendo... volviendo,
Volviendo... a... Nassau... Hall,
Volviendo... volviendo...
Al... Mejor... Lugar... de... Todos.
Volviendo... volviendo,
De toda... esta... esfera... terrenal,
Despejaremos... la... vía... al... regresar...
¡Volviendo... a... Nassau... Hall!»

Amory cerró los ojos mientras la procesión fantasmal se acercaba. La canción se elevó tan alto que todos se callaron excepto los tenores, que llevaron la melodía triunfalmente más allá del punto de peligro y la cedieron al coro fantástico. Entonces Amory abrió los ojos, medio temeroso de que la vista estropeara la rica ilusión de armonía.

Suspiró con avidez. Allí, a la cabeza del pelotón blanco, marchaba Allenby, el capitán de fútbol, esbelto y desafiante, como si fuera consciente de que ese año las esperanzas de la universidad descansaban en él, que se esperaba que sus setenta y dos kilos esquivaran hacia la victoria a través de las pesadas líneas azules y carmesí.

Fascinado, Amory observó cada fila de brazos enlazados a medida que llegaban a su altura, los rostros indistintos sobre las camisas de polo, las vo-

ces fundidas en un peán de triunfo... y luego la procesión pasó a través del sombrío Arco Campbell, y las voces se desvanecieron mientras serpenteaba hacia el este por el campus.

Pasaron los minutos y Amory se quedó allí muy quieto. Lamentó la regla que prohibiría a los novatos estar fuera después del toque de queda, pues quería deambular por los senderos sombríos y perfumados, donde Wither-spoon meditaba como una madre oscura sobre Whig y Clio, sus hijos áticos, donde la serpiente gótica y negra de Little se enroscaba hasta Cuyler y Patton, estos a su vez arrojando el misterio sobre la plácida pendiente que descendía hasta el lago.

El Princeton diurno se filtró lentamente en su conciencia: West y Re-union, con reminiscencias de los años sesenta, Seventy-nine Hall, rojo ladrillo y arrogante, Upper y Lower Pyne, damas isabelinas aristocráticas no del todo contentas de vivir entre tenderos, y, coronándolo todo, ascendiendo con clara aspiración azul, las grandes agujas soñadoras de las torres Holder y Cleveland.

Desde el principio amó Princeton: su belleza perezosa, su significado a medio comprender, el salvaje jolgorio a la luz de la luna de las novatadas, las multitudes guapas y prósperas de los grandes partidos, y bajo todo ello el aire de lucha que impregnaba su promoción. Desde el día en que, con los ojos desorbitados y exhaustos, los novatos en camiseta de deporte se sentaron en el gimnasio y eligieron a alguien de la Hill School como presidente de la promoción, a una celebridad de Lawrenceville como vicepresidente, a una estrella de hockey de St. Paul's como secretario, hasta el final del segundo año, nunca cesó ese sistema social sofocante, esa adoración, rara vez nombrada, nunca realmente admitida, del fantasma del «Pez Gordo».

Primero fueron las escuelas, y Amory, el único de St. Regis', observó cómo las multitudes se formaban, se ampliaban y volvían a formarse; los de St. Paul's, Hill, Pomfret, comiendo en ciertas mesas tácitamente reservadas en el Commons, vistiéndose en sus propios rincones del gimnasio, y levantando inconscientemente a su alrededor una barrera de los ligeramente menos importantes pero socialmente ambiciosos para protegerlos del elemento amigable y bastante perplejo de las escuelas públicas. Desde el momento en que se dio cuenta de esto, Amory resintió las barreras sociales

como distinciones artificiales hechas por los fuertes para apuntalar a sus débiles secuaces y mantener fuera a los casi fuertes.

Habiendo decidido ser uno de los dioses de la promoción, se presentó a los entrenamientos de fútbol de novatos, pero en la segunda semana, jugando como *quarter-back*, ya reseñado en las esquinas del *Princetonian*, se torció gravemente la rodilla, lo suficiente como para dejarlo fuera el resto de la temporada. Esto le obligó a retirarse y a considerar la situación.

«12 Univee» albergaba una docena de variopintos signos de interrogación. Había tres o cuatro chicos discretos y bastante asustados de Lawrenceville, dos salvajes aficionados de una escuela privada de Nueva York (Kerry Holiday los bautizó como los «borrachos plebeyos»), un joven judío, también de Nueva York, y, como compensación para Amory, los dos Holiday, por quienes sintió una simpatía instantánea.

Se rumoreaba que los Holiday eran gemelos, pero en realidad el de pelo oscuro, Kerry, era un año mayor que su rubio hermano, Burne. Kerry era alto, con ojos grises humorísticos y una sonrisa repentina y atractiva; se convirtió de inmediato en el mentor de la casa, segador de espigas que crecían demasiado altas, censor de la vanidad, vendedor de un humor raro y satírico. Amory desplegó la mesa de su futura amistad con todas sus ideas de lo que la universidad debía y significaba. Kerry, poco inclinado por el momento a tomarse las cosas en serio, lo reprendió suavemente por ser curioso en este momento inoportuno sobre las complejidades del sistema social, pero le agradó y se sintió a la vez interesado y divertido.

Burne, rubio, silencioso y concentrado, aparecía en la casa solo como una aparición atareada, deslizándose silenciosamente por la noche y saliendo de nuevo temprano por la mañana para adelantar su trabajo en la biblioteca — competía para el *Princetonian*, furiosamente contra otros cuarenta por el codiciado primer puesto. En diciembre enfermó de difteria, y otro ganó la competición, pero, al volver a la universidad en febrero, se lanzó intrépidamente a por el premio de nuevo. Necesariamente, la relación de Amory con él se limitaba a charlas de tres minutos, yendo y viniendo de las clases, por lo que no logró penetrar en el único interés absorbente de Burne y descubrir qué había debajo de él.

Amory distaba mucho de estar contento. Echaba de menos el lugar que se había ganado en St. Regis', el ser conocido y admirado, pero Princeton lo

estimulaba, y había muchas cosas por delante calculadas para despertar al Maquiavelo latente en él, si tan solo pudiera introducir una cuña. Los clubes de cursos superiores, sobre los cuales había sonsacado a un reticente graduado el verano anterior, excitaban su curiosidad: Ivy, distante y sofocantemente aristocrático; Cottage, una impresionante mezcla de brillantes aventureros y filántropos bien vestidos; Tiger Inn, de hombros anchos y atlético, vitalizado por una honesta elaboración de los estándares de la escuela preparatoria; Cap and Gown, antialcohólico, ligeramente religioso y políticamente poderoso; el extravagante Colonial; el literario Quadrangle; y la docena de otros, que variaban en edad y posición.

Cualquier cosa que pusiera a un estudiante de los primeros cursos bajo una luz demasiado deslumbrante era etiquetada con la marca condenatoria de «pasarse de la raya». Los cines prosperaban con comentarios cáusticos, pero los hombres que los hacían generalmente se pasaban de la raya; hablar de clubes era pasarse de la raya; defender algo con demasiada vehemencia, como, por ejemplo, las fiestas de borrachera o la abstinencia total, era pasarse de la raya; en resumen, ser personalmente conspicuo no se toleraba, y el hombre influyente era el hombre reservado, hasta que en las elecciones de clubes en el segundo año todos quedaran encerrados en algún saco para el resto de su carrera universitaria.

Amory descubrió que escribir para la *Nassau Literary Magazine* no le daría nada, pero que estar en la junta del *Daily Princetonian* le daría a cualquiera mucho. Su vago deseo de hacer una actuación inmortal con la English Dramatic Association se desvaneció cuando descubrió que los cerebros y talentos más ingeniosos se concentraban en el Triangle Club, una organización de comedia musical que cada año realizaba una gran gira navideña. Mientras tanto, sintiéndose extrañamente solo e inquieto en el Commons, con nuevos deseos y ambiciones agitándose en su mente, dejó pasar el primer trimestre entre la envidia de los éxitos embrionarios y una perpleja zozobra con Kerry sobre por qué no eran aceptados inmediatamente entre la élite de la promoción.

Muchas tardes holgazaneaban en las ventanas del 12 de Univee y observaban a la promoción pasar hacia y desde el Commons, notando a los satélites que ya se unían a los más prominentes, observando al empollón solitario con su paso apresurado y la vista baja, envidiando la feliz seguridad de los grandes grupos escolares.

—¡Somos la maldita clase media, eso es lo que somos! —se quejó a Kerry un día mientras yacía estirado en el sofá, consumiendo una familia de Fátimas con precisión contemplativa.

—Bueno, ¿y por qué no? Vinimos a Princeton para poder sentirnos así con respecto a las universidades pequeñas: tener ventaja sobre ellas, más confianza en nosotros mismos, vestir mejor, dejar huella...

—Oh, no es que me importe el brillante sistema de castas —admitió Amory—. Me gusta tener un puñado de peces gordos en la cima, pero, Dios, Kerry, tengo que ser uno de ellos.

—Pero ahora mismo, Amory, solo eres un sudoroso burgués.

Amory permaneció un momento sin hablar.

—No lo seré... por mucho tiempo —dijo finalmente—. Pero odio conseguir algo a base de trabajar por ello. Se notarán las marcas, ¿sabes?

—Cicatrices honorables. —Kerry estiró el cuello de repente hacia la calle—. Ahí está Languedoc, si quieres ver qué aspecto tiene... y Humbird justo detrás.

Amory se levantó dinámicamente y buscó las ventanas.

—Oh —dijo, escrutando a estos prohombres—, Humbird parece un portento, pero este Languedoc... es del tipo rudo, ¿no? Desconfío de esa clase. Todos los diamantes parecen grandes en bruto.

—Bueno —dijo Kerry, mientras la excitación amainaba—, eres un genio literario. Depende de ti.

—Me pregunto... —Amory hizo una pausa— si podría serlo. Honestamente, a veces lo creo. Eso suena fatal, y no se lo diría a nadie excepto a ti.

—Bueno... adelante. Déjate crecer el pelo y escribe poemas como ese tipo D'Invilliers en el *Lit*.

Amory alcanzó perezosamente una pila de revistas sobre la mesa.

—¿Has leído su último esfuerzo?

—Nunca me los pierdo. Son una rareza.

Amory ojeó el número.

—¡Vaya! —dijo sorprendido—, es un novato, ¿no?

—Sí.

—¡Escucha esto! ¡Dios mío!

«Habla una dama de servicio:

El terciopelo negro arrastra sus pliegues sobre el día,

Cirios blancos, prisioneros en sus marcos de plata,

Ondean sus finas llamas como sombras en el viento,

Pia, Pompia, venid... venid ya...»

—Ahora, ¿qué demonios significa eso?

—Es una escena de despensa.

«Sus dedos de los pies están rígidos como los de una cigüeña en vuelo;

Yace sobre su lecho, sobre las sábanas blancas,

Sus manos presionadas sobre su liso busto como una santa,

¡Bella Cunizza, sal a la luz!»

—Dios mío, Kerry, ¿de qué demonios va todo esto? Juro que no le pillo el punto, y eso que yo también soy un ave literaria.

—Es bastante rebuscado —dijo Kerry—, solo que tienes que pensar en coches fúnebres y leche pasada cuando lo lees. Ese no es tan apasionado como algunos de ellos.

Amory arrojó la revista sobre la mesa.

—Bueno —suspiró—, ciertamente estoy hecho un lío. Sé que no soy un tipo normal, pero detesto a cualquiera que no lo sea. No puedo decidir si cultivar mi mente y ser un gran dramaturgo, o hacerle un corte de mangas al *Golden Treasury* y ser un *slicker* de Princeton.

—¿Por qué decidir? —sugirió Kerry—. Mejor déjate llevar, como yo. Voy a lanzarme a la fama aupado a los faldones de Burne.

—No puedo dejarme llevar; quiero estar interesado. Quiero mover los hilos, incluso para otro, o ser presidente del *Princetonian* o del Triangle Club. Quiero ser admirado, Kerry.

—Estás pensando demasiado en ti mismo.

Amory se incorporó ante esto.

—No. También estoy pensando en ti. Tenemos que salir y mezclarnos con la promoción ahora mismo, cuando es divertido ser un esnob. Me gustaría llevar a una sardina al baile de fin de curso en junio, por ejemplo, pero no lo haría a menos que pudiera ser condenadamente elegante al respecto: presentarla a todos los lagartijos de salón de postín, y al capitán de fútbol, y todas esas cosas sencillas.

—Amory —dijo Kerry con impaciencia—, solo estás dando vueltas en círculo. Si quieres ser prominente, sal e inténtalo; si no, tómatelo con calma. —Bostezó—. Vamos, dejemos que el humo se disipe. Bajaremos a ver el entrenamiento de fútbol.

Amory aceptó gradualmente este punto de vista, decidió que el próximo otoño inauguraría su carrera y se abandonó a observar a Kerry extraer alegría del 12 de Univee.

Llenaron la cama del joven judío con tarta de limón; apagaban el gas en toda la casa cada noche soplando en el mechero de la habitación de Amory, para desconcierto de la señora Doce y del fontanero local; colocaron las pertenencias de los borrachos plebeyos —cuadros, libros y muebles— en el cuarto de baño, para confusión de la pareja, que descubrió vagamente la transposición a su regreso de una juerga en Trenton; se sintieron decepcionados sin medida cuando los borrachos plebeyos decidieron tomárselo a broma; jugaron al *red-dog*, al veintiuno y al *jackpot* desde la cena hasta el amanecer, y con motivo del cumpleaños de uno de ellos lo persuadieron para que comprara suficiente champán para una celebración hilarante. Como el donante de la fiesta se había mantenido sobrio, Kerry y Amory lo tiraron accidentalmente por dos tramos de escaleras y acudieron, avergonzados y penitentes, a la enfermería durante toda la semana siguiente.

—Oye, ¿quiénes son todas estas mujeres? —demandó Kerry un día, protestando por el tamaño del correo de Amory—. He estado mirando los matasellos últimamente: Farmington y Dobbs y Westover y Dana Hall... ¿cuál es la idea?

Amory sonrió.

—Todas de las Ciudades Gemelas. —Las enumeró—. Está Marylyn De Witt, es guapa, tiene su propio coche y eso es muy conveniente; está Sally Weatherby, se está poniendo demasiado gorda; está Myra St. Claire, es una antigua llama, fácil de besar si te gusta...

—¿Qué rollo les sueltas? —demandó Kerry—. Lo he intentado todo, y las graciosillas ni siquiera me tienen miedo.

—Tú eres del tipo «chico bueno» —sugirió Amory.

—Ese es el problema. Mamá siempre siente que la chica está a salvo si está conmigo. Honestamente, es molesto. Si empiezo a cogerle la mano a alguien, se ríen de mí y me dejan, como si no fuera parte de ellas. Tan pronto como cojo una mano, como que la desconectan del resto de su cuerpo.

—Ponte de mal humor —sugirió Amory—. Diles que eres un salvaje y haz que te reformen... vete a casa furioso... vuelve en media hora... sorpréndelas.

Kerry negó con la cabeza.

—Ninguna posibilidad. Le escribí a una chica de St. Timothy una carta realmente amorosa el año pasado. En un momento me confundí y dije: «¡Dios mío, cómo te quiero!». Cogió unas tijeras de uñas, recortó el «Dios mío» y enseñó el resto de la carta por toda la escuela. No funciona en absoluto. Solo soy «el buenazo de Kerry» y toda esa porquería.

Amory sonrió e intentó imaginarse a sí mismo como «el buenazo de Amory». Fracasó por completo.

Febrero goteaba nieve y lluvia, pasaron los ciclónicos exámenes de mitad de curso de los novatos, y la vida en el 12 de Univee continuó siendo interesante, si no útil. Una vez al día, Amory se permitía un sandwich club, cereales y patatas juliana en «Joe's», acompañado generalmente por Kerry o Alec Connage. Este último era un *slicker* tranquilo y bastante distante de Hotchkiss, que vivía al lado y compartía la misma soltería forzada que Amory, debido a que toda su promoción se había ido a Yale. «Joe's» era antiestético y ligeramente insalubre, pero se podía abrir allí una cuenta de crédito ilimitada, una comodidad que Amory apreciaba. Su padre había estado experimentando con acciones mineras y, en consecuencia, su asignación, aunque generosa, no era en absoluto lo que había esperado.

«Joe's» tenía la ventaja adicional del aislamiento de los curiosos ojos de los cursos superiores, así que a las cuatro de la tarde, Amory, acompañado de un amigo o un libro, subía a experimentar con su digestión. Un día de marzo, al encontrar que todas las mesas estaban ocupadas, se deslizó en una silla frente a un novato que se inclinaba intensamente sobre un libro en la última mesa. Se saludaron brevemente con la cabeza. Durante veinte minutos, Amory estuvo consumiendo bollitos de bacon y leyendo «La profesión de la señora Warren» (había descubierto a Shaw por pura casualidad mientras curioseaba en la biblioteca durante los exámenes de mitad de curso); el otro novato, también concentrado en su volumen, mientras tanto despachaba un trío de batidos de malta con chocolate.

Poco a poco, los ojos de Amory se desviaron con curiosidad hacia el libro de su compañero de almuerzo. Deleteó el nombre y el título al revés: «Marpessa», de Stephen Phillips. Esto no le decía nada, ya que su educación métrica se había limitado a clásicos dominicales como «Ven al jardín, Maude», y los fragmentos de Shakespeare y Milton que le habían impuesto recientemente.

Movido a dirigirse a su *vis-à-vis*, simuló interés en su libro por un momento, y luego exclamó en voz alta como si fuera involuntariamente:

—¡Ja! ¡Qué bueno!

El otro novato levantó la vista y Amory fingió una vergüenza artificial.

—¿Se refiere a sus bollitos de bacon? —Su voz cascada y amable iba bien con las grandes gafas y la impresión de una voluminosa agudeza que daba.

—No —respondió Amory—. Me refería a Bernard Shaw. —Giró el libro para explicarlo.

—Nunca he leído a Shaw. Siempre he querido hacerlo. —El chico hizo una pausa y luego continuó—: ¿Ha leído alguna vez a Stephen Phillips, o le gusta la poesía?

—Sí, por supuesto —afirmó Amory con entusiasmo—. Aunque no he leído mucho de Phillips. (Nunca había oído hablar de ningún Phillips excepto del difunto David Graham).

—Está bastante bien, creo. Por supuesto, es un victoriano. —Se enzarzaron en una discusión sobre poesía, en el transcurso de la cual se presentaron, y el compañero de Amory resultó ser nada menos que «ese horrible intelectual, Thomas Parke D'Invilliers», que firmaba los apasionados poemas de amor en el *Lit*. Tenía, quizás, diecinueve años, con los hombros encorvados, ojos azul pálido y, como Amory pudo deducir por su apariencia general, sin mucha idea de la competencia social y tales fenómenos de absorbente interés. Aun así, le gustaban los libros, y parecía una eternidad desde que Amory había conocido a alguien que lo hiciera; si tan solo ese grupo de St. Paul's en la mesa de al lado no lo confundiera a él también con un bicho raro, disfrutaría enormemente del encuentro. No parecían estar prestando atención, así que se dejó llevar, discutió sobre docenas de libros —libros que había leído, de los que había leído, libros de los que nunca había oído hablar—, recitando listas de títulos con la facilidad de un dependiente de Brentano's. D'Invilliers quedó parcialmente convencido y totalmente encantado. De buen grado, casi había decidido que Princeton era una parte de filisteos mortales y otra de empollones mortales, y encontrar a una persona que pudiera mencionar a Keats sin tartamudear, y que evidentemente se lavaba las manos, era todo un placer.

—¿Ha leído alguna vez a Oscar Wilde? —preguntó.

—No. ¿Quién lo escribió?

—Es un hombre... ¿no lo sabe?

—Oh, por supuesto. —Una débil cuerda vibró en la memoria de Amory—. ¿No se escribió la ópera cómica «*Patience*» sobre él?

—Sí, ese es el tipo. Acabo de terminar un libro suyo, «*El retrato de Dorian Gray*», y ciertamente me gustaría que lo leyera. Le gustaría. Puede tomarlo prestado si quiere.

—Vaya, me gustaría mucho... gracias.

—¿No quiere subir a la habitación? Tengo algunos otros libros.

Amory vaciló, miró al grupo de St. Paul's —uno de ellos era el magnífico y exquisito Humbird— y consideró cuán determinante sería la adición de este amigo. Nunca llegaba a la etapa de hacerlos y deshacerse de ellos, no era lo suficientemente duro para eso, así que sopesó las indudables atracciones y el valor de Thomas Parke D'Invilliers contra la amenaza de los

ojos fríos detrás de las gafas con montura de carey que imaginó que lo miraban fijamente desde la mesa de al lado.

—Sí, iré.

Así encontró «Dorian Gray» y la «Mística y Sombría Dolores» y la «Belle Dame sans Merci»; durante un mes no se interesó por nada más. El mundo se volvió pálido e interesante, y se esforzó por mirar a Princeton a través de los ojos hastiados de Oscar Wilde y Swinburne —o «Fingal O'Flaherty» y «Algernon Charles», como los llamaba en una broma preciosa. Leyó enormemente cada noche: Shaw, Chesterton, Barrie, Pinero, Yeats, Synge, Ernest Dowson, Arthur Symons, Keats, Sudermann, Robert Hugh Benson, las óperas de Savoy... solo una mezcla heterogénea, pues de repente descubrió que no había leído nada en años.

Tom D'Invilliers se convirtió al principio en una ocasión más que en un amigo. Amory lo veía una vez por semana, y juntos doraron el techo de la habitación de Tom y decoraron las paredes con tapices de imitación, comprados en una subasta, altos candelabros y cortinas estampadas. A Amory le gustaba por ser inteligente y literario sin afeminamiento ni afectación. De hecho, Amory era el que más se pavoneaba e intentaba dolorosamente convertir cada comentario en un epigrama, que, si uno se contenta con epigramas aparentes, hay muchas hazañas más difíciles. En el 12 de Univee se dijeron. Kerry leyó «Dorian Gray» y simuló ser Lord Henry, siguiendo a Amory por todas partes, dirigiéndose a él como «Dorian» y fingiendo alejarse en él fantasías perversas y atenuadas tendencias al *ennui*. Cuando lo llevó al Commons, para asombro de los demás en la mesa, Amory se sintió furiosamente avergonzado, y después de eso solo hizo epigramas ante D'Invilliers o un espejo conveniente.

Un día, Tom y Amory intentaron recitar sus propios poemas y los de Lord Dunsany con la música del gramófono de Kerry.

—¡Canta! —gritó Tom—. ¡No recites! ¡Canta!

Amory, que estaba actuando, pareció molesto y afirmó que necesitaba un disco con menos piano. Kerry entonces rodó por el suelo en una risa ahogada.

—¡Pon «Corazones y Flores»! —aulló—. ¡Oh, Dios mío, voy a parir un gatito!

—¡Apaga ese maldito gramófono! —gritó Amory, bastante rojo—. No estoy dando una exhibición.

Mientras tanto, Amory intentaba delicadamente despertar un sentido del sistema social en D'Invilliers, pues sabía que este poeta era en realidad más convencional que él, y solo necesitaba pelo engominado, un rango de conversación más pequeño y un sombrero marrón más oscuro para volverse bastante normal. Pero la liturgia de los cuellos Livingstone y las corbatas oscuras cayó en oídos sordos; de hecho, D'Invilliers resintió débilmente sus esfuerzos; así que Amory se limitó a visitarlo una vez por semana, y lo llevaba ocasionalmente al 12 de Univee. Esto causó leves risitas entre los otros novatos, que los llamaban «Doctor Johnson y Boswell».

Alec Connage, otro visitante frecuente, le caía bien de una manera vaga, pero le tenía miedo por ser un intelectual. Kerry, que veía a través de su palabrería poética las profundidades sólidas, casi respetables, que había dentro, se divertía inmensamente y le hacía recitar poesía durante horas, mientras yacía con los ojos cerrados en el sofá de Amory y escuchaba:

«¿Dormida o despierta? pues su cuello
Besado muy de cerca, luce aún una mota púrpura
Donde la sangre dolorida flaquea y se apaga;
Suave y suavemente picada, más bella por una mancha...»

—Eso está bien —decía Kerry suavemente—. Le agrada al mayor de los Holiday. Supongo que es un gran poeta. —Tom, encantado de tener audiencia, divagaba a través de los «Poemas y Baladas» hasta que Kerry y Amory se los sabían casi tan bien como él.

Amory se dedicó a escribir poesía en las tardes de primavera, en los jardines de las grandes fincas cerca de Princeton, mientras los cisnes creaban una atmósfera efectiva en los estanques artificiales, y nubes lentas navegaban armoniosamente sobre los sauce. Mayo llegó demasiado pronto, y de repente, incapaz de soportar las paredes, deambuló por el campus a todas horas bajo la luz de las estrellas y la lluvia.

UN INTERLUDIO HÚMEDO Y SIMBÓLICO

Cayó la niebla nocturna. Rodó desde la luna, se agrupó alrededor de las agujas y las torres, y luego se asentó debajo de ellas, de modo que los picos

soñadores permanecían en una elevada aspiración hacia el cielo. Las figuras que salpicaban el día como hormigas ahora se rozaban como fantasmas sombríos, entrando y saliendo del primer plano. Las salas y claustros góticos eran infinitamente más misteriosos al surgir de repente de la oscuridad, cada uno perfilado por miríadas de tenues cuadrados de luz amarilla. Indefinidamente, desde algún lugar, una campana retumbó el cuarto de hora, y Amory, deteniéndose junto al reloj de sol, se estiró cuan largo era sobre la hierba húmeda. El frescor bañó sus ojos y ralentizó el vuelo del tiempo, un tiempo que se había deslizado tan insidiosamente a través de las perezosas tardes de abril, que parecía tan intangible en los largos crepúsculos de primavera. Tarde tras tarde, el canto de los veteranos había flotado sobre el campus con una belleza melancólica, y a través del caparazón de su conciencia de estudiante se había abierto una profunda y reverente devoción por los muros grises y los picos góticos y todo lo que simbolizaban como almacenes de edades muertas.

La torre que a la vista de su ventana se alzaba, se convertía en una aguja, anhelando más alto hasta que su punta más alta era medio invisible contra los cielos matutinos, le dio la primera sensación de la fugacidad y la falta de importancia de las figuras del campus, excepto como portadores de la sucesión apostólica. Le gustaba saber que la arquitectura gótica, con su tendencia ascendente, era peculiarmente apropiada para las universidades, y la idea se volvió personal para él. Las silenciosas extensiones de verde, las tranquilas salas con una ocasional luz académica encendida hasta tarde, sostenían su imaginación con fuerza, y la castidad de la aguja se convirtió en un símbolo de esta percepción.

—Maldita sea —susurró en voz alta, mojándose las manos en la humedad y pasándoselas por el pelo—. ¡El año que viene trabajo! —Sin embargo, sabía que donde ahora el espíritu de las agujas y las torres lo hacía soñadoramente aquiescente, entonces lo sobrecogería. Donde ahora solo se daba cuenta de su propia intrascendencia, el esfuerzo le haría consciente de su propia impotencia e insuficiencia.

La universidad soñaba... despierta. Sintió una excitación nerviosa que podría haber sido el mismo latido de su lento corazón. Era un arroyo donde iba a arrojar una piedra cuya débil onda se desvanecería casi al dejar su mano. Hasta ahora no había dado nada, no había tomado nada.

Un novato rezagado, con su impermeable de hule raspando ruidosamente, chapoteó por el sendero blando. Una voz desde algún lugar gritó la fórmula inevitable: «¡Asoma la cabeza!», debajo de una ventana invisible. Cien pequeños sonidos de la corriente que fluía bajo la niebla finalmente presionaron su conciencia.

— ¡Oh, Dios! — gritó de repente, y se sobresaltó al oír el sonido de su voz en el silencio. La lluvia seguía goteando. Un minuto más permaneció sin moverse, con las manos apretadas. Luego se puso de pie de un salto y dio una palmada tentativa a su ropa.

— ¡Estoy muy mojado, carajo! — le dijo en voz alta al reloj de sol.

HISTÓRICO

La guerra comenzó en el verano siguiente a su primer año. Más allá de un interés deportivo en la carrera alemana hacia París, todo el asunto no logró ni emocionarlo ni interesarlo. Con la actitud que podría haber mantenido hacia un melodrama divertido, esperaba que fuera largo y sangriento. Si no hubiera continuado, se habría sentido como un espectador airado en un combate de boxeo donde los contendientes se negaban a pelear.

Esa fue toda su reacción.

«¡JA-JA HORTENSE!»

— ¡De acuerdo, *ponies*!

— ¡Animaos!

— ¡Eh, *ponies*! ¿Qué tal si dejáis el juego de dados y movéis esas caderas?

— ¡Eh, *ponies*!

El director echaba humo impotente, el presidente del Triangle Club, con el ceño fruncido por la ansiedad, variaba entre furiosos estallidos de autoridad y ataques de lasitud temperamental, cuando se sentaba sin espíritu y se preguntaba cómo diablos el espectáculo iba a salir de gira para Navidad.

— De acuerdo. Haremos la canción de los piratas.

Los *ponies* dieron las últimas caladas a sus cigarrillos y se colocaron en su sitio; la protagonista se precipitó al primer plano, colocando sus manos y

pies en un afectado contoneo; y mientras el director aplaudía y zapateaba y tarareaba y hacía da-da, ellos improvisaron un baile.

El Triangle Club era un gran hormiguero en ebullición. Daba una comedia musical cada año, viajando con el reparto, el coro, la orquesta y el escenario durante todas las vacaciones de Navidad. La obra y la música eran trabajo de los estudiantes, y el club en sí era la más influyente de las instituciones, con más de trescientos hombres compitiendo por entrar cada año.

Amory, tras una fácil victoria en la primera competición del *Princetonian* de segundo año, ocupó una vacante en el reparto como Aceite Hirviendo, un Teniente Pirata. Cada noche de la última semana habían ensayado «¡Ja-Ja Hortense!» en el Casino, desde las dos de la tarde hasta las ocho de la mañana, sostenidos por café oscuro y potente, y durmiendo en las clases durante el ínterin. Una escena singular, el Casino. Un auditorio grande, como un granero, salpicado de chicos como chicas, chicos como piratas, chicos como bebés; el escenario en proceso de ser montado violentamente; el encargado del foco ensayando lanzando extraños haces de luz a ojos furiosos; sobre todo, la afinación constante de la orquesta o el alegre *tumpty-tump* de una melodía del Triangle. El chico que escribe las letras está en un rincón, mordiendo un lápiz, con veinte minutos para pensar en un bis; el gerente discute con el secretario sobre cuánto dinero se puede gastar en «esos malditos trajes de lechera»; el antiguo graduado, presidente en el noventa y ocho, se posa en una caja y piensa cuánto más simple era en su época.

Cómo un espectáculo del Triangle llegaba a estrenarse era un misterio, pero era un misterio bullicioso, de todos modos, hicieras o no suficiente servicio para llevar un pequeño Triángulo de oro en la cadena de tu reloj. «¡Ja-Ja Hortense!» fue reescrita más de seis veces y tenía los nombres de nueve colaboradores en el programa. Todos los espectáculos del Triangle comenzaban siendo «algo diferente, no solo una comedia musical normal», pero cuando los varios autores, el presidente, el director y el comité de la facultad terminaban con ella, solo quedaba el viejo y fiable espectáculo del Triangle con los viejos y fiables chistes y el comediante estrella que era expulsado o se enfermaba o algo justo antes de la gira, y el hombre de barba oscura en el ballet de *ponies*, que «¡absolutamente no se afeitará dos veces al día, caray!».

Había un momento brillante en «¡Ja-Ja Hortense!». Es una tradición de Princeton que cada vez que un hombre de Yale que es miembro de la muy publicitada «Skull and Bones» oye mencionar el sagrado nombre, debe abandonar la sala. También es una tradición que los miembros tienen invariablemente éxito en la vida posterior, amasando fortunas o votos o cupones o lo que sea que elijan amasar. Por lo tanto, en cada representación de «¡Ja-Ja Hortense!», media docena de asientos se dejaban sin vender y eran ocupados por seis de los vagabundos de peor aspecto que se podían contratar en las calles, retocados además por el maquillador del Triangle. En el momento del espectáculo en que Brasa, el Jefe Pirata, señalaba su bandera negra y decía: «¡Soy un graduado de Yale... observad mi Calavera y Huesos!» —en ese mismo momento, los seis vagabundos recibían instrucciones de levantarse visiblemente y abandonar el teatro con miradas de profunda melancolía y una dignidad herida. Se afirmaba, aunque nunca se probó, que en una ocasión los Elis contratados fueron aumentados por uno de los de verdad.

Actuaron durante las vacaciones para la gente de moda de ocho ciudades. A Amory le gustaron más Louisville y Memphis: sabían cómo recibir a los extraños, proporcionaban un ponche extraordinario y ostentaban una asombrosa variedad de belleza femenina. Aprobó Chicago por un cierto brío que trascendía su fuerte acento; sin embargo, era una ciudad de Yale, y como se esperaba al Glee Club de Yale en una semana, el Triangle recibió solo un homenaje dividido. En Baltimore, Princeton estaba en casa, y todo el mundo se enamoró. Hubo un consumo adecuado de bebidas espirituosas a lo largo de toda la gira; un hombre invariablemente salía al escenario muy estimulado, afirmando que su particular interpretación del papel lo requería. Había tres vagones privados; sin embargo, nadie dormía excepto en el tercer vagón, que se llamaba el «vagón de los animales», y donde se apiñaban los instrumentistas de viento con gafas de la orquesta. Todo era tan apresurado que no había tiempo para aburrirse, pero cuando llegaron a Filadelfia, con las vacaciones casi terminadas, fue un descanso salir de la pesada atmósfera de flores y grasa de maquillaje, y los *ponies* se quitaron los corsés con dolores abdominales y suspiros de alivio.

Cuando llegó la disolución, Amory partió a toda prisa hacia Mineápolis, pues la prima de Sally Weatherby, Isabelle Borge, iba a pasar el invierno en Mineápolis mientras sus padres se iban al extranjero. Recordaba a Isabelle

solo como una niña pequeña con la que había jugado a veces cuando fue por primera vez a Mineápolis. Se había ido a vivir a Baltimore, pero desde entonces había desarrollado un pasado.

Amory estaba en pleno apogeo, confiado, nervioso y exultante. Volver corriendo a Mineápolis para ver a una chica que había conocido de niño parecía lo más interesante y romántico que podía hacer, así que sin remordimientos telegrafió a su madre que no lo esperara... se sentó en el tren y pensó en sí mismo durante treinta y seis horas.

«PETTING»

En la gira del Triangle, Amory había entrado en contacto constante con ese gran fenómeno estadounidense del momento, la «fiesta de sobeteo» (*petting party*).

Ninguna de las madres victorianas —y la mayoría de las madres eran victorianas— tenía idea de la naturalidad con la que sus hijas estaban acostumbradas a ser besadas. «Las sirvientas son así», le dice la señora Huston-Carmelite a su popular hija. «Primero las besan y después les piden matrimonio».

Pero la Hija Popular (H. P.) se compromete cada seis meses entre los dieciséis y los veintidós, cuando arregla un matrimonio con el joven Ham-bell, de Cambell & Ham-bell, quien fatuamente se considera su primer amor, y entre compromisos la H. P. (es seleccionada por el sistema de cortar bailes, que favorece la supervivencia del más apto) tiene otros besos sentimentales de despedida a la luz de la luna, o a la luz del fuego, o en la oscuridad exterior.

Amory vio a chicas hacer cosas que incluso en su memoria habrían sido imposibles: tomar cenas después del baile a las tres de la mañana en cafés imposibles, hablar de todos los aspectos de la vida con un aire mitad de seriedad, mitad de burla, pero con una excitación furtiva que Amory consideraba que representaba una verdadera relajación moral. Pero nunca se dio cuenta de lo extendido que estaba hasta que vio las ciudades entre Nueva York y Chicago como una vasta intriga juvenil.

Tarde en el Plaza, con el crepúsculo invernal cerniéndose afuera y débiles tambores abajo... se pavonean e inquietan en el vestíbulo, tomando otro cóctel, escrupulosamente ataviados y esperando. Entonces las puertas gira-

torias giran y tres bultos de piel entran con pasos menudos. Después viene el teatro; luego una mesa en el Midnight Frolic —por supuesto, mamá estará allí, pero solo servirá para hacer las cosas más secretas y brillantes mientras se sienta en solitario esplendor en la mesa desierta y piensa que entretenimientos como este no son ni la mitad de malos de lo que los pintan, solo bastante agotadores. Pero la H. P. está enamorada de nuevo... era extraño, ¿no? —que aunque quedaba mucho espacio en el taxi, la H. P. y el chico de Williams de alguna manera se quedaron fuera y tuvieron que ir en un coche separado. ¡Extraño! ¿No notaste lo sonrojada que estaba la H. P. cuando llegó con solo siete minutos de retraso? Pero la H. P. «se sale con la suya».

La «belleza» se había convertido en la «coqueta», la «coqueta» se había convertido en la «baby vamp». La «belleza» tenía cinco o seis visitas cada tarde. Si la H. P., por algún extraño accidente, tiene dos, se le pone bastante incómodo al que no tiene una cita con ella. La «belleza» estaba rodeada por una docena de hombres en los intermedios entre bailes. Intenta encontrar a la H. P. entre bailes, solo intentalo.

La misma chica... inmersa en una atmósfera de música selvática y el cuestionamiento de los códigos morales. A Amory le resultaba bastante fascinante sentir que a cualquier chica popular que conociera antes de las ocho, podría besarla con toda posibilidad antes de las doce.

—¿Por qué demonios estamos aquí? —le preguntó a la chica de las peinetas verdes una noche mientras estaban sentados en la limusina de alguien, fuera del Country Club en Louisville.

—No sé. Estoy llena de picardía.

—Seamos francos, nunca nos volveremos a ver. Quería salir aquí contigo porque pensé que eras la chica más guapa a la vista. Realmente no te importa si me vuelves a ver, ¿verdad?

—No... ¿pero este es tu rollo con todas las chicas? ¿Qué he hecho para merecerlo?

—¿Y no te sentías cansada de bailar ni querías un cigarrillo ni ninguna de las cosas que dijiste? Solo querías estar...

—Oh, entremos —interrumpió ella—, si quieres analizar. No hablemos de ello.

Cuando los jerséis sin mangas tejidos a mano estaban de moda, Amory, en un arrebato de inspiración, los llamó «camisetas de sobeteo» (*petting shirts*). El nombre viajó de costa a costa en los labios de los lagartijos de salón y las H. P.

DESCRIPTIVO

Amory tenía ahora dieciocho años, medía poco menos de un metro ochenta y era excepcionalmente, pero no convencionalmente, guapo. Tenía un rostro más bien joven, cuya ingenuidad se veía empañada por los penetrantes ojos verdes, bordeados de largas pestañas oscuras. Le faltaba de alguna manera ese intenso magnetismo animal que tan a menudo acompaña a la belleza en hombres o mujeres; su personalidad parecía más bien algo mental, y no estaba en su poder encenderla y apagarla como un grifo de agua. Pero la gente nunca olvidaba su rostro.

ISABELLE

Se detuvo en lo alto de la escalera. Las sensaciones atribuidas a los saltadores en los trampolines, a las primeras actrices en las noches de estreno, y a los jóvenes fornidos y torpes el día del Gran Partido, se agolpaban en su interior. Debería haber descendido con un redoble de tambores o una mezcla discordante de temas de «Thais» y «Carmen». Nunca se había preocupado tanto por su apariencia, nunca había estado tan satisfecha con ella. Llevaba seis meses teniendo diecisésis años.

- ¡Isabelle! — la llamó su prima Sally desde el umbral del vestidor.
- Estoy lista. — Sintió un ligero nudo de nerviosismo en la garganta.
- Tuve que mandar a casa a por otro par de zapatillas. Será solo un minuto.

Isabelle se dirigió hacia el vestidor para un último vistazo en el espejo, pero algo la decidió a quedarse allí y mirar hacia abajo por la amplia escalera del Club Minnehaha. Se curvaban tentadoramente, y podía entrever apenas dos pares de pies masculinos en el vestíbulo de abajo. Calzados con escarpines de uniforme negro, no daban ninguna pista de identidad, pero se preguntó con avidez si un par pertenecería a Amory Blaine. Este joven, a quien aún no había conocido, había ocupado sin embargo una parte considerable de su día, el primer día de su llegada. Viniendo en el coche desde la

estación, Sally había ofrecido, en medio de una lluvia de preguntas, comentarios, revelaciones y exageraciones:

—Recuerdas a Amory Blaine, por supuesto. Bueno, está simplemente loco por verte de nuevo. Se ha quedado un día más de la universidad, y viene esta noche. Ha oído hablar tanto de ti... dice que recuerda tus ojos.

Esto había complacido a Isabelle. Los ponía en igualdad de condiciones, aunque ella era perfectamente capaz de escenificar sus propios romances, con o sin publicidad anticipada. Pero tras su feliz temblor de anticipación, vino una sensación de hundimiento que la hizo preguntar:

—¿Cómo que ha oído hablar de mí? ¿Qué clase de cosas?

Sally sonrió. Se sentía más bien en el papel de una presentadora de espectáculos con su prima más exótica.

—Sabe que eres... que te consideran guapa y todo eso —hizo una pausa—, y supongo que sabe que te han besado.

Ante esto, el pequeño puño de Isabelle se había cerrado de repente bajo la manta de piel. Estaba acostumbrada a que su desesperado pasado la siguiera así, y nunca dejaba de despertar en ella el mismo sentimiento de resentimiento; sin embargo, en una ciudad extraña era una reputación ventajosa. ¿Era una «lanzada» (*Speed*)? Bueno... que lo descubrieran.

Desde la ventana, Isabelle observaba la nieve deslizarse en la mañana helada. Hacía mucho más frío aquí que en Baltimore; no lo recordaba; el cristal de la puerta lateral estaba helado, las ventanas estaban fruncidas de nieve en las esquinas. Su mente seguía jugando con un solo tema. ¿Se vestiría él como ese chico de allí, que caminaba tranquilamente por una bulliciosa calle comercial, con mocasines y traje de carnaval de invierno? ¡Qué del Oeste! Por supuesto que él no era así: iba a Princeton, era de segundo año o algo así. Realmente no tenía una idea clara de él. Una antigua instantánea que había conservado en un viejo álbum de fotos la había impresionado por los ojos grandes (que probablemente ya le quedarían bien). Sin embargo, en el último mes, cuando se decidió su visita de invierno a Sally, él había asumido las proporciones de un digno adversario. Los niños, los más astutos casamenteros, trazan sus campañas rápidamente, y Sally había tocado una inteligente sonata por correspondencia para el temperamento ex-

citable de Isabelle. Isabelle había sido durante algún tiempo capaz de emociones muy fuertes, aunque muy fugaces...

Llegaron a un extenso edificio de piedra blanca, apartado de la calle nevada. La señora Weatherby la saludó calurosamente y sus diversos primos menores fueron sacados de los rincones donde se escondían cortésmente. Isabelle los trató con tacto. En sus mejores momentos, se aliaba con todos aquellos con quienes entraba en contacto, excepto con las chicas mayores y algunas mujeres. Todas las impresiones que causaba eran conscientes. La media docena de chicas con las que renovó su relación esa mañana quedaron todas bastante impresionadas, tanto por su personalidad directa como por su reputación. Amory Blaine era un tema abierto. Evidentemente, un poco ligero de amores, ni popular ni impopular; cada chica allí parecía haber tenido un lío con él en algún momento u otro, pero nadie ofreció ninguna información realmente útil. Se iba a enamorar de ella... Sally había publicado esa información a su joven círculo y se la estaban transmitiendo de vuelta a Sally tan pronto como ponían los ojos en Isabelle. Isabelle resolvió en secreto que, si era necesario, se forzaría a que le gustara; se lo debía a Sally. Supongamos que se sentía terriblemente decepcionada. Sally lo había pintado con colores tan brillantes: era guapo, «una especie de distinguido, cuando quiere serlo», tenía labia y era apropiadamente inconstante. De hecho, resumía todo el romance que su edad y su entorno la llevaban a desear. Se preguntó si esos eran sus zapatos de baile que foxtroteaban tentativamente sobre la suave alfombra de abajo.

Todas las impresiones y, de hecho, todas las ideas eran extremadamente caleidoscópicas para Isabelle. Tenía esa curiosa mezcla de los temperamentos social y artístico que se encuentra a menudo en dos clases, las mujeres de sociedad y las actrices. Su educación o, más bien, su sofisticación, había sido absorbida de los chicos que habían pedido de su favor; su tacto era instintivo, y su capacidad para los líos amorosos solo estaba limitada por el número de susceptibles a distancia telefónica. La coquetería sonreía desde sus grandes ojos negro-pardos y brillaba a través de su intenso magnetismo físico.

Así que esperó en lo alto de la escalera esa noche mientras buscaban las zapatillas. Justo cuando se estaba impacientando, Sally salió del vestidor, radiante con su acostumbrado buen humor y alegría, y juntas descendieron al piso de abajo, mientras el cambiante foco de la mente de Isabelle ilu-

minaba dos ideas: se alegraba de tener buen color esa noche, y se preguntaba si él bailaría bien.

Abajo, en el gran salón del club, fue rodeada por un momento por las chicas que había conocido por la tarde, luego oyó la voz de Sally repitiendo un ciclo de nombres, y se encontró saludando a un sexteto de figuras en blanco y negro, terriblemente rígidas y vagamente familiares. El nombre Blaine figuraba en alguna parte, pero al principio no pudo ubicarlo. Siguió un momento muy confuso y muy juvenil de retrocesos y choques torpes, y todos se encontraron hablando con la persona que menos deseaban. Isabelle se las arregló para llevarse a sí misma y a Froggy Parker, novato en Harvard, con quien una vez había jugado a la rayuela, a un asiento en las escaleras. Una referencia humorística al pasado fue todo lo que necesitó. Las cosas que Isabelle podía hacer socialmente con una sola idea eran notables. Primero, la repetía embelesada con una entusiasta voz de contralto con un *soupçon* de acento sureño; luego la mantenía a distancia y le sonreía —su maravillosa sonrisa—; luego la entregaba en variaciones y jugaba una especie de juego mental con ella, todo esto en la forma nominal de un diálogo. Froggy estaba fascinado y era completamente inconsciente de que esto se hacía, no por él, sino por los ojos verdes que brillaban bajo el pelo brillante y cuidadosamente engominado, un poco a su izquierda, pues Isabelle había descubierto a Amory. Así como una actriz, incluso en el pleno apogeo de su propio magnetismo consciente, obtiene una profunda impresión de la mayoría de la gente de la primera fila, así Isabelle evaluó a su antagonista. Primero, tenía el pelo cobrizo, y por su sentimiento de decepción supo que había esperado que fuera moreno y de la esbeltez de los anuncios de ligas... Por lo demás, un ligero sonrojo y un perfil recto y romántico; el efecto realzado por un traje de noche ajustado y una camisa de volantes de seda del tipo que a las mujeres todavía les encanta ver llevar a los hombres, pero que los hombres justo empezaban a cansarse.

Durante esta inspección, Amory observaba tranquilamente.

—¿No te parece? —dijo ella de repente, volviéndose hacia él, con ojos inocentes.

Hubo un movimiento, y Sally los guio hacia su mesa. Amory luchó por llegar al lado de Isabelle y susurró:

—Eres mi pareja de cena, ¿sabes? Estamos todos preparados el uno para el otro.

Isabelle jadeó; esto estaba bastante en la línea. Pero realmente sintió como si una buena frase le hubiera sido arrebatada a la estrella y dada a un personaje secundario... No debía perder el liderazgo ni un ápice. La mesa de la cena brillaba con risas ante la confusión de encontrar los sitios y luego ojos curiosos se volvieron hacia ella, sentada cerca de la cabecera. Estaba disfrutando inmensamente de esto, y Froggy Parker estaba tan absorto con el brillo añadido de su creciente sonrojo que se olvidó de sacar la silla de Sally y cayó en una vaga confusión. Amory estaba al otro lado, lleno de confianza y vanidad, mirándola con abierta admiración. Empezó directamente, y también Froggy:

—He oído hablar mucho de ti desde que llevabas trenzas...

—¿No fue divertido esta tarde...?

Ambos se detuvieron. Isabelle se volvió hacia Amory con timidez. Su rostro era siempre suficiente respuesta para cualquiera, pero decidió hablar.

—¿Cómo... de quién?

—De todo el mundo... durante todos los años que has estado fuera. — Ella se sonrojó apropiadamente. A su derecha, Froggy ya estaba *hors de combat*, aunque no se había dado cuenta del todo.

—Te diré lo que recordé de ti todos estos años —continuó Amory. Ella se inclinó ligeramente hacia él y miró modestamente el apio que tenía delante. Froggy suspiró; conocía a Amory y las situaciones que Amory parecía nacido para manejar. Se volvió hacia Sally y le preguntó si se iría a estudiar fuera el año que viene. Amory abrió fuego con artillería pesada.

—Tengo un adjetivo que te describe a la perfección. —Este era uno de sus comienzos favoritos; rara vez tenía una palabra en mente, pero provocaba curiosidad, y siempre podía producir algo halagador si se veía en un aprieto.

—Oh... ¿cuál? —El rostro de Isabelle era un estudio de curiosidad embelesada.

Amory negó con la cabeza.

—Todavía no te conozco muy bien.

—¿Me lo dirás... después? —susurró a medias.

Él asintió.

—Nos sentaremos fuera.

Isabelle asintió.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes unos ojos penetrantes? —dijo ella.

Amory intentó que parecieran aún más penetrantes. Se imaginó, pero no estaba seguro, que su pie acababa de tocar el suyo bajo la mesa. Pero posiblemente solo había sido la pata de la mesa. Era tan difícil de decir. Aun así, lo emocionó. Se preguntó rápidamente si habría alguna dificultad para asegurarse el pequeño estudio de arriba.

NIÑOS EN EL BOSQUE

Isabelle y Amory no eran en absoluto inocentes, ni eran particularmente descarados. Además, la condición de aficionado tenía muy poco valor en el juego que estaban jugando, un juego que presumiblemente sería su principal estudio durante los años venideros. Ella había comenzado como él, con buena apariencia y un temperamento excitable, y el resto era el resultado de novelas populares accesibles y conversaciones de vestidor extraídas de un círculo ligeramente mayor. Isabelle había caminado con un paso artificial a los nueve años y medio, y cuando sus ojos, grandes y estrellados, proclamaban más a la ingenua, Amory era proporcionalmente menos engañado. Esperó a que la máscara se cayera, pero al mismo tiempo no cuestionó su derecho a llevarla. Ella, por su parte, no quedó impresionada por su estudiando aire de sofisticación displicente. Había vivido en una ciudad más grande y tenía una ligera ventaja en cuanto a alcance. Pero aceptó su pose; era una de las docenas de pequeñas convenciones de este tipo de asunto. Él era consciente de que estaba recibiendo este favor particular ahora porque ella había sido instruida; sabía que él representaba simplemente la mejor partida a la vista, y que tendría que aprovechar su oportunidad antes de perder su ventaja. Así que procedieron con una astucia infinita que habría horrorizado a sus padres.

Después de la cena, el baile comenzó... suavemente. ¿Suavemente? Los chicos cortaban a Isabelle cada pocos pasos y luego reñían en los rincones con: «¡Podrías dejarme bailar más de un centímetro!» y «A ella tampoco le gustó, me lo dijo la siguiente vez que la corté». Era verdad: se lo decía a todos, y a cada mano le daba un apretón de despedida que decía: «Sabes que tus bailes están haciendo mi noche».

Pero el tiempo pasó, dos horas, y los pretendientes menos sutiles habían aprendido a enfocar sus miradas pseudopasionadas en otra parte, pues las once encontraron a Isabelle y Amory sentados en el sofá del pequeño estudio junto a la sala de lectura de arriba. Ella era consciente de que eran una pareja atractiva, y parecían pertenecer distintivamente a este retiro, mientras que luces menores revoloteaban y charlaban abajo.

Los chicos que pasaban por la puerta miraban con envidia; las chicas que pasaban solo reían y fruncían el ceño y se volvían sabias por dentro.

Habían llegado a una etapa muy definida. Habían intercambiado relatos de su progreso desde que se habían visto por última vez, y ella había escuchado mucho de lo que ya había oído antes. Él era de segundo año, estaba en la junta del *Princetonian*, esperaba ser presidente en el último año. Ella se enteró de que algunos de los chicos con los que salía en Baltimore eran «terribles lanzados» y venían a los bailes en estados de estimulación artificial; la mayoría tenían unos veinte años y conducían seductores Stutz rojos. Una buena mitad parecía haber sido ya expulsada de varias escuelas y universidades, pero algunos de ellos llevaban nombres atléticos que le hicieron mirarla con admiración. De hecho, el conocimiento más cercano de Isabelle con las universidades apenas comenzaba. Tenía un conocimiento superficial con muchos jóvenes que pensaban que era una «niña bonita, digna de tener en cuenta». Pero Isabelle hilvanó los nombres en una fabricación de alegría que habría deslumbrado a un noble vienes. Tal es el poder de las jóvenes voces de contralto en sofás mullidos.

Él le preguntó si pensaba que era engreído. Ella dijo que había una diferencia entre la vanidad y la confianza en sí mismo. Adoraba la confianza en sí mismo en los hombres.

—¿Froggy es un buen amigo tuyo? —preguntó ella.

—Bastante... ¿por qué?

—Baila fatal.

Amory se rio.

—Baila como si la chica estuviera en su espalda en lugar de en sus brazos.

Ella apreció esto.

—Eres muy bueno para calar a la gente.

Amory lo negó penosamente. Sin embargo, caló a varias personas para ella. Luego hablaron de las manos.

—Tienes unas manos muy bonitas —dijo ella—. Parecen de pianista. ¿Tocas?

He dicho que habían llegado a una etapa muy definida; es más, a una etapa muy crítica. Amory se había quedado un día más para verla, y su tren salía a las doce y dieciocho de esa noche. Su baúl y su maleta lo esperaban en la estación; su reloj comenzaba a pesarle en el bolsillo.

—Isabelle —dijo de repente—, quiero decirte algo. —Habían estado hablando a la ligera sobre «esa mirada divertida en sus ojos», e Isabelle supo por el cambio en sus modales lo que se avecinaba; de hecho, se había estado preguntando cuánto tardaría en llegar. Amory extendió la mano por encima de sus cabezas y apagó la luz eléctrica, de modo que quedaron en la oscuridad, excepto por el resplandor rojo que entraba por la puerta desde las lámparas de la sala de lectura. Entonces comenzó:

—No sé si sabes o no lo que... lo que voy a decir. Dios, Isabelle... esto suena a rollo, pero no lo es.

—Lo sé —dijo Isabelle suavemente.

—Quizás nunca nos volvamos a encontrar así... a veces tengo muy mala suerte. —Él se inclinaba lejos de ella sobre el otro brazo del sofá, pero ella podía ver sus ojos claramente en la oscuridad.

—Me volverás a encontrar... tontito. —Hubo un ligero énfasis en la última palabra, de modo que se convirtió casi en un término cariñoso. Él continuó con voz un poco ronca:

—Me he enamorado de mucha gente... chicas... y supongo que tú también... chicos, quiero decir, pero, honestamente, tú... —se interrumpió de repente y se inclinó hacia adelante, con la barbilla en las manos—: Oh, de qué sirve... tú seguirás tu camino y supongo que yo seguiré el mío.

Silencio por un momento. Isabelle estaba bastante commovida; enrolló su pañuelo hasta formar una bola apretada y, a la débil luz que la bañaba, lo dejó caer deliberadamente al suelo. Sus manos se tocaron por un instante, pero ninguno habló. Los silencios se volvían más frecuentes y más deliciosos. Afuera, otra pareja extraviada había subido y estaba experimentando con el piano en la habitación de al lado. Después del preliminar habitual de «palillos chinos», uno de ellos comenzó a tocar «Niños en el Bosque» y un tenor ligero llevó la letra al estudio:

«Dame tu mano
Entenderé
Nos vamos al país de los sueños.»

Isabelle la tarareó suavemente y tembló al sentir la mano de Amory cerrarse sobre la suya.

—Isabelle —susurró—. Sabes que estoy loco por ti. A ti sí te importo.

—Sí.

—¿Cuánto te importo... te gusta alguien más?

—No. —Apenas podía oírla, aunque se inclinó tanto que sintió su aliento contra su mejilla.

—Isabelle, voy a volver a la universidad por seis largos meses, y por qué no deberíamos... si tan solo pudiera tener una cosa para recordarte...

—Cierra la puerta... —Su voz apenas se había movido, de modo que él se preguntó a medias si había hablado en absoluto. Mientras cerraba suavemente la puerta, la música parecía vibrar justo afuera.

«La luz de la luna es brillante,
Bésame para darme las buenas noches.»

Qué canción tan maravillosa, pensó ella; todo era maravilloso esa noche, sobre todo esta escena romántica en el estudio, con sus manos aferradas y lo

inevitabile cerniéndose encantadoramente cerca. La perspectiva futura de su vida parecía una sucesión interminable de escenas como esta: bajo la luz de la luna y las pálidas estrellas, y en la parte trasera de cálidas limusinas y en roadsters bajos y acogedores detenidos bajo árboles protectores; solo el chico podría cambiar, y este era tan agradable. Él tomó su mano suavemente. Con un movimiento repentino la giró y, llevándosela a los labios, besó la palma.

— ¡Isabelle! — Su susurro se fundió con la música, y parecieron flotar más cerca el uno del otro. Su respiración se aceleró — . ¿No puedo besarte, Isabelle... Isabelle? — Con los labios entreabiertos, ella volvió la cabeza hacia él en la oscuridad. De repente, el sonido de voces, el ruido de pasos corriendo se abalanzó hacia ellos. Rápido como un rayo, Amory extendió la mano y encendió la luz, y cuando la puerta se abrió y tres chicos, entre ellos el iracundo y deseoso de bailar Froggy, entraron precipitadamente, él estaba hojeando las revistas sobre la mesa, mientras ella se sentaba sin moverse, serena e imperturbable, e incluso los recibió con una sonrisa de bienvenida. Pero su corazón latía salvajemente, y de alguna manera se sentía como si le hubieran privado de algo.

Evidentemente, todo había terminado. Hubo un clamor por un baile, hubo una mirada que se cruzaron — por parte de él, desesperación; por parte de ella, pesar — , y luego la noche continuó, con los pretendientes tranquilizados y el eterno cortejo.

A las doce menos cuarto, Amory le estrechó la mano gravemente, en medio de una pequeña multitud reunida para desearle buen viaje. Por un instante perdió la compostura, y ella se sintió un poco alterada cuando una voz satírica de un ingenioso oculto gritó:

— ¡Llévala afuera, Amory! — Al tomarle la mano, la apretó un poco, y ella devolvió la presión como lo había hecho con veinte manos esa noche; eso fue todo.

A las dos, de vuelta en casa de los Weatherby, Sally le preguntó si ella y Amory habían tenido un «momento» en el estudio. Isabelle se volvió hacia ella tranquilamente. En sus ojos estaba la luz de la idealista, la soñadora inviolable de sueños juánicos.

—No —respondió—. Ya no hago ese tipo de cosas; me lo pidió, pero le dije que no.

Mientras se metía en la cama se preguntó qué diría él en su carta urgente de mañana. Tenía una boca tan guapa... ¿llegaría alguna vez a...?

—Catorce ángeles velaban por ellos —cantó Sally adormilada desde la habitación contigua.

—¡Maldita sea! —murmuró Isabelle, golpeando la almohada hasta formar un bulto lujoso y explorando las sábanas frías con cautela—. ¡Maldita sea!

CARNAVAL

Amory, a través del *Princetonian*, había llegado. Los esnobs menores, termómetros finamente equilibrados del éxito, se mostraron cálidos con él a medida que se acercaban las elecciones de los clubes, y él y Tom recibieron la visita de grupos de estudiantes de cursos superiores que llegaban torpemente, se sentaban en el borde de los muebles y hablaban de todos los temas excepto el de absorbente interés. A Amory le divertían los ojos atentos sobre él y, en caso de que los visitantes representaran algún club en el que no estuviera interesado, se complacía en escandalizarlos con comentarios poco ortodoxos.

—Oh, déjeme ver... —dijo una noche a una delegación estupefacta—, ¿a qué club representan?

Con los visitantes de Ivy, Cottage y Tiger Inn, interpretaba al «chico agradable, inocente y sin malicia», muy a gusto y bastante inconsciente del objeto de la visita.

Cuando llegó la mañana fatal, a principios de marzo, y el campus se convirtió en un documento de histeria, se deslizó suavemente en Cottage con Alec Connage y observó con gran asombro a su repentinamente neurótica promoción.

Había grupos volubles que saltaban de club en club; había amigos de dos o tres días que anunciaban entre lágrimas y de forma descontrolada que debían unirse al mismo club, que nada debía separarlos; hubo revelaciones rencorosas de recores largamente ocultos mientras los Repentinamente Prominentes recordaban deseires del primer año. Hombres desconocidos

fueron elevados a la importancia cuando recibieron ciertas codiciadas invitaciones; otros que se consideraban «seguros» descubrieron que se habían hecho enemigos inesperados, se sintieron varados y abandonados, hablaron alocadamente de dejar la universidad.

En su propio grupo, Amory vio a hombres quedarse fuera por llevar sombreros verdes, por ser «un maldito maniquí de sastre», por tener «demasiadas influencias en el cielo», por emborracharse una noche «no como un caballero, por Dios», o por insondables razones secretas conocidas solo por los que manejaban las bolas negras.

Esta orgía de sociabilidad culminó en una gigantesca fiesta en el Nassau Inn, donde se dispensaba ponche de inmensos cuencos, y toda la planta baja se convirtió en un delirante patrón circulante y gritón de rostros y voces.

— ¡Hola, Dibby! ¡Felizidades!

— ¡Buen chico, Tom, tienes un buen grupo en Cap!

— Oye, Kerry...

— ¡Oh, Kerry! ¡He oído que te fuiste a Tiger con todos los levantadores de pesas!

— Bueno, no me fui a Cottage, el deleite de los lagartijos de salón.

— Dicen que Overton se desmayó cuando recibió su invitación de Ivy. ¿Firmó el primer día? Oh, no. Corrió a Murray-Dodge en bicicleta, temiendo que fuera un error.

— ¿Cómo entraste en Cap, viejo libertino?

— ¡Felizidades!

— Felizidades a ti. He oido que tienes un buen grupo.

Cuando el bar cerró, la fiesta se dividió en grupos y se dispersó, cantando, por el campus cubierto de nieve, en una extraña ilusión de que el esnobismo y la tensión habían terminado por fin, y que podían hacer lo que quisieran durante los dos años siguientes.

Mucho después, Amory pensó en la primavera de segundo año como la época más feliz de su vida. Sus ideas estaban en sintonía con la vida tal

como la encontraba; no quería más que dejarse llevar y soñar y disfrutar de una docena de amistades recién descubiertas durante las tardes de abril.

Alec Connage entró en su habitación una mañana y lo despertó con la luz del sol y la peculiar gloria del Campbell Hall brillando en la ventana.

—Despierta, Pecado Original, y recomponete. Estate delante de Renwick's en media hora. Alguien tiene un coche. —Tomó la cubierta del tocador y la depositó cuidadosamente, con su carga de pequeños artículos, sobre la cama.

—¿De dónde sacaste el coche? —demandó Amory cínicamente.

—Secreto de sumario, ¡pero no seas un aguafiestas criticón o no podrás ir!

—Creo que voy a dormir —dijo Amory con calma, acomodándose de nuevo y buscando un cigarrillo al lado de la cama.

—¡Dormir!

—¿Por qué no? Tengo clase a las once y media.

—¡Maldito cenizo! Por supuesto, si no quieres ir a la costa...

De un salto, Amory estaba fuera de la cama, esparciendo la carga de la cubierta del tocador por el suelo. La costa... no la había visto en años, desde que él y su madre estaban en su peregrinación.

—¿Quién va? —demandó mientras se metía en sus calzoncillos.

—Oh, Dick Humbird y Kerry Holiday y Jesse Ferrenby y... oh, unos cinco o seis. ¡Apúrate, chico!

En diez minutos, Amory estaba devorando cereales en Renwick's, y a las nueve y media salieron alegremente de la ciudad, en dirección a las arenas de Deal Beach.

—Verás —dijo Kerry—, el coche pertenece a ese lugar. De hecho, fue robado de Asbury Park por personas desconocidas, que lo abandonaron en Princeton y partieron hacia el Oeste. El desalmado Humbird aquí presente obtuvo permiso del ayuntamiento para entregarlo.

—¿Alguien tiene dinero? —sugirió Ferrenby, volviéndose desde el asiento delantero.

Hubo un enfático coro negativo.

—Eso lo hace interesante.

—Dinero... ¿qué es el dinero? Podemos vender el coche.

—Cobrarle por el rescate o algo así.

—¿Cómo vamos a conseguir comida? —preguntó Amory.

—Honestamente —respondió Kerry, mirándolo con reproche—, ¿dudas de la habilidad de Kerry durante tres cortos días? Algunas personas han vivido de nada durante años. Lee el *Boy Scout Monthly*.

—Tres días —reflexionó Amory—, y tengo clases.

—Uno de los días es el Sabbat.

—Aun así, solo puedo faltar a seis clases más, con más de un mes y medio por delante.

—¡Echadle!

—Es un largo camino de vuelta.

—Amory, te estás pasando de la raya, si me permites acuñar una nueva frase.

—¿No deberías informarte un poco sobre ti mismo, Amory?

Amory se calmó resignadamente y se sumió en la contemplación del paisaje. Swinburne parecía encajar de alguna manera.

«Oh, las lluvias y ruinas del invierno han terminado,

Y todas las estaciones de nieves y pecados;

Los días que dividen a amante y amante,

La luz que pierde, la noche que gana;

Y el tiempo recordado es pena olvidada,

Y las heladas son muertas y las flores engendradas,

Y en el verde sotobosque y la espesura,

Flor a flor la primavera comienza.

El caudaloso arroyo se alimenta de la flor de...»

—¿Qué pasa, Amory? Amory está pensando en poesía, en los pajaritos y las flores bonitas. Se le ve en los ojos.

—No, no lo estoy —mintió—. Estoy pensando en el *Princetonian*. Debería ir a maquetar esta noche; pero supongo que puedo llamar por teléfono.

—Oh —dijo Kerry respetuosamente—, estos hombres importantes...

Amory se sonrojó y le pareció que Ferrenby, un competidor derrotado, se encogió un poco. Por supuesto, Kerry solo estaba bromeando, pero realmente no debía mencionar el *Princetonian*.

Era un día idílico, y a medida que se acercaban a la orilla y las brisas saladas pasaban veloces, comenzó a imaginar el océano y largas extensiones llanas de arena y tejados rojos sobre el mar azul. Luego se apresuraron a través del pequeño pueblo y todo brilló en su conciencia con un poderoso peán de emoción...

—¡Oh, Dios mío! ¡Mirad eso! —gritó.

—¿El qué?

—¡Dejadme salir, rápido! ¡No lo he visto en ocho años! ¡Oh, caballeros, parad el coche!

—¡Qué niño más raro! —comentó Alec.

—Realmente creo que es un poco excéntrico.

El coche se detuvo amablemente en un bordillo, y Amory corrió hacia el paseo marítimo. Primero, se dio cuenta de que el mar era azul y que había una enorme cantidad de él, y que rugía y rugía; realmente todas las banalidades sobre el océano que uno podría darse cuenta, pero si alguien le hubiera dicho entonces que esas cosas eran banalidades, se habría quedado boquiabierto de asombro.

—Ahora almorzaremos —ordenó Kerry, acercándose con el grupo—. Vamos, Amory, apártate y ponte práctico.

—Probaremos primero el mejor hotel —continuó—, y de ahí en adelante.

Pasearon por el paseo marítimo hasta el hotel más imponente a la vista y, entrando en el comedor, se dispersaron por una mesa.

—Ocho Bronxes —ordenó Alec—, y un sándwich club y julianas. La comida para uno. Pasad el resto.

Amory comió poco, habiendo elegido una silla desde donde podía observar el mar y sentir su vaivén. Cuando terminaron de almorzar, se sentaron y fumaron tranquilamente.

—¿Cuánto es la cuenta?

Alguien la escaneó.

—Ocho veinticinco.

—Un abuso de precio. Les daremos dos dólares y uno para el camarero. Kerry, recoge el cambio.

El camarero se acercó, y Kerry le entregó gravemente un dólar, arrojó dos dólares sobre la cuenta y se dio la vuelta. Se dirigieron tranquilamente hacia la puerta, perseguidos al momento por el sospechoso Ganimedes.

—Algún error, señor.

Kerry tomó la cuenta y la examinó críticamente.

—¡Ningún error! —dijo, negando con la cabeza gravemente, y, rasgándola en cuatro pedazos, le entregó los trozos al camarero, que quedó tan estupefacto que permaneció inmóvil e inexpresivo mientras salían.

—¿No enviará a alguien tras nosotros?

—No —dijo Kerry—; por un minuto pensará que somos los hijos del dueño o algo así; luego volverá a mirar la cuenta y llamará al gerente, y mientras tanto...

Dejaron el coche en Asbury y tomaron el tranvía hasta Allenhurst, donde investigaron los concurridos pabellones en busca de belleza. A las cuatro tomaron un refrigerio en una cafetería, y esta vez pagaron un porcentaje aún menor del coste total; algo en la apariencia y el *savoir-faire* del grupo hizo que la cosa funcionara, y no fueron perseguidos.

—Verás, Amory, somos socialistas marxistas —explicó Kerry—. No creemos en la propiedad y la estamos sometiendo a la gran prueba.

—Caerá la noche —sugirió Amory.

—Observa y confía en Holiday.

Se pusieron joviales sobre las cinco y media y, con los brazos enlazados, pasearon arriba y abajo por el paseo marítimo en fila, cantando una monótona cancióncilla sobre las tristes olas del mar. Entonces Kerry vio una cara en la multitud que le atrajo y, corriendo, reapareció al momento con una de las chicas más feas que Amory había visto en su vida. Su pálida boca se extendía de oreja a oreja, sus dientes sobresalían en una sólida cuña, y tenía pequeños ojos entrecerrados que se asomaban insinuantes por el lado de su nariz. Kerry los presentó formalmente.

—Su nombre es Kaluka, ¡reina hawaiana! Permítanme presentarles a los señores Connage, Sloane, Humbird, Ferrenby y Blaine.

La chica hizo reverencias a todos. Pobre criatura; Amory supuso que nunca antes la habían notado en su vida, posiblemente era medio tonta. Mientras los acompañaba (Kerry la había invitado a cenar), no dijo nada que pudiera desmentir tal creencia.

—Prefiere sus platos nativos —dijo Alec gravemente al camarero—, pero cualquier comida tosca servirá.

Durante toda la cena se dirigió a ella con el lenguaje más respetuoso, mientras Kerry le hacía el amor de forma idiota por el otro lado, y ella reía tontamente y sonreía. Amory se contentó con sentarse y observar el juego, pensando en el toque ligero que tenía Kerry y cómo podía transformar el incidente más simple en algo con curva y contorno. Todos parecían tener más o menos el espíritu de ello, y era una relajación estar con ellos. A Amory generalmente le gustaban los hombres individualmente, pero les temía en multitudes a menos que la multitud estuviera a su alrededor. Se preguntó cuánto contribuía cada uno a la fiesta, pues se imponía una especie de impuesto espiritual. Alec y Kerry eran el alma de la fiesta, pero no del todo el centro. De alguna manera, el tranquilo Humbird y Sloane, con su impaciente superioridad, eran el centro.

Dick Humbird, desde el primer año, le había parecido a Amory un tipo perfecto de aristócrata. Era esbelto pero bien constituido: pelo negro y rizado, rasgos rectos y una piel más bien oscura. Todo lo que decía sonaba intangiblemente apropiado. Poseía un coraje infinito, una mente medianamente buena y un sentido del honor con un encanto claro y una *noblesse oblige* que lo diferenciaban de la rectitud. Podía disiparse sin desmoronarse, e incluso sus aventuras más bohemias nunca parecían «pasarse de la raya».

La gente se vestía como él, intentaba hablar como él... Amory decidió que probablemente frenaba al mundo, pero no lo habría cambiado...

Se diferenciaba del tipo sano que era esencialmente de clase media: nunca parecía sudar. Algunas personas no podían ser familiares con un chófer sin que se les devolviera la familiaridad; Humbird podría haber almorcizado en Sherry's con un hombre de color, y sin embargo la gente habría sabido de alguna manera que todo estaba bien. No era un esnob, aunque solo conocía a la mitad de su promoción. Sus amigos iban de los más altos a los más bajos, pero era imposible «cultivarlo». Los sirvientes lo adoraban y lo trataban como a un dios. Parecía el ejemplo eterno de lo que la clase alta intenta ser.

—Es como esas fotos en el *Illustrated London News* de los oficiales ingleses que han muerto —le había dicho Amory a Alec.

—Bueno —había respondido Alec—, si quieres saber la escandalosa verdad, su padre era un dependiente de ultramarinos que hizo una fortuna en bienes raíces en Tacoma y vino a Nueva York hace diez años.

Amory había sentido una curiosa sensación de hundimiento.

Este tipo de fiesta actual era posible gracias a la unión de la promoción después de las elecciones de los clubes, como para hacer un último intento desesperado por conocerse, por mantenerse juntos, por luchar contra el espíritu cada vez más restrictivo de los clubes. Era un relajamiento desde las alturas convencionales que todos habían caminado tan rígidamente.

Después de cenar, acompañaron a Kaluka al paseo marítimo y luego pasaron de vuelta por la playa hasta Asbury. El mar nocturno era una nueva sensación, pues todo su color y su edad melosa se habían ido, y parecía el desolado páramo que entristecía las sagas nórdicas; Amory pensó en el Kipling de:

«Playas de Lukanon antes de que llegaran los cazadores de focas.»

Seguía siendo una música, sin embargo, infinitamente triste.

A las diez en punto se encontraron sin un céntimo. Habían cenado espléndidamente con sus últimos once centavos y, cantando, pasaron por los casinos y los arcos iluminados del paseo marítimo, deteniéndose a escuchar con aprobación todos los conciertos de las bandas. En un lugar, Kerry hizo una colecta para los Huérfanos de la Guerra Francesa que recaudó un dólar

y veinte centavos, y con esto compraron algo de brandy por si se resfriaban por la noche. Terminaron el día en una sala de cine y se lanzaron a solemnes y sistemáticos rugidos de risa ante una comedia antigua, para el sobresaltado disgusto del resto del público. Su entrada fue claramente estratégica, pues cada hombre al entrar señalaba con reproche al que iba justo detrás de él. Sloane, que cerraba la marcha, negó todo conocimiento y responsabilidad tan pronto como los demás se dispersaron dentro; luego, mientras el iracundo taquillero entraba corriendo, él lo siguió con indiferencia.

Se reunieron más tarde junto al Casino e hicieron arreglos para la noche. Kerry consiguió el permiso del vigilante para dormir en la plataforma y, habiendo recogido una enorme pila de alfombras de los puestos para que sirvieran de colchones y mantas, hablaron hasta la medianoche, y luego cayeron en un sueño sin sueños, aunque Amory se esforzó por mantenerse despierto y observar esa maravillosa luna posarse en el mar.

Así progresaron durante dos días felices, arriba y abajo de la costa en tranvía o en coche, o a pie por el concurrido paseo marítimo; a veces comiendo con los ricos, más frecuentemente cenando frugalmente a expensas de un restaurador desprevenido. Se hicieron fotos, ocho poses, en una tienda de revelado rápido. Kerry insistió en agruparlos como un equipo de fútbol universitario, y luego como una pandilla de matones del East Side, con los abrigos del revés, y él mismo sentado en medio sobre una luna de cartón. El fotógrafo probablemente todavía las tiene; al menos, nunca fueron a recogerlas. El tiempo era perfecto, y de nuevo durmieron al aire libre, y de nuevo Amory se durmió sin querer.

El domingo amaneció impasible y respetable, e incluso el mar parecía murmurar y quejarse, así que regresaron a Princeton en los Fords de granjeros transitorios, y se separaron con resfriados, pero por lo demás sin más daño por el vagabundeo.

Incluso más que el año anterior, Amory descuidó su trabajo, no deliberadamente sino por pereza y por una multitud de otros intereses. La geometría coordinada y los melancólicos hexámetros de Corneille y Racine ofrecían pocos atractivos, e incluso la psicología, que había esperado con ansia, resultó ser una materia aburrida llena de reacciones musculares y frases biológicas en lugar del estudio de la personalidad y la influencia. Era una clase de mediodía, y siempre lo hacía dormitar. Habiendo descubierto

que «subjetivo y objetivo, señor» respondía a la mayoría de las preguntas, usaba la frase en todas las ocasiones, y se convirtió en la broma de la clase cuando, al serle dirigida una pregunta, era despertado a codazos por Ferrenby o Sloane para soltarla entrecortadamente.

La mayoría eran fiestas: a Orange o a la Costa, más raramente a Nueva York y Filadelfia, aunque una noche reunieron a catorce camareras de Childs' y las llevaron a pasear por la Quinta Avenida en el piso superior de un autobús. Todos faltaron a más clases de las permitidas, lo que significaba un curso adicional al año siguiente, pero la primavera era demasiado rara para dejar que nada interfiriera con sus coloridas andanzas. En mayo, Amory fue elegido para el Comité del Baile de Segundo Año, y cuando después de una larga noche de discusión con Alec hicieron una lista tentativa de las probabilidades de la promoción para el consejo de último año, se colocaron entre los más seguros. El consejo de último año estaba compuesto presumiblemente por los dieciocho veteranos más representativos, y en vista de la dirección de fútbol de Alec y la posibilidad de Amory de superar a Burne Holiday como presidente del *Princetonian*, parecían bastante justificados en esta presunción. Curiosamente, ambos colocaron a D'Invilliers entre las posibilidades, una suposición que un año antes la promoción habría mirado con asombro.

Durante toda la primavera, Amory había mantenido una correspondencia intermitente con Isabelle Borge, salpicada de violentas disputas y principalmente animada por sus intentos de encontrar nuevas palabras para el amor. Descubrió que Isabelle era discreta y exasperantemente poco sentimental en las cartas, pero esperaba contra toda esperanza que no resultara una flor demasiado exótica para encajar en los grandes espacios de la primavera como había encajado en el estudio del Club Minnehaha. Durante mayo escribió documentos de treinta páginas casi todas las noches, y se los enviaba en voluminosos sobres etiquetados exteriormente como «Parte I» y «Parte II».

—Oh, Alec, creo que estoy cansado de la universidad —dijo con tristeza, mientras caminaban juntos al anochecer.

—Creo que yo también, en cierto modo.

—Todo lo que me gustaría sería una pequeña casa en el campo, algún país cálido, y una esposa, y lo justo que hacer para no pudrirme.

—A mí también.

—Me gustaría dejarlo.

—¿Qué dice tu chica?

—¡Oh! —Amory jadeó horrorizado—. Ella no pensaría en casarse... es decir, no ahora. Me refiero al futuro, ya sabes.

—La mía sí. Estoy comprometido.

—¿De verdad?

—Sí. No digas una palabra a nadie, por favor, pero lo estoy. Puede que no vuelva el año que viene.

—¡Pero solo tienes veinte años! ¿Dejar la universidad?

—Vaya, Amory, estabas diciendo hace un minuto...

—Sí —interrumpió Amory—, pero solo estaba deseándolo. No pensaría en dejar la universidad. Es solo que me siento tan triste en estas noches maravillosas. Siento como si nunca fueran a volver, y no estoy sacando todo lo que podría de ellas. Ojalá mi chica viviera aquí. Pero casarme... ni de broma. Especialmente porque padre dice que el dinero no llega como antes.

—¡Qué desperdicio son estas noches! —asintió Alec.

Pero Amory suspiró e hizo uso de las noches. Tenía una instantánea de Isabelle, guardada en un viejo reloj, y casi todas las noches a las ocho apagaba todas las luces excepto la de la lámpara del escritorio y, sentado junto a las ventanas abiertas con la foto delante, le escribía cartas embelesadas.

... Oh, es tan difícil escribirte lo que realmente siento cuando pienso tanto en ti; te has convertido para mí en un sueño que ya no puedo poner en papel. Tu última carta llegó y fue maravillosa. La leí unas seis veces, especialmente la última parte, pero ojalá, a veces, fueras más franca y me dijeras lo que realmente piensas de mí, aunque tu última carta era demasiado buena para ser verdad, ¡y apenas puedo esperar a junio! Asegúrate de poder venir al baile. Será genial, creo, y quiero llevarte justo al final de un año maravilloso. A menudo pienso en lo que dijiste esa noche y me pregunto cuánto querías decir. Si fuera cualquier otra que no fueras tú... pero verás, pensé

que eras voluble la primera vez que te vi y eres tan popular y todo eso que no puedo imaginar que realmente te guste yo más que nadie.

Oh, Isabelle, querida... es una noche maravillosa. Alguien está tocando «Love Moon» en una mandolina lejos, al otro lado del campus, y la música parece traerte a la ventana. Ahora está tocando «Good-by, Boys, I'm Through», y qué bien me sienta. Porque he terminado con todo. He decidido no volver a tomar un cóctel, y sé que nunca más me volveré a enamorar... no podría... has sido demasiado parte de mis días y noches como para dejarme pensar en otra chica. Las conozco todo el tiempo y no me interesan. No pretendo ser displicente, porque no es eso. Es solo que estoy enamorado. Oh, queridísima Isabelle (de alguna manera no puedo llamarte solo Isabelle, y me temo que se me escapará el «queridísima» delante de tu familia este junio), tienes que venir al baile, y luego iré a tu casa por un día y todo será perfecto...

Y así sucesivamente en un eterno monotono que a ambos les parecía infinitamente encantador, infinitamente nuevo.

Llegó junio y los días se volvieron tan calurosos y perezosos que no podían preocuparse ni por los exámenes, sino que pasaban noches de ensueño en el patio de Cottage, hablando de temas largos hasta que la extensión de campo hacia Stony Brook se convertía en una neblina azul y las lilas eran blancas alrededor de las pistas de tenis, y las palabras daban paso a cigarrillos silenciosos... Luego, por la desierta Prospect y a lo largo de McCosh con canciones por todas partes a su alrededor, hasta la calurosa jovialidad de Nassau Street.

Tom D'Invilliers y Amory caminaban hasta tarde en aquellos días. Una fiebre de juego se apoderó de la promoción de segundo año y se inclinaban sobre los dados hasta las tres de la mañana muchas noches sofocantes. Después de una sesión, salieron de la habitación de Sloane para encontrar el rocío caído y las estrellas viejas en el cielo.

—Pidamos prestadas unas bicicletas y demos un paseo —sugirió Amory.

—De acuerdo. No estoy nada cansado y esta es casi la última noche del año, de verdad, porque lo del baile empieza el lunes.

Encontraron dos bicicletas sin candado en Holder Court y salieron sobre las tres y media por la carretera de Lawrenceville.

—¿Qué vas a hacer este verano, Amory?

—No me preguntes... las mismas cosas de siempre, supongo. Un mes o dos en Lake Geneva —cuento contigo para que estés allí en julio, ya sabes—, luego estará Mineápolis, y eso significa cientos de bailes de verano, hacer el lagartijo, aburrirse... Pero oh, Tom —añadió de repente—, ¡este año ha sido genial!

—No —declaró Tom enfáticamente, un nuevo Tom, vestido por Brooks, calzado por Franks—, he ganado este juego, pero siento como si no quisiera jugar otro. Tú estás bien, eres una pelota de goma, y de alguna manera te va, pero estoy harto de adaptarme al esnobismo local de este rincón del mundo. Quiero ir donde la gente no es rechazada por el color de sus corbatas y el corte de sus abrigos.

—No puedes, Tom —argumentó Amory, mientras avanzaban a través de la noche dispersa—; dondequiera que vayas ahora siempre aplicarás inconscientemente estos estándares de «tenerlo» o «carecer de ello». Para bien o para mal te hemos marcado; ¡eres un tipo de Princeton!

—Bueno, entonces —se quejó Tom, con su voz cascada elevándose que-jumbrosamente—, ¿por qué tengo que volver? He aprendido todo lo que Princeton tiene que ofrecer. Dos años más de mera pedantería y holgazanería en un club no van a ayudar. Solo van a desorganizarme, a convencionalizarme por completo. Incluso ahora soy tan pusilánime que me pregunto cómo me las arreglo.

—Oh, pero te estás perdiendo el punto real, Tom —interrumpió Amory—. Acabas de abrir los ojos al esnobismo del mundo de una manera bastante abrupta. Princeton invariablemente le da al hombre reflexivo un sentido social.

—Consideras que tú me enseñaste eso, ¿no? —preguntó con aire inquisitivo, mirando a Amory en la penumbra.

Amory se rio en voz baja.

—¿No lo hice?

—A veces —dijo lentamente—, creo que eres mi ángel malo. Podría haber sido un poeta bastante bueno.

—Vamos, eso es bastante duro. Elegiste venir a una universidad del Este. O se te abrían los ojos a la mezquina cualidad trepadora de la gente, o habrías pasado ciego, y odiarías haber hecho eso, ser como Marty Kaye.

—Sí —asintió—, tienes razón. No me habría gustado. Aun así, es duro convertirse en un cínico a los veinte.

—Yo nací siéndolo —murmuró Amory—. Soy un idealista cínico. —Hizo una pausa y se preguntó si eso significaba algo.

Llegaron a la dormida escuela de Lawrenceville y se dieron la vuelta para regresar.

—Está bien este paseo, ¿no? —dijo Tom al cabo de un rato.

—Sí; es un buen final, es genial; todo está bien esta noche. ¡Oh, por un verano cálido y lúgido e Isabelle!

—¡Oh, tú y tu Isabelle! Apuesto a que es una simplona... digamos algo de poesía.

Así que Amory declamó la «Oda a un ruiseñor» a los arbustos que pasaban.

—Nunca seré un poeta —dijo Amory al terminar—. No soy lo suficientemente sensualista, en realidad; solo hay unas pocas cosas obvias que noto como primariamente hermosas: las mujeres, las tardes de primavera, la música por la noche, el mar; no capto las cosas sutiles como «trompetas de plata que gruñen». Puede que resulte ser un intelectual, pero nunca escribiré nada más que poesía mediocre.

Entraron en Princeton mientras el sol trazaba mapas de colores en el cielo detrás de la escuela de posgrado, y se apresuraron al refresco de una ducha que tendría que servir en lugar de dormir. Al mediodía, los exalumnos brillantemente vestidos abarrotaban las calles con sus bandas y coros, y en las carpas había una gran reunión bajo las banderas naranjas y negras que se enroscaban y tensaban al viento. Amory miró largamente una casa que llevaba la leyenda «Sesenta y nueve». Allí, unos pocos hombres de pelo gris se sentaban y hablaban tranquilamente mientras las promociones pasaban en un panorama de vida.

BAJO LA LUZ DEL ARCO VOLTAICO

Entonces los ojos esmeralda de la tragedia miraron de repente a Amory por encima del borde de junio. La noche después de su paseo a Lawrenceville, un grupo se dirigió a Nueva York en busca de aventuras, y emprendió el regreso a Princeton sobre las doce en dos coches. Había sido una fiesta alegre y estaban representadas diferentes etapas de sobriedad. Amory iba en el coche de atrás; habían tomado el camino equivocado y se habían perdido, así que se apresuraban para alcanzarlos.

Era una noche clara y la euforia de la carretera se le subió a la cabeza a Amory. Tenía el fantasma de dos estrofas de un poema formándose en su mente...

Así el coche gris se arrastró nocturno en la oscuridad y no hubo vida que se agitara a su paso... Como los senderos inmóviles del océano ante el tiburón en vías acuáticas estrelladas y resplandecientes, de belleza elevada, los árboles envueltos en la luna se dividieron, par a par, mientras pájaros nocturnos batientes graznaban por el aire...

Un momento junto a una posada de lámparas y sombras, una posada amarilla bajo una luna amarilla; luego el silencio, donde la risa en crecimiento se desvanece... el coche salió de nuevo a los vientos de junio, suavizó las sombras donde la distancia crecía, luego aplastó las sombras amarillas en azul...

Se detuvieron de un frenazo, y Amory miró hacia arriba, sobresaltado. Una mujer estaba de pie al lado de la carretera, hablando con Alec al volante. Después recordó el efecto de arpía que le daba su viejo kimono, y la hueca voz cascada con la que habló:

—¿Sois chicos de Princeton?

—Sí.

—Bueno, pues aquí hay uno de vosotros muerto, y otros dos casi muertos.

—¡Dios mío!

—¡Mirad! —Señaló y ellos miraron con horror. Bajo la plena luz de una farola de arco al borde de la carretera yacía una forma, boca abajo en un círculo de sangre que se ensanchaba.

Saltaron del coche. Amory pensó en la nuca de esa cabeza... ese pelo... ese pelo... y entonces le dieron la vuelta a la forma.

—¡Es Dick... Dick Humbird!

—¡Oh, Cristo!

—¡Tócale el corazón!

Luego la voz insistente de la vieja bruja en una especie de triunfo graznante:

—Está bien muerto, sí. El coche volcó. Dos de los hombres que no resultaron heridos acaban de llevar a los otros dentro, pero este ya no tiene remedio.

Amory entró corriendo en la casa y el resto lo siguió con una masa flácida que depositaron en el sofá del destortalado saloncito delantero. Sloane, con el hombro perforado, estaba en otro sofá. Estaba medio delirando, y no paraba de decir algo sobre una clase de química a las 8:10.

—No sé qué pasó —dijo Ferrenby con voz tensa—. Dick conducía y no quería soltar el volante; le dijimos que había bebido demasiado... luego estaba esta maldita curva... ¡oh, Dios mío! ... —Se arrojó boca abajo al suelo y rompió en sollozos secos.

El médico había llegado, y Amory se acercó al sofá, donde alguien le entregó una sábana para cubrir el cuerpo. Con una dureza repentina, levantó una de las manos y la dejó caer inerte. La frente estaba fría pero el rostro no inexpresivo. Miró los cordones de los zapatos, Dick se los había atado esa mañana. Él se los había atado, y ahora era esta pesada masa blanca. Todo lo que quedaba del encanto y la personalidad del Dick Humbird que había conocido... oh, todo era tan horrible y poco aristocrático y cercano a la tierra. Toda tragedia tiene esa veta de lo grotesco y lo escuálido, tan inútil, fútil... la forma en que mueren los animales... Amory recordó un gato que había yacido horriblemente destrozado en algún callejón de su infancia.

—Que alguien vaya a Princeton con Ferrenby.

Amory salió por la puerta y se estremeció ligeramente con el viento de la noche tardía, un viento que agitaba un guardabarros roto en la masa de metal doblado con un sonido quejumbroso y metálico.

¡CRESCENDO!

Al día siguiente, por una afortunada casualidad, pasó en un torbellino. Cuando Amory estaba solo, sus pensamientos zigzagueaban inevitablemente hacia la imagen de esa boca roja bostezando incongruentemente en el rostro blanco, pero con un esfuerzo decidido amontonó la excitación presente sobre el recuerdo de ello y lo apartó fríamente de su mente.

Isabelle y su madre llegaron a la ciudad en coche a las cuatro, y subieron por la sonriente Prospect Avenue, a través de la alegre multitud, para tomar el té en Cottage. Los clubes tenían sus cenas anuales esa noche, así que a las siete se la prestó a un novato y quedó en encontrarse con ella en el gimnasio a las once, cuando se admitía a los de cursos superiores en el baile de novatos. Ella era todo lo que había esperado, y él estaba feliz y ansioso por hacer de esa noche el centro de todos los sueños. A las nueve, las clases superiores se pararon frente a los clubes mientras pasaba el desfile de antorchas de los novatos, y Amory se preguntó si los grupos en traje de etiqueta contra los fondos oscuros y señoriales y bajo el resplandor de las antorchas hacían la noche tan brillante para los novatos que miraban y vitoreaban como lo había sido para él el año anterior.

Al día siguiente fue otro torbellino. Almorzaron en una alegre fiesta de seis en un comedor privado del club, mientras Isabelle y Amory se miraban tiernamente por encima del pollo frito y sabían que su amor sería eterno. Bailaron en el baile de fin de curso hasta las cinco, y los que iban sin pareja cortaban a Isabelle con gozoso abandono, que se volvía cada vez más entusiasta a medida que avanzaba la hora, y sus vinos, guardados en los bolsillos de los abrigos en el guardarropa, hacían esperar al viejo cansancio hasta otro día. La fila de los sin pareja es una masa de hombres de lo más homogénea. Se balancea prácticamente con una sola alma. Pasa bailando una belleza de pelo oscuro y se oye un sonido medio jadeante mientras la oleada avanza y alguien más elegante que el resto se lanza y corta. Luego, cuando la chica de metro ochenta (traída por Kaye de tu promoción, y a quien ha estado intentando presentarte toda la noche) pasa galopando, la fila retrocede y los grupos se dan la vuelta y se concentran en rincones lejanos del salón, pues Kaye, ansioso y sudoroso, aparece abriendose paso a codazos entre la multitud en busca de caras conocidas.

—Oye, viejo amigo, tengo una chica muy simpática...

—Lo siento, Kaye, pero estoy comprometido para este. Tengo que cortar a un tipo.

—Bueno, ¿el siguiente?

—Qué... ah... er... juro que tengo que ir a cortar... búscame cuando tenga un baile libre.

A Amory le encantó que Isabelle sugiriera que se fueran un rato y dieran una vuelta en su coche. Durante una hora deliciosa que pasó demasiado pronto, se deslizaron por las silenciosas carreteras alrededor de Princeton y hablaron desde la superficie de sus corazones con tímida excitación. Amory se sintió extrañamente ingenuo y no intentó besarla.

Al día siguiente subieron por el campo de Jersey, almorcizaron en Nueva York y por la tarde fueron a ver una obra de teatro de tesis en la que Isabelle lloró durante todo el segundo acto, para bastante bochorno de Amory, aunque a él le llenó de ternura observarla. Estuvo tentado de inclinarse y besarle las lágrimas, y ella deslizó su mano en la de él bajo la oscuridad para que se la apretara suavemente.

Luego, a las seis, llegaron a la casa de verano de los Borge en Long Island, y Amory subió corriendo las escaleras para ponerse un esmoquin. Mientras se ponía los gemelos, se dio cuenta de que estaba disfrutando de la vida como probablemente nunca más la disfrutaría. Todo estaba santificado por la neblina de su propia juventud. Había llegado, a la par de los mejores de su generación en Princeton. Estaba enamorado y su amor era correspondido. Encendiendo todas las luces, se miró en el espejo, tratando de encontrar en su propio rostro las cualidades que le hacían ver más claro que la gran multitud de gente, que le hacían decidir con firmeza y ser capaz de influir y seguir su propia voluntad. Había poco en su vida ahora que habría cambiado... Oxford podría haber sido un campo más grande.

Se admiró en silencio. Qué convenientemente bien se veía, y qué bien le sentaba un esmoquin. Salió al pasillo y luego esperó en lo alto de las escaleras, pues oyó pasos que se acercaban. Era Isabelle, y desde la cima de su brillante cabello hasta sus pequeñas zapatillas doradas, nunca había parecido tan hermosa.

—¡Isabelle! —gritó, medio involuntariamente, y extendió los brazos. Como en los libros de cuentos, ella corrió hacia ellos, y en ese medio minu-

to, mientras sus labios se tocaron por primera vez, descansó el punto más alto de la vanidad, la cresta de su joven egoísmo.

CAPÍTULO 3. EL EGOÍSTA REFLEXIONA

—¡Ay! ¡Suéltame!

Dejó caer los brazos a los costados.

—¿Qué pasa?

—El botón de tu camisa... me ha hecho daño... ¡mira! —Se estaba mordiendo el cuello, donde una pequeña mancha azul del tamaño de un guisante estropeaba su palidez.

—Oh, Isabelle —se reprochó—, soy un patoso. De verdad, lo siento... no debería haberte abrazado tan fuerte.

Ella levantó la vista con impaciencia.

—Oh, Amory, por supuesto que no has podido evitarlo, y no me ha dolido mucho; pero, ¿qué vamos a hacer con esto?

—¿Hacer con esto? —preguntó él—. Oh... esa mancha; desaparecerá en un segundo.

—No desaparece —dijo ella, tras un momento de intensa observación—, sigue ahí... y parece el diablo... ¡oh, Amory, qué haremos! Está justo a la altura de tu hombro.

—Date un masaje —sugirió él, reprimiendo la más mínima inclinación a reír.

Se frotó delicadamente con las yemas de los dedos, y entonces una lágrima se acumuló en el rabillo de su ojo y se deslizó por su mejilla.

—Oh, Amory —dijo desesperada, levantando un rostro de lo más patético—, si me froto, solo conseguiré que se me ponga todo el cuello al rojo

vivo. ¿Qué voy a hacer?

Una cita le vino a la mente y no pudo resistirse a repetirla en voz alta.

«Todos los perfumes de Arabia no blanquearán esta pequeña mano.»

Ella levantó la vista y el brillo de la lágrima en su ojo era como hielo.

—No eres muy compasivo.

Amory malinterpretó su intención.

—Isabelle, cariño, creo que se te...

—¡No me toques! —gritó—. ¡Como si no tuviera suficiente en la cabeza y tú te quedas ahí de pie y te ríes!

Entonces volvió a meter la pata.

—Bueno, es que es gracioso, Isabelle, y el otro día hablábamos de que tener sentido del humor es...

Ella lo miraba con algo que no era una sonrisa, sino más bien el eco débil y sin alegría de una sonrisa, en las comisuras de sus labios.

—¡Oh, cállate! —gritó de repente, y huyó por el pasillo hacia su habitación. Amory se quedó allí, cubierto de una confusa desolación.

—¡Maldita sea!

Cuando Isabelle reapareció se había echado un chal ligero sobre los hombros, y descendieron las escaleras en un silencio que perduró durante la cena.

—Isabelle —empezó él con bastante irritación, mientras se acomodaban en el coche, rumbo a un baile en el Greenwich Country Club—, estás enfadada, y yo también lo estaré en un minuto. Besémonos y hagamos las paces.

Isabelle lo consideró con aire sombrío.

—Odio que se rían de mí —dijo finalmente.

—No me reiré más. No me estoy riendo ahora, ¿verdad?

—Lo hiciste.

—Oh, no seas tan rematadamente femenina.

Sus labios se curvaron ligeramente.

—Seré lo que me dé la gana.

Amory contuvo el genio a duras penas. Se dio cuenta de que no sentía ni una pizca de afecto real por Isabelle, pero la frialdad de ella lo picaba. Quería besarla, besarla mucho, porque entonces sabía que podría marcharse por la mañana sin que le importara. Por el contrario, si no la besaba, le preocuparía... Interferiría vagamente con su idea de sí mismo como un conquistador. No era digno salir perdiendo, suplicando, con una valerosa guerrera como Isabelle.

Quizás ella lo sospechaba. En cualquier caso, Amory vio pasar la noche que debería haber sido la consumación del romance, con grandes polillas sobre sus cabezas y la pesada fragancia de los jardines al borde del camino, pero sin esas palabras entrecortadas, esos pequeños suspiros...

Después cenaron pastel del diablo y *ginger ale* en la despensa, y Amory anunció una decisión.

—Me voy temprano por la mañana.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? —replicó él.

—No hay necesidad.

—Sin embargo, me voy.

—Bueno, si insistes en ser ridículo...

—Oh, no lo digas de esa manera —objetó él.

—...solo porque no te dejo besarme. ¿Crees que...?

—Vamos, Isabelle —interrumpió él—, sabes que no es eso... aunque lo fuera. Hemos llegado a una fase en la que o nos besamos... o... o nada. No es como si te negaras por motivos morales.

Ella vaciló.

—Realmente no sé qué pensar de ti —empezó, en un débil y perverso intento de conciliación—. Eres tan raro.

—¿Cómo?

—Bueno, pensaba que tenías mucha confianza en ti mismo y todo eso; ¿recuerdas que me dijiste el otro día que podías hacer lo que quisieras, o conseguir lo que quisieras?

Amory se sonrojó. Le había dicho muchas cosas.

—Sí.

—Bueno, no parecías sentirte tan seguro de ti mismo esta noche. Quizás solo eres un engreído.

—No, no lo soy —vaciló—. En Princeton...

—¡Oh, tú y Princeton! ¡Hablas como si eso fuera el mundo! Quizás puedas escribir mejor que nadie en tu viejo *Princetonian*; quizás los novatos piensen que eres importante...

—No lo entiendes...

—Sí que lo entiendo —interrumpió ella—. Lo entiendo, porque siempre estás hablando de ti mismo y antes me gustaba; ahora ya no.

—¿Lo he hecho esta noche?

—Ese es el punto —insistió Isabelle—. Te has alterado mucho esta noche. Te has sentado a mirarme los ojos. Además, tengo que pensar todo el tiempo que hablo contigo... eres tan crítico.

—Te hago pensar, ¿eh? —repitió Amory con un toque de vanidad.

—Eres una tensión nerviosa —esto enfáticamente—, y cuando analizas cada pequeña emoción e instinto, simplemente dejo de tenerlos.

—Lo sé. —Amory admitió su argumento y sacudió la cabeza con impotencia.

—Vámonos. —Se puso de pie.

Él se levantó distraídamente y caminaron hasta el pie de las escaleras.

—¿Qué tren puedo coger?

—Hay uno sobre las 9:11 si de verdad tienes que irte.

—Sí, tengo que irme, de verdad. Buenas noches.

—Buenas noches.

Estaban en lo alto de las escaleras, y mientras Amory se volvía hacia su habitación, creyó percibir la más leve nube de descontento en su rostro. Se quedó despierto en la oscuridad y se preguntó cuánto le importaba, cuánto de su repentina infelicidad era vanidad herida, si, después de todo, era temperamentualmente inadecuado para el romance.

Cuando despertó, fue con una gozosa oleada de conciencia. El viento temprano agitaba las cortinas de cretona de las ventanas y se sintió ociosamente perplejo por no estar en su habitación de Princeton con la foto del equipo de fútbol de la escuela sobre el tocador y el Triangle Club en la pared de enfrente. Entonces el reloj de pie del pasillo dio las ocho, y el recuerdo de la noche anterior le vino a la mente. Se levantó de la cama y se vistió como el viento; debía salir de la casa antes de ver a Isabelle. Lo que había parecido un suceso melancólico, ahora parecía un tedioso anticlímax. A las ocho y media estaba vestido, así que se sentó junto a la ventana; sintió que los tendones de su corazón estaban algo más retorcidos de lo que había pensado. ¡Qué burla irónica parecía la mañana! —brillante y soleada, y llena del olor del jardín; al oír la voz de la señora Borge en el solárium de abajo, se preguntó dónde estaría Isabelle.

Llamaron a la puerta.

—El coche estará aquí a las nueve menos diez, señor.

Volvió a su contemplación del exterior, y empezó a repetir una y otra vez, mecánicamente, un verso de Browning, que una vez había citado a Isabelle en una carta:

«Cada vida incumplida, ya ves,
Cuelga aún, desigual y fragmentaria;
No hemos suspirado hondo, reido libres,
Pasado hambre, festejado, desesperado... sido felices.»

Pero su vida no quedaría incumplida. Encontró una sombría satisfacción pensando que quizás, desde el principio, ella no había sido nada excepto lo que él había proyectado en ella; que este era su punto culminante, que nadie más la haría pensar jamás. Sin embargo, eso era lo que ella le había reprochado; y Amory se sintió de repente cansado de pensar, ¡pensar!

—¡Maldita sea! —dijo con amargura—, ¡me ha estropeado el año!

EL SUPERHOMBRE SE VUELVE DESCUIDADO

En un polvoriento día de septiembre, Amory llegó a Princeton y se unió a la sofocante multitud de hombres con asignaturas pendientes que abarrotaban las calles. Parecía una forma estúpida de comenzar sus años de veterano, pasar cuatro horas por la mañana en la habitación cargada de una academia, absorbiendo el infinito aburrimiento de las secciones cónicas. El señor Rooney, alcahuete de los torpes, dirigía la clase y fumaba innumerables Pall Malls mientras dibujaba diagramas y resolvía ecuaciones desde las seis de la mañana hasta la medianoche.

— Ahora, Languedoc, si usara esa fórmula, ¿dónde estaría mi punto A?

Languedoc mueve perezosamente su metro noventa de material de fútbol y trata de concentrarse.

— Oh... ah... que me aspen si lo sé, señor Rooney.

— Oh, por supuesto, por supuesto que no puede usar esa fórmula. Eso es lo que quería que dijera.

— Vaya, claro, por supuesto.

— ¿Ve por qué?

— Ya lo creo... supongo.

— Si no lo ve, dígamello. Estoy aquí para enseñarle.

— Bueno, señor Rooney, si no le importa, me gustaría que repasara eso de nuevo.

— Con gusto. Ahora, aquí está «A»...

La habitación era un estudio de la estupidez: dos enormes atrileras para papel, el señor Rooney en mangas de camisa frente a ellas, y desparramados en sillas, una docena de hombres: Fred Sloane, el lanzador, que absolutamente tenía que aprobar; «Slim» Languedoc, que vencería a Yale este otoño, si tan solo pudiera dominar un pobre cincuenta por ciento; McDowell, un alegre estudiante de segundo año, que pensaba que era bastante deportivo estar recibiendo clases aquí con todos estos atletas prominentes.

— Esos pobres diablos que no tienen un céntimo para clases particulares y tienen que estudiar durante el trimestre son los que me dan pena —le

anunció a Amory un día, con una camaradería flácida en la comisura del cigarrillo que colgaba de sus pálidos labios—. Me parece que debe ser un aburrimiento, hay tantas otras cosas que hacer en Nueva York durante el trimestre. Supongo que de todos modos no saben lo que se pierden. — Había tal aire de «tú y yo» en el señor McDowell que Amory estuvo a punto de empujarlo por la ventana abierta cuando dijo esto... El próximo febrero su madre se preguntaría por qué no entraba en un club y le aumentaría la asignación... simple tontaina...

A través del humo y el aire de solemne y densa seriedad que llenaba la habitación, llegaba el inevitable grito de impotencia:

— ¡No lo entiendo! ¡Repita eso, señor Rooney! —La mayoría de ellos eran tan estúpidos o descuidados que no admitían cuando no entendían, y Amory era de los últimos. Le resultaba imposible estudiar secciones cónicas; algo en su calma y tentadora respetabilidad, que respiraba desafiante a través de los fétidos salones del señor Rooney, distorsionaba sus ecuaciones en anagramas insolubles. Hizo un esfuerzo de última noche con la proverbial toalla húmeda, y luego felizmente hizo el examen, preguntándose con tristeza por qué todo el color y la ambición de la primavera anterior se habían desvanecido. De alguna manera, con la deserción de Isabelle, la idea del éxito universitario había perdido su atractivo para su imaginación, y contempló un posible fracaso en aprobar su asignatura pendiente con ecuanimidad, aunque significara arbitrariamente su expulsión de la junta del *Princetonian* y la aniquilación de sus posibilidades para el Consejo de Veteranos.

Siempre le quedaba su suerte.

Bostezó, garabateó su juramento de honor en la portada y salió tranquilamente de la habitación.

— Si no lo apruebas —dijo el recién llegado Alec mientras se sentaban en el alféizar de la ventana de la habitación de Amory y cavilaban sobre un esquema de decoración de paredes—, eres el mayor patoso del mundo. Tu cotización bajará como un ascensor en el club y en el campus.

— Oh, diablos, lo sé. ¿Por qué restregármelo?

— Porque te lo mereces. Cualquiera que arriesgara lo que tenías en juego debería ser inelegible para la presidencia del *Princetonian*.

—Oh, deja el tema —protestó Amory—. Mira, espera y cállate. No quiero que todo el mundo en el club me pregunte sobre ello, como si fuera una patata de concurso engordada para una exposición de hortalizas. —Una tarde, una semana después, Amory se detuvo debajo de su propia ventana de camino a Renwick's y, al ver una luz, gritó:

—¡Oh, Tom, hay correo?

La cabeza de Alec apareció contra el cuadrado amarillo de luz.

—Sí, tu resultado está aquí.

Su corazón clamó violentamente.

—¿Qué es, azul o rosa?

—No sé. Mejor sube.

Entró en la habitación y fue directo a la mesa, y entonces de repente notó que había otras personas en la habitación.

—Hola, Kerry. —Fue de lo más cortés—. Ah, hombres de Princeton. —Parecían ser en su mayoría amigos, así que cogió el sobre marcado como «Oficina del Registrador» y lo sopesó nerviosamente.

—Tenemos aquí un papelito bastante interesante.

—Ábrelo, Amory.

—Solo para ser dramático, os haré saber que si es azul, mi nombre es retirado de la junta editorial del *Prince*, y mi corta carrera ha terminado.

Hizo una pausa, y entonces vio por primera vez los ojos de Ferrenby, con una mirada hambrienta y observándolo con avidez. Amory le devolvió la mirada deliberadamente.

—Observad mi rostro, caballeros, para ver las emociones primitivas.

Lo abrió y sostuvo el papel a la luz.

—¿Y bien?

—¿Rosa o azul?

—Di lo que es.

—Somos todo oídos, Amory.

—Sonríe o maldice... o algo.

Hubo una pausa... una pequeña multitud de segundos pasó... luego miró de nuevo y otra multitud continuó en el tiempo.

—Azul como el cielo, caballeros...

SECUELAS

Lo que Amory hizo ese año desde principios de septiembre hasta finales de la primavera fue tan sin propósito e inconsecuente que apenas parece digno de ser registrado. Por supuesto, lamentó inmediatamente lo que había perdido. Su filosofía del éxito se había derrumbado sobre él, y buscó las razones.

—Tu propia pereza —dijo Alec más tarde.

—No... algo más profundo que eso. He empezado a sentir que estaba destinado a perder esta oportunidad.

—Están bastante molestos contigo en el club, ya sabes; cada hombre que no cumple hace que nuestro grupo sea mucho más débil.

—Odio ese punto de vista.

—Por supuesto, con un poco de esfuerzo aún podrías recuperarte.

—No... he terminado... en lo que respecta a ser una figura de poder en la universidad.

—Pero, Amory, honestamente, lo que más me enfada no es el hecho de que no vayas a ser presidente del *Prince* y no estés en el Consejo de Veteranos, sino simplemente que no te hayas puesto a estudiar y hayas aprobado ese examen.

—A mí no —dijo Amory lentamente— ; estoy enfadado por lo concreto. Mi propia ociosidad estaba bastante de acuerdo con mi sistema, pero la suerte se rompió.

—Tu sistema se rompió, querrás decir.

—Quizás.

—Bueno, ¿qué vas a hacer? ¿Conseguir uno mejor rápido, o simplemente holgazanear dos años más como un fracasado?

—Aún no lo sé...

—¡Oh, Amory, anímate!

—Quizás.

El punto de vista de Amory, aunque peligroso, no estaba lejos del verdadero. Si sus reacciones a su entorno pudieran ser tabuladas, el gráfico habría aparecido así, comenzando con sus primeros años:

1. El Amory fundamental.
2. Amory más Beatrice.
3. Amory más Beatrice más Mineápolis.

Luego St. Regis' lo había deshecho y lo había hecho empezar de nuevo:

4. Amory más St. Regis'.
5. Amory más St. Regis' más Princeton.

Ese había sido su mayor acercamiento al éxito a través de la conformidad. El Amory fundamental, ocioso, imaginativo, rebelde, había estado casi sepultado. Se había conformado, había tenido éxito, pero como su imaginación no estaba ni satisfecha ni cautivada por su propio éxito, había, apáticamente, medio accidentalmente, tirado todo por la borda y se había convertido de nuevo en:

6. El Amory fundamental.

FINANCIERO

Su padre murió tranquila e discretamente en Acción de Gracias. La incongruencia de la muerte con las bellezas de Lake Geneva o con la actitud digna y reservada de su madre lo divirtió, y observó el funeral con una tolerancia divertida. Decidió que, después de todo, el entierro era preferible a la cremación, y sonrió ante la elección de su infancia, la oxidación lenta en la copa de un árbol. El día después de la ceremonia se divertía en la gran biblioteca recostándose en un sofá en gráciles actitudes mortuorias, tratando de determinar si, cuando llegara su día, lo encontrarían con los brazos cruzados piadosamente sobre el pecho (Monseñor Darcy había defendido

una vez esta postura como la más distinguida), o con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, una actitud más pagana y byroniana.

Lo que le interesó mucho más que la partida final de su padre de las cosas mundanas fue una conversación a tres bandas entre Beatrice, el señor Barton, de Barton and Krogman, sus abogados, y él mismo, que tuvo lugar varios días después del funeral. Por primera vez tuvo conocimiento real de las finanzas familiares, y se dio cuenta de la considerable fortuna que una vez había estado bajo la administración de su padre. Cogió un libro de contabilidad con la etiqueta «1906» y lo repasó con bastante cuidado. El gasto total de ese año había ascendido a algo más de ciento diez mil dólares. Cuarenta mil de estos habían sido los ingresos propios de Beatrice, y no se había intentado justificarlos: todo estaba bajo el epígrafe «Giros, cheques y cartas de crédito enviados a Beatrice Blaine». El desembolso del resto estaba detallado con bastante minuciosidad: los impuestos y las mejoras en la finca de Lake Geneva habían ascendido a casi nueve mil dólares; el mantenimiento general, incluido el coche eléctrico de Beatrice y un coche francés, comprado ese año, superaba los treinta y cinco mil dólares. El resto estaba totalmente cubierto, e invariablemente había partidas que no cuadranban en el lado correcto del libro de contabilidad.

En el volumen de 1912, Amory se sorprendió al descubrir la disminución en el número de tenencias de bonos y la gran caída de los ingresos. En el caso del dinero de Beatrice esto no era tan pronunciado, pero era obvio que su padre había dedicado el año anterior a varias desafortunadas apuestas en petróleo. Se había quemado muy poco del petróleo, pero Stephen Blaine había salido bastante chamuscado. El año siguiente y el siguiente y el siguiente mostraron disminuciones similares, y Beatrice había comenzado por primera vez a usar su propio dinero para mantener la casa. Sin embargo, la factura de su médico en 1913 había superado los nueve mil dólares.

Sobre el estado exacto de las cosas, el señor Barton se mostró bastante vago y confuso. Había habido inversiones recientes, cuyo resultado era por el momento problemático, y tenía la idea de que había más especulaciones e intercambios sobre los que no se le había consultado.

No fue hasta varios meses después que Beatrice le escribió a Amory la situación completa. Todo el residuo de las fortunas Blaine y O'Hara consistía en la propiedad de Lake Geneva y aproximadamente medio millón de

dólares, invertidos ahora en tenencias bastante conservadoras al seis por ciento. De hecho, Beatrice escribió que estaba poniendo el dinero en bonos de ferrocarriles y tranvías tan rápido como podía transferirlo convenientemente.

«Estoy bastante segura», le escribió a Amory, «de que si hay algo de lo que podemos estar seguros, es de que la gente no se quedará en un solo lugar. Este tal Ford ciertamente ha sacado el máximo provecho de esa idea. Así que estoy instruyendo al señor Barton para que se especialice en cosas como Northern Pacific y estas compañías de Tránsito Rápido, como llaman a los tranvías. Nunca me perdonaré no haber comprado Bethlehem Steel. He oído las historias más fascinantes. Debes dedicarte a las finanzas, Amory. Estoy segura de que te deleitarías en ello. Empiezas como mensajero o cajero, creo, y desde ahí asciendes, casi indefinidamente. Estoy segura de que si fuera hombre me encantaría el manejo del dinero; se ha convertido en una pasión bastante senil para mí. Antes de seguir, quiero discutir algo. Una señora Bispam, una damita demasiado cordial que conocí en un té el otro día, me dijo que su hijo, que está en Yale, le escribió que todos los chicos allí usan su ropa interior de verano durante todo el invierno, y también andan con la cabeza mojada y con zapatos bajos en los días más fríos. Ahora, Amory, no sé si eso también es una moda en Princeton, pero no quiero que seas tan tonto. No solo inclina a un joven a la neumonía y la parálisis infantil, sino a todas las formas de problemas pulmonares, a las que eres particularmente propenso. No puedes experimentar con tu salud. Yo lo he descubierto. No me pondré en ridículo como sin duda lo hacen algunas madres, insistiendo en que uses chanclas, aunque recuerdo una Navidad que los usaste constantemente sin una sola hebilla abrochada, haciendo un sonido de roce tan curioso, y te negaste a abrocharlos porque no era lo que se hacía. La Navidad siguiente no quisiste usar ni siquiera botas de goma, aunque te lo rogué. Tienes casi veinte años ahora, querido, y no puedo estar contigo constantemente para saber si estás haciendo lo sensato.

«Esta ha sido una carta muy práctica. Te advertí en la última que la falta de dinero para hacer las cosas que uno quiere lo vuelve a uno bastante prosaico y doméstico, pero todavía hay de sobra para todo si no somos demasiado extravagantes. Cuídate, mi querido muchacho, e intenta escribir al menos una vez a la semana, porque me imagino todo tipo de cosas horribles si no tengo noticias tuyas.

Afectuosamente, MAMÁ.»

PRIMERA APARICIÓN DEL TÉRMINO «PERSONAJE»

Monseñor Darcy invitó a Amory al palacio Stuart en el Hudson durante una semana en Navidad, y tuvieron enormes conversaciones alrededor del fuego. Monseñor estaba engordando un poco y su personalidad se había expandido incluso con eso, y Amory sintió tanto descanso como seguridad al hundirse en un sillón bajo y acolchado y unirse a él en la cordura de mediana edad de un puro.

—He tenido ganas de dejar la universidad, Monseñor.

—¿Por qué?

—Toda mi carrera se ha ido al traste; usted pensará que es una nimiedad y todo eso, pero...

—En absoluto una nimiedad. Creo que es de lo más importante. Quiero oírlo todo. Todo lo que has estado haciendo desde la última vez que te vi.

Amory habló; profundizó en la destrucción de sus autopistas egoístas, y en media hora la cualidad apática había desaparecido de su voz.

—¿Qué harías si dejaras la universidad? —preguntó Monseñor.

—No sé. Me gustaría viajar, pero por supuesto esta tediosa guerra lo impide. De todos modos, a madre le fastidiaría que no me graduara. Estoy completamente perdido. Kerry Holiday quiere que me vaya con él y me una a la Escuadrilla Lafayette.

—Sabes que no te gustaría ir.

—A veces sí... esta noche iría en un segundo.

—Bueno, tendrías que estar mucho más cansado de la vida de lo que creo que estás. Te conozco.

—Me temo que sí —asintió Amory a regañadientes—. Simplemente parecía una salida fácil a todo... cuando pienso en otro año inútil y pesado.

—Sí, lo sé; pero a decir verdad, no estoy preocupado por ti; me parece que estás progresando de manera perfectamente natural.

—No —objetó Amory—. He perdido la mitad de mi personalidad en un año.

—¡Ni mucho menos! —se burló Monseñor—. Has perdido una gran cantidad de vanidad y eso es todo.

—¡Dios! Siento, de todos modos, como si hubiera pasado por otro quinto curso en St. Regis's.

—No —Monseñor negó con la cabeza—. Aquello fue una desgracia; esto ha sido algo bueno. Lo que valga la pena que te llegue, no será a través de los canales que buscabas el año pasado.

—¿Qué podría ser más improductivo que mi actual falta de energía?

—Quizás en sí mismo... pero te estás desarrollando. Esto te ha dado tiempo para pensar y te estás despojando de mucho de tu viejo equipaje sobre el éxito y el superhombre y todo eso. La gente como nosotros no puede adoptar teorías enteras, como hiciste tú. Si podemos hacer lo siguiente, y tener una hora al día para pensar, podemos lograr maravillas, pero en lo que respecta a cualquier plan prepotente de dominio ciego, solo haríamos el ridículo.

—Pero, Monseñor, no puedo hacer lo siguiente.

—Amory, entre tú y yo, acabo de aprender a hacerlo yo mismo. Puedo hacer las cien cosas que van más allá de lo siguiente, pero tropiezo con eso, igual que tú tropezaste con las matemáticas este otoño.

—¿Por qué tenemos que hacer lo siguiente? Nunca parece el tipo de cosa que debería hacer.

—Tenemos que hacerlo porque no somos personalidades, sino personajes.

—Esa es una buena frase... ¿qué quiere decir?

—Una personalidad es lo que pensabas que eras, lo que evidentemente son este Kerry y Sloane de los que me hablas. La personalidad es una cuestión física casi por completo; rebaja a las personas sobre las que actúa... la he visto desvanecerse en una larga enfermedad. Pero mientras una personalidad está activa, pasa por encima de «lo siguiente». Ahora bien, un personaje, por otro lado, acumula. Nunca se piensa en él aparte de lo que ha hecho. Es una percha en la que se han colgado mil cosas, cosas brillantes a veces, como las nuestras; pero usa esas cosas con una fría mentalidad detrás.

—Y varias de mis posesiones más brillantes se habían caído cuando las necesitaba. —Amory continuó el símil con avidez.

—Sí, eso es; cuando sientes que tu prestigio acumulado y tus talentos y todo eso están a la vista, nunca necesitas preocuparte por nadie; puedes enfrentarte a ellos sin dificultad.

—¡Pero, por otro lado, si no tengo mis posesiones, estoy indefenso!

—Absolutamente.

—Ciertamente, esa es una idea.

—Ahora tienes un nuevo comienzo, un comienzo que Kerry o Sloane constitucionalmente nunca pueden tener. Tiraste tres o cuatro adornos y, en un ataque de pique, derribaste el resto. La cosa ahora es colecionar algunos nuevos, y cuanto más lejos mires en la colección, mejor. Pero recuerda, ¡haz lo siguiente!

—¡Qué claras puede hacer las cosas!

Así hablaron, a menudo sobre sí mismos, a veces de filosofía y religión, y de la vida como, respectivamente, un juego o un misterio. El sacerdote parecía adivinar los pensamientos de Amory antes de que estuvieran claros en su propia cabeza, tan estrechamente relacionadas estaban sus mentes en forma y cauce.

—¿Por qué hago listas? —le preguntó Amory una noche—. ¿Listas de todo tipo de cosas?

—Porque eres un medievalista —respondió Monseñor—. Ambos lo somos. Es la pasión por clasificar y encontrar un tipo.

—Es un deseo de conseguir algo definido.

—Es el núcleo de la filosofía escolástica.

—Empezaba a pensar que me estaba volviendo excéntrico hasta que vine aquí. Era una pose, supongo.

—No te preocupes por eso; para ti, no posar puede ser la mayor pose de todas. Posa...

—¿Sí?

—Pero haz lo siguiente.

Después de que Amory regresara a la universidad, recibió varias cartas de Monseñor que le dieron más alimento egoísta para consumir.

«Me temo que te di demasiada seguridad de tu inevitable salvación, y debes recordar que lo hice por fe en tus resortes de esfuerzo; no en la tonta convicción de que llegarás sin lucha. Algunos matices de carácter tendrás que darlos por sentados en ti mismo, aunque debes tener cuidado al confesarlos a otros. Eres poco sentimental, casi incapaz de afecto, astuto sin ser taimado y vanidoso sin ser orgulloso.

No te dejes sentir inútil; a menudo a lo largo de la vida estarás realmente en tu peor momento cuando parezca que piensas mejor de ti mismo; y no te preocupes por perder tu «personalidad», como insistes en llamarla; a los quince tenías el resplandor de la madrugada, a los veinte empezarás a tener el melancólico brillo de la luna, y cuando tengas mi edad irradiarás, como yo, el genial calor dorado de las 4 de la tarde.

Si me escribes cartas, por favor, que sean naturales. La última, esa disertación sobre arquitectura, fue perfectamente horrible, tan «intelectual» que te imagino viviendo en un vacío intelectual y emocional; y ten cuidado de no intentar clasificar a la gente de forma demasiado definitiva en tipos; descubrirás que durante toda su juventud persistirán molesta e insistente-mente en saltar de clase en clase, y al pegar una etiqueta displicente a cada persona que conoces, simplemente estás empaquetando un payaso de re-sorte que saltará y te mirará con sorna cuando empieces a entrar en contacto realmente antagónico con el mundo. Una idealización de un hombre como Leonardo da Vinci sería un faro más valioso para ti en este momento.

Estás destinado a subir y bajar, igual que yo en mi juventud, pero mantén tu claridad mental, y si tontos o sabios se atrevan a criticar, no te culpes demasiado.

Dices que la convención es todo lo que realmente te mantiene recto en esta «cuestión de las mujeres»; pero es más que eso, Amory; es el miedo de que lo que empiezas no puedes detenerlo; te descontrolarías, y sé de lo que hablo; es ese sexto sentido medio milagroso por el que detectas el mal, es el miedo medio realizado a Dios en tu corazón.

Cualquiera que sea tu vocación —religión, arquitectura, literatura— es-toy seguro de que estarías mucho más seguro anclado a la Iglesia, pero no

arriesgaré mi influencia discutiendo contigo aunque esté secretamente seguro de que el «negro abismo del romanismo» bosteza bajo tus pies. Escríbeme pronto.

Con afectuosos saludos, THAYER DARCY.»

Incluso la lectura de Amory palideció durante este período; se adentró más en las brumosas calles secundarias de la literatura: Huysmans, Walter Pater, Théophile Gautier, y las secciones más picantes de Rabelais, Boccaccio, Petronio y Suetonio. Una semana, por curiosidad general, inspeccionó las bibliotecas privadas de sus compañeros de clase y encontró la de Sloane tan típica como cualquiera: colecciones de Kipling, O. Henry, John Fox, Jr., y Richard Harding Davis; «Lo que toda mujer de mediana edad debería saber», «El hechizo del Yukón»; una copia de «regalo» de James Whitcomb Riley, un surtido de libros de texto escolares maltrechos y anotados, y, finalmente, para su sorpresa, uno de sus propios descubrimientos tardíos, los poemas completos de Rupert Brooke.

Junto con Tom D'Invilliers, buscó entre las luminarias de Princeton a alguien que pudiera fundar la Gran Tradición Poética Americana.

El cuerpo estudiantil en sí era bastante más interesante ese año que el Princeton enteramente filisteo de dos años antes. Las cosas se habían animado sorprendentemente, aunque a costa de gran parte del encanto espontáneo del primer año. En el viejo Princeton nunca habrían descubierto a Tanaduke Wylie. Tanaduke era un estudiante de segundo año, con orejas tremendas y una forma de decir: «¡La tierra se arremolina a través de las lunas ominosas de generaciones preconsideradas!», que les hacía preguntarse vagamente por qué no sonaba del todo claro, pero nunca cuestionar que era la declaración de un superalma. Al menos así lo tomaron Tom y Amory. Le dijeron con toda seriedad que tenía una mente como la de Shelley, y presentaron su verso ultralibre y su prosa poética en la *Nassau Literary Magazine*. Pero el genio de Tanaduke absorbió los muchos colores de la época, y se entregó a la vida bohemia, para su gran decepción. Ahora hablaba de Greenwich Village en lugar de «lunas arremolinadas al mediodía», y se encontraba con musas invernales, no académicas y enclaustradas por la calle Cuarenta y dos y Broadway, en lugar de los niños soñados shelleyanos con los que había deleitado su expectante apreciación. Así que entregaron a Tanaduke a los futuristas, decidiendo que él y sus corbatas llamativas es-

tarían mejor allí. Tom le dio el consejo final de que dejara de escribir durante dos años y leyera las obras completas de Alexander Pope cuatro veces, pero ante la sugerencia de Amory de que Pope para Tanaduke era como un remedio para los pies para un dolor de estómago, se retiraron entre risas, y lo dejaron a cara o cruz si este genio era demasiado grande o demasiado insignificante para ellos.

Amory evitaba con bastante desdén a los profesores populares que dispensaban epigramas fáciles y dedales de Chartreuse a grupos de admiradores cada noche. También le decepcionaba el aire de incertidumbre general sobre todos los temas que parecía ligado al temperamento pedante; sus opiniones tomaron forma en una sátira en miniatura llamada «En un aula», que convenció a Tom de que imprimiera en la *Nassau Lit*.

«Buenos días, Tonto...

Tres veces por semana

Nos tienes indefensos mientras hablas,

Atormentando nuestras almas sedientas con los

Astutos "síes" de tu filosofía...

Bueno, aquí estamos, tus cien ovejas,

Afina, toca, derrama... dormimos...

Eres un estudiante, o eso dicen;

El otro día elaboraste

Un programa, de lo que sabemos

De algún folio olvidado;

Husmeaste a través del moho de una era,

Llenando tus fosas nasales de polvo,

Y luego, levantándote de rodillas,

Publicaste, en un estornudo gigantesco...

Pero aquí hay un vecino a mi derecha,

Un Asno Ansioso, considerado brillante;

Hacedor de preguntas... Cómo se pondrá,
Con aire serio y mano inquieta,
Después de esta hora, diciéndote
Que se sentó toda la noche y escarbó
En tu libro... Oh, tú serás tímido y él
Simulará precocidad,
Y pedantes ambos, sonreiréis y os contonearéis,
Y os miraréis de reojo, y volveréis rápido al trabajo...
Fue esta misma semana, señor, que devolviste
Un trabajo mío, del cual aprendí
(A través de varios comentarios al margen
Que habías garabateado) que desafié
Las más altas reglas de la crítica
Por un ingenio barato y descuidado...
"¿Está usted seguro de que esto podría ser?"
Y
";Shaw no es una autoridad!"
Pero el Asno Ansioso, con lo que ha enviado,
Causa estragos en tu mejor porcentaje.
Aun así... aun así te encuentro aquí y allá...
Cuando se representa a Shakespeare, ocupas un asiento,
Y alguna estrella difunta y apolillada
Encanta al pedante mental que eres...
¿Viene un radical y escandaliza
A los ateos ortodoxos?
Tú representas el Sentido Común,

Con la boca abierta, en el público.
Y, a veces, incluso la capilla atrae
Esa consciente tolerancia tuya,
Esa visión amplia y radiante de la verdad
(Incluyendo a Kant y al General Booth...)
Y así, de sobresalto en sobresalto vives,
Un afirmativo hueco y pálido...
Se acabó la hora... y despertados del descanso
Cien hijos de los bienaventurados
Te birlan una o dos palabras con pies
Que resuenan en los ruidosos pasillos...
Olvidan en la tierra de mente estrecha
El Poderoso Bostezo que te dio a luz.»

En abril, Kerry Holiday dejó la universidad y zarpó hacia Francia para alistarse en la Escuadrilla Lafayette. La envidia y admiración de Amory por este paso se ahogaron en una experiencia propia a la que nunca logró dar un valor apropiado, pero que, sin embargo, lo persiguió durante los tres años siguientes.

EL DIABLO

Dejaron Healy's a las doce y tomaron un taxi a Bistolary's. Estaban Axia Marlowe y Phoebe Column, del espectáculo del Summer Garden, Fred Sloane y Amory. La noche era tan joven que se sentían ridículos con un excedente de energía, e irrumpieron en el café como juerguistas dionisíacos.

— ¡Mesa para cuatro en medio de la pista! — gritó Phoebe — . ¡Rápido, viejo amigo, diles que estamos aquí!

— ¡Diles que toquen «Admiration»! — gritó Sloane — . Vosotros dos pedid; Phoebe y yo vamos a mover el esqueleto. — Y se lanzaron a la confusa multitud. Axia y Amory, conocidos de una hora, se abrieron paso a empujones detrás de un camarero hasta una mesa en un punto estratégico; allí se sentaron y observaron.

—¡Ahí está Findle Margotson, de New Haven! —gritó ella por encima del alboroto—. ¡Hola, Findle! ¡Yuhuu!

—¡Oh, Axia! —gritó él a modo de saludo—. ¡Venid a nuestra mesa!

—¡No! —susurró Amory.

—¡No puedo, Findle; estoy con otra persona! ¡Llámame mañana sobre la una!

Findle, un hombre anodino habitual de Bisty's, respondió incoherente-mente y se volvió hacia la brillante rubia a la que intentaba guiar por la sala.

—Ahí tienes a un tonto de remate —comentó Amory.

—Oh, no está mal. Aquí viene el viejo camarero. Si me preguntas, quiero un Daiquiri doble.

—Que sean cuatro.

La multitud giraba, cambiaba y se movía. Eran en su mayoría de las universidades, con una dispersión de la escoria masculina de Broadway, y mujeres de dos tipos, el más alto de los cuales era la corista. En general, era una multitud típica, y su grupo tan típico como cualquiera. Unas tres cuartas partes de todo el asunto era por efecto y, por lo tanto, inofensivo, terminaba en la puerta del café, lo suficientemente pronto para el tren de las cinco de vuelta a Yale o Princeton; aproximadamente una cuarta parte continuaba en las horas más tenues y recogía polvo extraño de lugares extraños. Su grupo estaba programado para ser del tipo inofensivo. Fred Sloane y Phoebe Column eran viejos amigos; Axia y Amory, nuevos. Pero cosas extrañas se preparan incluso en plena noche, y lo inusual, que acecha menos en el café, hogar de lo prosaico e inevitable, se preparaba para arruinarle el menguante romance de Broadway. La forma que tomó fue tan inexpresablemente terribles, tan increíble, que después nunca pensó en ello como una experiencia; sino que fue una escena de una tragedia nebulosa, representada muy detrás del velo, y que significaba algo definido, lo sabía.

Sobre la una se trasladaron a Maxim's, y las dos los encontraron en Deviniere's. Sloane había estado bebiendo consecutivamente y se encontraba en un estado de exaltación inestable, pero Amory estaba bastante aburridamente sobrio; no se habían topado con ninguno de esos antiguos y corruptos compradores de champán que generalmente ayudaban en sus fiestas

de Nueva York. Acababan de terminar de bailar y regresaban a sus sillas cuando Amory se dio cuenta de que alguien en una mesa cercana lo estaba mirando. Se giró y miró casualmente... era un hombre de mediana edad vestido con un traje de saco marrón, sentado un poco apartado en una mesa solo y observando a su grupo atentamente. Al ver la mirada de Amory, sonrió levemente. Amory se volvió hacia Fred, que acababa de sentarse.

—¿Quién es ese tonto pálido que nos mira? —se quejó indignado.

—¿Dónde? —gritó Sloane—. ¡Haremos que lo echen! —Se puso de pie y se tambaleó de un lado a otro, aferrándose a su silla—. ¿Dónde está?

Axia y Phoebe de repente se inclinaron y se susurraron al otro lado de la mesa, y antes de que Amory se diera cuenta, se encontraron camino a la puerta.

—¿Y ahora a dónde?

—Al apartamento —sugirió Phoebe—. Tenemos brandy y gaseosa... y todo está lento aquí abajo esta noche.

Amory lo consideró rápidamente. No había estado bebiendo, y decidió que si no tomaba más, sería razonablemente discreto que se uniera a la fiesta. De hecho, sería, quizás, lo que debía hacer para vigilar a Sloane, que no estaba en condiciones de pensar por sí mismo. Así que tomó el brazo de Axia y, apilándose íntimamente en un taxi, salieron por los cientos y se detuvieron en un alto edificio de apartamentos de piedra blanca... Nunca olvidaría esa calle... Era una calle ancha, bordeada a ambos lados por edificios de piedra blanca exactamente iguales, salpicados de ventanas oscuras; se extendían hasta donde alcanzaba la vista, inundados de una brillante luz de luna que les daba una palidez de calcio. Imaginó que cada uno tenía un ascensor y un botones de color y un llavero; cada uno de ocho pisos de altura y lleno de apartamentos de tres y cuatro habitaciones. Se alegró bastante de entrar en la alegría del salón de Phoebe y hundirse en un sofá, mientras las chicas iban a buscar comida.

—Phoebe es genial —confió Sloane, *sotto voce*.

—Solo me voy a quedar media hora —dijo Amory con severidad. Se preguntó si sonaba a remilgado.

—¡Ni hablar! —protestó Sloane—. Ya estamos aquí... no tengamos prisa.

—No me gusta este lugar —dijo Amory con mal humor—, y no quiero comida.

Phoebe reapareció con sándwiches, una botella de brandy, un sifón y cuatro vasos.

—Amory, sírvelos —dijo ella—, y brindaremos por Fred Sloane, que lleva una cogorza rara y distinguida.

—Sí —dijo Axia, entrando—, y por Amory. Me gusta Amory. —Se sentó a su lado y apoyó su cabeza amarilla en su hombro.

—Yo sirvo —dijo Sloane—; tú usa el sifón, Phoebe.

Llenaron la bandeja de vasos.

—¡Listos, allá va!

Amory vaciló, con el vaso en la mano.

Hubo un minuto en que la tentación se deslizó sobre él como un viento cálido, y su imaginación se convirtió en fuego, y tomó el vaso de la mano de Phoebe. Eso fue todo; pues en el segundo en que tomó su decisión, levantó la vista y vio, a diez metros de él, al hombre que había estado en el café, y con su salto de asombro el vaso cayó de su mano levantada. Allí, el hombre medio sentado, medio apoyado contra un montón de cojines en el diván de la esquina. Su rostro estaba moldeado en la misma cera amarilla que en el café, ni el color opaco y pastoso de un muerto —más bien una especie de palidez viril— ni malsano, lo habrías llamado; sino como el de un hombre fuerte que hubiera trabajado en una mina o hecho turnos de noche en un clima húmedo. Amory lo examinó cuidadosamente y más tarde podría haberlo dibujado a su manera, hasta los más mínimos detalles. Su boca era del tipo que se llama franco, y tenía unos ojos grises firmes que se movían lentamente de uno a otro de su grupo, con apenas un matiz de expresión interrogante. Amory se fijó en sus manos; no eran nada finas, pero tenían versatilidad y una fuerza tenue... eran manos nerviosas que se posaban ligeramente sobre los cojines y se movían constantemente con pequeños y bruscos movimientos de abrir y cerrar. Entonces, de repente, Amory percibió los pies, y con una oleada de sangre a la cabeza se dio

cuenta de que tenía miedo. Los pies estaban completamente mal... con una especie de incorrección que sentía más que sabía... Era como la debilidad en una buena mujer, o sangre sobre raso; una de esas terribles incongruencias que sacuden pequeñas cosas en la parte posterior del cerebro. No llevaba zapatos, sino una especie de medio mocasín, puntiagudo, sin embargo, como los zapatos que se usaban en el siglo XIV, y con las pequeñas puntas curvadas hacia arriba. Eran de un marrón oscuro y sus dedos parecían llenarlos hasta el final... Eran inefablemente terribles...

Debió de haber dicho algo, o parecido algo, pues la voz de Axia salió del vacío con una extraña bondad.

— ¡Bueno, mira a Amory! El pobre viejo Amory está enfermo... ¿la cabeza le da vueltas?

— ¡Mirad a ese hombre! — gritó Amory, señalando hacia el diván de la esquina.

— ¡Te refieres a esa cebra morada! — chilló Axia jocosamente —. ¡Uuuuh-iii! ¡Amory tiene una cebra morada mirándolo!

Sloane se rio sin sentido.

— ¿Te ha pillado la vieja cebra, Amory?

Hubo un silencio... El hombre miró a Amory con curiosidad... Luego las voces humanas cayeron débilmente en su oído:

— Pensaba que no estabas bebiendo — comentó Axia sarcásticamente, pero su voz era buena de oír; todo el diván que sostenía al hombre estaba vivo; vivo como las ondas de calor sobre el asfalto, como gusanos retorciéndose...

— ¡Vuelve! ¡Vuelve! — El brazo de Axia cayó sobre el suyo —. ¡Amory, querido, no te vas, Amory! — Estaba a medio camino de la puerta.

— ¡Vamos, Amory, quédate con nosotros!

— ¿Estás enfermo?

— ¡Siéntate un segundo!

— Toma un poco de agua.

— Toma un poco de brandy...

El ascensor estaba cerca, y el botones de color estaba medio dormido, pálido hasta un bronce lívido... La voz suplicante de Axia flotaba por el hueco. Esos pies... esos pies...

Mientras descendían al piso inferior, los pies aparecieron a la vista bajo la enfermiza luz eléctrica del vestíbulo pavimentado.

EN EL CALLEJÓN

Por la larga calle descendía la luna, y Amory le dio la espalda y caminó. A diez, quince pasos de distancia sonaban las pisadas. Eran como un goteo lento, con la más mínima insistencia en su caída. La sombra de Amory yacía, quizás, a tres metros por delante de él, y Zapatos Suaves estaba presumiblemente a esa distancia por detrás. Con el instinto de un niño, Amory se deslizó bajo la oscuridad azul de los edificios blancos, hendiendo la luz de la luna durante segundos angustiosos, una vez echando a correr lentamente con torpes tropezones. Después de eso se detuvo de repente; debía mantener el control, pensó. Tenía los labios secos y se los lamió.

Si se encontraba con alguien bueno... ¿quedaba gente buena en el mundo o vivían todos ahora en edificios de apartamentos blancos? ¿Todo el mundo era seguido a la luz de la luna? Pero si se encontraba con alguien bueno que supiera lo que quería decir y oyera este maldito arrastrar de pies... entonces el arrastrar de pies se acercó de repente, y una nube negra se posó sobre la luna. Cuando de nuevo el pálido brillo rozó las cornisas, estaba casi a su lado, y Amory creyó oír una respiración tranquila. De repente se dio cuenta de que las pisadas no estaban detrás, nunca habían estado detrás, estaban delante y él no estaba eludiendo sino siguiendo... siguiendo. Empezó a correr, ciegamente, con el corazón golpeando fuertemente, las manos apretadas. Muy adelante se mostró un punto negro, que se resolvió lentamente en una forma humana. Pero Amory ya había pasado de eso; giró de la calle y se metió en un callejón, estrecho y oscuro y con olor a podredumbre vieja. Se retorció por una larga y sinuosa negrura, donde la luz de la luna estaba oculta excepto por pequeños destellos y parches... luego, de repente, se hundió jadeando en un rincón junto a una valla, agotado. Los pasos de delante se detuvieron, y pudo oírlos moverse ligeramente con un movimiento continuo, como olas alrededor de un muelle.

Se cubrió la cara con las manos y se tapó los ojos y los oídos lo mejor que pudo. Durante todo este tiempo nunca se le ocurrió que estuviera deli-

rando o borracho. Tenía un sentido de la realidad como las cosas materiales nunca podrían dárselo. Su contenido intelectual parecía someterse pasivamente a él, y encajaba como un guante con todo lo que había precedido en su vida. No lo confundía. Era como un problema cuya respuesta sabía en el papel, pero cuya solución era incapaz de comprender. Estaba mucho más allá del horror. Se había hundido a través de la delgada superficie de eso, ahora se movía en una región donde los pies y el miedo a las paredes blancas eran cosas reales, vivas, cosas que debía aceptar. Solo muy dentro de su alma un pequeño fuego saltaba y gritaba que algo lo estaba arrastrando hacia abajo, tratando de meterlo dentro de una puerta y cerrarla de golpe detrás de él. Después de que esa puerta se cerrara de golpe, solo habría pisadas y edificios blancos a la luz de la luna, y quizás él sería una de las pisadas.

Durante los cinco o diez minutos que esperó en la sombra de la valla, hubo de alguna manera este fuego... eso fue lo más cercano a cómo pudo llamarlo después. Recordaba haber gritado en voz alta:

—¡Quiero a alguien estúpido! ¡Oh, enviad a alguien estúpido! —Esto a la valla negra frente a él, en cuyas sombras se arrastraban los pasos... se arrastraban. Suponía que «estúpido» y «bueno» se habían entremezclado de alguna manera por asociación previa. Cuando gritó así no fue un acto de voluntad en absoluto —la voluntad lo había apartado de la figura en movimiento en la calle—; fue casi el instinto lo que gritó, solo la acumulación de tradición inherente o alguna oración salvaje desde muy lejos en la noche. Entonces algo resonó como un gong grave golpeado a distancia, y ante sus ojos un rostro brilló sobre los dos pies, un rostro pálido y distorsionado con una especie de maldad infinita que lo retorcía como una llama al viento; pero supo, durante el medio instante en que el gong tañó y zumbó, que era el rostro de Dick Humbird.

Minutos después se puso de pie de un salto, dándose cuenta vagamente de que ya no había sonido, y que estaba solo en el callejón que se agrisaba. Hacía frío, y empezó a correr firmemente hacia la luz que mostraba la calle al otro extremo.

EN LA VENTANA

Era tarde por la mañana cuando se despertó y encontró el teléfono junto a su cama en el hotel sonando frenéticamente, y recordó que había dejado di-

cho que lo llamaran a las once. Sloane roncaba pesadamente, con la ropa en un montón junto a su cama. Se vistieron y desayunaron en silencio, y luego salieron tranquilamente a tomar el aire. La mente de Amory funcionaba lentamente, tratando de asimilar lo que había sucedido y separar de las caóticas imágenes que abarrotaban su memoria los meros jirones de verdad. Si la mañana hubiera sido fría y gris, podría haber agarrado las riendas del pasado en un instante, pero era uno de esos días que Nueva York tiene a veces en mayo, cuando el aire en la Quinta Avenida es un vino suave y ligero. Cuánto o cuán poco recordaba Sloane, a Amory no le importaba saberlo; aparentemente no tenía nada de la tensión nerviosa que atenazaba a Amory y forzaba su mente de un lado a otro como una sierra chirriante.

Entonces Broadway irrumpió ante ellos, y con el barullo de ruido y los rostros pintados, una repentina náusea invadió a Amory.

—¡Por el amor de Dios, volvamos! ¡Salgamos de este... de este lugar!

Sloane lo miró asombrado.

—¿Qué quieras decir?

—¡Esta calle, es espantosa! ¡Vamos, volvamos a la Avenida!

—¿Quieres decir —dijo Sloane impasiblemente— que porque tuviste algún tipo de indigestión que te hizo actuar como un maníaco anoche, no volverás a pisar Broadway nunca más?

Simultáneamente, Amory lo clasificó con la multitud, y ya no le pareció Sloane, el del humor desenfadado y la personalidad feliz, sino solo una de las caras malvadas que giraban a lo largo de la turbia corriente.

—¡Tío! —gritó tan fuerte que la gente de la esquina se giró y los siguió con la mirada—, ¡es asqueroso, y si no puedes verlo, tú también eres asqueroso!

—No puedo evitarlo —dijo Sloane obstinadamente—. ¿Qué te pasa? ¿Te está entrando el viejo remordimiento? Estarías en un buen estado si hubieras seguido con nuestra pequeña fiesta.

—Me voy, Fred —dijo Amory lentamente. Le temblaban las rodillas, y sabía que si se quedaba un minuto más en esa calle se despomaría donde estaba—. Estaré en el Vanderbilt para almorzar. —Y se alejó rápidamente y giró hacia la Quinta Avenida. De vuelta en el hotel se sintió mejor, pero al

entrar en la barbería, con la intención de darse un masaje en la cabeza, el olor de los polvos y los tónicos le trajo de vuelta la sonrisa de soslayo y sugerente de Axia, y se fue apresuradamente. En el umbral de su habitación, una repentina oscuridad fluyó a su alrededor como un río dividido.

Cuando volvió en sí, supo que habían pasado varias horas. Se arrojó sobre la cama y rodó boca abajo con un miedo mortal a estar volviéndose loco. Quería gente, gente, alguien cuerdo, estúpido y bueno. Yació durante no supo cuánto tiempo sin moverse. Podía sentir las pequeñas venas calientes de su frente sobresaliendo, y su terror se había endurecido sobre él como yeso. Sintió que estaba ascendiendo de nuevo a través de la delgada corteza del horror, y solo ahora podía distinguir el sombrío crepúsculo que dejaba atrás. Debió de haberse quedado dormido de nuevo, pues la siguiente vez que se recobró, había pagado la cuenta del hotel y estaba subiendo a un taxi en la puerta. Llovía a cántaros.

En el tren hacia Princeton no vio a nadie que conociera, solo una multitud de habitantes de Filadelfia con aspecto agotado. La presencia de una mujer pintada al otro lado del pasillo lo llenó de un nuevo acceso de náuseas y se cambió a otro vagón, intentó concentrarse en un artículo de una revista popular. Se encontró leyendo los mismos párrafos una y otra vez, así que abandonó este intento y, reclinándose cansadamente, apretó su frente caliente contra el húmedo cristal de la ventana. El vagón, de fumadores, estaba caliente y cargado con la mayoría de los olores de la población foránea del estado; abrió una ventana y se estremeció contra la nube de niebla que se deslizó sobre él. El viaje de dos horas pareció durar días, y casi gritó de alegría cuando las torres de Princeton se alzaron a su lado y los cuadrados amarillos de luz se filtraron a través de la lluvia azul.

Tom estaba de pie en el centro de la habitación, reencendiendo pensativamente la colilla de un puro. A Amory le pareció que se veía bastante aliviado al verlo.

—Tuve un sueño infernal contigo anoche —salió la voz cascada a través del humo del puro—. Tenía la idea de que estabas en algún problema.

—¡No me lo cuentes! —casi chilló Amory—. ¡No digas ni una palabra; estoy cansado y agotado!

Tom lo miró de forma extraña y luego se hundió en una silla y abrió su cuaderno de italiano. Amory arrojó su abrigo y sombrero al suelo, se aflojó el cuello y cogió una novela de Wells al azar de la estantería. «Wells es cuerdo», pensó, «y si no funciona, leeré a Rupert Brooke».

Pasó media hora. Afuera se levantó el viento, y Amory se sobresaltó cuando las ramas mojadas se movieron y arañaron con sus uñas el cristal de la ventana. Tom estaba sumido en su trabajo, y dentro de la habitación solo el ocasional rasguño de una cerilla o el crujido del cuero cuando se movían en sus sillas rompía el silencio. Entonces, como un zigzag de relámpago, llegó el cambio. Amory se sentó erguido de golpe, helado en su silla. Tom lo miraba con la boca caída, los ojos fijos.

— ¡Dios nos ayude! — gritó Amory.

— ¡Oh, cielos! — gritó Tom —, ¡mira detrás! — Rápido como un rayo, Amory se giró. No vio nada más que el oscuro cristal de la ventana.

— Ya se ha ido — llegó la voz de Tom después de un segundo, con un terror silencioso —. Algo te estaba mirando.

Temblando violentamente, Amory se dejó caer de nuevo en su silla.

— Tengo que contártelo — dijo —. He tenido una experiencia infernal. Creo que he... he visto al diablo o... algo parecido. ¿Qué cara acabas de ver?... o no — añadió rápidamente —, ¡no me lo digas!

Y le contó la historia a Tom. Era medianoche cuando terminó, y después de eso, con todas las luces encendidas, dos chicos somnolientos y temblorosos se leyeron el uno al otro de «El nuevo Maquiavelo», hasta que el amanecer surgió de Witherspoon Hall, y el *Princetonian* cayó contra la puerta, y los pájaros de mayo saludaron al sol sobre la lluvia de la noche anterior.

CAPÍTULO 4. NARCISO FUERA DE SERVICIO

Durante el período de transición de Princeton, es decir, durante los dos últimos años de Amory allí, mientras la veía cambiar, ampliarse y estar a la altura de su belleza gótica por medios mejores que los desfiles nocturnos, llegaron ciertos individuos que la agitaron hasta sus pletóricas profundidades. Algunos de ellos habían sido novatos, y novatos salvajes, con Amory; algunos estaban en la promoción inferior; y fue al principio de su último año y alrededor de pequeñas mesas en el Nassau Inn que comenzaron a cuestionar en voz alta las instituciones que Amory y otros innumerables antes que él habían cuestionado tanto tiempo en secreto. Primero, y en parte por accidente, dieron con ciertos libros, un tipo definido de novela biográfica que Amory bautizó como libros de «búsqueda» (*quest*). En el libro de «búsqueda», el héroe partía en la vida armado con las mejores armas y con la intención declarada de usarlas como tales armas se usan habitualmente, para impulsar a sus poseedores egoísta y ciegamente como fuera posible, pero los héroes de los libros de «búsqueda» descubrían que podría haber un uso más magnífico para ellas. «Ningún otro Dios», «Sinister Street» y «La investigación magnífica» eran ejemplos de tales libros; fue el último de estos tres el que atrapó a Burne Holiday y le hizo preguntarse al principio del último año cuánto valía la pena ser un autócrata diplomático en su club de Prospect Avenue y disfrutar de los focos de los cargos de la promoción. Fue claramente a través de los canales de la aristocracia que Burne encontró su camino. Amory, a través de Kerry, había tenido una vaga relación distante con él, pero no fue hasta enero del último año que su amistad comenzó.

—¿Has oído lo último? —dijo Tom, entrando tarde una noche lloviznosa con ese aire triunfante que siempre llevaba después de un exitoso combate conversacional.

—No. ¿Alguien ha suspendido? ¿O se ha hundido otro barco?

—Peor que eso. Alrededor de un tercio de la promoción de tercer año va a renunciar a sus clubes.

—¡Qué!

—¡Hecho real!

—¡Por qué!

—Espíritu de reforma y todo eso. Burne Holiday está detrás. Los presidentes de los clubes tienen una reunión esta noche para ver si pueden encontrar un medio conjunto para combatirlo.

—Bueno, ¿cuál es la idea del asunto?

—Oh, que los clubes son perjudiciales para la democracia de Princeton; cuestan mucho; trazan líneas sociales, quitan tiempo; la línea habitual que a veces oyen de los de segundo año decepcionados. Woodrow pensaba que deberían ser abolidos y todo eso.

—¿Pero esto es de verdad?

—Absolutamente. Creo que saldrá adelante.

—Por el amor de Dios, cuéntame más.

—Bueno —empezó Tom—, parece que la idea se desarrolló simultáneamente en varias cabezas. Estuve hablando con Burne hace un rato, y él afirma que es un resultado lógico si una persona inteligente piensa lo suficiente sobre el sistema social. Tenían un «grupo de discusión» y el punto de abolir los clubes fue sacado por alguien... todos los presentes se lanzaron a ello; había estado en la mente de cada uno, más o menos, y solo necesitaba una chispa para sacarlo a la luz.

—¡Genial! Juro que creo que será de lo más entretenido. ¿Cómo se sienten en Cap and Gown?

—Como locos, por supuesto. Todo el mundo ha estado sentado discutiendo y jurando y enfadándose y poniéndose sentimental y brutal. Es lo mismo en todos los clubes; he dado una vuelta. Cogen a uno de los radicales en un rincón y le acribillan a preguntas.

—¿Cómo se defienden los radicales?

—Oh, moderadamente bien. Burne es un muy buen orador, y tan obviamente sincero que no puedes llegar a ninguna parte con él. Es tan evidente que renunciar a su club significa mucho más para él que impedirlo para nosotros, que me sentí inútil cuando discutí; finalmente adopté una posición que era brillantemente neutral. De hecho, creo que Burne pensó por un momento que me había convertido.

—¿Y dices que casi un tercio de la promoción de tercer año va a renunciar?

—Llámalo un cuarto y ve a lo seguro.

—¡Dios! ¡Quién habría pensado que fuera posible!

Hubo un golpe enérgico en la puerta, y el propio Burne entró.

—Hola, Amory... hola, Tom.

Amory se levantó.

—Buenas noches, Burne. No te preocupes si parezco tener prisa; voy a Renwick's.

Burne se volvió hacia él rápidamente.

—Probablemente sabes de lo que quiero hablar con Tom, y no es nada privado. Ojalá te quedaras.

—Con mucho gusto. —Amory se sentó de nuevo, y mientras Burne se encaramaba a una mesa y se lanzaba a discutir con Tom, observó a este revolucionario con más atención que nunca. De frente ancha y mentón fuerte, con una finura en los honestos ojos grises que eran como los de Kerry, Burne era un hombre que daba una impresión inmediata de grandeza y seguridad; obstinado, eso era evidente, pero su obstinación no tenía estolidez, y cuando había hablado durante cinco minutos Amory supo que este agudo entusiasmo no tenía en sí ninguna cualidad de dilettantismo.

El intenso poder que Amory sintió más tarde en Burne Holiday difería de la admiración que había tenido por Humbird. Esta vez comenzó como un interés puramente mental. Con otros hombres a los que había considerado principalmente de primera clase, se había sentido atraído primero por sus personalidades, y en Burne echó en falta ese magnetismo inmediato al que usualmente juraba lealtad. Pero esa noche Amory quedó impresionado por

la intensa seriedad de Burne, una cualidad que estaba acostumbrado a asociar solo con la temida estupidez, y por el gran entusiasmo que tocaba caderas muertas en su corazón. Burne representaba vagamente una tierra hacia la que Amory esperaba estar derivando, y ya era casi hora de que esa tierra estuviera a la vista. Tom, Amory y Alec habían llegado a un punto muerto; nunca parecían tener nuevas experiencias en común, pues Tom y Alec habían estado tan ciegamente ocupados con sus comités y juntas como Amory había estado ciegamente ocioso, y las cosas que tenían para disecar —la universidad, la personalidad contemporánea y similares— las habían trillado y retrillado en muchas frugales comidas conversacionales.

Esa noche discutieron sobre los clubes hasta las doce y, en general, estuvieron de acuerdo con Burne. A los compañeros de cuarto no les pareció un tema tan vital como en los dos años anteriores, pero la lógica de las objeciones de Burne al sistema social encajaba tan completamente con todo lo que habían pensado, que preguntaban en lugar de discutir, y envidiaban la cordura que permitía a este hombre destacarse así contra todas las tradiciones.

Entonces Amory se desvió y descubrió que Burne también estaba inmerso en otras cosas. La economía le había interesado y se estaba volviendo socialista. El pacifismo jugaba en el fondo de su mente, y leía *The Masses* y a León Tolstói fielmente.

—¿Y la religión? —le preguntó Amory.

—No sé. Estoy hecho un lío con un montón de cosas... acabo de descubrir que tengo mente, y estoy empezando a leer.

—¿Leer qué?

—De todo. Tengo que elegir y escoger, por supuesto, pero sobre todo cosas que me hagan pensar. Estoy leyendo los cuatro evangelios ahora, y «Las variedades de la experiencia religiosa».

—¿Qué te inició principalmente?

—Wells, supongo, y Tolstói, y un hombre llamado Edward Carpenter. Llevo más de un año leyendo, en unas pocas líneas, en lo que considero las líneas esenciales.

—¿Poesía?

—Bueno, francamente, no lo que vosotros llamáis poesía, o por vuestras razones; vosotros dos escribís, por supuesto, y veis las cosas de manera diferente. Whitman es el hombre que me atrae.

—¿Whitman?

—Sí; es una fuerza ética definida.

—Bueno, me avergüenza decir que estoy en blanco en el tema de Whitman. ¿Y tú, Tom?

Tom asintió tímidamente.

—Bueno —continuó Burne—, puede que te encuentres con algunos poemas que son tediosos, pero me refiero a la masa de su obra. Es tremendo, como Tolstoi. Ambos miran las cosas de frente y, de alguna manera, por diferentes que sean, representan más o menos las mismas cosas.

—Me has dejado perplejo, Burne —admitió Amory—. He leído «Anna Karénina» y la «Sonata a Kreutzer», por supuesto, pero Tolstoi está mayormente en ruso original en lo que a mí respecta.

—Es el hombre más grande en cientos de años —gritó Burne con entusiasmo—. ¿Has visto alguna vez una foto de esa vieja cabeza hirsuta suya?

Hablaron hasta las tres, desde la biología hasta la religión organizada, y cuando Amory se metió temblando en la cama fue con la mente resplandeciente de ideas y una sensación de conmoción de que alguien más había descubierto el camino que él podría haber seguido. Burne Holiday se estaba desarrollando tan evidentemente, y Amory había considerado que él estaba haciendo lo mismo. Había caído en un profundo cinismo sobre lo que se había cruzado en su camino, había tramado la imperfectibilidad del hombre y había leído a Shaw y Chesterton lo suficiente como para mantener su mente alejada de los bordes de la decadencia; ahora, de repente, todos sus procesos mentales del último año y medio parecían rancios y fútiles, una mezquina consumación de sí mismo... y como un sombrío telón de fondo yacía aquel incidente de la primavera anterior, que llenaba la mitad de sus noches con un terror lúgubre y le impedía rezar. Ni siquiera era católico, pero ese era el único fantasma de un código que tenía, el catolicismo ostentoso, ritualista y paradójico cuyo profeta era Chesterton, cuyos *claqueurs* eran libertinos reformados de la literatura como Huysmans y Bourget, cuyo patrocinador americano era Ralph Adams Cram, con su adulación de las

catedrales del siglo XIII; un catolicismo que Amory encontraba conveniente y prefabricado, sin sacerdote, ni sacramentos, ni sacrificio.

No podía dormir, así que encendió la lámpara de lectura y, cogiendo la «Sonata a Kreutzer», la buscó cuidadosamente en busca de los gérmenes del entusiasmo de Burne. Ser Burne era de repente mucho más real que ser inteligente. Sin embargo, suspiró... aquí había otros posibles pies de barro.

Pensó en los dos años pasados, en Burne como un novato apresurado y nervioso, bastante sumergido en la personalidad de su hermano. Luego recordó un incidente del segundo año, en el que se sospechaba que Burne había tenido el papel principal.

Se había oído a un gran grupo discutir con el decano Hollister, que había discutido con un taxista que lo había llevado desde el empalme. En el curso del altercado, el decano comentó que «lo mismo podría comprar el taxi». Pagó y se fue, pero a la mañana siguiente entró en su despacho privado para encontrar el propio taxi en el espacio que normalmente ocupaba su escritorio, con un cartel que decía «Propiedad del Decano Hollister. Comprado y pagado»... A dos mecánicos expertos les llevó medio día desmontarlo en sus partes más diminutas y retirarlo, lo que solo demuestra la rara energía del humor de segundo año bajo un liderazgo eficiente.

Luego, de nuevo, ese mismo otoño, Burne había causado sensación. Una tal Phyllis Styles, una trotamundos de bailes interuniversitarios, no había recibido su invitación anual para el partido Harvard-Princeton.

Jesse Ferrenby la había llevado a un partido más pequeño unas semanas antes, y había presionado a Burne para que le sirviera, para la ruina de la misoginia de este último.

—¿Vienes al partido de Harvard? —había preguntado Burne indiscretamente, simplemente para hacer conversación.

—Si me invitas —gritó Phyllis rápidamente.

—Por supuesto que sí —dijo Burne débilmente. No estaba versado en las artes de Phyllis, y estaba seguro de que esto era simplemente una forma insulsa de bromear. Antes de que pasara una hora, supo que estaba realmente involucrado. Phyllis lo había acorralado y servido en bandeja, le informó del tren en que llegaba y lo deprimió por completo. Aparte de detestar a

Phyllis, había querido especialmente ir solo a ese partido y entretenér a algunos amigos de Harvard.

— Ya verá —informó a una delegación que llegó a su habitación para bromear con él—. ¡Este será el último partido al que convenza a algún joven inocente para que la lleve!

— Pero, Burne... ¿por qué la invitaste si no la querías?

— Burne, sabes que estás secretamente loco por ella... ese es el verdadero problema.

— ¿Qué puedes hacer, Burne? ¿Qué puedes hacer contra Phyllis?

Pero Burne solo negó con la cabeza y murmuró amenazas que consistían en gran parte en la frase: «¡Ya verá, ya verá!».

La alegre Phyllis llevó sus veinticinco veranos con alegría desde el tren, pero en el andén un espectáculo espantoso se encontró con sus ojos. Allí estaban Burne y Fred Sloane ataviados hasta el último punto como las figuras llamativas de los carteles universitarios. Habían comprado trajes llamativos con enormes pantalones de pata de elefante y hombreras gigantescas. En sus cabezas llevaban sombreros universitarios desenfadados, prendidos por delante y luciendo brillantes bandas naranjas y negras, mientras que de sus cuellos de celuloide brotaban llamativas corbatas naranjas. Llevaban brazaletes negros con «P» naranjas, y portaban bastones con banderines de Princeton, completando el efecto con calcetines y pañuelos asomando en los mismos motivos de color. De una cadena resonante llevaban un gato grande y enfadado, pintado para representar a un tigre.

Una buena mitad de la multitud de la estación ya los estaba mirando, dividida entre la piedad horrorizada y la risa desenfrenada, y mientras Phyllis, con la mandíbula esbelta caída, se acercaba, la pareja se inclinó y emitió un vítores universitarios con voces fuertes y de largo alcance, añadiendo pensativamente el nombre «Phyllis» al final. Fue recibida vociferantemente y escoltada con entusiasmo por todo el campus, seguida por medio centenar de pilluelos del pueblo, para la risa ahogada de cientos de exalumnos y visitantes, la mitad de los cuales no tenía idea de que se trataba de una broma pesada, sino que pensaban que Burne y Fred eran dos deportistas universitarios que le mostraban a su chica un rato universitario.

Los sentimientos de Phyllis mientras era paseada por las gradas de Harvard y Princeton, donde se sentaban docenas de sus antiguos devotos, pueden imaginarse. Intentó caminar un poco por delante, intentó caminar un poco por detrás, pero ellos se mantuvieron cerca, para que no hubiera duda de con quién estaba, hablando en voz alta de sus amigos en el equipo de fútbol, hasta que casi pudo oír a sus conocidos susurrar:

—Phyllis Styles debe de estar muy necesitada para tener que venir con esos dos.

Ese había sido Burne, dinámicamente humorístico, fundamentalmente serio. De esa raíz había florecido la energía que ahora intentaba orientar con el progreso...

Así pasaron las semanas y llegó marzo y los pies de barro que Amory buscaba no aparecieron. Alrededor de un centenar de estudiantes de tercer y cuarto año renunciaron a sus clubes en una furia final de rectitud, y los clubes, en su impotencia, se volvieron contra Burne con su arma más fina: el ridículo. A todos los que lo conocían les caía bien, pero lo que él representaba (y empezó a representar cada vez más) cayó bajo el azote de muchas lenguas, hasta que un hombre más frágil que él habría sido sepultado.

—¿No te importa perder prestigio? —preguntó Amory una noche. Habían adoptado la costumbre de visitarse varias veces a la semana.

—Por supuesto que no. ¿Qué es el prestigio, en el mejor de los casos?

—Algunos dicen que solo eres un político bastante original.

Se rio a carcajadas.

—Eso es lo que me dijo Fred Sloane hoy. Supongo que me lo merezco.

Una tarde se adentraron en un tema que había interesado a Amory durante mucho tiempo: la cuestión de la influencia de los atributos físicos en la constitución de un hombre. Burne había profundizado en la biología de esto, y luego:

—Por supuesto que la salud cuenta; un hombre sano tiene el doble de posibilidades de ser bueno —dijo.

—No estoy de acuerdo contigo; no creo en el «cristianismo muscular».

— Yo sí; creo que Cristo tenía un gran vigor físico.

— Oh, no — protestó Amory — . Trabajó demasiado para eso. Imagino que cuando murió era un hombre destrozado, y los grandes santos no han sido fuertes.

— La mitad de ellos sí.

— Bueno, incluso concediendo eso, no creo que la salud tenga nada que ver con la bondad; por supuesto, es valioso para un gran santo poder sopor tar enormes tensiones, pero esta moda de predicadores populares que se ponen de puntillas en una virilidad simulada, bramando que la calistenia sal vará el mundo... no, Burne, no puedo aceptar eso.

— Bueno, dejémoslo; no llegaremos a ninguna parte, y además no he decidido del todo sobre eso. Ahora, aquí hay algo que sí sé: la apariencia personal tiene mucho que ver.

— ¿El color del pelo y los ojos? — preguntó Amory con avidez.

— Sí.

— Eso es lo que Tom y yo calculamos — asintió Amory — . Cogimos los anuarios de los últimos diez años y miramos las fotos del consejo de veteranos. Sé que no tienes muy buena opinión de ese augustó cuerpo, pero representa el éxito aquí de una manera general. Bueno, supongo que solo alrededor del treinta y cinco por ciento de cada promoción aquí son rubios, son realmente claros, y sin embargo, dos tercios de cada consejo de veteranos son claros. Miramos fotos de diez años de ellos, fíjate; eso significa que de cada quince hombres de pelo claro en la promoción de veteranos, uno está en el consejo de veteranos, y de los hombres de pelo oscuro es solo uno de cada cincuenta.

— Es verdad — asintió Burne — . El hombre de pelo claro es un tipo superior, en términos generales. Una vez lo calculé con los presidentes de los Estados Unidos, y descubrí que más de la mitad de ellos eran de pelo claro; y sin embargo, piensa en el número preponderante de morenos en la raza.

— La gente lo admite inconscientemente — dijo Amory — . Notarás que se espera que una persona rubia hable. Si una chica rubia no habla, la llamamos «muñeca»; si un hombre de pelo claro está en silencio, se le considera estúpido. Sin embargo, el mundo está lleno de «hombres oscuros y si-

lenciosos» y «morenas lánguidas» que no tienen un cerebro en la cabeza, pero que de alguna manera nunca son acusados de esa carencia.

—Y la boca grande y la barbilla ancha y la nariz bastante grande indudablemente hacen el rostro superior.

—No estoy tan seguro. —Amory era partidario de los rasgos clásicos.

—Oh, sí... te lo demostraré. —Y Burne sacó de su escritorio una colección de fotografías de celebridades con barbas pobladas y desaliñadas: Tolstói, Whitman, Carpenter y otros.

—¿No son maravillosos?

Amory intentó apreciarlos cortésmente, y se rindió entre risas.

—Burne, creo que es el grupo más feo que he visto en mi vida. Parecen un asilo de ancianos.

—Oh, Amory, mira esa frente de Emerson; mira los ojos de Tolstói. —Su tono era de reproche.

Amory negó con la cabeza.

—¡No! Llámales de aspecto notable o lo que quieras, pero feos, ciertamente lo son.

Sin inmutarse, Burne pasó la mano con cariño por las frentes espaciosas, y amontonando las fotos las guardó de nuevo en su escritorio.

Caminar de noche era una de sus actividades favoritas, y una noche convenció a Amory para que lo acompañara.

—Odio la oscuridad —objetó Amory—. Antes no, excepto cuando estaba particularmente imaginativo, pero ahora, de verdad que sí; soy un completo tonto al respecto.

—Eso es inútil, ya sabes.

—Muy posiblemente.

—Iremos hacia el este —sugirió Burne—, y por esa serie de caminos a través del bosque.

—No me suena muy atractivo —admitió Amory a regañadientes—, pero vamos.

Partieron a buen paso, y durante una hora avanzaron con una discusión animada hasta que las luces de Princeton fueron manchas blancas luminosas detrás de ellos.

—Cualquier persona con imaginación está destinada a tener miedo —dijo Burne con seriedad—. Y este mismo caminar de noche es una de las cosas que me daban miedo. Te voy a decir por qué ahora puedo caminar por cualquier parte y no tener miedo.

—Adelante —instó Amory con avidez. Se dirigían hacia el bosque, la voz nerviosa y entusiasta de Burne se calentaba con su tema.

—Solía venir aquí solo por la noche, oh, hace tres meses, y siempre me detenía en ese cruce que acabamos de pasar. Allí estaban los bosques cerniéndose por delante, tal como lo hacen ahora, había perros aullando y las sombras y ningún sonido humano. Por supuesto, poblaban los bosques con todo lo espantoso, igual que tú; ¿no es así?

—Sí, lo hago —admitió Amory.

—Bueno, empecé a analizarlo; mi imaginación persistía en meter horrores en la oscuridad, así que metí mi imaginación en la oscuridad en su lugar, y dejé que me mirara a mí; la dejé jugar a ser un perro callejero o un convicto fugado o un fantasma, y luego me vi a mí mismo viniendo por el camino. Eso lo arregló todo, como siempre arregla todo el proyectarse completamente en el lugar de otro. Sabía que si yo fuera el perro o el convicto o el fantasma, no sería una amenaza para Burne Holiday más de lo que él era una amenaza para mí. Luego pensé en mi reloj. Sería mejor que volviera y lo dejara y luego me aventurara en los bosques. No; decidí, es mejor en conjunto que pierda un reloj a que me dé la vuelta, y entré en ellos; no solo seguí el camino a través de ellos, sino que caminé dentro de ellos hasta que ya no tuve miedo; lo hice hasta que una noche me senté y me quedé dormido allí; entonces supe que había dejado de tener miedo a la oscuridad.

—¡Dios! —respiró Amory—. No podría haber hecho eso. Habría salido a mitad de camino, y la primera vez que pasara un automóvil y hiciera la oscuridad más densa cuando sus luces desaparecieran, habría regresado.

—Bueno —dijo Burne de repente, tras unos momentos de silencio—, estamos a mitad de camino, volvamos.

A la vuelta se lanzó a una discusión sobre la voluntad.

—Es el todo —afirmó—. Es la única línea divisoria entre el bien y el mal. Nunca he conocido a un hombre que llevara una vida podrida y no tuviera una voluntad débil.

—¿Y los grandes criminales?

—Normalmente están locos. Si no, son débiles. No existe un criminal fuerte y cuerdo.

—Burne, no estoy de acuerdo contigo en absoluto; ¿y el superhombre?

—¿Y bien?

—Es malvado, creo, y sin embargo es fuerte y cuerdo.

—Nunca lo he conocido. Apuesto, sin embargo, a que es estúpido o está loco.

—Lo he conocido una y otra vez y no es ninguna de las dos cosas. Por eso creo que te equivocas.

—Estoy seguro de que no, y por eso no creo en el encarcelamiento excepto para los locos.

En este punto Amory no podía estar de acuerdo. Le parecía que la vida y la historia estaban plagadas de criminales fuertes, agudos, pero a menudo autoengañosos; en la política y los negocios se le encontraba y entre los antiguos estadistas y reyes y generales; pero Burne nunca estuvo de acuerdo y sus caminos comenzaron a dividirse en ese punto.

Burne se alejaba cada vez más del mundo que lo rodeaba. Renunció a la vicepresidencia de la promoción de veteranos y se dedicó a la lectura y a caminar como casi sus únicas actividades. Asistía voluntariamente a conferencias de posgrado en filosofía y biología, y se sentaba en todas ellas con una mirada bastante patéticamente atenta, como si esperara algo a lo que el conferenciante nunca llegaría del todo. A veces Amory lo veía retorcerse en su asiento; y su rostro se iluminaba; ardía en deseos de debatir un punto.

Se volvió más distraído en la calle e incluso fue acusado de volverse un esnob, pero Amory sabía que no era nada de eso, y una vez, cuando Burne pasó a un metro de él, sin verlo en absoluto, con la mente a mil millas de distancia, Amory casi se ahogó con la alegría romántica de observarlo.

Burne parecía estar escalando alturas donde otros nunca podrían conseguir un punto de apoyo.

—Te digo —le declaró Amory a Tom—, que es el primer contemporáneo que he conocido al que admitiré que es superior a mí en capacidad mental.

—Es un mal momento para admitirlo; la gente está empezando a pensar que es raro.

—Está muy por encima de ellos; sabes que tú mismo lo piensas cuando hablas con él. ¡Dios mío, Tom, tú solías oponerte a la «gente»! El éxito te ha convencionalizado por completo.

Tom se molestó un poco.

—¿Qué intenta hacer, ser excesivamente santo?

—¡No! No como nadie que hayas visto. Nunca entra en la Sociedad Filadelfiana. No tiene fe en esa porquería. No cree que las piscinas públicas y una palabra amable a tiempo corregirán los males del mundo; además, se toma una copa cuando le apetece.

—Ciertamente se está equivocando de camino.

—¿Has hablado con él últimamente?

—No.

—Entonces no tienes ni idea de él.

La discusión no llegó a ninguna parte, pero Amory notó más que nunca cómo había cambiado el sentimiento hacia Burne en el campus.

—Es extraño —le dijo Amory a Tom una noche, cuando se habían vuelto más amigables sobre el tema—, que la gente que desaprueba violentamente el radicalismo de Burne sea claramente la clase farisea; quiero decir, son los hombres mejor educados de la universidad: los editores de los periódicos, como tú y Ferrenby, los profesores más jóvenes... Los atletas iletrados como Langueduc piensan que se está volviendo excéntrico, pero simplemente dicen: «El bueno de Burne tiene algunas ideas raras en la cabeza», y siguen adelante; la clase farisea... ¡Caray! Lo ridiculizan sin piedad.

A la mañana siguiente se encontró con Burne que corría por McCosh Walk después de una clase.

—¿A dónde vas, Zar?

—A la oficina del *Prince* a ver a Ferrenby —le mostró una copia del *Princetonian* de la mañana a Amory—. Él escribió este editorial.

—¿Vas a desollarlo vivo?

—No... pero me tiene hecho un lío. O lo he juzgado mal o de repente se ha convertido en el peor radical del mundo.

Burne se apresuró, y pasaron varios días antes de que Amory escuchara un relato de la conversación subsiguiente. Burne había entrado en el santuario del editor mostrando el periódico alegremente.

—Hola, Jesse.

—Hola, Savonarola.

—Acabo de leer tu editorial.

—Buen chico... no sabía que te rebajaras tanto.

—Jesse, me has sorprendido.

—¿Cómo así?

—¿No tienes miedo de que la facultad te persiga si publicas estas cosas irreligiosas?

—¿Qué?

—Como esta mañana.

—Qué demonios... ese editorial era sobre el sistema de entrenadores.

—Sí, pero esa cita...

Jesse se incorporó.

—¿Qué cita?

—Ya sabes: «El que no está conmigo, está contra mí».

—Bueno... ¿y qué? —Jesse estaba perplejo pero no alarmado.

—Bueno, dices aquí... déjame ver. —Burne abrió el periódico y leyó—: «El que no está conmigo, está contra mí, como dijo aquel caballero que era notoriamente capaz solo de distinciones groseras y generalidades pueriles».

—¿Y qué? —Ferrenby empezó a parecer alarmado—. Oliver Cromwell lo dijo, ¿no? ¿O fue Washington, o uno de los santos? ¡Dios mío, lo he olvidado!

Burne se rio a carcajadas.

—Oh, Jesse, oh, bueno, amable Jesse.

—¿Quién lo dijo, por el amor de Dios?

—Bueno —dijo Burne, recuperando la voz—, San Mateo se lo atribuye a Cristo.

—¡Dios mío! —gritó Jesse, y se desplomó hacia atrás en la papelera.

AMORY ESCRIBE UN POEMA

Las semanas pasaron volando. Amory vagaba ocasionalmente a Nueva York con la esperanza de encontrar un nuevo y reluciente autobús verde, para que su glamour de bastón de caramelo pudiera penetrar en su disposición. Un día se aventuró en una reposición de una compañía de repertorio de una obra cuyo nombre le era vagamente familiar. Se levantó el telón; observó casualmente mientras una chica entraba. Unas pocas frases resonaron en su oído y tocaron una débil cuerda de la memoria. ¿Dónde? ¿Cuándo?

Entonces le pareció oír una voz susurrando a su lado, una voz muy suave y vibrante: «Oh, soy una pobre tontita; dime cuándo hago algo mal».

La solución llegó en un instante y tuvo un recuerdo rápido y alegre de Isabelle.

Encontró un espacio en blanco en su programa y empezó a garabatear rápidamente:

«Aquí, en la oscuridad figurada, observo una vez más, Allí, con el telón, se desvanecen los años; Dos años de años... hubo un día ocioso Nuestro, cuando los finales felices no aburrían Nuestras almas sin fermentar; yo podía adorar Tu rostro ansioso a mi lado, de ojos abiertos, alegre, Sonriendo un repertorio mientras la pobre obra Me llegaba como una débil onda llega a la orilla.

Bostezando y preguntándome una noche entera, Observo solo... y los parloteos, por supuesto, Estropean la única escena que, de alguna manera, tenía encanto; Lloraste un poco, y me entristecí por ti ¡Justo aquí! Donde el

señor X defiende el divorcio Y Fulana de Tal cae desmayada en sus brazos.»

AÚN EN CALMA

—Los fantasmas son tan tontos —dijo Alec—, son lentos de ingenio. Siempre puedo adivinarle la jugada a un fantasma.

—¿Cómo? —preguntó Tom.

—Bueno, depende de dónde. Toma un dormitorio, por ejemplo. Si usas algo de discreción, un fantasma nunca puede atraparte en un dormitorio.

—Adelante, supón que crees que quizás hay un fantasma en tu dormitorio... ¿qué medidas tomas al llegar a casa por la noche? —demandó Amory, interesado.

—Coge un palo —respondió Alec, con ponderada reverencia—, uno del largo de un palo de escoba. Ahora, lo primero que hay que hacer es despejar la habitación; para ello, corres con los ojos cerrados a tu estudio y enciendes las luces; luego, acercándote al armario, pasa cuidadosamente el palo por la puerta tres o cuatro veces. Entonces, si no pasa nada, puedes mirar dentro. ¡Siempre, siempre pasa el palo con saña primero... nunca mires primero!

—Por supuesto, esa es la antigua escuela celta —dijo Tom gravemente.

—Sí... pero ellos suelen rezar primero. De todos modos, usas este método para despejar los armarios y también para detrás de todas las puertas...

—Y la cama —sugirió Amory.

—¡Oh, Amory, no! —gritó Alec horrorizado—. Esa no es la manera; la cama requiere tácticas diferentes... deja la cama en paz, si valoras tu cordura; si hay un fantasma en la habitación, y eso es solo una tercera parte de las veces, está casi siempre debajo de la cama.

—Bueno... —empezó Amory.

Alec lo hizo callar con un gesto.

—Por supuesto, nunca miras. Te paras en medio del suelo y antes de que sepa lo que vas a hacer, das un salto repentino a la cama... nunca camines cerca de la cama; para un fantasma, tu tobillo es tu parte más vulnerable...

una vez en la cama, estás a salvo; puede que se quede debajo de la cama toda la noche, pero estás tan seguro como a la luz del día. Si todavía tienes dudas, tápate la cabeza con la manta.

— Todo eso es muy interesante, Tom.

— ¿A que sí? — Alec sonrió con orgullo — . Todo mío, además... el Sir Oliver Lodge del nuevo mundo.

Amory volvía a disfrutar inmensamente de la universidad. La sensación de avanzar en una línea directa y decidida había regresado; la juventud se agitaba y sacudía algunas plumas nuevas. Incluso había almacenado suficiente energía sobrante para lanzarse a una nueva pose.

— ¿Cuál es la idea de todo este rollo de «distraído», Amory? — preguntó Alec un día, y luego, mientras Amory fingía estar encorvado sobre su libro en un aturdimiento — : Oh, no intentes actuar como Burne, el místico, conmigo.

Amory levantó la vista inocentemente.

— ¿Qué?

— ¿Qué? — imitó Alec — . ¿Intentas leerte a ti mismo hasta el éxtasis con... déjame ver el libro?

Lo arrebató; lo miró con sorna.

— ¿Y bien? — dijo Amory un poco rígidamente.

— «La vida de Santa Teresa» — leyó Alec en voz alta — . ¡Oh, Dios mío!

— Oye, Alec.

— ¿Qué?

— ¿Te molesta?

— ¿Qué si me molesta?

— ¿Mi actuar distraído y todo eso?

— Pues no... por supuesto que no me molesta.

— Bueno, entonces, no lo estropees. Si disfruto yendo por ahí diciendo a la gente ingenuamente que creo que soy un genio, déjame hacerlo.

—Te estás ganando la reputación de ser excéntrico —dijo Alec, riendo—, si a eso te refieres.

Amory finalmente prevaleció, y Alec accedió a aceptarlo por su valor nominal en presencia de otros si se le permitían períodos de descanso cuando estaban solos; así que Amory «se pasó de la raya» a lo grande, llevando a cenar a los personajes más excéntricos, estudiantes de posgrado con ojos desorbitados, preceptores con extrañas teorías sobre Dios y el gobierno, para el cínico asombro del displicente Cottage Club.

A medida que febrero se veía salpicado de sol y avanzaba alegremente hacia marzo, Amory fue varias veces a pasar los fines de semana con Monseñor; una vez llevó a Burne, con gran éxito, pues sentía igual orgullo y deleite en mostrárselos el uno al otro. Monseñor lo llevó varias veces a ver a Thornton Hancock, y una o dos veces a casa de una señora Lawrence, un tipo de americana asidua de Roma que a Amory le gustó de inmediato.

Entonces, un día llegó una carta de Monseñor, que añadía una interesante posdata:

«¿Sabes», decía, «que tu prima tercera, Clara Page, viuda desde hace seis meses y muy pobre, vive en Filadelfia? No creo que la hayas conocido, pero me gustaría, como un favor para mí, que fueras a verla. En mi opinión, es una mujer bastante notable, y de tu misma edad.»

Amory suspiró y decidió ir, como un favor...

CLARA

Era inmemorial... Amory no era lo suficientemente bueno para Clara, Clara de pelo dorado ondulado, pero es que ningún hombre lo era. Su bondad estaba por encima de la prosaica moral de la buscadora de maridos, aparte de la aburrida literatura de la virtud femenina.

La pena la rodeaba ligeramente, y cuando Amory la encontró en Filadelfia pensó que sus acerados ojos azules solo contenían felicidad; una fuerza latente, un realismo, fueron llevados a su máximo desarrollo por los hechos que se vio obligada a afrontar. Estaba sola en el mundo, con dos niños pequeños, poco dinero y, lo peor de todo, una hueste de amigos. La vio ese invierno en Filadelfia entreteniendo a una casa llena de hombres durante una velada, cuando él sabía que no tenía más sirvienta en la casa que la pequeña niña de color que cuidaba de los bebés en el piso de arriba. Vio a

uno de los mayores libertinos de esa ciudad, un hombre habitualmente borracho y notorio en su país y en el extranjero, sentado frente a ella durante una velada, discutiendo sobre internados de chicas con una especie de excitación inocente. ¡Qué giro tenía la mente de Clara! Podía mantener una conversación fascinante y casi brillante a partir del aire más tenue que jamás hubiera flotado en un salón.

La idea de que la chica era pobre había apelado al sentido de la situación de Amory. Llegó a Filadelfia esperando que le dijeran que el 921 de la calle Ark estaba en un miserable callejón de casuchas. Incluso se decepcionó cuando resultó no ser nada de eso. Era una casa vieja que había estado en la familia de su marido durante años. Una tía anciana, que se oponía a que se vendiera, había pagado diez años de impuestos con un abogado y se había marchado pavoneándose a Honolulu, dejando a Clara luchando con el problema de la calefacción como mejor podía. Así que no lo recibió ninguna mujer de pelo alborotado con un bebé hambriento en el pecho y una triste mirada a lo Amelia. En cambio, Amory habría pensado por su recepción que no tenía ni una sola preocupación en el mundo.

Una calma viril y un humor soñador, marcados contrastes con su sensatez; en estos estados de ánimo se deslizaba a veces como un refugio. Podía hacer las cosas más prosaicas (aunque era lo suficientemente sabia como para no embrutecerse nunca con «artes domésticas» como el punto y el bordado), y sin embargo, inmediatamente después, coger un libro y dejar que su imaginación vagara como una nube sin forma con el viento. Lo más profundo de su personalidad era el resplandor dorado que difundía a su alrededor. Como un fuego abierto en una habitación oscura arroja romance y patetismo a los rostros tranquilos a su borde, así ella proyectaba sus luces y sombras alrededor de las habitaciones que la contenían, hasta que hizo de su prosaico y viejo tío un hombre de encanto pintoresco y meditativo, metamorfoseó al recadero extraviado en una criatura a lo Puck de deliciosa originalidad. Al principio, esta cualidad suya irritaba de alguna manera a Amory. Consideraba suficiente su propia singularidad, y le avergonzaba bastante cuando ella intentaba leer nuevos intereses en él para el beneficio de los demás adoradores presentes. Se sentía como si un educado pero insis-tente director de escena estuviera intentando hacerle dar una nueva interpretación a un papel que había estudiado durante años.

Pero Clara hablando, Clara contando una delgada historia de un alfiler de sombrero y un hombre ebrio y ella misma... La gente intentaba después repetir sus anécdotas, pero por más que lo intentaran no podían hacer que sonaran a nada en absoluto. Le prestaban una especie de atención inocente y las mejores sonrisas que muchos de ellos habían sonreído en mucho tiempo; había pocas lágrimas en Clara, pero la gente le sonreía con los ojos empañados.

Muy ocasionalmente, Amory se quedaba durante pequeñas medias horas después de que el resto de la corte se hubiera ido, y tomaban pan con mermelada y té a última hora de la tarde o «almuerzos de azúcar de arce», como ella los llamaba, por la noche.

—¡Eres notable, de verdad! —Amory se estaba volviendo trivial desde donde estaba encaramado en el centro de la mesa del comedor a las seis en punto.

—Ni un poco —respondió ella. Estaba buscando servilletas en el aparador—. Realmente soy de lo más corriente y común. Una de esas personas que no tienen interés en nada más que en sus hijos.

—Cuéntaselo a otro —se burló Amory—. Sabes que eres perfectamente refulgente. —Le preguntó la única cosa que sabía que podría avergonzarla. Era el comentario que el primer pelmazo le hizo a Adán.

—Háblame de ti. —Y ella dio la respuesta que Adán debió de haber dado.

—No hay nada que contar.

Pero finalmente Adán probablemente le contó al pelmazo todas las cosas en las que pensaba por la noche cuando los saltamontes cantaban en la hierba arenosa, y debió de comentar con condescendencia lo diferente que era de Eva, olvidando lo diferente que era ella de él... en cualquier caso, Clara le contó a Amory mucho sobre sí misma esa noche. Había tenido una vida acosada desde los dieciséis años, y su educación se había detenido bruscamente con su ocio. Curiosando en su biblioteca, Amory encontró un libro gris andrajoso del que cayó una hoja amarilla que abrió con impertinencia. Era un poema que había escrito en la escuela sobre un muro de convento gris en un día gris, y una chica con su capa soplada por el viento sentada en lo alto de él y pensando en el mundo multicolor. Por lo general, tal sen-

timiento lo aburría, pero esto estaba hecho con tanta simplicidad y atmósfera, que le trajo una imagen de Clara a la mente, de Clara en un día tan fresco y gris con sus agudos ojos azules mirando hacia afuera, tratando de ver sus tragedias venir marchando sobre los jardines exteriores. Envidió ese poema. ¡Cómo le habría encantado haber llegado y verla en el muro y hablarle de tonterías o de romance, encaramada sobre él en el aire! Empezó a sentir unos celos terribles de todo lo relacionado con Clara: de su pasado, de sus bebés, de los hombres y mujeres que acudían en masa a beber profundamente de su fresca amabilidad y a descansar sus mentes cansadas como en una obra absorbente.

—Nadie parece aburrirte —objetó él.

—Aproximadamente la mitad del mundo sí —admitió ella—, pero creo que es una media bastante buena, ¿no te parece? —Y se volvió para encontrar algo en Browning que tuviera que ver con el tema. Era la única persona que había conocido que podía buscar pasajes y citas para mostrárselos en medio de la conversación, y sin embargo no ser irritante hasta la distracción. Lo hacía constantemente, con un entusiasmo tan serio que se aficionó a observar su cabello dorado inclinado sobre un libro, con el ceño fruncido muy levemente al buscar su frase.

A principios de marzo se dedicó a ir a Filadelfia los fines de semana. Casi siempre había alguien más allí y ella no parecía ansiosa por verlo a solas, pues se presentaban muchas ocasiones en las que una palabra suya le habría dado otra deliciosa media hora de adoración. Pero se fue enamorando gradualmente y empezó a especular alocadamente sobre el matrimonio. Aunque este designio fluyó por su cerebro hasta sus labios, aun así supo después que el deseo no había estado profundamente arraigado. Una vez soñó que se había hecho realidad y se despertó en un pánico frío, pues en su sueño ella había sido una Clara tonta y rubia, con el oro desaparecido de su pelo y lugares comunes cayendo insípidamente de su lengua cambiante. Pero fue la primera mujer distinguida que conoció y una de las pocas personas buenas que le interesaron. Hacía de su bondad un gran activo. Amory había decidido que la mayoría de la gente buena o bien arrastraba la suya como una carga, o bien la distorsionaba hasta convertirla en una cordialidad artificial, y por supuesto estaban los siempre presentes remilgados y fariseos (pero Amory nunca los incluía como parte de los salvados).

SANTA CECILIA

«Sobre su vestido gris y de terciopelo, Bajo su cabello fundido y batido, Un color de rosa en fingida angustia Se sonroja y se desvanece y la hace hermosa; Llena el aire desde ella hasta él Con luz y languidez y pequeños suspiros, Tan sutilmente que él apenas lo sabe... Relámpago risueño, color de rosa.»

—¿Te gusto?

—Por supuesto que sí —dijo Clara seriamente.

—¿Por qué?

—Bueno, tenemos algunas cualidades en común. Cosas que son espontáneas en cada uno de nosotros... o que lo eran originalmente.

—¿Estás insinuando que no me he usado muy bien a mí mismo?

Clara vaciló.

—Bueno, no puedo juzgar. Un hombre, por supuesto, tiene que pasar por mucho más, y yo he estado protegida.

—Oh, no te andes con rodeos, por favor, Clara —interrumpió Amory—; pero habla un poco de mí, ¿quieres?

—Claro, me encantaría. —No sonrió.

—Eso es muy amable de tu parte. Primero responde algunas preguntas. ¿Soy dolorosamente engreído?

—Bueno... no, tienes una vanidad tremenda, pero divertirá a las personas que noten su preponderancia.

—Ya veo.

—Eres realmente humilde de corazón. Te hundes en el tercer infierno de la depresión cuando crees que te han menospreciado. De hecho, no tienes mucho respeto por ti mismo.

—En el centro de la diana dos veces, Clara. ¿Cómo lo haces? Nunca me dejas decir una palabra.

—Por supuesto que no; nunca puedo juzgar a un hombre mientras habla. Pero no he terminado; la razón por la que tienes tan poca confianza real en

ti mismo, aunque anuncies gravemente al filisteo ocasional que crees que eres un genio, es que te has atribuido todo tipo de faltas atroces y estás tratando de estar a la altura de ellas. Por ejemplo, siempre dices que eres un esclavo de los güisquis con soda.

—Pero lo soy, potencialmente.

—Y dices que eres un carácter débil, que no tienes voluntad.

—Ni un ápice de voluntad; soy un esclavo de mis emociones, de mis gustos, de mi odio al aburrimiento, de la mayoría de mis deseos...

—¡No lo eres! —Golpeó un pequeño puño contra el otro—. Eres un esclavo, un esclavo atado e indefenso a una cosa en el mundo, tu imaginación.

—Ciertamente me interesas. Si esto no te aburre, sigue.

—Me doy cuenta de que cuando quieres quedarte un día extra de la universidad, lo haces de una manera segura. Nunca decides al principio, mientras los méritos de irse o quedarse están bastante claros en tu mente. Dejas que tu imaginación le haga el juego a tus deseos durante unas horas, y luego decides. Naturalmente, tu imaginación, después de un poco de libertad, piensa en un millón de razones por las que deberías quedarte, así que tu decisión, cuando llega, no es verdadera. Está sesgada.

—Sí —objetó Amory—, ¿pero no es falta de fuerza de voluntad dejar que mi imaginación se ponga del lado equivocado?

—Mi querido muchacho, ahí está tu gran error. Esto no tiene nada que ver con la fuerza de voluntad; esa es una palabra loca e inútil, de todos modos; te falta juicio, el juicio para decidir de inmediato cuando sabes que tu imaginación te jugará una mala pasada, si le das la más mínima oportunidad.

—¡Bueno, me cachis! —exclamó Amory sorprendido—, ¡eso es lo último que esperaba!

Clara no se regodeó. Cambió de tema inmediatamente. Pero lo había puesto a pensar y él creía que tenía razón en parte. Se sintió como el dueño de una fábrica que, tras acusar a un empleado de deshonestidad, descubre que su propio hijo, en la oficina, está alterando los libros una vez por semana. Su pobre y maltratada voluntad, que había estado exponiendo al desprecio de sí mismo y de sus amigos, se presentaba ante él inocente, y su

juicio se iba a la cárcel con el diablillo inconfinable, la imaginación, danzando con burla a su lado. El de Clara fue el único consejo que pidió sin dictar él mismo la respuesta, excepto, quizás, en sus charlas con Monseñor Darcy.

¡Cómo le gustaba hacer cualquier tipo de cosa con Clara! Ir de compras con ella era un sueño raro y epicúreo. En cada tienda donde había comprado alguna vez, se susurraba sobre ella como la hermosa señora Page.

—Apuesto a que no se quedará soltera mucho tiempo.

—Bueno, no lo grites. No está buscando ningún consejo.

—¡Qué guapa es!

(Entra un jefe de planta; silencio hasta que avanza, sonriendo con suficiencia).

—Es de la alta sociedad, ¿no?

—Sí, pero ahora pobre, supongo; eso dicen.

—¡Caray, chicas, qué tipa!

Y Clara sonreía a todos por igual. Amory creía que los comerciantes le hacían descuentos, a veces con su conocimiento y a veces sin él. Sabía que vestía muy bien, que siempre tenía lo mejor de todo en la casa, y que inevitablemente era atendida por el jefe de planta como mínimo.

A veces iban juntos a la iglesia los domingos y él caminaba a su lado y se deleitaba con sus mejillas húmedas por el agua suave en el aire nuevo. Era muy devota, siempre lo había sido, y Dios sabe qué alturas alcanzaba y qué fuerza atraía hacia sí cuando se arrodillaba e inclinaba su cabello dorado bajo la luz de los vitrales.

—¡Santa Cecilia! —gritó en voz alta un día, de forma bastante involuntaria, y la gente se giró y miró, y el sacerdote hizo una pausa en su sermón y Clara y Amory se pusieron rojos como un tomate.

Ese fue el último domingo que tuvieron, pues él lo estropeó todo esa noche. No pudo evitarlo.

Caminaban por el crepúsculo de marzo, donde hacía tanto calor como en junio, y la alegría de la juventud llenaba su alma de tal manera que sintió

que debía hablar.

—Creo —dijo, y su voz tembló—, que si perdiera la fe en ti, perdería la fe en Dios.

Lo miró con un rostro tan sorprendido que le preguntó qué le pasaba.

—Nada —dijo lentamente—, solo esto: cinco hombres me han dicho eso antes, y me asusta.

—¡Oh, Clara, ese es tu destino!

Ella no respondió.

—Supongo que el amor para ti es... —empezó él.

Se volvió como un relámpago.

—Nunca he estado enamorada.

Siguieron caminando, y él se dio cuenta lentamente de cuánto le había contado... nunca enamorada... De repente pareció una hija solo de la luz. Su entidad se desprendió del plano de ella y solo anheló tocar su vestido con casi la comprensión que José debió de tener del eterno significado de María. Pero de forma bastante mecánica se oyó decir:

—Y te quiero... cualquier grandeza latente que tenga es... oh, no puedo hablar, pero Clara, si vuelvo en dos años en posición de casarme contigo...

Ella negó con la cabeza.

—No —dijo—; nunca me casaría de nuevo. Tengo a mis dos hijos y me quiero a mí misma para ellos. Me gustas, me gustan todos los hombres inteligentes, tú más que ninguno, pero me conoces lo suficiente como para saber que nunca me casaría con un hombre inteligente... —Se interrumpió de repente.

—Amory.

—¿Qué?

—No estás enamorado de mí. Nunca quisiste casarte conmigo, ¿verdad?

—Fue el crepúsculo —dijo él, asombrado—. No sentí como si estuviera hablando en voz alta. Pero te quiero... o te adoro... o te venero...

—Ahí vas... recorriendo tu catálogo de emociones en cinco segundos.

Él sonrió a su pesar.

—No me hagas parecer tan superficial, Clara; a veces eres deprimente.

—No eres un superficial, ni mucho menos —dijo ella con intensidad, tomándole el brazo y abriendo mucho los ojos; él podía ver su amabilidad en el crepúsculo que se desvanecía—. Un superficial es un eterno no.

—Hay tanta primavera en el aire... hay tanta dulzura perezosa en tu corazón.

Ella le soltó el brazo.

—Ahora estás bien, y yo me siento gloriosa. Dame un cigarrillo. Nunca me has visto fumar, ¿verdad? Bueno, lo hago, una vez al mes más o menos.

Y entonces esa chica maravillosa y Amory corrieron hasta la esquina como dos niños locos enloquecidos por el crepúsculo azul pálido.

—Voy al campo mañana —anunció, mientras estaba de pie jadeando, a salvo más allá del resplandor de la farola de la esquina—. Estos días son demasiado magníficos para perdérselos, aunque quizás los siento más en la ciudad.

—¡Oh, Clara! —dijo Amory—; ¡qué diablesa podrías haber sido si el Señor hubiera torcido tu alma un poco hacia el otro lado!

—Quizás —respondió ella—; pero creo que no. Nunca soy realmente salvaje y nunca lo he sido. Ese pequeño arrebato fue pura primavera.

—Y tú también lo eres —dijo él.

Ahora caminaban juntos.

—No, te equivocas de nuevo, ¿cómo puede una persona de tu autoproclamada inteligencia equivocarse constantemente conmigo? Soy lo opuesto a todo lo que la primavera ha representado. Es desafortunado si resulta que me parezco a lo que le gustó a algún viejo escultor griego sensiblero, pero te aseguro que si no fuera por mi cara, sería una monja tranquila en el convento sin... —entonces echó a correr y su voz elevada flotó hacia él mientras la seguía— ...mis preciosos bebés, a los que debo volver a ver.

Era la única chica que conoció con la que podía entender cómo otro hombre podría ser preferido. A menudo, Amory se encontraba con esposas que

había conocido como debutantes, y mirándolas intensamente imaginaba que encontraba algo en sus rostros que decía:

«¡Oh, si tan solo te hubiera podido conseguir a ti!». ¡Oh, la enorme vanidad del hombre!

Pero esa noche pareció una noche de estrellas y cantos, y el alma brillante de Clara todavía brillaba en los caminos que habían recorrido.

«Dorado, dorado es el aire...» —cantaba él a los pequeños charcos de agua—. «...Dorado es el aire, notas doradas de mandolinas doradas, trastes dorados de violines dorados, bello, oh, cansinamente bello... Madejas de cesta trenzada, que los mortales no pueden sostener; oh, qué joven Dios extravagante, ¿quién lo sabría o preguntaría?... ¿quién podría dar tanto oro...»

AMORY ESTÁ RESENTIDO

Lenta e inevitablemente, pero con una súbita oleada al final, mientras Amory hablaba y soñaba, la guerra avanzó rápidamente por la playa y bañó las arenas donde jugaba Princeton. Cada noche el gimnasio resonaba mientras pelotón tras pelotón barría el suelo y borraba las marcas de baloncesto. Cuando Amory fue a Washington el siguiente fin de semana, captó algo del espíritu de crisis que se convirtió en repulsión en el vagón Pullman de vuelta, pues las literas de enfrente estaban ocupadas por extranjeros malolientes: griegos, supuso, o rusos. Pensó en cuánto más fácil había sido el patriotismo para una raza homogénea, cuánto más fácil habría sido luchar como lucharon las Colonias, o como luchó la Confederación. Y no durmió esa noche, sino que escuchó a los extranjeros reír a carcajadas y roncar mientras llenaban el vagón con el pesado aroma de la América más reciente.

En Princeton todo el mundo bromeaba en público y se decía en privado que sus muertes, al menos, serían heroicas. Los estudiantes de literatura leían a Rupert Brooke apasionadamente; los lagartos de salón se preocupaban por si el gobierno permitiría el uniforme de corte inglés para los oficiales; unos pocos de los irremediablemente perezosos escribieron a las ramas oscuras del Departamento de Guerra, buscando un nombramiento fácil y un puesto cómodo.

Luego, después de una semana, Amory vio a Burne y supo de inmediato que la discusión sería inútil: Burne se había declarado pacifista. Las revistas socialistas, una gran cantidad de Tolstói y su propio anhelo intenso por una causa que sacara a relucir cualquier fuerza que yaciera en él, finalmente lo habían decidido a predicar la paz como un ideal subjetivo.

—Cuando el ejército alemán entró en Bélgica —empezó—, si los habitantes hubieran seguido pacíficamente con sus asuntos, el ejército alemán se habría desorganizado en...

—Lo sé —interrumpió Amory—, ya lo he oído todo. Pero no voy a hablar de propaganda contigo. Hay una posibilidad de que tengas razón, pero aun así estamos a cientos de años de que la no resistencia pueda tocarnos como una realidad.

—Pero, Amory, escucha...

—Burne, solo discutiríamos...

—Muy bien.

—Solo una cosa: no te pido que pienses en tu familia o amigos, porque sé que no cuentan ni un comino para ti al lado de tu sentido del deber, pero, Burne, ¿cómo sabes que las revistas que lees y las sociedades a las que te unes y estos idealistas que conoces no son simplemente alemanes?

—Algunos lo son, por supuesto.

—¿Cómo sabes que no son todos pro-alemanes... solo un montón de débiles... con nombres judeo-alemanes?

—Esa es la posibilidad, por supuesto —dijo lentamente—. Cuánto o cuán poco estoy tomando esta postura debido a la propaganda que he oído, no lo sé; naturalmente, pienso que es mi convicción más íntima; parece un camino extendido ante mí en este momento.

El corazón de Amory se hundió.

—Pero piensa en lo barato que es; nadie te va a martirizar de verdad por ser pacifista, solo te va a mezclar con lo peor...

—Lo dudo —interrumpió.

—Bueno, todo me huele al Nueva York bohemio.

—Sé a qué te refieres, y por eso no estoy seguro de si haré agitación.

—Eres un solo hombre, Burne; vas a hablar con gente que no escuchará, con todo lo que Dios te ha dado.

—Eso es lo que Esteban debió pensar hace muchos años. Pero predicó su sermón y lo mataron. Probablemente pensó mientras moría qué desperdicio era todo. Pero verás, siempre he sentido que la muerte de Esteban fue lo que le ocurrió a Pablo en el camino a Damasco, y lo envió a predicar la palabra de Cristo por todo el mundo.

—Adelante.

—Eso es todo; este es mi deber particular. Incluso si ahora mismo solo soy un peón, simplemente sacrificado. ¡Dios! Amory, ¡no pensarás que me gustan los alemanes!

—Bueno, no puedo decir nada más; llego al final de toda la lógica sobre la no resistencia, y ahí, como un tercero excluido, se alza el enorme espectro del hombre tal como es y siempre será. Y este espectro se encuentra justo al lado de la necesidad lógica de Tolstói, y la otra necesidad lógica de Nietzsche... —Amory se interrumpió de repente—. ¿Cuándo te vas?

—Me voy la semana que viene.

—Te veré, por supuesto.

Mientras se alejaba, a Amory le pareció que la mirada en su rostro guardaba un gran parecido con la de Kerry cuando se había despedido bajo el Arco de Blair dos años antes. Amory se preguntó con tristeza por qué nunca podía entrar en nada con la honestidad primordial de esos dos.

—Burne es un fanático —le dijo a Tom—, y está completamente equivocado y, me inclino a pensar, es solo un peón inconsciente en manos de editores anarquistas y agitadores pagados por los alemanes, pero me persigue; simplemente dejando todo lo que vale la pena...

Burne se fue de una manera tranquilamente dramática una semana después. Vendió todas sus posesiones y bajó a la habitación a despedirse, con una bicicleta vieja y maltrecha, en la que tenía la intención de ir a su casa en Pensilvania.

—Pedro el Ermitaño despidiéndose del Cardenal Richelieu —sugirió Alec, que holgazaneaba en el alféizar de la ventana mientras Burne y Amory se daban la mano.

Pero Amory no estaba de humor para eso, y mientras veía las largas piernas de Burne impulsar su ridícula bicicleta fuera de la vista más allá de Alexander Hall, supo que iba a tener una mala semana. No es que dudara de la guerra —Alemania representaba todo lo que le repugnaba; el materialismo y la dirección de una tremenda fuerza licenciosa—; era solo que el rostro de Burne permanecía en su memoria y estaba harto de la histeria que empezaba a oír.

—¿De qué demonios sirve de repente denigrar a Goethe? —le declaró a Alec y a Tom—. ¿Por qué escribir libros para demostrar que él empezó la guerra, o que ese estúpido y sobrevalorado Schiller es un demonio disfrazado?

—¿Has leído algo de ellos? —preguntó Tom astutamente.

—No —admitió Amory.

—Yo tampoco —dijo riendo.

—La gente gritará —dijo Alec en voz baja—, pero Goethe está en su mismo viejo estante en la biblioteca, para aburrir a cualquiera que quiera leerlo.

Amory se calmó, y el tema se abandonó.

—¿Qué vas a hacer, Amory?

—Infantería o aviación, no puedo decidirme; odio la mecánica, pero claro, la aviación es lo mío...

—Pienso como Amory —dijo Tom—. Infantería o aviación; la aviación suena como el lado romántico de la guerra, por supuesto; como solía ser la caballería, ya sabes; pero como Amory, no distingo un caballo de fuerza de una biela.

De alguna manera, la insatisfacción de Amory con su falta de entusiasmo culminó en un intento de culpar de toda la guerra a los antepasados de su generación... toda la gente que aclamó a Alemania en 1870... Todos los materialistas rampantes, todos los idólatras de la ciencia y la eficiencia ale-

manas. Así que un día se sentó en una clase de inglés y escuchó citar «Locksley Hall» y cayó en una profunda meditación con desprecio por Tennyson y todo lo que representaba, pues lo tomó como un representante de los victorianos.

«Victorianos, victorianos, que nunca aprendisteis a llorar Que sembrasteis la amarga cosecha que vuestros hijos van a segar...»

garabateó Amory en su cuaderno. El conferenciante decía algo sobre la solidez de Tennyson y cincuenta cabezas se inclinaron para tomar notas. Amory pasó a una página nueva y empezó a garabatear de nuevo.

«Se estremecieron cuando descubrieron lo que Darwin tramaba, Se estremecieron cuando llegó el vals y Newman se marchó apresurado...»

Pero el vals llegó mucho antes; tachó eso.

— Y titulado «Una canción en tiempos de orden» —llegó la voz del profesor, zumbando a lo lejos—. «Tiempos de orden»... ¡Dios Santo! Todo metido a la fuerza en la caja y los victorianos sentados en la tapa sonriendo serenamente... Con Browning en su villa italiana gritando valientemente: «Todo es para bien». Amory garabateó de nuevo.

«Os arrodillasteis en el templo y él se inclinó para oíros rezar, Le agradecisteis vuestras ‘gloriosas ganancias’... le reprochasteis por ‘Catay’..»

¿Por qué nunca podía conseguir más de un pareado a la vez? Ahora necesitaba algo que rimara con:

«Queríais mantenerlo recto con la ciencia, aunque se hubiera equivocado antes...»

Bueno, de todos modos...

«Os encontrasteis con vuestros hijos en casa... ‘¡Lo he arreglado!', gritasteis, Tomasteis vuestros cincuenta años de Europa, y luego virtuosamente... moristeis..»

—Esa era en gran medida la idea de Tennyson —llegó la voz del conferenciante—. «Canción en tiempos de orden» de Swinburne bien podría haber sido el título de Tennyson. Idealizó el orden contra el caos, contra el desperdicio.

Por fin Amory lo tuvo. Pasó otra página y garabateó vigorosamente durante los veinte minutos que quedaban de la hora. Luego se acercó al escritorio y depositó una página arrancada de su cuaderno.

—Aquí tiene un poema a los victorianos, señor —dijo fríamente.

El profesor lo recogió con curiosidad mientras Amory retrocedía rápidamente por la puerta.

Esto es lo que había escrito:

«Canciones en tiempos de orden Nos dejasteis para cantar, Pruebas con terceros excluidos, Respuestas a la vida en rima, Llaves del carcelero Y antiguas campanas que tocar, El tiempo era el fin de los acertijos, Nosotros éramos el fin del tiempo...

Aquí había océanos domésticos Y un cielo que podíamos alcanzar, Armas y una frontera vigilada, Guanteletes... pero no para lanzar, Miles de viejas emociones Y un lugar común para cada una, Canciones en tiempos de orden... Y lenguas, para que pudiéramos cantar.»

EL FIN DE MUCHAS COSAS

Principios de abril se deslizó en una neblina; una neblina de largas noches en la terraza del club con el gramófono tocando «Poor Butterfly» dentro... pues «Poor Butterfly» había sido la canción de ese último año. La guerra apenas parecía tocarlos y podría haber sido una de las primaveras de veteranos del pasado, excepto por la instrucción militar cada dos tardes, pero Amory se dio cuenta commovedoramente de que esta era la última primavera bajo el antiguo régimen.

—Esta es la gran protesta contra el superhombre —dijo Amory.

—Supongo que sí —asintió Alec.

—Es absolutamente irreconciliable con cualquier utopía. Mientras exista, hay problemas y todo el mal latente que hace que una multitud se incline y se balancee cuando habla.

—Y por supuesto, todo lo que es es un hombre dotado sin sentido moral.

—Eso es todo. Creo que lo peor de contemplar es esto: todo ha sucedido antes, ¿cuán pronto volverá a suceder? Cincuenta años después de Waterloo, Napoleón era tanto un héroe para los escolares ingleses como Wellington

ton. ¿Cómo sabemos que nuestros nietos no idolatrarán a Von Hindenburg de la misma manera?

—¿Qué lo provoca?

—El tiempo, maldita sea, y el historiador. Si tan solo pudiéramos aprender a ver el mal como mal, ya sea que esté vestido de inmundicia, de monotonía o de magnificencia.

—¡Dios! ¿No hemos puesto al universo entero en el asador durante cuatro años?

Entonces llegó la noche que iba a ser la última. Tom y Amory, que partían por la mañana a diferentes campos de entrenamiento, recorrieron los senderos sombríos como de costumbre y parecieron ver todavía a su alrededor los rostros de los hombres que conocían.

—La hierba está llena de fantasmas esta noche.

—Todo el campus está vivo con ellos.

Se detuvieron junto a Little y observaron salir la luna, para hacer de plata el tejado de pizarra de Dodd y de azul los árboles susurrantes.

—Sabes —susurró Tom—, lo que sentimos ahora es el sentido de toda la juventud espléndida que ha retozado por aquí en doscientos años.

Un último estallido de canto inundó desde el Arco de Blair; voces quebradas por alguna larga despedida.

—Y lo que dejamos aquí es más que esta promoción; es toda la herencia de la juventud. Solo somos una generación; estamos rompiendo todos los lazos que parecían unirnos aquí a generaciones con botas altas y cuellos almidonados. Hemos caminado del brazo con Burr y Light-Horse Harry Lee durante la mitad de estas noches de azul profundo.

—Eso es lo que son —se desvió Tom—, de azul profundo; un poco de color las estropearía, las haría exóticas. Agujas, contra un cielo que es una promesa de amanecer, y luz azul en los tejados de pizarra... duele... un poco...

—Adiós, Aaron Burr —llamó Amory hacia el desierto Nassau Hall—, tú y yo conocimos extraños rincones de la vida.

Su voz resonó en el silencio.

—Las antorchas están apagadas —susurró Tom—. Ah, Mesalina, las largas sombras están construyendo minaretes en el estadio...

Por un instante, las voces del primer año surgieron a su alrededor y luego se miraron con débiles lágrimas en los ojos.

—¡Maldita sea!

—¡Maldita sea!

La última luz se desvanece y se desliza por la tierra, la tierra baja y larga, la tierra soleada de las agujas; los fantasmas de la tarde afinan de nuevo sus liras y vagan cantando en una banda quejumbrosa por los largos corredores de árboles; fuegos pálidos hacen eco de la noche de torre en torre: oh, sueño que sueña, y sueño que nunca se cansa, exprime de los pétalos de la flor de loto algo de esto para guardar, la esencia de una hora.

No más esperar el crepúsculo de la luna en este valle apartado de estrellas y agujas, pues una eterna mañana de deseo pasa al tiempo y a la tarde terrenal. Aquí, Heráclito, ¿encontraste en el fuego y las cosas cambiantes la profecía que arrojaste por los años muertos?; esta medianoche mi deseo verá, sombreado entre las brasas, envuelto en llamas, el esplendor y la tristeza del mundo.

INTERLUDIO

Mayo de 1917 - Febrero de 1919

Una carta fechada en enero de 1918, escrita por Monseñor Darcy a Amory, que es subteniente del 171.^º de Infantería, Puerto de Embarque, Camp Mills, Long Island.

MI QUERIDO MUCHACHO:

Todo lo que necesitas decirme de ti es que todavía existes; para lo demás, simplemente busco en una memoria inquieta, un termómetro que solo registra fiebres, y te comparo con lo que yo era a tu edad. Pero los hombres parlotearán y tú y yo seguiremos gritándonos nuestras futilidades a través del escenario hasta que el último y tonto telón caiga ¡de golpe! sobre nuestras cabezas oscilantes. Pero estás comenzando el chisporroteante espectáculo de la linterna mágica de la vida con un conjunto de diapositivas muy similar al que yo tuve, así que necesito escribirte aunque solo sea para chillar la colosal estupidez de la gente...

Este es el final de una cosa: para bien o para mal, nunca volverás a ser del todo el Amory Blaine que conocí, nunca más nos encontraremos como nos hemos encontrado, porque tu generación se está volviendo dura, mucho más dura de lo que la mía llegó a ser, nutrida como fue con la materia de los años noventa.

Amory, últimamente he releído a Esquilo y allí, en la divina ironía del «Agamenón», encuentro la única respuesta a esta era amarga: todo el mundo se derrumba sobre nuestras cabezas, y el paralelo más cercano se remon-

ta a esa resignación desesperada. Hay momentos en que pienso en los hombres de ahí fuera como legionarios romanos, a millas de su ciudad corrupta, conteniendo a las hordas... hordas un poco más amenazantes, después de todo, que la ciudad corrupta... otro golpe ciego a la raza, furias que pasamos con ovaciones hace años, sobre cuyos cadáveres balamos triunfalmente durante toda la era victoriana...

Y después, un mundo descaradamente materialista... y la Iglesia Católica. Me pregunto dónde encajarás tú. De una cosa estoy seguro: celta vivirás y celta morirás; así que si no usas el cielo como un referéndum continuo para tus ideas, encontrarás la tierra un continuo recordatorio de tus ambiciones.

Amory, he descubierto de repente que soy un anciano. Como todos los ancianos, a veces he tenido sueños y te los voy a contar. He disfrutado imaginando que eras mi hijo, que quizás cuando era joven entré en un estado de coma y te engendré, y al volver en mí, no tenía recuerdo de ello... es el instinto paternal, Amory; el celibato va más allá de la carne...

A veces pienso que la explicación de nuestro profundo parecido es algún antepasado común, y encuentro que la única sangre que los Darcy y los O'Hara tienen en común es la de los O'Donahue... Stephen era su nombre, creo...

Cuando el rayo cae sobre uno de nosotros, cae sobre ambos: apenas habías llegado al puerto de embarque cuando recibí mis papeles para partir hacia Roma, y estoy esperando en cualquier momento que me digan dónde embarcar. Incluso antes de que recibas esta carta estaré en el océano; luego vendrá tu turno. Fuiste a la guerra como un caballero debe hacerlo, igual que fuiste a la escuela y a la universidad, porque era lo que había que hacer. Es mejor dejar las bravuconadas y el heroísmo trémulo a las clases medias; lo hacen mucho mejor.

¿Recuerdas ese fin de semana del pasado marzo cuando trajiste a Burne Holiday de Princeton a verme? ¡Qué magnífico muchacho es! Me llevé un susto terrible después cuando escribiste que él pensaba que yo era espléndido; ¿cómo pudo engañarse tanto? Espléndido es lo único que ni tú ni yo somos. Somos muchas otras cosas: somos extraordinarios, somos listos, se podría decir, supongo, que somos brillantes. Podemos atraer a la gente, podemos crear atmósfera, casi podemos perder nuestras almas celtas en sutilezas

celtas, casi siempre podemos salirnos con la nuestra; pero espléndidos... ¡más bien no!

Voy a Roma con un expediente maravilloso y cartas de presentación que cubren todas las capitales de Europa, y habrá «no poco revuelo» cuando llegue allí. ¡Cómo desearía que estuvieras conmigo! Esto suena como un párrafo bastante cínico, en absoluto el tipo de cosa que un clérigo de mediana edad debería escribir a un joven a punto de partir a la guerra; la única excusa es que el clérigo de mediana edad está hablando consigo mismo. Hay cosas profundas en nosotros y tú sabes cuáles son tan bien como yo. Tenemos una gran fe, aunque la tuya en este momento no está cristalizada; tenemos una honestidad terrible que toda nuestra sofistería no puede destruir y, sobre todo, una simplicidad infantil que nos impide ser realmente maliciosos.

He escrito una endecha para ti que sigue a continuación. Siento que tus mejillas no estén a la altura de la descripción que he escrito de ellas, pero tú tienes que fumar y leer toda la noche...

En cualquier caso, aquí está:

Lamento por un hijo adoptivo, y él yendo a la guerra contra el Rey de lo Extranjero.

«Ochone

Se ha ido de mí el hijo de mi mente

Y él en su dorada juventud como Angus Oge

Angus de los pájaros brillantes

Y su mente fuerte y sutil como la mente de Cuchulain en Muirtheme.

Awirra sthrue

Su frente es tan blanca como la leche de las vacas de Maeve

Y sus mejillas como las cerezas del árbol

Y este inclinándose hacia María y ella alimentando al Hijo de Dios.

Aveelia Vrone

Su cabello es como el collar de oro de los Reyes en Tara

Y sus ojos como los cuatro mares grises de Erin.

Y ellos barridos por las brumas de la lluvia.

Mavrone go Gudyo

Él, en la jubilosa y roja batalla

Entre los jefes y ellos haciendo grandes hazañas de valor

Su vida yéndose de él

Son las cuerdas de mi propia alma las que se soltarían.

A Vich Deelish

Mi corazón está en el corazón de mi hijo

Y mi vida está en su vida ciertamente

Un hombre puede ser dos veces joven

Solo en la vida de sus hijos.

Jia du Vaha Alanav

Que el Hijo de Dios esté sobre él y debajo de él, delante de él y detrás de él

Que el Rey de los elementos eche una niebla sobre los ojos del Rey de lo Extranjero,

Que la Reina de las Gracias lo guíe de la mano por el camino que pueda pasar por en medio de sus enemigos y ellos no viéndolo.

Que Patricio de los Gael y Columba de las Iglesias y los cinco mil Santos de Erin sean mejor que un escudo para él

Y él entró en la lucha.

Och Ochone.»

Amory... Amory... siento, de alguna manera, que esto es todo; uno de nosotros dos no va a sobrevivir a esta guerra... He estado tratando de decirte cuánto ha significado esta reencarnación de mí mismo en ti en los últimos años... curiosamente parecidos somos... curiosamente diferentes. Adiós, querido muchacho, y que Dios esté contigo.

THAYER DARCY.

EMBARCANDO DE NOCHE

Amory avanzó por la cubierta hasta que encontró un taburete bajo una luz eléctrica. Buscó en su bolsillo cuaderno y lápiz y luego empezó a escribir, lenta, laboriosamente:

«Partimos esta noche...

Silenciosos, llenamos la calle quieta y desierta,

Una columna de un gris tenue,

Y fantasmas se alzaron sobresaltados al ritmo amortiguado

A lo largo del camino sin luna;

Los astilleros sombríos resonaron con los pies

Que se apartaron de la noche y del día.

Y así nos demoramos en las cubiertas sin viento,

Vemos en la orilla espectral

Sombras de mil días, pobres restos de costillas grises...

Oh, ¿deberíamos entonces deplorar

Esos años fútiles!

¡Ved cuán blanco es el mar!

Las nubes se han roto y los cielos arden

En huecas carreteras, pavimentadas con luz de grava

El batir de las olas sobre la popa

Se eleva a un voluminoso nocturno,

... Partimos esta noche.»

Una carta de Amory, con membrete «Brest, 11 de marzo de 1919», al teniente T. P. D'Invilliers, Camp Gordon, Ga.

QUERIDO BAUDELAIRE:

Nos vemos en Manhattan el 30 de este mismo mes; luego procederemos a tomar un apartamento muy *sporty*, tú, yo y Alec, que está a mi codo mientras escribo. No sé qué voy a hacer, pero tengo el vago sueño de meterme en política. ¿Por qué la flor y nata de los jóvenes ingleses de Oxford y Cambridge se dedica a la política y en los EE. UU. se lo dejamos a los patanes? Criados en el distrito, educados en la asamblea y enviados al Congreso, fardos tripudos de corrupción, desprovistos de «tanto ideas como ideales», como solían decir los polemistas. Incluso hace cuarenta años teníamos buenos hombres en política, pero a nosotros, a nosotros nos crían para amasar un millón y «demostrar de qué estamos hechos». A veces desearía haber sido inglés; la vida americana es tan condenadamente tonta, estúpida y saludable.

Desde que murió la pobre Beatrice, probablemente tendré un poco de dinero, pero muy poquito. Puedo perdonarle a madre casi todo excepto el hecho de que, en un repentino arrebato de religiosidad hacia el final, dejó la mitad de lo que quedaba para gastarlo en vidrieras y donaciones a seminarios. El señor Barton, mi abogado, me escribe que mis miles están principalmente en tranvías y que dichos tranvías están perdiendo dinero por las tarifas de cinco centavos. ¡Imagina una lista de salarios que da 350 dólares al mes a un hombre que no sabe leer ni escribir! —sin embargo, creo en ello, aunque he visto cómo lo que una vez fue una fortuna considerable se desvanecía entre la especulación, la extravagancia, la administración demócrata y el impuesto sobre la renta— moderno, ese soy yo de arriba abajo, Mabel.

En cualquier caso, tendremos unas habitaciones de primera; tú puedes conseguir un trabajo en alguna revista de moda, y Alec puede entrar en la Compañía de Zinc o lo que sea que posea su familia —está mirando por encima de mi hombro y dice que es una compañía de latón, pero no creo que importe mucho, ¿verdad? Probablemente haya tanta corrupción en el dinero hecho con zinc como en el dinero hecho con latón. En cuanto al conocido Amory, escribiría literatura inmortal si estuviera lo suficientemente seguro de algo como para arriesgarse a contárselo a alguien más. No hay don más peligroso para la posteridad que unos cuantos lugares comunes hábilmente expresados.

Tom, ¿por qué no te haces católico? Por supuesto, para ser uno bueno tendrías que renunciar a esas intrigas violentas de las que solías hablarme,

pero escribirías mejor poesía si estuvieras vinculado a altos candelabros dorados y largos cantos uniformes, e incluso si los sacerdotes americanos son bastante burgueses, como solía decir Beatrice, aun así solo necesitas ir a las iglesias de moda, y te presentaré a Monseñor Darcy, que realmente es una maravilla.

La muerte de Kerry fue un golpe, también la de Jesse hasta cierto punto. Y tengo una gran curiosidad por saber qué extraño rincón del mundo se ha tragado a Burne. ¿Supones que está en la cárcel bajo algún nombre falso? Confieso que la guerra, en lugar de volverme ortodoxo, que es la reacción correcta, me ha convertido en un agnóstico apasionado. A la Iglesia Católica le han cortado las alas tan a menudo últimamente que su papel fue tímidamente insignificante, y ya no tienen buenos escritores. Estoy harto de Chesterton.

Solo he descubierto a un soldado que pasó por la tan publicitada crisis espiritual, como este tipo, Donald Hankey, y el que conocí ya estaba estudiando para el ministerio, así que estaba maduro para ello. Sinceramente, creo que todo eso es más bien una patraña, aunque pareció dar consuelo sentimental a los que estaban en casa; y puede que haga que padres y madres aprecien a sus hijos. Esta religión inspirada en la crisis es bastante inútil y fugaz en el mejor de los casos. Creo que cuatro hombres han descubierto París por uno que descubrió a Dios.

Pero nosotros —tú, yo y Alec—, oh, conseguiremos un mayordomo japonés, nos vestiremos para cenar, tendremos vino en la mesa y llevaremos una vida contemplativa y sin emociones hasta que decidamos usar ametralladoras con los propietarios, o lanzar bombas con los bolcheviques. ¡Dios! Tom, espero que pase algo. Estoy inquieto como el diablo y tengo horror de engordar o enamorarme y volverme doméstico.

La propiedad de Lake Geneva está ahora en alquiler, pero cuando desembarque iré al Oeste a ver al señor Barton y obtener algunos detalles. Escríbeme a la atención del Blackstone, Chicago.

S'pre tuyo, querido Boswell,

SAMUEL JOHNSON.

LIBRO SEGUNDO: LA EDUCACIÓN DE UN PERSONAJE

CAPÍTULO 1. LA DEBUTANTE

La época es febrero. El lugar es un dormitorio grande y delicado en la casa de los Connage en la calle Sesenta y ocho, Nueva York. Una habitación de chica: paredes y cortinas rosas y una colcha rosa sobre una cama de color crema. El rosa y el crema son los motivos de la habitación, pero el único mueble a la vista es un lujoso tocador con tapa de cristal y un espejo de tres lados. En las paredes hay un caro grabado de «Cherry Ripe», unos educados perros de Landseer y «El rey de las islas negras», de Maxfield Parrish.

Un gran desorden que consiste en los siguientes elementos: (1) siete u ocho cajas de cartón vacías, con lengüetas de papel de seda colgando jadeantes de sus bocas; (2) un surtido de vestidos de calle mezclados con sus hermanos de noche, todos sobre la mesa, todos evidentemente nuevos; (3) un rollo de tul, que ha perdido su dignidad y se ha enrollado tortuosa-mente alrededor de todo lo que está a la vista, y (4) sobre las dos sillas pequeñas, una colección de lencería que desafía toda descripción. Uno disfrutaría viendo la factura que ha provocado el despliegue de galas y se siente

poseído por el deseo de ver a la princesa para cuyo beneficio... ¡Mira! ¡Hay alguien! ¡Decepción! Esto es solo una doncella buscando algo; levanta un montón de una silla... No está ahí; otro montón, el tocador, los cajones del chifonier. Saca a la luz varias hermosas camisolas y un pijama asombroso, pero esto no la satisface; sale.

Un murmullo indistinguible desde la habitación contigua.

Ahora, nos acercamos. Es la madre de Alec, la señora Connage, amplia, digna, maquillada hasta el punto de matrona y bastante agotada. Sus labios se mueven significativamente mientras busca ELLA. Su búsqueda es menos exhaustiva que la de la doncella, pero hay un toque de furia en ella que compensa con creces su superficialidad. Tropieza con el tul y su «maldita sea» es bastante audible. Se retira, con las manos vacías.

Más parloteo fuera y la voz de una chica, una voz muy consentida, dice:
—De toda la gente estúpida...

Tras una pausa, entra una tercera buscadora, no la de la voz consentida, sino una edición más joven. Es Cecelia Connage, dieciséis años, guapa, astuta y constitucionalmente de buen humor. Está vestida para la noche con un traje cuya obvia sencillez probablemente la aburre. Se acerca al montón más cercano, selecciona una pequeña prenda rosa y la sostiene para evaluarla.

CECELIA: ¿Rosa?

ROSALIND: (Fuera) ¡Sí!

CECELIA: ¿Muy llamativo?

ROSALIND: ¡Sí!

CECELIA: ¡Lo tengo!

(Se ve en el espejo del tocador y comienza a bailar un shimmy con entusiasmo.)

ROSALIND: (Fuera) ¿Qué haces... probándotelo?

(CECELIA cesa y sale llevando la prenda sobre el hombro derecho.)

*Por la otra puerta, entra ALEC CONNAGE. Mira a su alrededor rápidamente y con una voz enorme grita: ¡Mamá! Hay un coro de protesta desde

la habitación de al lado y, animado, se dirige hacia allí, pero es repelido por otro coro.)*

ALEC: ¡Así que ahí estáis todas! Amory Blaine está aquí.

CECELIA: (Rápidamente) Llévalo abajo.

ALEC: Oh, ya está abajo.

SRA. CONNAGE: Bueno, puedes enseñarle dónde está su habitación. Dile que siento no poder recibirlo ahora.

ALEC: Ha oído hablar mucho de todas vosotras. Ojalá os dierais prisa. Padre le está contando todo sobre la guerra y está inquieto. Es algo temperamental.

(Esto último basta para atraer a CECELIA a la habitación.)

CECELIA: (Sentándose en lo alto de la lencería) ¿Qué quieres decir con temperamental? Solías decir eso de él en las cartas.

ALEC: Oh, escribe cosas.

CECELIA: ¿Toca el piano?

ALEC: No creo.

CECELIA: (Especulativamente) ¿Bebe?

ALEC: Sí... nada raro en él.

CECELIA: ¿Dinero?

ALEC: ¡Dios mío! Pregúntale a él, solía tener mucho, y ahora tiene algunos ingresos.

(Aparece la SRA. CONNAGE.)

SRA. CONNAGE: Alec, por supuesto que nos alegra tener a cualquier amigo tuyo...

ALEC: Ciertamente deberías conocer a Amory.

SRA. CONNAGE: Por supuesto que quiero. Pero creo que es muy infantil por tu parte dejar un hogar perfectamente bueno para ir a vivir con otros dos chicos en algún apartamento imposible. Espero que no sea para que podáis beber todo lo que queráis. (Hace una pausa.) Estará un poco desaten-

dido esta noche. Esta es la semana de Rosalind, ya ves. Cuando una chica se presenta en sociedad, necesita toda la atención.

ROSALIND: (Fuera) Bueno, entonces, demuéstralos viniendo aquí a abrocharme.

(La SRA. CONNAGE se va.)

ALEC: Rosalind no ha cambiado nada.

CECELIA: (En un tono más bajo) Está terriblemente consentida.

ALEC: Esta noche encontrará la horma de su zapato.

CECELIA: ¿Quién... el señor Amory Blaine?

(ALEC asiente.)

CECELIA: Bueno, Rosalind todavía tiene que conocer al hombre al que no pueda dejar atrás. Honestamente, Alec, trata a los hombres terriblemente. Los maltrata, los corta, les cancela citas y bosteza en sus caras... y ellos vuelven a por más.

ALEC: Les encanta.

CECELIA: Lo odian. Es una... es una especie de vampiresa, creo, y puede hacer que las chicas hagan lo que ella quiere normalmente, solo que odia a las chicas.

ALEC: La personalidad es de familia.

CECELIA: (Con resignación) Supongo que se agotó antes de llegar a mí.

ALEC: ¿Rosalind se comporta?

CECELIA: No especialmente bien. Oh, es del montón... fuma a veces, bebe ponche, la besan con frecuencia... Oh, sí... es de dominio público; uno de los efectos de la guerra, ya sabes.

(Emerge la SRA. CONNAGE.)

SRA. CONNAGE: Rosalind casi ha terminado, así que puedo bajar a conocer a tu amigo.

(ALEC y su madre salen.)

ROSALIND: (Fuera) Oh, mamá...

CECELIA: Mamá ha bajado.

(Y ahora ROSALIND entra. ROSALIND es... absolutamente ROSALIND. Es una de esas chicas que nunca necesitan hacer el más mínimo esfuerzo para que los hombres se enamoren de ellas. Dos tipos de hombres rara vez lo hacen: los hombres aburridos suelen temer su inteligencia y los hombres intelectuales suelen temer su belleza. Todos los demás son suyos por prerrogativa natural.

Si ROSALIND pudiera ser consentida, el proceso ya estaría completo, y de hecho, su disposición no es todo lo que debería ser; quiere lo que quiere cuando lo quiere y es propensa a hacer que todos a su alrededor se sientan bastante desdichados cuando no lo consigue, pero en el verdadero sentido no está consentida. Su fresco entusiasmo, su voluntad de crecer y aprender, su fe infinita en la inagotabilidad del romance, su coraje y su honestidad fundamental... estas cosas no están consentidas.

*Hay largos períodos en los que detesta cordialmente a toda su familia. Es bastante falta de principios; su filosofía es *carpe diem* para ella y *laissez faire* para los demás. Le encantan las historias escandalosas: tiene esa vena tosca que suele acompañar a las naturalezas que son a la vez finas y grandes. Quiere que la gente la aprecie, pero si no lo hacen, nunca le preocupa ni la cambia. No es en absoluto un modelo de carácter.*

La educación de todas las mujeres hermosas es el conocimiento de los hombres. ROSALIND se había sentido decepcionada por hombre tras hombre como individuos, pero tenía una gran fe en el hombre como sexo. A las mujeres las detestaba. Representaban cualidades que ella sentía y despreciaba en sí misma: mezquindad incipiente, vanidad, cobardía y deshonestidad mezquina. Una vez le dijo a una sala llena de amigas de su madre que la única excusa para las mujeres era la necesidad de un elemento perturbador entre los hombres. Bailaba excepcionalmente bien, dibujaba con habilidad pero con prisa, y tenía una facilidad sorprendente con las palabras, que solo usaba en cartas de amor.

*Pero toda crítica a ROSALIND termina en su belleza. Tenía ese tono de glorioso cabello amarillo, cuyo deseo de imitar sostiene la industria de los tintes. Tenía la boca eternamente besable, pequeña, ligeramente sensual y absolutamente perturbadora. Tenía ojos grises y una piel impecable con dos manchas de color evanescente. Era esbelta y atlética, sin subdesarrollo, y

era un deleite verla moverse por una habitación, caminar por una calle, blandir un palo de golf o hacer una «rueda de carro».*

Una última cualidad: su personalidad vívida e instantánea escapaba a esa cualidad consciente y teatral que AMORY había encontrado en ISABELLE. MONSEÑOR DARCY se habría visto en un aprieto para decidir si llamarla una personalidad o un personaje. Era quizás la mezcla deliciosa, inexpresable, de una vez en un siglo.

La noche de su debut es, a pesar de toda su extraña y errante sabiduría, bastante como una niña feliz. La doncella de su madre acaba de peinarla, pero ha decidido impacientemente que puede hacer un trabajo mejor ella misma. Está demasiado nerviosa en este momento para quedarse en un solo lugar. A eso debemos su presencia en esta habitación desordenada. Va a hablar. Los tonos de contralto de ISABELLE habían sido como un violín, pero si pudieras oír a ROSALIND, dirías que su voz era musical como una cascada.)

ROSALIND: Honestamente, solo hay dos atuendos en el mundo en los que realmente disfruto estar. (Peinándose en el tocador.) Uno es una falda de miriñaque con pantalones; el otro es un traje de baño de una pieza. Estoy encantadora en ambos.

CECELIA: ¿Contenta de presentarte en sociedad?

ROSALIND: Sí, ¿y tú no?

CECELIA: (Cínicamente) Estás contenta para poder casarte y vivir en Long Island con el círculo de matrimonios jóvenes y lanzados. Quieres que la vida sea una cadena de coqueteos con un hombre por cada eslabón.

ROSALIND: ¡Querer que lo sea! Querrás decir que he descubierto que lo es.

CECELIA: ¡Ja!

ROSALIND: Cecilia, querida, no sabes qué calvario es ser... como yo. Tengo que mantener la cara como el acero en la calle para evitar que los hombres me guiñen el ojo. Si me río fuerte desde la primera fila del teatro, el comediante me dedica la actuación el resto de la noche. Si bajo la voz, la mirada, el pañuelo en un baile, mi pareja me llama por teléfono todos los días durante una semana.

CECELIA: Debe ser una tensión terrible.

ROSALIND: Lo desafortunado es que los únicos hombres que me interesan son los totalmente inelegibles. Ahora... si fuera pobre, me dedicaría al teatro.

CECELIA: Sí, bien podrías cobrar por la cantidad de actuación que haces.

ROSALIND: A veces, cuando me he sentido particularmente radiante, he pensado, ¿por qué debería desperdiciarse esto en un solo hombre?

CECELIA: A menudo, cuando estás particularmente malhumorada, me he preguntado por qué debería desperdiciarse todo en una sola familia. (Levantándose.) Creo que voy a bajar a conocer al señor Amory Blaine. Me gustan los hombres temperamentales.

ROSALIND: No existen. Los hombres no saben cómo estar realmente enfadados o realmente felices, y los que sí, se desmoronan.

CECELIA: Bueno, me alegro de no tener todas tus preocupaciones. Estoy comprometida.

ROSALIND: (Con una sonrisa despectiva) ¿Comprometida? ¡Vaya, pequeña lunática! Si madre te oyera hablar así te mandaría a un internado, que es donde perteneces.

CECELIA: No se lo dirás, sin embargo, porque sé cosas que podría contar... ¡y eres demasiado egoísta!

ROSALIND: (Un poco molesta) ¡Vete, pequeña! ¿Con quién estás comprometida, con el hielero? ¿con el hombre de la tienda de dulces?

CECELIA: Ingenio barato... adiós, querida, te veré más tarde.

ROSALIND: Oh, asegúrate de hacerlo... eres de gran ayuda.

(Sale CECELIA. ROSALIND termina de peinarse y se levanta, tarareando. Se acerca al espejo y empieza a bailar frente a él sobre la suave alfombra. No mira sus pies, sino sus ojos, nunca casualmente sino siempre intensamente, incluso cuando sonríe. La puerta se abre de repente y luego se cierra de golpe detrás de AMORY, muy sereno y guapo como de costumbre. Se funde en una confusión instantánea.)

ÉL: Oh, lo siento. Pensé...

ELLA: (Sonriendo radiamente) Oh, tú eres Amory Blaine, ¿verdad?

ÉL: (Observándola de cerca) ¿Y tú eres Rosalind?

ELLA: Voy a llamarte Amory... oh, entra... está todo bien... mamá entrará enseguida... (en voz baja) desafortunadamente.

ÉL: (Mirando a su alrededor) Esto es una especie de nueva experiencia para mí.

ELLA: Esta es Tierra de Nadie.

ÉL: Aquí es donde tú... tú... (pausa)

ELLA: Sí... todas esas cosas. (Cruza hacia el tocador.) Mira, aquí está mi colorete... lápices de ojos.

ÉL: No sabía que eras así.

ELLA: ¿Qué esperabas?

ÉL: Pensé que serías una especie de... una especie de... asexuada, ya sabes, que nadas y juegas al golf.

ELLA: Oh, lo hago... pero no en horas de trabajo.

ÉL: ¿Trabajo?

ELLA: De seis a dos... estrictamente.

ÉL: Me gustaría tener algunas acciones en la corporación.

ELLA: Oh, no es una corporación... es solo «Rosalind, Ilimitada». Cincuenta y una acciones, nombre, buena reputación y todo por 25.000 dólares al año.

ÉL: (Con desaprobación) Una proposición algo fría.

ELLA: Bueno, Amory, no te importa, ¿verdad? Cuando conozca a un hombre que no me aburra hasta la muerte después de dos semanas, quizás sea diferente.

ÉL: Curioso, tienes el mismo punto de vista sobre los hombres que yo sobre las mujeres.

ELLA: No soy realmente femenina, ya sabes... en mi mente.

ÉL: (Interesado) Continúa.

ELLA: No, tú... tú continúa... me has hecho hablar de mí misma. Eso va contra las reglas.

ÉL: ¿Reglas?

ELLA: Mis propias reglas... pero tú... Oh, Amory, he oído que eres brillante. La familia espera tanto de ti.

ÉL: ¡Qué alentador!

ELLA: Alec dijo que le habías enseñado a pensar. ¿Lo hiciste? No creía que nadie pudiera.

ÉL: No. Soy bastante aburrido, en realidad.

(Evidentemente no pretende que esto se tome en serio.)

ELLA: Mentiroso.

ÉL: Soy... soy religioso... soy literario. He... incluso he escrito poemas.

ELLA: ¡Verso libre... espléndido! (Declamando.)

«Los árboles son verdes,

Los pájaros cantan en los árboles,

La chica sorbe su veneno

El pájaro se va volando, la chica muere.»

ÉL: (Riendo) No, de ese tipo no.

ELLA: (De repente) Me gustas.

ÉL: No lo hagas.

ELLA: Modesto también...

ÉL: Te tengo miedo. Siempre le tengo miedo a una chica... hasta que la he besado.

ELLA: (Enfáticamente) Mi querido muchacho, la guerra ha terminado.

ÉL: Así que siempre te tendré miedo.

ELLA: (Más bien con tristeza) Supongo que sí.

(Una ligera vacilación por parte de ambos.)

ÉL: (Tras la debida consideración) Escucha. Esto es algo terrible de pedir.

ELLA: (Sabiendo lo que se avecina) Después de cinco minutos.

ÉL: Pero, ¿quieres... besarme? ¿O tienes miedo?

ELLA: Nunca tengo miedo... pero tus razones son muy pobres.

ÉL: Rosalind, de verdad quiero besarte.

ELLA: Yo también.

(Se besan... definitiva y concienzudamente.)

ÉL: (Tras un segundo sin aliento) Bueno, ¿está satisfecha tu curiosidad?

ELLA: ¿Está la tuya?

ÉL: No, solo se ha despertado.

(Lo parece.)

ELLA: (Soñadoramente) He besado a docenas de hombres. Supongo que besaré a docenas más.

ÉL: (Distraídamente) Sí, supongo que podrías... así.

ELLA: A la mayoría de la gente le gusta cómo beso.

ÉL: (Recobrándose) ¡Dios Santo, sí! Bésame una vez más, Rosalind.

ELLA: No... mi curiosidad generalmente se satisface con una.

ÉL: (Desanimado) ¿Es esa una regla?

ELLA: Hago las reglas para que se ajusten a los casos.

ÉL: Tú y yo somos algo parecidos, excepto que yo soy años mayor en experiencia.

ELLA: ¿Cuántos años tienes?

ÉL: Casi veintitrés. ¿Tú?

ELLA: Diecinueve... justos.

ÉL: Supongo que eres producto de una escuela de moda.

ELLA: No... soy material bastante en bruto. Me expulsaron de Spence... he olvidado por qué.

ÉL: ¿Cuál es tu tendencia general?

ELLA: Oh, soy brillante, bastante egoísta, emocional cuando me provocan, aficionada a la admiración...

ÉL: (De repente) No quiero enamorarme de ti...

ELLA: (Levantando las cejas) Nadie te lo ha pedido.

ÉL: (Continuando fríamente) Pero probablemente lo haré. Me encanta tu boca.

ELLA: ¡Silencio! Por favor, no te enamores de mi boca... pelo, ojos, hombros, zapatillas... pero no de mi boca. Todo el mundo se enamora de mi boca.

ÉL: Es bastante hermosa.

ELLA: Es demasiado pequeña.

ÉL: No, no lo es... veamos.

(La besa de nuevo con la misma minuciosidad.)

ELLA: (Bastante conmovida) Di algo dulce.

ÉL: (Asustado) ¡Señor, ayúdame!

ELLA: (Apartándose) Bueno, no lo hagas... si es tan difícil.

ÉL: ¿Vamos a fingir? ¿Tan pronto?

ELLA: No tenemos los mismos estándares de tiempo que otras personas.

ÉL: Ya es... otras personas.

ELLA: Finjamos.

ÉL: No... no puedo... es sentimiento.

ELLA: ¿No eres sentimental?

ÉL: No, soy romántico; una persona sentimental cree que las cosas durarán; una persona romántica espera contra toda esperanza que no lo hagan. El sentimiento es emocional.

ELLA: ¿Y tú no lo eres? (Con los ojos medio cerrados.) Probablemente te halagas pensando que esa es una actitud superior.

ÉL: Bueno... Rosalind, Rosalind, no discutas... bésame otra vez.

ELLA: (Bastante fría ahora) No... no tengo ningún deseo de besarte.

ÉL: (Abiertamente desconcertado) Querías besarme hace un minuto.

ELLA: Esto es ahora.

ÉL: Será mejor que me vaya.

ELLA: Supongo que sí.

(Se dirige hacia la puerta.)

ELLA: ¡Oh!

(Él se vuelve.)

ELLA: (Riendo) Marcador... Equipo Local: Cien... Oponentes: Cero.

(Él empieza a volver.)

ELLA: (Rápidamente) Lluvia... no hay partido.

(Él sale.)

(Ella va tranquilamente al chifonier, saca una pitillera y la esconde en el cajón lateral de un escritorio. Entra su madre, con un cuaderno en la mano.)

SRA. CONNAGE: Bien... quería hablar contigo a solas antes de que bajemos.

ROSALIND: ¡Cielos, me asustas!

SRA. CONNAGE: Rosalind, has sido una propuesta muy cara.

ROSALIND: (Con resignación) Sí.

SRA. CONNAGE: Y sabes que tu padre no tiene lo que tenía antes.

ROSALIND: (Haciendo una mueca) Oh, por favor, no hables de dinero.

SRA. CONNAGE: No puedes hacer nada sin él. Este es nuestro último año en esta casa... y a menos que las cosas cambien, Cecelia no tendrá las ventajas que tú has tenido.

ROSALIND: (Con impaciencia) Bueno... ¿qué es?

SRA. CONNAGE: Así que te pido que por favor me hagas caso en varias cosas que he anotado en mi cuaderno. La primera es: no desaparezcas con jóvenes. Puede que haya un momento en que sea valioso, pero por ahora te quiero en la pista de baile, donde pueda encontrarte. Hay ciertos hombres que quiero que conozcas y no me gusta encontrarte en algún rincón del invernadero intercambiando tonterías con cualquiera... o escuchándolas.

ROSALIND: (Sarcásticamente) Sí, escucharlas es mejor.

SRA. CONNAGE: Y no pierdas mucho tiempo con el grupo universitario... muchachitos de diecinueve y veinte años. No me importa un baile de fin de curso o un partido de fútbol, pero ausentarse de fiestas ventajosas para comer en pequeños cafés del centro con Tom, Dick y Harry...

ROSALIND: (Ofreciendo su código, que es, a su manera, tan elevado como el de su madre) Madre, eso se hace... no puedes manejar todo ahora como lo hacías a principios de los noventa.

SRA. CONNAGE: (Sin prestar atención) Hay varios amigos solteros de tu padre que quiero que conozcas esta noche... hombres más bien jóvenes.

ROSALIND: (Asintiendo sabiamente) ¿Unos cuarenta y cinco?

SRA. CONNAGE: (Bruscamente) ¿Por qué no?

ROSALIND: Oh, perfectamente bien... conocen la vida y tienen un aspecto tan adorablemente cansado (niega con la cabeza)... pero insisten en bailar.

SRA. CONNAGE: No he conocido al señor Blaine, pero no creo que te interese. No suena a alguien que haga dinero.

ROSALIND: Madre, yo nunca pienso en el dinero.

SRA. CONNAGE: Nunca lo conservas el tiempo suficiente como para pensar en él.

ROSALIND: (Suspira) Sí, supongo que algún día me casaré con una tonelada de él... por puro aburrimiento.

SRA. CONNAGE: (Refiriéndose al cuaderno) Recibí un telegrama de Hartford. Dawson Ryder viene. Ahora, ese es un joven que me gusta, y está

nadando en dinero. Me parece que, ya que pareces cansada de Howard Gillespie, podrías darle algo de aliento al señor Ryder. Es la tercera vez que viene en un mes.

ROSALIND: ¿Cómo sabías que estaba cansada de Howard Gillespie?

SRA. CONNAGE: El pobre chico parece tan desdichado cada vez que viene.

ROSALIND: Eso fue uno de esos asuntos románticos, pre-batalla. Están todos mal.

SRA. CONNAGE: (Dicho lo que tenía que decir) En cualquier caso, haz que nos sintamos orgullosos de ti esta noche.

ROSALIND: ¿No crees que soy hermosa?

SRA. CONNAGE: Sabes que lo eres.

(Desde abajo se oye el gemido de un violín siendo afinado, el redoble de un tambor. La SRA. CONNAGE se vuelve rápidamente hacia su hija.)

SRA. CONNAGE: ¡Vamos!

ROSALIND: ¡Un minuto!

(Su madre se va. ROSALIND va al espejo donde se contempla con gran satisfacción. Se besa la mano y toca su boca reflejada con ella. Luego apaga las luces y sale de la habitación. Silencio por un momento. Unos acordes del piano, el discreto golpeteo de tambores lejanos, el susurro de seda nueva, todo se mezcla en la escalera de fuera y entra a la deriva por la puerta entreabierta. Figuras envueltas pasan por el pasillo iluminado. La risa que se oye abajo se duplica y se multiplica. Entonces alguien entra, cierra la puerta y enciende las luces. Es CECELIA. Va al chifonier, mira en los cajones, vacila... luego al escritorio, de donde coge la pitillera y saca uno. Lo enciende y luego, echando humo y soplando, camina hacia el espejo.)

CECELIA: (Con un acento tremadamente sofisticado) Oh, sí, presentarse en sociedad es una farsa hoy en día, ya sabes. Una realmente juega tanto antes de los diecisiete, que es positivamente un anticlímax. (Estrechando la mano de un noble visionario de mediana edad.) Sí, su señoría... creo haber oído a mi hermana hablar de usted. Pruebe uno... son

muy buenos. Son... son Coronas. ¿No fuma? ¡Qué lástima! El rey no lo permite, supongo. Sí, bailaré.

(Así que baila por la habitación al son de una melodía de abajo, con los brazos extendidos hacia una pareja imaginaria, el cigarrillo ondeando en su mano.)

VARIAS HORAS MÁS TARDE

La esquina de un estudio en la planta baja, ocupada por un sofá de cuero muy cómodo. Una pequeña luz a cada lado, arriba, y en el medio, sobre el sofá, cuelga un cuadro de un caballero muy anciano y muy digno, período 1860. Afuera se oye la música de un fox-trot.

ROSALIND está sentada en el sofá y a su izquierda está HOWARD GILLESPIE, un joven insípido de unos veinticuatro años. Es obviamente muy infeliz, y ella está bastante aburrida.

GILLESPIE: (Débilmente) ¿Qué quieres decir con que he cambiado?
Siento lo mismo por ti.

ROSALIND: Pero no te veo igual.

GILLESPIE: Hace tres semanas decías que te gustaba porque era muy displicente, muy indiferente... todavía lo soy.

ROSALIND: Pero no conmigo. Me gustabas porque tenías los ojos marrones y las piernas delgadas.

GILLESPIE: (Impotente) Siguen siendo delgadas y marrones. Eres una vampiresa, eso es todo.

ROSALIND: Lo único que sé de vampirismo es lo que está en la partitura del piano. Lo que confunde a los hombres es que soy perfectamente natural. Solía pensar que nunca eras celoso. Ahora me sigues con la mirada a dondequiera que voy.

GILLESPIE: Te quiero.

ROSALIND: (Fríamente) Lo sé.

GILLESPIE: Y no me has besado en dos semanas. Tenía la idea de que después de que una chica fuera besada, era... era... conquistada.

ROSALIND: Esos días han pasado. Tienes que conquistarme de nuevo cada vez que me ves.

GILLESPIE: ¿Hablas en serio?

ROSALIND: Como de costumbre. Antes había dos tipos de besos: primero, cuando las chicas eran besadas y abandonadas; segundo, cuando estaban comprometidas. Ahora hay un tercer tipo, donde el hombre es besado y abandonado. Si el señor Jones de los noventa se jactaba de haber besado a una chica, todo el mundo sabía que había terminado con ella. Si el señor Jones de 1919 se jacta de lo mismo, todo el mundo sabe que es porque ya no puede besarla. Con un comienzo decente, cualquier chica puede vencer a un hombre hoy en día.

GILLESPIE: Entonces, ¿por qué juegas con los hombres?

ROSALIND: (Inclinándose confidencialmente) Por ese primer momento, cuando está interesado. Hay un momento... oh, justo antes del primer beso, una palabra susurrada... algo que hace que valga la pena.

GILLESPIE: ¿Y después?

ROSALIND: Despues de eso le haces hablar de sí mismo. Muy pronto no piensa en nada más que en estar a solas contigo... se enfurruña, no lucha, no quiere jugar... ¡Victoria!

(Entra DAWSON RYDER, veintiséis años, guapo, rico, fiel a los suyos, un aburrido quizás, pero constante y seguro del éxito.)

RYDER: Creo que este es mi baile, Rosalind.

ROSALIND: Bueno, Dawson, así que me reconoces. Ahora sé que no llevo demasiado maquillaje. Señor Ryder, este es el señor Gillespie.

(Se dan la mano y GILLESPIE se va, tremadamente abatido.)

RYDER: Tu fiesta es ciertamente un éxito.

ROSALIND: ¿Lo es? No la he visto últimamente. Estoy cansada... ¿Te importa que nos sentemos un minuto?

RYDER: ¿Importarme? Estoy encantado. Sabes que detesto esta idea de las prisas. Ver a una chica ayer, hoy, mañana.

ROSALIND: ¡Dawson!

RYDER: ¿Qué?

ROSALIND: Me pregunto si sabes que me quieres.

RYDER: (Sobresaltado) Qué... Oh... ¡sabes que eres notable!

ROSALIND: Porque sabes que soy una propuesta terrible. Quien se case conmigo tendrá las manos llenas. Soy mala... muy mala.

RYDER: Oh, yo no diría eso.

ROSALIND: Oh, sí que lo soy... especialmente con las personas más cercanas a mí. (Se levanta.) Vamos, vámonos. He cambiado de opinión y quiero bailar. Madre probablemente esté teniendo un ataque.

(Salen. Entran ALEC y CECELIA.)

CECELIA: Qué suerte la mía, tocarme con mi propio hermano para un intermedio.

ALEC: (Sombríamente) Me iré siquieres.

CECELIA: ¡Cielos, no! ¿Con quién empezaría el siguiente baile? (Suspresa.) No hay color en un baile desde que los oficiales franceses regresaron.

ALEC: (Pensativo) No quiero que Amory se enamore de Rosalind.

CECELIA: Vaya, tenía la idea de que eso era justo lo que querías.

ALEC: Lo quería, pero desde que he visto a estas chicas... no sé. Le tengo mucho afecto a Amory. Es sensible y no quiero que le rompan el corazón por alguien a quien no le importa.

CECELIA: Es muy guapo.

ALEC: (Todavía pensativo) No se casará con él, pero una chica no tiene que casarse con un hombre para romperle el corazón.

CECELIA: ¿Qué lo hace? Ojalá supiera el secreto.

ALEC: Vaya, gatita insensible. Es una suerte para algunos que el Señor te diera una nariz respingona.

(Entra la SRA. CONNAGE.)

SRA. CONNAGE: ¿Dónde demonios está Rosalind?

ALEC: (Brillantemente) Por supuesto que has venido a las mejores personas para averiguarlo. Naturalmente estaría con nosotros.

SRA. CONNAGE: Su padre ha reunido a ocho millonarios solteros para que la conozcan.

ALEC: Podrías formar un escuadrón y marchar por los pasillos.

SRA. CONNAGE: Hablo muy en serio; por lo que sé, podría estar en el Cocoanut Grove con algún jugador de fútbol la noche de su debut. Tú mira a la izquierda y yo...

ALEC: (Con ligereza) ¿No sería mejor que enviaras al mayordomo a registrar el sótano?

SRA. CONNAGE: (Muy seria) Oh, ¿no crees que estaría allí?

CECELIA: Solo está bromeando, madre.

ALEC: Madre se la imaginó golpeando un barril de cerveza con algún saltador de vallas.

SRA. CONNAGE: Miremos ahora mismo.

(Salen. ROSALIND entra con GILLESPIE.)

GILLESPIE: Rosalind... una vez más te pregunto. ¿No te importo ni un comino?

(AMORY entra enérgicamente.)

AMORY: Mi baile.

ROSALIND: Señor Gillespie, este es el señor Blaine.

GILLESPIE: Ya conozco al señor Blaine. De Lake Geneva, ¿no es así?

AMORY: Sí.

GILLESPIE: (Desesperadamente) He estado allí. Está en el... Medio Oeste, ¿no?

AMORY: (Con picardía) Aproximadamente. Pero siempre he pensado que prefiero ser un tamal caliente provinciano que una sopa sin condimento.

GILLESPIE: ¡Qué!

AMORY: Oh, sin ofender.

(GILLESPIE hace una reverencia y se va.)

ROSALIND: Es demasiada gente.

AMORY: Una vez estuve enamorado de una gente.

ROSALIND: ¿Ah, sí?

AMORY: Oh, sí... se llamaba Isabelle; nada en ella excepto lo que yo proyecté.

ROSALIND: ¿Qué pasó?

AMORY: Finalmente la convencí de que era más lista que yo... entonces me dejó. Dijo que era crítico y poco práctico, ya sabes.

ROSALIND: ¿Qué quieras decir con poco práctico?

AMORY: Oh... conduzco un coche, pero no sé cambiar una rueda.

ROSALIND: ¿Qué vas a hacer?

AMORY: No sabría decirte... presentarme a presidente, escribir...

ROSALIND: ¿Greenwich Village?

AMORY: ¡Cielos, no! Dije escribir, no beber.

ROSALIND: Me gustan los hombres de negocios. Los hombres inteligentes suelen ser tan feos.

AMORY: Siento como si te conociera desde hace siglos.

ROSALIND: Oh, ¿vas a empezar la historia de la «pirámide»?

AMORY: No... iba a hacerla francesa. Yo era Luis XIV y tú eras una de mis... mis... (Cambiando de tono.) Supón... que nos enamoramos.

ROSALIND: He sugerido fingir.

AMORY: Si lo hicieramos, sería algo muy grande.

ROSALIND: ¿Por qué?

AMORY: Porque las personas egoístas son, en cierto modo, terriblemente capaces de grandes amores.

ROSALIND: (Levantando los labios) Finge.

(Se besan muy deliberadamente.)

AMORY: No sé decir cosas dulces. Pero eres hermosa.

ROSALIND: Eso no.

AMORY: ¿Entonces qué?

ROSALIND: (Con tristeza) Oh, nada... solo que quiero sentimiento, sentimiento real... y nunca lo encuentro.

AMORY: Yo nunca encuentro otra cosa en el mundo... y lo detesto.

ROSALIND: Es tan difícil encontrar a un varón que satisfaga el gusto artístico de una.

(Alguien ha abierto una puerta y la música de un vals inunda la habitación. ROSALIND se levanta.)

ROSALIND: ¡Escucha! están tocando «Bésame Otra Vez».

(Él la mira.)

AMORY: ¿Y bien?

ROSALIND: ¿Y bien?

AMORY: (Suavemente... la batalla perdida) Te quiero.

ROSALIND: Te quiero... ahora.

(Se besan.)

AMORY: ¡Oh, Dios, qué he hecho!

ROSALIND: Nada. Oh, no hables. Bésame otra vez.

AMORY: No sé por qué ni cómo, pero te quiero... desde el momento en que te vi.

ROSALIND: Yo también... yo... yo... oh, esta noche es esta noche.

(Su hermano entra despreocupadamente, se sobresalta y luego, en voz alta, dice: «Oh, disculpadme», y se va.)

ROSALIND: (Sus labios apenas se mueven) No me sueltes... no me importa quién sepa lo que hago.

AMORY: ¡Dilo!

ROSALIND: Te quiero... ahora. (Se separan.) Oh... soy muy joven, gracias a Dios... y bastante hermosa, gracias a Dios... y feliz, gracias a Dios, gracias a Dios... (Hace una pausa y luego, en un extraño arrebato de profecía, añade) ¡Pobre Amory!

(Él la besa de nuevo.)

KISMET

En dos semanas, Amory y Rosalind estaban profunda y apasionadamente enamorados. Las cualidades críticas que les habían estropeado a cada uno una docena de romances se embotaron por la gran ola de emoción que los inundó.

—Puede que sea un romance de locos —le dijo a su ansiosa madre—, pero no es insulto.

La ola arrastró a Amory a una agencia de publicidad a principios de marzo, donde alternaba entre asombrosos estallidos de un trabajo bastante excepcional y sueños salvajes de hacerse rico de repente y recorrer Italia con Rosalind.

Estaban constantemente juntos, para almorzar, para cenar y casi todas las noches, siempre en una especie de silencio sin aliento, como si temieran que en cualquier momento el hechizo se rompiera y los dejara caer de este paraíso de rosa y llama. Pero el hechizo se convirtió en un trance, pareció aumentar día a día; empezaron a hablar de casarse en julio, en junio. Toda la vida se transmitía en términos de su amor, toda experiencia, todos los deseos, todas las ambiciones, eran anulados; sus sentidos del humor se arrastraban a los rincones para dormir; sus antiguos romances parecían vagamente risibles y apenas lamentadas chiquilladas.

Por segunda vez en su vida, Amory había sufrido un completo *boulevard* y se apresuraba a ponerse en línea con su generación.

UN PEQUEÑO INTERLUDIO

Amory vagaba lentamente por la avenida y pensaba en la noche como inevitablemente suya: el esplendor y el carnaval del crepúsculo rico y las calles tenues... parecía que finalmente había cerrado el libro de las armonías que se desvanecen y había entrado en los vibrantes y sensuales paseos de la vida. Por todas partes estas innumerables luces, esta promesa

de una noche de calles y cantos... se movía en un medio sueño a través de la multitud como si esperara encontrar a Rosalind corriendo hacia él con pies ansiosos desde cada esquina... Cómo los inolvidables rostros del crepúsculo se fundirían en ella, las miríadas de pasos, mil oberturas, se fundirían en sus pasos; y habría más embriaguez que vino en la suavidad de sus ojos sobre los de él. Incluso sus sueños ahora eran débiles violines que flotaban como sonidos de verano en el aire estival.

La habitación estaba a oscuras, excepto por el débil resplandor del cigarrillo de Tom, donde holgazaneaba junto a la ventana abierta. Cuando la puerta se cerró detrás de él, Amory se quedó un momento con la espalda apoyada en ella.

—Hola, Benvenuto Blaine. ¿Cómo fue el negocio de la publicidad hoy?

Amory se desparramó en un sofá.

—¡Lo detesté como de costumbre! —La visión momentánea de la bulliosa agencia fue desplazada rápidamente por otra imagen.

—¡Dios mío! ¡Es maravillosa!

Tom suspiró.

—No puedo decirte —repitió Amory—, lo maravillosa que es. No quiero que lo sepas. No quiero que nadie lo sepa.

Otro suspiro vino de la ventana, un suspiro bastante resignado.

—Ella es vida y esperanza y felicidad, todo mi mundo ahora.

Sintió el temblor de una lágrima en su párpado.

—¡Oh, caramba, Tom!

AGRIDULCE

—Siéntate como nosotros —susurró ella.

Él se sentó en el gran sillón y extendió los brazos para que ella pudiera acurrucarse en ellos.

—Sabía que vendrías esta noche —dijo suavemente—, como el verano, justo cuando más te necesitaba... cariño... cariño...

Sus labios se movieron perezosamente sobre su rostro.

- Sabes tan bien —suspiró él.
- ¿Qué quieres decir, amor?
- Oh, simplemente dulce, simplemente dulce... —la abrazó más fuerte.
- Amory —susurró ella—, cuando estés listo para mí, me casaré contigo.
- No tendremos mucho al principio.
- ¡No! —gritó—. Me duele cuando te reprochas lo que no puedes darme. Tengo tu precioso ser, y eso es suficiente para mí.
- Dime...
- Lo sabes, ¿verdad? Oh, lo sabes.
- Sí, pero quiero oírte decirlo.
- Te quiero, Amory, con todo mi corazón.
- ¿Siempre, lo harás?
- Toda mi vida... Oh, Amory...
- ¿Qué?
- Quiero pertenecerte. Quiero que tu gente sea mi gente. Quiero tener tus bebés.
- Pero no tengo gente.
- No te rías de mí, Amory. Solo bésame.
- Haré lo que quieras —dijo él.
- No, yo haré lo que tú quieras. Somos tú, no yo. Oh, eres una parte tan grande, tan todo de mí...
- Cerró los ojos.
- Estoy tan feliz que tengo miedo. ¿No sería terrible si esto fuera... fuera el punto culminante?...
- Ella lo miró soñadoramente.
- La belleza y el amor pasan, lo sé... Oh, también hay tristeza. Supongo que toda gran felicidad es un poco triste. La belleza significa el aroma de las rosas y luego la muerte de las rosas...

—La belleza significa la agonía del sacrificio y el fin de la agonía...

—Y, Amory, somos hermosos, lo sé. Estoy segura de que Dios nos ama...

—Te ama a ti. Eres su posesión más preciada.

—No soy suya, soy tuya. Amory, te pertenezco. Por primera vez lamento todos los otros besos; ahora sé cuánto puede significar un beso.

Luego fumaban y él le contaba sobre su día en la oficina, y dónde podrían vivir. A veces, cuando estaba particularmente locuaz, ella se quedaba dormida en sus brazos, pero él amaba a esa Rosalind —a todas las Rosalinds— como nunca en el mundo había amado a nadie más. Horas intangibles, fugaces, inolvidables.

INCIDENTE ACUÁTICO

Un día, Amory y Howard Gillespie, encontrándose por accidente en el centro, almorcizaron juntos, y Amory escuchó una historia que le encantó. Gillespie, después de varios cócteles, estaba de humor hablador; comenzó diciéndole a Amory que estaba seguro de que Rosalind era ligeramente excéntrica.

Había ido con ella a una fiesta de natación en el condado de Westchester, y alguien mencionó que Annette Kellerman había estado allí un día de visita y se había lanzado desde lo alto de una destalizada casa de verano de nueve metros. Inmediatamente, Rosalind insistió en que Howard subiera con ella para ver cómo era.

Un minuto después, mientras él estaba sentado y colgaba los pies en el borde, una forma pasó disparada a su lado; Rosalind, con los brazos extendidos en una hermosa zambullida de cisne, había navegado por el aire hasta el agua clara.

—Por supuesto, tuve que ir después de eso, y casi me mato. Pensé que era bastante valiente por siquiera intentarlo. Nadie más en la fiesta lo intentó. Bueno, después, Rosalind tuvo el descaro de preguntarme por qué me encorvaba al zambullirme. «No lo hizo más fácil», dijo, «simplemente le quitó todo el coraje». Te pregunto, ¿qué puede hacer un hombre con una chica así? Innecesario, lo llamo yo.

Gillespie no entendió por qué Amory sonreía encantado durante todo el almuerzo. Pensó que quizás era uno de esos optimistas huecos.

CINCO SEMANAS DESPUÉS

De nuevo la biblioteca de la casa Connage. ROSALIND está sola, sentada en el sofá mirando muy malhumorada e infelizmente a la nada. Ha cambiado perceptiblemente; está un poco más delgada, para empezar; la luz en sus ojos no es tan brillante; parece fácilmente un año mayor.

Entra su madre, envuelta en una capa de ópera. Observa a ROSALIND con una mirada nerviosa.

SRA. CONNAGE: ¿Quién viene esta noche?

(ROSALIND no la oye, o al menos no le hace caso.)

SRA. CONNAGE: Alec viene a llevarme a esa obra de Barrie, «Et tu, Brutus». (Se da cuenta de que está hablando sola.) ¡Rosalind! Te pregunté quién viene esta noche.

ROSALIND: (Sobresaltada) Oh... qué... oh... Amory...

SRA. CONNAGE: (Sarcásticamente) Últimamente tienes tantos admiradores que no podía imaginar cuál. (ROSALIND no responde.) Dawson Ryder es más paciente de lo que pensé. No le has dedicado una noche esta semana.

ROSALIND: (Con una expresión muy cansada que es bastante nueva en su rostro.) Madre... por favor...

SRA. CONNAGE: Oh, yo no interferiré. Ya has malgastado más de dos meses en un genio teórico que no tiene un céntimo, pero adelante, malgasta tu vida en él. Yo no interferiré.

ROSALIND: (Como repitiendo una lección tediosa) Sabes que tiene un pequeño ingreso... y sabes que gana treinta y cinco dólares a la semana en publicidad...

SRA. CONNAGE: Y eso no compraría tu ropa. (Hace una pausa, pero ROSALIND no responde.) Pienso en tu bien cuando te digo que no des un paso del que te arrepentirás toda la vida. No es como si tu padre pudiera ayudarte. Las cosas han sido difíciles para él últimamente y es un hombre viejo. Dependerías absolutamente de un soñador, un chico simpático y de

buenas cunas, pero un soñador... meramente listo. (Insinúa que esta cualidad en sí misma es bastante viciosa.)

ROSALIND: Por el amor de Dios, madre...

(Aparece una doncella, anuncia al señor Blaine, que la sigue inmediatamente. Los amigos de AMORY le han estado diciendo durante diez días que «parece la ira de Dios», y así es. De hecho, no ha podido comer un bocado en las últimas treinta y seis horas.)

AMORY: Buenas noches, señora Connage.

SRA. CONNAGE: (No con dureza) Buenas noches, Amory.

(AMORY y ROSALIND intercambian miradas... y entra ALEC. La actitud de ALEC en todo momento ha sido neutral. Cree en su corazón que el matrimonio haría a AMORY mediocre y a ROSALIND miserable, pero siente una gran simpatía por ambos.)

ALEC: ¡Hola, Amory!

AMORY: ¡Hola, Alec! Tom dijo que te vería en el teatro.

ALEC: Sí, acabo de verlo. ¿Cómo va la publicidad hoy? ¿Escribiste algún texto brillante?

AMORY: Oh, más o menos lo mismo. Me dieron un aumento... (Todos lo miran con bastante ansiedad)... de dos dólares a la semana. (Colapso general.)

SRA. CONNAGE: Vamos, Alec, oigo el coche.

(Una buena noche, bastante fría en algunos tramos. Después de que la SRA. CONNAGE y ALEC salen, hay una pausa. ROSALIND sigue mirando malhumorada la chimenea. AMORY se acerca a ella y le pasa el brazo por los hombros.)

AMORY: Querida niña.

(Se besan. Otra pausa y luego ella le coge la mano, la cubre de besos y la aprieta contra su pecho.)

ROSALIND: (Con tristeza) Amo tus manos, más que nada. Las veo a menudo cuando estás lejos de mí... tan cansadas; conozco cada línea de ellas. ¡Manos queridas!

(Sus ojos se encuentran por un segundo y luego ella empieza a llorar... un sollozo sin lágrimas.)

AMORY: ¡Rosalind!

ROSALIND: ¡Oh, somos tan condenadamente lastimosos!

AMORY: ¡Rosalind!

ROSALIND: ¡Oh, quiero morir!

AMORY: Rosalind, otra noche de estas y me haré pedazos. Llevas así cuatro días. Tienes que ser más alentadora o no puedo trabajar, ni comer, ni dormir. (Mira a su alrededor con impotencia, como buscando nuevas palabras para vestir una frase vieja y gastada.) Tendremos que empezar de alguna manera. Me gusta tener que empezar juntos. (Su forzada esperanza se desvanece al verla impasible.) ¿Qué pasa? (Se levanta de repente y empieza a pasear por el suelo.) Es Dawson Ryder, eso es lo que es. Ha estado trabajando en tus nervios. Has estado con él todas las tardes durante una semana. La gente viene y me dice que os han visto juntos, y tengo que sonreír y asentir y fingir que no tiene la menor importancia para mí. Y no me cuentas nada a medida que se desarrolla.

ROSALIND: Amory, si no te sientas, gritaré.

AMORY: (Sentándose de repente a su lado) Oh, Señor.

ROSALIND: (Tomándole la mano suavemente) Sabes que te quiero, ¿verdad?

AMORY: Sí.

ROSALIND: Sabes que siempre te querré...

AMORY: No hables así; me asustas. Suena como si no fuéramos a tenernos el uno al otro. (Llora un poco y, levantándose del sofá, va al sillón.) He sentido toda la tarde que las cosas estaban peor. Casi me vuelvo loco en la oficina... no podía escribir una línea. Cuéntamelo todo.

ROSALIND: No hay nada que contar, te digo. Solo estoy nerviosa.

AMORY: Rosalind, estás jugando con la idea de casarte con Dawson Ryder.

ROSALIND: (Tras una pausa) Me lo ha estado pidiendo todo el día.

AMORY: ¡Bueno, vaya descaro que tiene!

ROSALIND: (Tras otra pausa) Me gusta.

AMORY: No digas eso. Me duele.

ROSALIND: No seas un tonto idiota. Sabes que eres el único hombre que he amado, que amaré jamás.

AMORY: (Rápidamente) Rosalind, casémonos... la semana que viene.

ROSALIND: No podemos.

AMORY: ¿Por qué no?

ROSALIND: Oh, no podemos. Sería tu esposa india... en algún lugar horrible.

AMORY: Tendremos doscientos setenta y cinco dólares al mes en total.

ROSALIND: Cariño, ni siquiera me peino yo misma, normalmente.

AMORY: Yo lo haré por ti.

ROSALIND: (Entre una risa y un sollozo) Gracias.

AMORY: Rosalind, no puedes estar pensando en casarte con otro. ¡Dímelos! Me dejas a oscuras. Puedo ayudarte a superarlo si solo me lo cuentas.

ROSALIND: Es solo... nosotros. Somos lastimosos, eso es todo. Las mismas cualidades por las que te quiero son las que siempre te harán un fracasado.

AMORY: (Sombríamente) Continúa.

ROSALIND: Oh... sí es Dawson Ryder. Es tan fiable, casi siento que sería un... un respaldo.

AMORY: No lo quieres.

ROSALIND: Lo sé, pero lo respeto, y es un buen hombre y uno fuerte.

AMORY: (A regañadientes) Sí... eso es.

ROSALIND: Bueno... aquí tienes una pequeña cosa. Había un niño pobre que conocimos en Rye el martes por la tarde... y, oh, Dawson lo tomó en su regazo y le habló y le prometió un traje de indio... y al día siguiente se acordó y lo compró... y, oh, fue tan dulce y no pude evitar pensar que

sería tan bueno con... con nuestros hijos... cuidaría de ellos... y yo no tendría que preocuparme.

AMORY: (Desesperado) ¡Rosalind! ¡Rosalind!

ROSALIND: (Con una leve picardía) No pongas esa cara de sufrimiento consciente.

AMORY: ¡Qué poder tenemos de hacernos daño!

ROSALIND: (Empezando a sollozar de nuevo) Ha sido tan perfecto... tú y yo. Tan como un sueño que había anhelado y que nunca pensé que encontraría. El primer desinterés real que he sentido en mi vida. ¡Y no puedo verlo desvanecerse en una atmósfera incolora!

AMORY: ¡No lo hará... no lo hará!

ROSALIND: Preferiría guardarlo como un hermoso recuerdo... escondido en mi corazón.

AMORY: Sí, las mujeres pueden hacer eso, pero no los hombres. Recoraría siempre, no la belleza mientras duró, sino solo la amargura, la larga amargura.

ROSALIND: ¡No!

AMORY: Todos los años sin verte, sin besarte, solo una puerta cerrada y atrancada... no te atreves a ser mi esposa.

ROSALIND: No... no... estoy tomando el camino más difícil, el camino más fuerte. Casarme contigo sería un fracaso y yo nunca fracaso... ¡si no dejas de pasearte de un lado a otro, gritaré!

(De nuevo se hunde desesperado en el sofá.)

AMORY: Ven aquí y bésame.

ROSALIND: No.

AMORY: ¿No quieres besarme?

ROSALIND: Esta noche quiero que me quieras con calma y frialdad.

AMORY: El principio del fin.

ROSALIND: (Con un estallido de perspicacia) Amory, eres joven. Yo soy joven. La gente nos excusa ahora por nuestras poses y vanidades, por

tratar a la gente como a Sancho y aun así salirnos con la nuestra. Nos excusas ahora. Pero a ti te esperan muchos golpes...

AMORY: Y tienes miedo de recibirlos conmigo.

ROSALIND: No, no es eso. Había un poema que leí en alguna parte... dirás Ella Wheeler Wilcox y te reirás... pero escucha:

«Pues esto es sabiduría: amar y vivir,
Tomar lo que el destino o los dioses puedan dar,
No hacer preguntas, no hacer plegarias,
Besar los labios y acariciar el cabello,
Acelerar el reflujo de la pasión como saludamos su flujo,
Tener y retener, y, a su tiempo... dejar ir.»

AMORY: Pero no hemos tenido.

ROSALIND: Amory, soy tuya... lo sabes. Ha habido momentos en el último mes en que habría sido completamente tuya si lo hubieras dicho. Pero no puedo casarme contigo y arruinar nuestras dos vidas.

AMORY: Tenemos que arriesgarnos por nuestra felicidad.

ROSALIND: Dawson dice que aprendería a quererlo.

(AMORY, con la cabeza hundida entre las manos, no se mueve. La vida parece haberse ido de repente de él.)

ROSALIND: ¡Amor! ¡Amor! No puedo vivir contigo, y no puedo imaginar la vida sin ti.

AMORY: Rosalind, nos estamos poniendo nerviosos el uno al otro. Es solo que ambos somos muy sensibles, y esta semana...

(Su voz es curiosamente vieja. Ella se cruza hacia él y, tomándole el rostro entre las manos, lo besa.)

ROSALIND: No puedo, Amory. No puedo estar encerrada lejos de los árboles y las flores, enclaustrada en un pisito, esperándote. Me odiarías en una atmósfera estrecha. Haría que me odiaras.

(De nuevo es cegada por repentinamente lágrimas incontroladas.)

AMORY: Rosalind...

ROSALIND: Oh, cariño, vete... ¡No lo hagas más difícil! No puedo soportarlo...

AMORY: (Con el rostro contraído, la voz tensa) ¿Sabes lo que estás diciendo? ¿Te refieres a para siempre?

(Hay una diferencia de alguna manera en la calidad de su sufrimiento.)

ROSALIND: ¿No lo ves...?

AMORY: Me temo que no puedo si me quieres. Tienes miedo de soportar dos años de golpes conmigo.

ROSALIND: No sería la Rosalind que amas.

AMORY: (Un poco histérico) ¡No puedo renunciar a ti! ¡No puedo, eso es todo! ¡Tengo que tenerte!

ROSALIND: (Con una nota dura en su voz) Ahora estás siendo un niño.

AMORY: (Descontrolado) ¡No me importa! ¡Estás arruinando nuestras vidas!

ROSALIND: Estoy haciendo lo sensato, lo único que se puede hacer.

AMORY: ¿Vas a casarte con Dawson Ryder?

ROSALIND: Oh, no me preguntes. Sabes que soy vieja en algunos aspectos... en otros... bueno, solo soy una niña pequeña. Me gusta el sol y las cosas bonitas y la alegría... y temo la responsabilidad. No quiero pensar en ollas y cocinas y escobas. Quiero preocuparme por si mis piernas se pondrán lisas y morenas cuando nade en verano.

AMORY: Y me quieres.

ROSALIND: Justo por eso tiene que terminar. Dejarse llevar duele demasiado. No podemos tener más escenas como esta.

(Se saca el anillo del dedo y se lo entrega. Sus ojos se ciegan de nuevo con lágrimas.)

AMORY: (Sus labios contra su mejilla mojada) ¡No! Guárdalo, por favor... ¡oh, no me rompas el corazón!

(Ella le presiona suavemente el anillo en la mano.)

ROSALIND: (Con voz quebrada) Será mejor que te vayas.

AMORY: Adiós...

(Ella lo mira una vez más, con infinito anhelo, infinita tristeza.)

ROSALIND: No me olvides nunca, Amory...

AMORY: Adiós...

(Se dirige a la puerta, busca a tientas el pomo, lo encuentra... ella lo ve echar la cabeza hacia atrás... y se ha ido. Ido... ella medio se levanta del sofá y luego se hunde boca abajo en los cojines.)

ROSALIND: ¡Oh, Dios, quiero morir! (Tras un momento se levanta y con los ojos cerrados avanza a tientas hacia la puerta. Luego se vuelve y mira una vez más la habitación. Aquí se habían sentado y soñado: esa ban-
deja que tan a menudo había llenado de cerillas para él; esa persiana que
habían bajado discretamente una larga tarde de domingo. Con los ojos em-
pañados, se queda de pie y recuerda; habla en voz alta.) Oh, Amory, ¿qué te
he hecho?

*(Y en lo más profundo de la dolorosa tristeza que pasará con el tiempo,
Rosalind siente que ha perdido algo, no sabe qué, no sabe por qué.)*

CAPÍTULO 2. EXPERIMENTOS EN LA CONVALESCENCIA

El Bar Knickerbocker, iluminado por el jovial y colorido «Viejo Rey Cole» de Maxfield Parrish, estaba bien concurrido. Amory se detuvo en la entrada y miró su reloj de pulsera; quería saber la hora con particularidad, pues algo en su mente que catalogaba y clasificaba gustaba de rematar las cosas limpiamente. Más tarde, le satisfaría de una manera vaga poder pensar «aquello terminó exactamente a las ocho y veinte del jueves 10 de junio de 1919». Esto teniendo en cuenta el paseo desde la casa de ella, un paseo del que después no tenía el más mínimo recuerdo.

Se encontraba en un estado bastante grotesco: dos días de preocupación y nerviosismo, de noches de insomnio, de comidas intactas, que culminaron en la crisis emocional y la abrupta decisión de Rosalind; la tensión de todo ello había drogado el primer plano de su mente hasta un misericordioso coma. Mientras manoseaba torpemente las aceitunas en la mesa del bufé libre, un hombre se acercó y le habló, y las aceitunas cayeron de sus nerviosas manos.

— Vaya, Amory...

Era alguien que había conocido en Princeton; no tenía ni idea del nombre.

— Hola, viejo amigo — se oyó decir.

— Me llamo Jim Wilson... te has olvidado.

— Claro, ya lo creo, Jim. Me acuerdo.

— ¿Vas a la reunión de exalumnos?

—¡Ya lo sabes! —Simultáneamente se dio cuenta de que no iba a ir a la reunión.

—¿Estuviste en el extranjero?

Amory asintió, con los ojos mirando extrañamente. Al retroceder para dejar pasar a alguien, tiró el plato de aceitunas, que se hizo añicos en el suelo.

—Qué lástima —murmuró—. ¿Una copa?

Wilson, ponderosamente diplomático, se acercó y le dio una palmada en la espalda.

—Ya has bebido bastante, viejo amigo.

Amory lo miró sin comprender hasta que Wilson se sintió incómodo bajo el escrutinio.

—¡Bastante, demonios! —dijo Amory finalmente—. No he tomado una copa en todo el día.

Wilson pareció incrédulo.

—¿Bebes o no? —gritó Amory con rudeza.

Juntos se dirigieron a la barra.

—*Rye highball*.

—Yo solo tomaré un Bronx.

Wilson tomó otro; Amory, varios más. Decidieron sentarse. A las diez, Wilson fue desplazado por Carling, de la promoción del 15. Amory, con la cabeza dándole vueltas gloriosamente, capa sobre capa de suave satisfacción asentándose sobre los puntos magullados de su espíritu, disertaba volublemente sobre la guerra.

—‘s un desperdicio mental —insistió con sabiduría de búho—. Dos años de mi vida pasados en vacuidad intelectual. Perdí idealismo, me volví un anima' físico —agitó el puño expresivamente hacia el Viejo Rey Cole—, me volví prusiano con to', mujeres 'specialmente. Solía ser recto con las mujeres en la uni. Ahora me importa un bledo. —Expresó su falta de principios barriendo una botella de sifón con un amplio gesto hasta su ruidosa extinción en el suelo, pero esto no interrumpió su discurso—. Buscar placer

donde lo encuentre porque mañana moriré. 'sa es la filosofía pa' mí de ahora en adelante.

Carling bostezó, pero Amory, volviéndose brillante, continuó:

—Solía preguntarme por cosas... la gente satisfecha con el compromiso, la actitud de cincuenta-cincuenta ante la vida. Ahora no me pregunto, no me pregunto... —Se volvió tan enfático en recalcarle a Carling el hecho de que no se preguntaba, que perdió el hilo de su discurso y concluyó anunciando al bar en general que era un «anima' físico».

—¿Qué celebras, Amory?

Amory se inclinó confidencialmente.

—Celebro el golpe de mi vida. Gran momento, el golpe de mi vida. No puedo contártelo...

Oyó a Carling dirigir un comentario al camarero:

—Dale un Bromo-Seltzer.

Amory negó con la cabeza indignado.

—¡Nada de esa porquería!

—Pero escucha, Amory, te estás poniendo enfermo. Estás blanco como un fantasma.

Amory consideró la cuestión. Intentó mirarse en el espejo, pero incluso entornando un ojo solo pudo ver hasta la fila de botellas detrás de la barra.

—Quiero algo sólido. Vamos a tomar algo de... algo de ensalada.

Se ajustó el abrigo con un intento de indiferencia, pero soltar la barra fue demasiado para él, y se desplomó contra una silla.

—Iremos a Shanley's —sugirió Carling, ofreciéndole un codo.

Con esta ayuda, Amory logró poner sus piernas en movimiento lo suficiente como para impulsarlo a través de la calle Cuarenta y dos.

Shanley's estaba muy oscuro. Era consciente de que hablaba en voz alta, de manera muy sucinta y convincente, pensó, sobre un deseo de aplastar a la gente bajo su talón. Consumió tres sándwiches club, devorando cada uno como si no fuera más grande que una gota de chocolate. Luego Rosalind

empezó a aparecer en su mente de nuevo, y descubrió que sus labios formaban su nombre una y otra vez. Después le entró sueño, y tuvo una sensación vaga y apática de gente en esmoquin, probablemente camareros, reuniéndose alrededor de la mesa...

... Estaba en una habitación y Carling decía algo sobre un nudo en el cordón de su zapato.

—No importa —logró articular somnolientamente—. Duermo con ellos...

AÚN ALCOHÓLICO

Se despertó riendo y sus ojos recorrieron perezosamente su entorno, evidentemente un dormitorio y un baño en un buen hotel. Su cabeza zumbaba y una imagen tras otra se formaba, se desdibujaba y se derretía ante sus ojos, pero más allá del deseo de reír no tenía ninguna reacción del todo consciente. Alcanzó el teléfono junto a su cama.

—Hola... ¿qué hotel es este...?

—¿El Knickerbocker? De acuerdo, suban dos *rye highballs*...

Yació un momento y se preguntó ociosamente si subirían una botella o solo dos de esos pequeños recipientes de cristal. Luego, con un esfuerzo, salió de la cama a duras penas y se dirigió al baño.

Cuando salió, frotándose perezosamente con una toalla, encontró al botones del bar con las bebidas y sintió un repentino deseo de tomarle el pelo. Tras reflexionar, decidió que eso sería poco digno, así que lo despidió con un gesto.

A medida que el nuevo alcohol caía en su estómago y lo calentaba, las imágenes aisladas comenzaron a formar lentamente una película cinematográfica del día anterior. De nuevo vio a Rosalind acurrucada llorando entre las almohadas, de nuevo sintió sus lágrimas contra su mejilla. Sus palabras empezaron a resonar en sus oídos: «No me olvides nunca, Amory... no me olvides nunca...»

—¡Demonios! —balbuceó en voz alta, y luego se atragantó y se desplomó en la cama en un espasmo de dolor estremecedor. Después de un minuto abrió los ojos y contempló el techo.

—¡Maldito idiota! —exclamó con disgusto, y con un voluminoso suspiro se levantó y se acercó a la botella. Después de otro vaso, se entregó sin reservas al lujo de las lágrimas. A propósito, trajo a su mente pequeños incidentes de la primavera desaparecida, se formuló a sí mismo emociones que lo harían reaccionar aún más fuertemente al dolor.

—Éramos tan felices —entonó dramáticamente—, tan muy felices. — Luego se entregó de nuevo y se arrodilló junto a la cama, con la cabeza medio enterrada en la almohada.

—Mi chica... mi chica... ¡Oh!...

Apretó los dientes de tal manera que las lágrimas brotaron en un torrente de sus ojos.

—¡Oh... mi niña, todo lo que tenía, todo lo que quería!... ¡Oh, mi chica, vuelve, vuelve! Te necesito... te necesito... somos tan lastimosos... solo miseria nos trajimos el uno al otro... Estará apartada de mí... No puedo verla; no puedo ser su amigo. Tiene que ser así... tiene que ser...

Y luego de nuevo:

—Hemos sido tan felices, tan muy felices...

Se puso de pie y se arrojó sobre la cama en un éxtasis de sentimiento, y luego yació agotado mientras se daba cuenta lentamente de que había estado muy borracho la noche anterior, y que su cabeza volvía a dar vueltas salvajemente. Se rio, se levantó y cruzó de nuevo hacia el Leteo...

Al mediodía se topó con un grupo en el bar del Biltmore, y el alboroto comenzó de nuevo. Tenía un vago recuerdo después de haber discutido sobre poesía francesa con un oficial británico que le fue presentado como el «Capitán Corn, de la Infantería de Su Majestad», y recordaba haber intentado recitar «Claro de luna» en el almuerzo; luego durmió en un gran y mullido sillón hasta casi las cinco, cuando otro grupo lo encontró y lo despertó; a esto siguió un alcohólico aderezo de varios temperamentos para la ordalía de la cena. Seleccionaron entradas de teatro en Tyson's para una obra que tenía un programa de cuatro copas: una obra con dos voces monótonas, con escenas turbias y sombrías, y efectos de iluminación que eran difíciles de seguir cuando sus ojos se comportaban de manera tan asombrosa. Imaginó después que debió de ser «La burla»...

... Luego el Cocoanut Grove, donde Amory durmió de nuevo en un pequeño balcón exterior. En Shanley's, en Yonkers, se volvió casi lógico, y mediante un cuidadoso control del número de *highballs* que bebía, se volvió bastante lúcido y locuaz. Descubrió que el grupo consistía en cinco hombres, a dos de los cuales conocía ligeramente; se volvió recto sobre el pago de su parte de los gastos e insistió en voz alta en arreglarlo todo allí mismo para diversión de las mesas a su alrededor...

Alguien mencionó que una famosa estrella de cabaret estaba en la mesa de al lado, así que Amory se levantó y, acercándose galantemente, se presentó... esto lo involucró en una discusión, primero con el acompañante de ella y luego con el jefe de camareros; la actitud de Amory era de una cortesía elevada y exagerada... consintió, después de ser confrontado con una lógica irrefutable, en ser llevado de vuelta a su propia mesa.

—He decidido suicidarme —anunció de repente.

—¿Cuándo? ¿El año que viene?

—Ahora. Mañana por la mañana. Voy a coger una habitación en el Comodore, meterme en un baño caliente y abrirme una vena.

—¡Se está poniendo morboso!

—¡Necesitas otro rye, viejo amigo!

—Ya lo hablaremos todos mañana.

Pero Amory no se dejó disuadir, al menos de la discusión.

—¿Alguna vez te has sentido así? —demandó confidencialmente *fortac-
cio*.

—¡Claro!

—¿A menudo?

—Mi estado crónico.

Esto provocó una discusión. Un hombre dijo que a veces se deprimía tanto que lo consideraba seriamente. Otro estuvo de acuerdo en que no había nada por lo que vivir. El «Capitán Corn», que de alguna manera se había reunido con el grupo, dijo que en su opinión era cuando la salud de uno era mala que uno se sentía así más. La sugerencia de Amory fue que cada uno

pidiera un Bronx, mezclaría vidrio roto en él y se lo bebiera de un trago. Para su alivio, nadie aplaudió la idea, así que habiendo terminado su *high-ball*, apoyó la barbilla en la mano y el codo en la mesa —una posición para dormir de lo más delicada y apenas perceptible, se aseguró— y entró en un profundo estupor...

Lo despertó una mujer aferrada a él, una mujer bonita, con el pelo castaño y desordenado y los ojos azul oscuro.

—¡Llévame a casa! —gritó.

—¡Hola! —dijo Amory, parpadeando.

—Me gustas —anunció tiernamente.

—Tú también me gustas.

Notó que había un hombre ruidoso en el fondo y que uno de su grupo discutía con él.

—El tipo con el que estaba es un maldito idiota —confió la mujer de ojos azules—. Lo odio. Quiero ir a casa contigo.

—¿Estás borracha? —inquirió Amory con intensa sabiduría.

Ella asintió tímidamente.

—Vete a casa con él —le aconsejó gravemente—. Él te trajo.

En este punto, el hombre ruidoso del fondo se soltó de sus captores y se acercó.

—¡Oye! —dijo ferozmente—. ¡Yo traje a esta chica aquí y tú te estás metiendo!

Amory lo miró fríamente, mientras la chica se aferraba a él más fuerte.

—¡Suelta a esa chica! —gritó el hombre ruidoso.

Amory intentó que sus ojos parecieran amenazantes.

—¡Vete al infierno! —dirigió finalmente, y volvió su atención a la chica.

—Amor a primera vista —sugirió.

—Te quiero —respiró ella y se acurrucó junto a él. Tenía unos ojos preciosos.

Alguien se inclinó y le habló al oído a Amory.

—Esa es solo Margaret Diamond. Está borracha y este tipo la trajo. Mejor déjala ir.

—¡Que él se encargue de ella, entonces! —gritó Amory furiosamente—. No soy un trabajador de la Asociación Cristiana de Jóvenes, ¿verdad? ¿verdad?

—¡Déjala ir!

—¡Es ella la que se agarra, maldita sea! ¡Que se agarre!

La multitud alrededor de la mesa se espesó. Por un instante amenazó una pelea, pero un camarero pulcro dobló los dedos de Margaret Diamond hacia atrás hasta que soltó su agarre de Amory, momento en el cual ella abofeteó furiosamente al camarero en la cara y se echó en brazos de su furioso acompañante original.

—¡Oh, Señor! —gritó Amory.

—¡Vámonos!

—¡Vamos, que los taxis escasean!

—¡La cuenta, camarero!

—¡Vamos, Amory! Tu romance ha terminado.

Amory se rio.

—No sabes cuán ciertas son tus palabras. Ni idea. Ese es todo el problema.

AMORY SOBRE LA CUESTIÓN LABORAL

Dos mañanas después, llamó a la puerta del presidente en la agencia de publicidad Bascome and Barlow.

—¡Adelante!

Amory entró tambaleándose.

—Buenos días, señor Barlow.

El señor Barlow se ajustó las gafas para la inspección y entreabrió ligeramente la boca para escuchar mejor.

—Bueno, señor Blaine. No lo hemos visto en varios días.

—No —dijo Amory—. Renuncio.

—Bueno... bueno... esto es...

—No me gusta estar aquí.

—Lo siento. Pensé que nuestras relaciones habían sido bastante... ah... agradables. Parecía ser un gran trabajador, un poco inclinado quizás a escribir textos rebuscados...

—Simplemente me cansé —interrumpió Amory con rudeza—. Me importaba un bledo si la harina Harebell's era mejor que la de cualquier otro. De hecho, nunca comí de ella. Así que me cansé de contárselo a la gente... oh, sé que he estado bebiendo...

El rostro del señor Barlow se endureció con varios lingotes de expresión.

—Usted pidió un puesto...

Amory lo hizo callar con un gesto.

—Y creo que me pagaban miserablemente. Treinta y cinco dólares a la semana... menos que un buen carpintero.

—Acababa de empezar. Nunca había trabajado antes —dijo el señor Barlow con frialdad.

—Pero costó unos diez mil dólares educarme para poder escribir sus malditos textos. De todos modos, en lo que respecta a la antigüedad, tiene aquí taquigrafías a las que ha pagado quince a la semana durante cinco años.

—No voy a discutir con usted, señor —dijo el señor Barlow, levantándose.

—Yo tampoco. Solo quería decirle que renuncio.

Se quedaron un momento mirándose impasibles y luego Amory se dio la vuelta y salió de la oficina.

UNA PEQUEÑA TREGUA

Cuatro días después de eso, regresó finalmente al apartamento. Tom estaba ocupado en una reseña de un libro para *The New Democracy*, en cuya redacción trabajaba. Se miraron un momento en silencio.

—¿Y bien?

—¿Y bien?

—¡Dios Santo, Amory! ¿De dónde sacaste ese ojo morado... y la mandíbula?

Amory se rio.

—Eso no es nada.

Se quitó el abrigo y se desnudó los hombros.

—¡Mira aquí!

Tom emitió un silbido bajo.

—¿Qué te golpeó?

Amory se rio de nuevo.

—Oh, mucha gente. Me dieron una paliza. De hecho. —Se volvió a poner lentamente la camisa—. Tarde o temprano tenía que pasar y no me lo habría perdido por nada del mundo.

—¿Quién fue?

—Bueno, había algunos camareros y un par de marineros y algunos peatones despistados, supongo. Es la sensación más extraña. Deberían darte una paliza solo por la experiencia. Te caes después de un rato y todo el mundo te ataca antes de que toques el suelo, luego te patean.

Tom encendió un cigarrillo.

—Pasé un día persiguiéndote por toda la ciudad, Amory. Pero siempre te mantenías un poco por delante de mí. Diría que has estado de fiesta.

Amory se derrumbó en una silla y pidió un cigarrillo.

—¿Estás sobrio ahora? —preguntó Tom con aire inquisitivo.

—Bastante sobrio. ¿Por qué?

—Bueno, Alec se ha ido. Su familia había estado insistiéndole para que volviera a casa a vivir, así que...

Un espasmo de dolor sacudió a Amory.

—Qué lástima.

—Sí, es una lástima. Tendremos que buscar a alguien más si vamos a quedarnos aquí. El alquiler va a subir.

—Claro. Busca a quien sea. Te lo dejo a ti, Tom.

Amory entró en su dormitorio. Lo primero que encontró su mirada fue una fotografía de Rosalind que tenía la intención de enmarcar, apoyada contra un espejo en su tocador. La miró sin convencerse. Después de las vívidas imágenes mentales de ella que eran su porción en ese momento, el retrato era curiosamente irreal. Volvió al estudio.

—¿Tienes una caja de cartón?

—No —respondió Tom, perplejo—. ¿Por qué debería tenerla? Oh, sí... puede que haya una en la habitación de Alec.

Finalmente, Amory encontró lo que buscaba y, volviendo a su tocador, abrió un cajón lleno de cartas, notas, parte de una cadena, dos pequeños pañuelos y algunas instantáneas. Mientras las transfería cuidadosamente a la caja, su mente vagó a algún lugar en un libro donde el héroe, después de conservar durante un año una pastilla de jabón de su amor perdido, finalmente se lavaba las manos con ella. Se rio y empezó a tararear «Después de que te hayas ido»... cesó abruptamente...

La cuerda se rompió dos veces, y luego logró asegurarla, dejó caer el paquete en el fondo de su baúl, y habiendo cerrado la tapa de un golpe, regresó al estudio.

—¿Vas a salir? —La voz de Tom contenía un matiz de ansiedad.

—Ajá.

—¿A dónde?

—No sabría decirte, viejo amigo.

—Cenemos juntos.

—Lo siento. Le dije a Sukey Brett que comería con él.

—Ah.

—Adiós.

Amory cruzó la calle y se tomó un *highball*; luego caminó hasta Washington Square y encontró un asiento en el piso superior de un autobús. Se bajó en la calle Cuarenta y tres y se dirigió al bar del Biltmore.

— ¡Hola, Amory!

— ¿Qué vas a tomar?

— ¡Yuju! ¡Camarero!

TEMPERATURA NORMAL

La llegada de la prohibición con el «treinta y uno sediento» puso un repentino fin a la sumersión de las penas de Amory, y cuando se despertó una mañana para descubrir que los viejos días de bar en bar habían terminado, no sintió ni remordimiento por las últimas tres semanas ni pesar de que su repetición fuera imposible. Había tomado el método más violento, si bien el más débil, para protegerse de las punzadas del recuerdo, y aunque no era un curso que habría prescrito para otros, al final descubrió que había cumplido su cometido: había superado el primer arrebato de dolor.

¡No me malinterpretéis! Amory había amado a Rosalind como nunca amaría a otra persona viva. Ella se había llevado el primer rubor de su juventud y había sacado de sus profundidades insondables una ternura que lo había sorprendido, una dulzura y un desinterés que nunca había dado a otra criatura. Tuvo romances posteriores, pero de un tipo diferente: en aquellos volvía a ese, quizás, más típico estado de ánimo, en el que la chica se convertía en el espejo de un estado de ánimo en él. Rosalind había extraído lo que era más que una admiración apasionada; sentía un afecto profundo e imperecedero por Rosalind.

Pero había habido, cerca del final, tanta tragedia dramática, que culminó en la pesadilla arabesca de su juerga de tres semanas, que estaba emocionalmente agotado. Las personas y los entornos que recordaba como frescos o delicadamente artificiales, parecían prometerle un refugio. Escribió una historia cínica que presentaba el funeral de su padre y la envió a una revista, recibiendo a cambio un cheque de sesenta dólares y una solicitud de más del mismo tono. Esto halagó su vanidad, pero no lo inspiró a ningún esfuerzo adicional.

Leía enormemente. Se sintió perplejo y deprimido por «Retrato del artista adolescente»; intensamente interesado por «Joan y Peter» y «El fuego inex-

tinguible», y bastante sorprendido por su descubrimiento, a través de un crítico llamado Mencken, de varias excelentes novelas americanas: «Vanderover y el bruto», «La condenación de Theron Ware» y «Jennie Gerhardt». Mackenzie, Chesterton, Galsworthy, Bennett, habían descendido en su apreciación de genios sagaces y saturados de vida a meros contemporáneos divertidos. Solo la claridad distante y la brillante consistencia de Shaw y los gloriosamente embriagados esfuerzos de H. G. Wells por encajar la llave de la simetría romántica en la esquiva cerradura de la verdad, ganaron su absopta atención.

Quería ver a Monseñor Darcy, a quien había escrito cuando desembarcó, pero no había tenido noticias de él; además, sabía que una visita a Monseñor implicaría la historia de Rosalind, y la idea de repetirla lo dejaba helado de horror.

En su búsqueda de gente serena, recordó a la señora Lawrence, una dama muy inteligente, muy digna, conversa a la iglesia y gran devota de Monseñor.

La llamó por teléfono un día. Sí, lo recordaba perfectamente; no, Monseñor no estaba en la ciudad, estaba en Boston, creía; había prometido venir a cenar cuando regresara. ¿No podría Amory almorzar con ella?

—Pensé que sería mejor ponerme al día, señora Lawrence —dijo de manera bastante ambigua cuando llegó.

—Monseñor estuvo aquí la semana pasada —dijo la señora Lawrence con pesar—. Tenía muchas ganas de verte, pero había dejado tu dirección en casa.

—¿Pensó que me había sumergido en el bolchevismo? —preguntó Amory, interesado.

—Oh, lo está pasando fatal.

—¿Por qué?

—Por la República Irlandesa. Cree que le falta dignidad.

—¿Ah, sí?

—Fue a Boston cuando llegó el presidente irlandés y se sintió muy afligido porque el comité de recepción, cuando iban en un automóvil, insistía en

poner los brazos alrededor del presidente.

—No lo culpo.

—Bueno, ¿qué te impresionó más que nada mientras estuviste en el ejército? Pareces mucho mayor.

—Eso es de otra batalla más desastrosa —respondió, sonriendo a pesar de sí mismo—. Pero el ejército... déjame ver... bueno, descubrí que el coraje físico depende en gran medida de la forma física en que se encuentre un hombre. Descubrí que era tan valiente como el que más; antes me preocupaba.

—¿Qué más?

—Bueno, la idea de que los hombres pueden soportar cualquier cosa si se acostumbran, y el hecho de que obtuve una nota alta en el examen psicológico.

La señora Lawrence se rio. Amory descubría que era un gran alivio estar en esta casa fresca en Riverside Drive, lejos del Nueva York más condensado y de la sensación de gente expulsando grandes cantidades de aliento en un espacio pequeño. La señora Lawrence le recordaba vagamente a Beatrice, no en temperamento, sino en su perfecta gracia y dignidad. La casa, su mobiliario, la manera en que se servía la cena, contrastaban inmensamente con lo que había encontrado en los grandes lugares de Long Island, donde los sirvientes eran tan entrometidos que había que apartarlos positivamente a empujones, o incluso en las casas de familias más conservadoras del «Union Club». Se preguntó si este aire de contención simétrica, esta gracia, que sentía que era continental, se destilaba a través de la ascendencia de Nueva Inglaterra de la señora Lawrence o se adquiría en una larga residencia en Italia y España.

Dos vasos de sauterne en el almuerzo le soltaron la lengua, y habló, con lo que sintió que era algo de su antiguo encanto, de religión, literatura y los fenómenos amenazantes del orden social. La señora Lawrence estaba ostensiblemente complacida con él, y su interés se centraba especialmente en su mente; él quería que a la gente le gustara de nuevo su mente; después de un tiempo podría ser un lugar muy agradable en el que vivir.

—Monseñor Darcy todavía piensa que eres su reencarnación, que tu fe finalmente se aclarará.

—Quizás —asintió—. En este momento soy bastante pagano. Es solo que la religión no parece tener la menor relación con la vida a mi edad.

Cuando salió de su casa, caminó por Riverside Drive con una sensación de satisfacción. Era divertido discutir de nuevo sobre temas como este joven poeta, Stephen Vincent Benét, o la República Irlandesa. Entre las ran- cias acusaciones de Edward Carson y el juez Cohalan, se había cansado por completo de la cuestión irlandesa; sin embargo, hubo un tiempo en que sus propios rasgos celtas eran pilares de su filosofía personal.

De repente parecía quedar mucho en la vida, si tan solo este resurgimiento de viejos intereses no significaba que se estaba alejando de ella de nuevo, alejándose de la vida misma.

INQUIETUD

—Estoy *très* viejo y *très* aburrido, Tom —dijo Amory un día, estirándose a gusto en el cómodo asiento de la ventana. Siempre se sentía más natural en una posición recostada.

—Solías ser entretenido antes de empezar a escribir —continuó—. Ahora guardas cualquier idea que crees que podría servir para imprimir.

La existencia había vuelto a una normalidad sin ambiciones. Habían decidido que, con economía, aún podían permitirse el apartamento, al que Tom, con la domesticidad de un gato anciano, se había aficionado. Los viejos grabados de caza ingleses en la pared eran de Tom, y el gran tapiz, por cortesía, una reliquia de días decadentes en la universidad, y la gran pro-fusión de candelabros huérfanos y la silla Luis XV tallada en la que nadie podía sentarse más de un minuto sin agudos trastornos espinales —Tom afirmaba que esto se debía a que uno se sentaba en el regazo del espectro de Montespan—; en cualquier caso, fueron los muebles de Tom los que los de-cidieron a quedarse.

Salían muy poco: a alguna obra de teatro ocasional, o a cenar al Ritz o al Club de Princeton. Con la prohibición, los grandes lugares de encuentro habían recibido sus heridas de muerte; ya no se podía vagar por el bar del Biltmore a las doce o a las cinco y encontrar espíritus afines, y tanto Tom como Amory habían superado la pasión por bailar con debutantes del Medio Oeste o de Nueva Jersey en el Club-de-Vingt (apodado el «Club de Gink») o en el Plaza Rose Room; además, incluso eso requería varios cócte-

les «para bajar al nivel intelectual de las mujeres presentes», como Amory le había dicho una vez a una matrona horrorizada.

Amory había recibido últimamente varias cartas alarmantes del señor Barton: la casa de Lake Geneva era demasiado grande para ser alquilada fácilmente; el mejor alquiler obtenible en la actualidad serviría este año para poco más que pagar los impuestos y las mejoras necesarias; de hecho, el abogado sugirió que toda la propiedad era simplemente un elefante blanco en manos de Amory. Sin embargo, aunque no rindiera un céntimo durante los próximos tres años, Amory decidió con un vago sentimentalismo que, por el momento, al menos, no vendería la casa.

Este día en particular en que anunció su *ennui* a Tom había sido bastante típico. Se había levantado al mediodía, había almorcizado con la señora Lawrence, y luego había regresado a casa distraídamente en la parte superior de uno de sus amados autobuses.

—¿Por qué no deberías estar aburrido? —bostezó Tom—. ¿No es ese el estado de ánimo convencional para el joven de tu edad y condición?

—Sí —dijo Amory especulativamente—, pero estoy más que aburrido; estoy inquieto.

—El amor y la guerra acabaron contigo.

—Bueno —consideró Amory—, no estoy seguro de que la guerra en sí tuviera un gran efecto en ti o en mí, pero ciertamente arruinó los viejos trasfondos, como que mató el individualismo en nuestra generación.

Tom levantó la vista sorprendido.

—Sí, lo hizo —insistió Amory—. No estoy seguro de que no lo matara en todo el mundo. Oh, Señor, ¡qué placer solía ser soñar que podría ser un gran dictador, o escritor, o líder religioso o político! Y ahora ni un Leonardo da Vinci o un Lorenzo de Médici podrían ser un verdadero impacto a la antigua usanza en el mundo. La vida es demasiado enorme y compleja. El mundo está tan sobrecrecido que no puede levantar sus propios dedos, y yo planeaba ser un dedo tan importante...

—No estoy de acuerdo contigo —interrumpió Tom—. Nunca hubo hombres en posiciones tan egoístas desde... oh, desde la Revolución Francesa.

Amory discrepó violentamente.

—Estás confundiendo este período en que todo chalado es un individualista con un período de individualismo. Wilson solo ha sido poderoso cuando ha representado; ha tenido que ceder una y otra vez. Tan pronto como Trotsky y Lenin adopten una postura definida y coherente, se convertirán en meras figuras de dos minutos como Kerensky. Incluso Foch no tiene ni la mitad de la importancia de Stonewall Jackson. La guerra solía ser la actividad más individualista del hombre, y sin embargo los héroes populares de la guerra no tenían ni autoridad ni responsabilidad: Guynemer y el Sargento York. ¿Cómo podría un colegial hacer un héroe de Pershing? Un hombre grande no tiene tiempo realmente para hacer nada más que sentarse y ser grande.

—Entonces, ¿no crees que habrá más héroes mundiales permanentes?

—Sí, en la historia, no en la vida. Carlyle tendría dificultades para conseguir material para un nuevo capítulo sobre «El héroe como hombre grande».

—Continúa. Hoy soy un buen oyente.

—La gente se esfuerza tanto por creer en los líderes ahora, lastimosamente. Pero apenas conseguimos un reformador popular, o un político, o un soldado, o un escritor, o un filósofo —un Roosevelt, un Tolstói, un Wood, un Shaw, un Nietzsche—, las corrientes cruzadas de la crítica se lo llevan por delante. ¡Dios mío, ningún hombre puede soportar la prominencia en estos días! Es el camino más seguro a la oscuridad. La gente se cansa de oír el mismo nombre una y otra vez.

—Entonces, ¿culpas a la prensa?

—Absolutamente. Mírate; estás en *The New Democracy*, considerado el semanario más brillante del país, leído por los hombres que hacen cosas y todo eso. ¿Cuál es tu negocio? Pues ser lo más listo, interesante y brillantemente cínico posible sobre cada hombre, doctrina, libro o política que se te asigne tratar. Cuantas más luces fuertes, cuanto más escándalo espiritual puedas arrojar sobre el asunto, más dinero te pagan, más gente compra el número. Tú, Tom d'Invilliers, un Shelley marchito, cambiante, listo, sin escrúulos, representas la conciencia crítica de la raza. Oh, no protestes, conozco el percal. Solía escribir reseñas de libros en la universidad; consideraba un deporte raro referirme al último esfuerzo honesto y concienzudo

por proponer una teoría o un remedio como una «bienvenida adición a nuestra lectura ligera de verano». Vamos, admítelo.

Tom se rio, y Amory continuó triunfante.

—Queremos creer. Los jóvenes estudiantes intentan creer en los autores mayores, los electores intentan creer en sus congresistas, los países intentan creer en sus estadistas, pero no pueden. Demasiadas voces, demasiada crítica dispersa, ilógica y mal considerada. Es peor en el caso de los periódicos. Cualquier viejo partido rico y poco progresista con esa forma de mentalidad particularmente codiciosa y adquisitiva conocida como genio financiero puede poseer un periódico que es el alimento intelectual de miles de hombres cansados y apresurados, hombres demasiado involucrados en el negocio de la vida moderna como para tragarse algo que no sea comida predigerida. Por dos centavos el votante compra su política, sus prejuicios y su filosofía. Un año después hay un nuevo círculo político o un cambio en la propiedad del periódico, consecuencia: más confusión, más contradicción, una súbita afluencia de nuevas ideas, su atemperación, su destilación, la reacción contra ellas...

Hizo una pausa solo para tomar aliento.

—Y por eso he jurado no poner la pluma sobre el papel hasta que mis ideas se aclaren o se marchen por completo; tengo suficientes pecados en mi alma como para meter epigramas peligrosos y superficiales en la cabeza de la gente; podría hacer que un pobre e inofensivo capitalista tuviera una relación vulgar con una bomba, o que algún pequeño bolchevique inocente se enredara con una bala de ametralladora...

Tom se estaba inquietando bajo esta sátira de su conexión con *The New Democracy*.

—¿Qué tiene que ver todo esto con que estés aburrido?

Amory consideró que tenía mucho que ver con ello.

—¿Cómo encajaré? —demandó—. ¿Para qué estoy? ¿Para propagar la raza? Según las novelas americanas, se nos hace creer que el «chico americano sano» de diecinueve a veinticinco años es un animal enteramente asexuado. De hecho, cuanto más sano es, menos cierto es eso. La única alternativa a dejar que te domine es algún interés violento. Bueno, la guerra ha terminado; creo demasiado en las responsabilidades de la autoría como para

escribir ahora mismo; y los negocios, bueno, los negocios hablan por sí mismos. No tienen conexión con nada en el mundo en lo que haya estado interesado, excepto una delgada conexión utilitaria con la economía. Lo que vería de ello, perdido en un puesto de oficinista, durante los próximos y mejores diez años de mi vida tendría el contenido intelectual de una película industrial.

—Prueba con la ficción —sugirió Tom.

—El problema es que me distraigo cuando empiezo a escribir historias, me da miedo estar haciéndolo en lugar de vivir, me pongo a pensar que quizás la vida me está esperando en los jardines japoneses del Ritz o en Atlantic City o en el Lower East Side.

—De todos modos —continuó—, no tengo el impulso vital. Quería ser un ser humano normal, pero la chica no pudo verlo de esa manera.

—Encontrarás otra.

—¡Dios! Destierra ese pensamiento. ¿Por qué no me dices que «si la chica hubiera valido la pena, te habría esperado»? No, señor, la chica que realmente vale la pena no espera a nadie. Si pensara que habría otra, perdería la fe que me queda en la naturaleza humana. Quizás jugaré, pero Rosalind era la única chica en todo el mundo que podría haberme retenido.

—Bueno —bostezó Tom—, he hecho de confidente una buena hora de reloj. Aun así, me alegra ver que estás empezando a tener de nuevo opiniones violentas sobre algo.

—Las tengo —asintió Amory a regañadientes—. Sin embargo, cuando veo una familia feliz, me revuelve el estómago...

—Las familias felices intentan que la gente se sienta así —dijo Tom cínicamente.

TOM EL CENSOR

Había días en que Amory escuchaba. Eran aquellos en que Tom, envuelto en humo, se entregaba a la masacre de la literatura americana. Las palabras le fallaban.

—¡Cincuenta mil dólares al año! —gritaba—. ¡Dios mío! Míralos, míralos: Edna Ferber, Gouverneur Morris, Fanny Hurst, Mary Roberts Rinehart;

sin producir entre todos ellos una sola historia o novela que dure diez años. Este tal Cobb... no creo que sea ni listo ni divertido, y lo que es más, no creo que mucha gente lo piense, excepto los editores. Simplemente está atontado por la publicidad. Y... oh Harold Bell Wright, oh Zane Grey...

—Lo intentan.

—No, ni siquiera lo intentan. Algunos de ellos pueden escribir, pero no se sientan a hacer una novela honesta. La mayoría no puede escribir, lo admito. Creo que Rupert Hughes intenta dar una imagen real y completa de la vida americana, pero su estilo y perspectiva son bárbaros. Ernest Poole y Dorothy Canfield lo intentan, pero se ven obstaculizados por su absoluta falta de sentido del humor; pero al menos abarrotan su trabajo en lugar de diluirlo. Todo autor debería escribir cada libro como si fuera a ser decapitado el día que lo termine.

—¿Es eso de doble sentido?

—¡No me frenes! Ahora, hay unos pocos que parecen tener algo de bagaje cultural, algo de inteligencia y bastante soltura literaria, pero simplemente no escriben honestamente; todos afirmarían que no hay público para las cosas buenas. Entonces, ¿por qué demonios Wells, Conrad, Galsworthy, Shaw, Bennett y el resto dependen de América para más de la mitad de sus ventas?

—¿Qué le parecen los poetas al pequeño Tommy?

Tom se sintió abrumado. Dejó caer los brazos hasta que colgaron sueltos a los lados de la silla y emitió débiles gruñidos.

—Estoy escribiendo una sátira sobre ellos ahora, la llamo «Bardos de Boston y Reseñistas de Hearst».

—Oigámosla —dijo Amory con avidez.

—Solo tengo terminadas las últimas líneas.

—Eso es muy moderno. Oigámoslas, si son graciosas.

Tom sacó un papel doblado del bolsillo y leyó en voz alta, haciendo pausas a intervalos para que Amory pudiera ver que era verso libre:

«Así que

Walter Arensberg,
Alfred Kreymborg,
Carl Sandburg,
Louis Untermeyer,
Eunice Tietjens,
Clara Shanafelt,
James Oppenheim,
Maxwell Bodenheim,
Richard Glaenzer,
Scharmel Iris,
Conrad Aiken,
pongo vuestros nombres aquí
para que podáis vivir
aunque solo sea como nombres,
sinuosos, nombres de color malva,
en la Juvenilia
de mis ediciones completas.»
Amory rugió de risa.

—Ganas el pensamiento de hierro. Te invitaré a comer por la arrogancia
de las dos últimas líneas.

Amory no estaba del todo de acuerdo con la condena radical de Tom a los
novelistas y poetas americanos. Disfrutaba tanto de Vachel Lindsay como
de Booth Tarkington, y admiraba el arte concienzudo, aunque escaso, de
Edgar Lee Masters.

—Lo que odio es esta sandez idiota sobre «Soy Dios, soy hombre, cabal-
go los vientos, miro a través del humo, soy el sentido de la vida».

—¡Es espantoso!

—Y desearía que los novelistas americanos dejaran de intentar hacer que los negocios fueran románticamente interesantes. Nadie quiere leer sobre ello, a menos que sean negocios turbios. Si fuera un tema entretenido, compraría la vida de James J. Hill y no una de estas largas tragedias de oficina que insisten en la importancia del humo...

—Y la oscuridad —dijo Tom—. Esa es otra favorita, aunque admito que los rusos tienen el monopolio. Nuestra especialidad son las historias sobre niñas pequeñas que se rompen la columna y son adoptadas por viejos gruñones porque sonríen mucho. Pensarías que somos una raza de tullidos alegres y que el fin común del campesino ruso es el suicidio...

—Las seis —dijo Amory, mirando su reloj de pulsera—. Te invitaré a una gran cena gracias a la Juvenilia de tus ediciones completas.

MIRANDO HACIA ATRÁS

Julio se consumió con una última semana calurosa, y Amory, en otra oleada de inquietud, se dio cuenta de que habían pasado justo cinco meses desde que él y Rosalind se conocieron. Sin embargo, ya le resultaba difícil visualizar al muchacho de corazón íntegro que había bajado del transporte, deseando apasionadamente la aventura de la vida. Una noche, mientras el calor, abrumador y enervante, entraba por las ventanas de su habitación, luchó durante varias horas en un vago esfuerzo por inmortalizar la intensidad de aquel tiempo.

«Las calles de febrero, barridas por el viento nocturno, soplan llenas de extrañas humedades semi-intermitentes, llevando en paseos desiertos a la vista brillante nieve húmeda salpicada en destellos bajo las lámparas, como aceite dorado de alguna máquina divina, en una hora de deshielo y estrellas.

Extrañas humedades... llenas de los ojos de muchos hombres, abarrotadas de vida nacida en una calma... Oh, yo era joven, pues podía volver de nuevo a ti, la más finita y la más hermosa, y saborear la materia de sueños medio recordados, dulces y nuevos en tu boca.

... Había un tañido en el aire de medianoche —el silencio estaba muerto y el sonido aún no despertaba— ¡La vida se agrietó como el hielo! —una nota brillante y allí, radiante y pálida, estabas tú... y la primavera había estallado. (Los carámbanos eran cortos en los tejados y la ciudad cambiante se desmayaba.)

Nuestros pensamientos eran escarcha a lo largo de los aleros; nuestros dos fantasmas se besaron, en lo alto de los largos y laberínticos cables — ecos de risa etérea resuenan aquí y dejan solo un suspiro fatuo por los jóvenes deseos; el arrepentimiento ha seguido a las cosas que amó, dejando la gran cáscara vacía.»

OTRO FINAL

A mediados de agosto llegó una carta de Monseñor Darcy, que evidentemente acababa de dar con su dirección:

MI QUERIDO MUCHACHO:

Tu última carta fue más que suficiente para que me preocupara por ti. No se parecía en nada a ti. Leyendo entre líneas, imaginaría que tu compromiso con esta chica te está haciendo bastante infeliz, y veo que has perdido todo el sentimiento de romance que tenías antes de la guerra. Cometes un gran error si crees que puedes ser romántico sin religión. A veces pienso que, para ambos, el secreto del éxito, cuando lo encontramos, es el elemento místico en nosotros: algo fluye hacia nosotros que engrandece nuestras personalidades, y cuando refluye, nuestras personalidades se encogen; yo calificaría tus dos últimas cartas de bastante marchitas. Ten cuidado de no perderte en la personalidad de otro ser, hombre o mujer.

Su Eminencia el Cardenal O'Neill y el Obispo de Boston se alojan conmigo en este momento, por lo que me resulta difícil encontrar un momento para escribir, pero me gustaría que vinieras más tarde, aunque solo sea para un fin de semana. Voy a Washington esta semana.

Lo que haré en el futuro pende de un hilo. Absolutamente entre nosotros, no me sorprendería ver el capelo rojo de un cardenal descender sobre mi indigna cabeza en los próximos ocho meses. En cualquier caso, me gustaría tener una casa en Nueva York o Washington donde pudieras pasar los fines de semana.

Amory, me alegro mucho de que ambos estemos vivos; esta guerra podría haber sido fácilmente el fin de una familia brillante. Pero con respecto al matrimonio, ahora te encuentras en el período más peligroso de tu vida. Podrías casarte deprisa y arrepentirte con calma, pero creo que no lo harás. Por lo que me escribes sobre el estado calamitoso actual de tus finanzas, lo que quieras es naturalmente imposible. Sin embargo, si te juzgo por los

medios que suelo elegir, diría que habrá algo de crisis emocional en el próximo año.

Escríbeme. Me siento molesto por lo desactualizado que estoy sobre ti.

Con el mayor afecto,

THAYER DARCY.

Una semana después de recibir esta carta, su pequeño hogar se desmoronó precipitadamente. La causa inmediata fue la enfermedad grave y probablemente crónica de la madre de Tom. Así que almacenaron los muebles, dieron instrucciones para subarrendar y se dieron la mano sombríamente en la estación de Pensilvania. Amory y Tom parecían estar siempre despidiéndose.

Sintiéndose muy solo, Amory cedió a un impulso y partió hacia el sur, con la intención de reunirse con Monseñor en Washington. Perdieron la conexión por dos horas y, decidiendo pasar unos días con un antiguo y recordado tío, Amory viajó hacia el norte a través de los exuberantes campos de Maryland hasta el condado de Ramily. Pero en lugar de dos días, su estancia duró desde mediados de agosto hasta casi finales de septiembre, pues en Maryland conoció a Eleanor.

CAPÍTULO 3. JOVEN IRONÍA

Durante años, cuando Amory pensaba en Eleanor, le parecía oír todavía el viento sollozando a su alrededor y enviando pequeños escalofríos a los lugares junto a su corazón. La noche en que subieron la ladera y vieron la luna fría flotar entre las nubes, perdió otra parte de sí que nada podría restaurar; y al perderla perdió también el poder de lamentarlo. Eleanor fue, digamos, la última vez que el mal se acercó a Amory bajo la máscara de la belleza, el último misterio extraño que lo retuvo con una fascinación salvaje y machacó su alma hasta hacerla trizas.

Con ella su imaginación se desbocó y por eso cabalgaron hasta la colina más alta y observaron una luna malvada elevarse, pues sabían entonces que podían ver el diablo el uno en el otro. Pero Eleanor... ¿la soñó Amory? Despues sus fantasmas jugaron, pero ambos esperaban desde el alma no encontrarse nunca. ¿Fue la infinita tristeza de sus ojos lo que lo atrajo o el espejo de sí mismo que encontró en la espléndida claridad de su mente? Ella no tendrá otra aventura como Amory, y si lee esto dirá:

— Y Amory no tendrá otra aventura como yo.

Y no suspirará, como tampoco suspiraría él.

Eleanor intentó ponerlo en papel una vez:

«Las cosas que se desvanecen que solo sabemos

Habremos olvidado...

Guardado...

Deseos que se derritieron con la nieve,

Y sueños engendrados

Este hoy:

Los súbitos amaneceres que reímos al saludar,
Que todos podían ver, que nadie podía compartir,
Serán solo amaneceres... y si nos encontramos
No nos importará.

Querido... ni una lágrima brotará por esto...

Dentro de un rato

Ningún pesar

Se agitará por un beso recordado...

Ni siquiera el silencio,

Cuando nos hayamos encontrado,

Dará a los viejos fantasmas un páramo donde vagar,

O agitará la superficie del mar...

Si formas grises derivan bajo la espuma

No las veremos.»

Discutieron peligrosamente porque Amory sostenía que *sea* y *see* no podían usarse como rima. Y luego Eleanor tenía parte de otro verso para el que no podía encontrar un principio:

«... Pero la sabiduría pasa... aun así los años

Nos alimentarán de sabiduría... La edad volverá

A lo antiguo...

Por todas nuestras lágrimas

No lo sabremos.»

Eleanor odiaba Maryland apasionadamente. Pertenecía a la más antigua de las antiguas familias del condado de Ramilly y vivía en una casa grande y lúgubre con su abuelo. Había nacido y se había criado en Francia... Veo que estoy empezando mal. Permítanme empezar de nuevo.

Amory estaba aburrido, como solía estarlo en el campo. Solía dar largos paseos solo, y vagaba recitando «Ulalume» a los campos de maíz, y felicitando a Poe por haberse bebido hasta la muerte en esa atmósfera de sonriente complacencia. Una tarde había paseado durante varias millas por un camino que era nuevo para él, y luego a través de un bosque por el mal consejo de una mujer de color... perdiéndose por completo. Una tormenta pasajera decidió estallar, y para su gran impaciencia el cielo se puso negro como el carbón y la lluvia empezó a salpicar a través de los árboles, volviéndose de repente furtiva y fantasmal. El trueno retumbó con estruendos amenazadores por el valle y se dispersó por el bosque en baterías intermitentes. Tropezó ciegamente, buscando una salida, y finalmente, a través de telarañas de ramas retorcidas, vislumbró una abertura en los árboles donde el relámpago ininterrumpido mostraba campo abierto. Corrió hasta el borde del bosque y luego dudó si cruzar o no los campos e intentar alcanzar el refugio de la casita marcada por una luz lejos, en el valle. Eran solo las cinco y media, pero apenas podía ver a diez pasos delante de él, excepto cuando el relámpago hacía todo vívido y grotesco en grandes barridos a su alrededor.

De repente, un extraño sonido llegó a sus oídos. Era una canción, con una voz baja y ronca, la voz de una chica, y quienquiera que cantara estaba muy cerca de él. Un año antes podría haberse reído, o temblado; pero en su estado de ánimo inquieto solo se quedó y escuchó mientras las palabras se hundían en su conciencia:

«Les sanglots longs

Des violons

De l'automne

Blessent mon coeur

D'une langueur

Monotone.»

El relámpago partió el cielo, pero la canción continuó sin un temblor. La chica estaba evidentemente en el campo y la voz parecía venir vagamente de un pajar a unos seis metros delante de él.

Luego cesó: cesó y empezó de nuevo en un canto extraño que se elevaba, se suspendía, caía y se mezclaba con la lluvia:

«Tout suffocant
Et blême quand
Sonne l'heure
Je me souviens
Des jours anciens
Et je pleure...»

—¿Quién diablos hay en el condado de Ramilly —murmuró Amory en voz alta—, que recitaría a Verlaine con una melodía improvisada junto a un pajar empapado?

—¡Hay alguien ahí! —gritó la voz sin alarmarse—. ¿Quién eres? ¿Manfred, San Cristóbal o la Reina Victoria?

—¡Soy Don Juan! —gritó Amory por impulso, alzando la voz por encima del ruido de la lluvia y el viento.

Un chillido encantado vino del pajar.

—Sé quién eres... eres el chico rubio al que le gusta «Ulalume»... reconozco tu voz.

—¿Cómo subo? —gritó desde el pie del pajar, adonde había llegado, chorreando. Una cabeza apareció por el borde; estaba tan oscuro que Amory apenas pudo distinguir un mechón de pelo húmedo y dos ojos que brillaban como los de un gato.

—¡Corre hacia atrás! —llegó la voz—, ¡y salta y te cogeré la mano... no, ahí no... por el otro lado!

Siguió las instrucciones y mientras trepaba por el lado, con las rodillas hundidas en el heno, una pequeña mano blanca se extendió, agarró la suya y lo ayudó a subir a la cima.

—Aquí estás, Juan —gritó la del pelo húmedo—. ¿Te importa si omito el Don?

—¡Tienes un pulgar como el mío! —exclamó él.

—Y me estás cogiendo la mano, lo cual es peligroso sin ver mi cara. —
La soltó rápidamente.

Como en respuesta a sus plegarias, llegó un relámpago y él miró con avidez a la que estaba a su lado en el pajar empapado, a tres metros del sueño. Pero ella se había cubierto la cara y él no vio nada más que una figura esbelta, pelo oscuro, húmedo y corto, y las pequeñas manos blancas con los pulgares que se doblaban hacia atrás como los suyos.

—Siéntate —sugirió ella educadamente, mientras la oscuridad se cernía sobre ellos—. Si te sientas frente a mí en este hueco, puedes tener la mitad del impermeable, que estaba usando como una tienda impermeable hasta que me interrumpiste tan groseramente.

—Fui invitado —dijo Amory con alegría—; tú me invitaste... sabes que lo hiciste.

—Don Juan siempre se las arregla —dijo ella, riendo—, pero no te llamaré así más, porque tienes el pelo rojizo. En su lugar, puedes recitar «Ulalume» y yo seré Psique, tu alma.

Amory se sonrojó, felizmente invisible bajo la cortina de viento y lluvia. Estaban sentados uno frente al otro en un ligero hueco en el heno con el impermeable extendido sobre la mayoría de ellos, y la lluvia haciendo el resto. Amory intentaba desesperadamente ver a Psique, pero el relámpago se negaba a brillar de nuevo, y esperó con impaciencia. ¡Dios Santo! Suponiendo que no fuera hermosa... suponiendo que tuviera cuarenta años y fuera pedante... ¡cielos! Supón, solo supón, que estuviera loca. Pero sabía que esto último era indigno. Aquí la Providencia le había enviado una chica para divertirlo, así como envió a Benvenuto Cellini hombres para asesinar, y él se preguntaba si estaría loca, solo porque encajaba exactamente con su estado de ánimo.

—No lo estoy —dijo ella.

—¿No qué?

—No estoy loca. No pensé que estuvieras loco cuando te vi por primera vez, así que no es justo que tú lo pienses de mí.

—¿Cómo diablos...?

Mientras se conocieron, Eleanor y Amory podían estar «en un tema» y dejar de hablar con el pensamiento definido de ello en sus cabezas, y sin embargo, diez minutos después, hablar en voz alta y descubrir que sus mentes habían seguido los mismos canales y los habían llevado a cada uno a una idea paralela, una idea que otros habrían encontrado absolutamente desconectada de la primera.

—Dime —demandó, inclinándose con avidez—, ¿cómo sabes de «Ulalume»? ¿cómo sabías el color de mi pelo? ¿Cuál es tu nombre? ¿Qué hacías aquí? ¡Dímelo todo de una vez!

De repente, el relámpago brilló con un salto de luz desbordante y vio a Eleanor, y miró por primera vez a esos ojos suyos. Oh, era magnífica: piel pálida, del color del mármol a la luz de las estrellas, cejas esbeltas y ojos que brillaban verdes como esmeraldas en el resplandor cegador. Era una bruja, de quizás diecinueve años, juzgó, alerta y soñadora y con la delatora línea blanca sobre su labio superior que era una debilidad y una delicia. Se recostó con un jadeo contra la pared de heno.

—Ahora me has visto —dijo ella con calma—, y supongo que estás a punto de decir que mis ojos verdes están ardiendo en tu cerebro.

—¿De qué color es tu pelo? —preguntó intensamente—. Es corto, ¿verdad?

—Sí, es corto. No sé de qué color es —respondió, cavilando—, tantos hombres me lo han preguntado. Es mediano, supongo... Nadie mira mucho mi pelo. Tengo unos ojos preciosos, sin embargo, ¿no? No me importa lo que digas, tengo unos ojos preciosos.

—Responde a mi pregunta, Madeline.

—No las recuerdo todas... además, mi nombre no es Madeline, es Eleanor.

—Podría haberlo adivinado. Pareces Eleanor... tienes esa mirada de Eleanor. Sabes a lo que me refiero.

Hubo un silencio mientras escuchaban la lluvia.

—Me está cayendo por el cuello, compañero lunático —ofreció finalmente.

—Responde a mis preguntas.

—Bueno... nombre Savage, Eleanor; vivo en una casa grande y vieja a una milla por el camino; pariente vivo más cercano a notificar, abuelo, Ramily Savage; altura, un metro sesenta y dos; número en la caja del reloj, 3077 W; nariz, delicada aguileña; temperamento, misterioso...

—Y yo —interrumpió Amory—, ¿dónde me viste?

—Oh, eres uno de esos hombres —respondió ella con altivez—, tienes que meter tu viejo yo en la conversación. Bueno, muchacho, estaba detrás de un seto tomando el sol un día de la semana pasada, y aparece un hombre diciendo con una forma de hablar agradable y engreída:

«"Y ahora, cuando la noche era senescente"

(dice él)

"Y los relojes de estrellas apuntaban a la mañana

Al final del sendero un liqueacente"

(dice él)

"Y nebuloso lustre nació."»

—Así que asomé los ojos por encima del seto, pero habías empezado a correr, por alguna razón desconocida, y así solo vi la parte de atrás de tu hermosa cabeza. «¡Oh!», digo yo, «ahí va un hombre por el que muchas de nosotras podríamos suspirar», y continué en mi mejor irlandés...

—De acuerdo —interrumpió Amory—. Ahora vuelve a ti misma.

—Bueno, lo haré. Soy una de esas personas que van por el mundo dando emociones a los demás, pero recibiendo pocas yo misma, excepto las que leo en los hombres en noches como estas. Tengo el coraje social para subir al escenario, pero no la energía; no tengo la paciencia para escribir libros; y nunca he conocido a un hombre con el que me casaría. Sin embargo, solo tengo dieciocho años.

La tormenta amainaba suavemente y solo el viento mantenía su oleaje fantasmal y hacía que el pajar se inclinara y se asentara gravemente de un lado a otro. Amory estaba en trance. Sentía que cada momento era precioso. Nunca antes había conocido a una chica como esta; nunca volvería a pare-

cerle del todo igual. No se sentía en absoluto como un personaje de una obra de teatro, el sentimiento apropiado en una situación poco convencional; en cambio, tenía la sensación de volver a casa.

—Acabo de tomar una gran decisión —dijo Eleanor tras otra pausa—, y por eso estoy aquí, para responder a otra de tus preguntas. Acabo de decidir que no creo en la inmortalidad.

—¡De verdad! ¡Qué banal!

—Terriblemente —respondió—, pero deprimente con una depresión ranzia y enfermiza, no obstante. Vine aquí para mojarme, como una gallina mojada; las gallinas mojadas siempre tienen una gran claridad mental —concluyó.

—Continúa —dijo Amory educadamente.

—Bueno... no le tengo miedo a la oscuridad, así que me puse mi impermeable y mis botas de goma y salí. Verás, siempre tuve miedo, antes, de decir que no creía en Dios, porque el rayo podría fulminarme, pero aquí estoy y no lo ha hecho, por supuesto, pero el punto principal es que esta vez no le tuve más miedo que cuando era una Científica Cristiana, como el año pasado. Así que ahora sé que soy materialista y estaba confraternizando con el heno cuando tú saliste y te paraste junto al bosque, muerto de miedo.

—¡Vaya, pequeña miserable...! —gritó Amory indignado—. ¿Miedo de qué?

—¡De ti mismo! —gritó ella, y él saltó. Ella aplaudió y se rio—. ¡Ves! ¡Ves! Conciencia... ¡mátala como yo! Eleanor Savage, materialista... sin saltos, sin sobresaltos, venid temprano...

—Pero tengo que tener un alma —objetó él—. No puedo ser racional... y no seré molecular.

Se inclinó hacia él, sus ojos ardientes nunca apartándose de los suyos y susurró con una especie de finalidad romántica:

—Lo pensé, Juan, lo temí... eres sentimental. No eres como yo. Soy una pequeña materialista romántica.

—No soy sentimental, soy tan romántico como tú. La idea, ya sabes, es que la persona sentimental cree que las cosas durarán; la persona romántica

tiene una confianza desesperada en que no lo harán. (Esta era una antigua distinción de Amory).

—Epigramas. Me voy a casa —dijo con tristeza—. Bajemos del pajar y caminemos hasta el cruce de caminos.

Descendieron lentamente de su percha. Ella no le permitió ayudarla a bajar y, haciéndole un gesto para que se apartara, aterrizó en un bulto grácil en el barro blando, donde se sentó un instante, riéndose de sí misma. Luego se puso de pie de un salto, deslizó su mano en la de él y caminaron de puntillas por los campos, saltando y balanceándose de un punto seco a otro. Un deleite trascendente parecía brillar en cada charco de agua, pues la luna había salido y la tormenta se había escabullido hacia el oeste de Maryland. Cuando el brazo de Eleanor tocó el suyo, sintió que sus manos se enfriaban con un miedo mortal a perder el pincel de sombras con el que su imaginación pintaba maravillas de ella. La observaba por el rabillo del ojo como siempre hacía cuando caminaba con ella: era un festín y una locura y deseó que hubiera sido su destino sentarse para siempre en un pajar y ver la vida a través de sus ojos verdes. Su paganismo se elevó esa noche y cuando ella se desvaneció como un fantasma gris por el camino, un canto profundo salió de los campos y llenó su camino a casa. Toda la noche las polillas de verano revolotearon dentro y fuera de la ventana de Amory; toda la noche grandes sonidos amenazantes se balancearon en un ensueño místico a través del grano plateado, y él yació despierto en la clara oscuridad.

SEPTIEMBRE

Amory seleccionó una brizna de hierba y la mordisqueó científicamente.

—Nunca me enamoro en agosto o septiembre —ofreció.

—¿Cuándo entonces?

—En Navidad o en Pascua. Soy un liturgista.

—¡Pascua! —Ella arrugó la nariz—. ¡Bah! ¡La primavera en corsé!

—La Pascua aburriría a la primavera, ¿no? La Pascua lleva el pelo trenzado, viste un traje sastre.

«"Ata tus sandalias, oh, tú, la más veloz.

Sobre el esplendor y la velocidad de tus pies..."»

citó Eleanor suavemente, y luego añadió: —Supongo que Halloween es un día mejor para el otoño que Acción de Gracias.

—Mucho mejor... y la Nochebuena sirve muy bien para el invierno, pero el verano...

—El verano no tiene día —dijo ella—. No podemos tener un amor de verano. Tanta gente lo ha intentado que el nombre se ha vuelto proverbial. El verano es solo la promesa incumplida de la primavera, un charlatán en lugar de las noches cálidas y balsámicas con las que sueño en abril. Es una estación triste de la vida sin crecimiento... No tiene día.

—El Cuatro de Julio —sugirió Amory en broma.

—¡No seas gracioso! —dijo ella, fulminándolo con la mirada.

—Bueno, ¿qué podría cumplir la promesa de la primavera?

Pensó un momento.

—Oh, supongo que el cielo lo haría, si lo hubiera —dijo finalmente—, una especie of cielo pagano... deberías ser materialista —continuó de forma irrelevante.

—¿Por qué?

—Porque te pareces mucho a las fotos de Rupert Brooke.

Hasta cierto punto, Amory intentó interpretar a Rupert Brooke mientras conoció a Eleanor. Lo que decía, su actitud ante la vida, ante ella, ante sí mismo, eran todos reflejos de los estados de ánimo literarios del inglés muerto. A menudo ella se sentaba en la hierba, un viento perezoso jugando con su pelo corto, su voz ronca mientras subía y bajaba la escala de Grantchester a Waikiki. Había algo de lo más apasionado en la lectura en voz alta de Eleanor. Parecían más cercanos, no solo mentalmente, sino físicamente, cuando leían, que cuando ella estaba en sus brazos, y esto ocurría a menudo, pues se medio enamoraron casi desde el principio. Sin embargo, ¿era Amory capaz de amar ahora? Podía, como siempre, recorrer las emociones en media hora, pero incluso mientras se deleitaban en sus imaginaciones, sabía que ninguno de los dos podría sentir como él había sentido una vez antes; supongo que por eso recurrieron a Brooke, y a Swinburne, y a Shelley. Su oportunidad era hacer todo fino y acabado y rico e imaginativo; debían tender diminutos tentáculos dorados de su imaginación a la de

ella, que ocuparían el lugar del gran y profundo amor que nunca estuvo tan cerca, y sin embargo nunca fue tanto un sueño.

Un poema leían una y otra vez; el «Triunfo del Tiempo» de Swinburne, y cuatro versos de él resonaron en su memoria después en las noches cálidas cuando veía las luciérnagas entre los troncos oscuros de los árboles y oía el bajo zumbido de muchas ranas. Entonces Eleanor parecía salir de la noche y pararse a su lado, y él oía su voz gutural, con su tono de tambor de cabeza lanuda, repitiendo:

«"¿Vale la pena una lágrima, vale la pena una hora,
Pensar en cosas que están bien gastadas;
De cáscara infructuosa y flor fugitiva,
El sueño renunciado y el hecho no realizado?"»

Fueron presentados formalmente dos días después, y su tía le contó su historia. Los Ramily eran dos: el viejo señor Ramily y su nieta, Eleanor. Había vivido en Francia con una madre inquieta que Amory imaginó muy parecida a la suya, a cuya muerte había venido a América, a vivir en Maryland. Primero fue a Baltimore a quedarse con un tío soltero, y allí insistió en ser una debutante a los diecisiete años. Tuvo un invierno salvaje y llegó al campo en marzo, habiendo reñido frenéticamente con todos sus parientes de Baltimore, y escandalizándolos hasta una protesta ardiente. Había surgido un grupo bastante lanzado, que bebía cócteles en limusinas y era promiscuamente condescendiente y paternalista con la gente mayor, y Eleanor, con un *esprit* que insinuaba fuertemente los bulevares, condujo a muchas inocentes todavía impregnadas de St. Timothy's y Farmington por caminos de travesuras bohemias. Cuando la historia llegó a su tío, un caballero olvidadizo de una época más hipócrita, hubo una escena, de la que Eleanor salió, sometida pero rebelde e indignada, para buscar refugio con su abuelo, que rondaba en el campo al borde de la senilidad. Hasta ahí llegaba su historia; el resto se lo contó ella misma, pero eso fue más tarde.

A menudo nadaban y mientras Amory flotaba perezosamente en el agua, cerraba su mente a todos los pensamientos excepto a los de brumosas tierras de pompas de jabón donde el sol salpicaba a través de árboles borrachos de viento. ¿Cómo podía alguien pensar o preocuparse, o hacer algo más que chapotear y zambullirse y holgazanear allí al borde del tiempo mientras los

meses floridos fracasaban? Que los días pasaran; la tristeza, el recuerdo y el dolor recurrían afuera, y aquí, una vez más, antes de seguir para encontrarlos, quería dejarse llevar y ser joven.

Hubo días en que Amory lamentó que la vida hubiera cambiado de un progreso uniforme a lo largo de un camino que se extendía siempre a la vista, con el paisaje fusionándose y mezclándose, a una sucesión de escenas rápidas y sin relación: dos años de sudor y sangre, ese repentino y absurdo instinto de paternidad que Rosalind había despertado; la cualidad medio sensual, medio neurótica de este otoño con Eleanor. Sintió que le llevaría todo el tiempo, más del que jamás podría disponer, pegar estas extrañas y engorrosas imágenes en el álbum de recortes de su vida. Todo era como un banquete en el que se sentaba durante esta media hora de su juventud e intentaba disfrutar de platos epicúreos brillantes.

Vagamente se prometió a sí mismo un tiempo en que todo se soldaría. Durante meses pareció que había alternado entre ser llevado por una corriente de amor o fascinación, o dejado en un remolino, y en los remolinos no había deseado pensar, sino más bien ser recogido por la cresta de una ola y arrastrado de nuevo.

—¡El otoño desesperado y moribundo y nuestro amor, qué bien armonizan! —dijo Eleanor con tristeza un día mientras yacían goteando junto al agua.

—El veranillo de San Martín de nuestros corazones... —cesó él.

—Dime —dijo ella finalmente—, ¿era rubia u oscura?

—Rubia.

—¿Era más hermosa que yo?

—No lo sé —dijo Amory secamente.

Una noche caminaron mientras la luna salía y derramaba una gran carga de gloria sobre el jardín hasta que pareció un país de hadas con Amory y Eleanor, formas tenues y fantasmales, expresando una belleza eterna en curiosos estados de ánimo de amor élfico. Luego salieron de la luz de la luna hacia la oscuridad enrejada de una pagoda cubierta de enredaderas, donde había aromas tan quejumbrosos que eran casi musicales.

—Enciende una cerilla —susurró—. Quiero verte.

¡Ras! ¡Llama!

La noche y los árboles marcados eran como un decorado en una obra de teatro, y estar allí con Eleanor, sombría e irreal, le parecía de alguna manera extrañamente familiar. Amory pensó que solo el pasado parecía extraño e increíble. La cerilla se apagó.

—Está oscuro como boca de lobo.

—Ahora solo somos voces —murmuró Eleanor—, pequeñas voces solitarias. Enciende otra.

—Esa era mi última cerilla.

De repente la tomó en sus brazos.

—¡Eres mía... sabes que eres mía! —gritó salvajemente... la luz de la luna se retorció a través de las enredaderas y escuchó... las luciérnagas se aferraron a sus susurros como para ganarle su mirada a la gloria de sus ojos.

EL FIN DEL VERANO

—Ningún viento se agita en la hierba; ni un solo viento se mueve... el agua en los estanques ocultos, como un espejo, refleja la luna llena y así entierra la señal dorada en su masa helada —canturreó Eleanor a los árboles que esqueletizaban el cuerpo de la noche—. ¿No es fantasmal aquí? Si puedes levantar las patas de tu caballo, atravesemos el bosque y encontraremos los estanques ocultos.

—Es más de la una, y te van a reñir —objetó él—, y no sé lo suficiente de caballos como para guardar uno en la oscuridad total.

—Cállate, viejo tonto —susurró ella de forma irrelevante, e inclinándose, le dio unas palmaditas perezosas con su fusta—. Puedes dejar tu viejo penco en nuestro establo y te lo enviaré mañana.

—Pero mi tío tiene que llevarme a la estación con este viejo penco a las siete.

—No seas aguafiestas; recuerda que tienes una tendencia a la vacilación que te impide ser la luz entera de mi vida.

Amory acercó su caballo al de ella y, inclinándose hacia ella, le cogió la mano.

—Di que lo soy, rápido, o te tiraré y te haré montar detrás de mí.

Ella levantó la vista, sonrió y sacudió la cabeza con excitación.

—¡Oh, hazlo! O mejor dicho, ¡no! ¿Por qué todas las cosas emocionantes son tan incómodas, como pelear, explorar y esquiar en Canadá? Por cierto, vamos a subir a Harper's Hill. Creo que eso entra en nuestro programa sobre las cinco.

—Pequeña diabla —gruñó Amory—. Vas a hacer que me quede despierto toda la noche y duerma en el tren como un inmigrante todo el día de mañana, de vuelta a Nueva York.

—¡Silencio! Alguien viene por el camino... ¡vámonos! ¡Yuhuuu! —Y con un grito que probablemente le dio al viajero rezagado una serie de escalofríos, giró su caballo hacia el bosque y Amory la siguió lentamente, como la había seguido todo el día durante tres semanas.

El verano había terminado, pero él había pasado los días observando a Eleanor, una grácil y diestra Manfreda, construirse pirámides intelectuales e imaginativas mientras se deleitaba en las artificialidades de la adolescencia temperamental y escribían poesía en la mesa de la cena.

«Cuando la Vanidad besó a la Vanidad, hace cien junios felices, él reflexionó sobre ella sin aliento, y, para que todos los hombres lo supieran, rimó sus ojos con la vida y la muerte:

"¡A través del Tiempo salvaré a mi amor!", dijo... sin embargo, la Belleza se desvaneció con su aliento, y, con sus amantes, ella murió...

—Siempre su ingenio y no sus ojos, siempre su arte y no su pelo:

"Quien aprenda un truco en la rima, sea sabio y deténgase ante su soneto allí"... Así todas mis palabras, por verdaderas que sean, podrían cantarte hasta un milésimo junio, y nadie sabría nunca que fuiste Belleza por una tarde.»

Así escribió un día, cuando reflexionó sobre cuán fríamente pensábamos en la «Dama Oscura de los Sonetos», y cuán poco la recordábamos como el gran hombre quería que fuera recordada. Pues lo que Shakespeare debió desear, para haber podido escribir con tal desesperación divina, era que la dama viviera... y ahora no tenemos un interés real en ella... La ironía es

que si le hubiera importado más el poema que la dama, el soneto sería solo retórica obvia e imitativa y nadie lo habría leído después de veinte años...

Esta fue la última noche que Amory vio a Eleanor. Se iba por la mañana y habían acordado dar un largo paseo de despedida a la fría luz de la luna. Quería hablar, dijo, quizás la última vez en su vida que podría ser racional (quería decir posar con comodidad). Así que se habían adentrado en el bosque y cabalgaron durante media hora casi sin decir palabra, excepto cuando ella susurró «¡Maldita sea!» ante una rama molesta; lo susurró como ninguna otra chica había podido susurrarlo jamás. Luego empezaron a subir por Harper's Hill, caminando con sus caballos cansados.

— ¡Dios Santo! ¡Qué silencio hay aquí! —susurró Eleanor — ; mucho más solitario que el bosque.

— Odio los bosques —dijo Amory, estremeciéndose— . Cualquier tipo de follaje o maleza por la noche. Aquí fuera es tan amplio y fácil para el espíritu.

— La larga pendiente de una larga colina.

— Y la luna fría rodando su luz por ella.

— Y tú y yo, últimos y más importantes.

Esa noche reinaba el silencio: el camino recto que siguieron hasta el borde del acantilado conocía pocos pasos en cualquier momento. Solo una cabaña de negros ocasional, gris plateada a la luz de la luna que marcaba las rocas, rompía la larga línea de tierra desnuda; detrás yacía el borde negro del bosque como un oscuro glaseado sobre un pastel blanco, y delante el horizonte agudo y alto. Hacía mucho más frío, tan frío que se posó sobre ellos y ahuyentó todas las noches cálidas de sus mentes.

— El fin del verano —dijo Eleanor en voz baja— . Escucha el golpeteo de los cascos de nuestros caballos: "tump-tump-tump-a-tump". ¿Has estado alguna vez febril y has tenido todos los ruidos divididos en "tump-tump-tump" hasta que podrías jurar que la eternidad es divisible en tantos tumps? Así me siento yo: los caballos viejos hacen tump-tump... Supongo que eso es lo único que separa a los caballos y los relojes de nosotros. Los seres humanos no pueden hacer "tump-tump-tump" sin volverse locos.

La brisa se refrescó y Eleanor se envolvió en su capa y se estremeció.

—¿Tienes mucho frío? —preguntó Amory.

—No, estoy pensando en mí misma... en mi yo interior, negro y viejo, el verdadero, con la honestidad fundamental que me impide ser absolutamente malvada al hacerme dar cuenta de mis propios pecados.

Cabalgaban cerca del acantilado y Amory miró hacia abajo. Donde la caída se encontraba con el suelo, treinta metros más abajo, un arroyo negro trazaba una línea nítida, rota por diminutos destellos en el agua rápida.

—Mundo podrido, podrido y viejo —estalló Eleanor de repente—, y lo más miserable de todo soy yo... oh, ¿por qué soy una chica? ¿Por qué no soy estúpida...? Mírate; eres más estúpido que yo, no mucho, pero algo, y puedes andar por ahí y aburrirte y luego ir a otro sitio, y puedes jugar con chicas sin verte envuelto en redes de sentimiento, y puedes hacer cualquier cosa y estar justificado... y aquí estoy yo con el cerebro para hacerlo todo, y sin embargo atada al barco que se hunde del futuro matrimonio. Si hubiera nacido dentro de cien años, bien, pero ahora, ¿qué me espera? Tengo que casarme, eso ni se dice. ¿Con quién? Soy demasiado lista para la mayoría de los hombres, y sin embargo tengo que descender a su nivel y dejar que patrocinen mi intelecto para conseguir su atención. Cada año que no me caso, tengo menos posibilidades de conseguir un hombre de primera clase. En el mejor de los casos, puedo elegir entre una o dos ciudades y, por supuesto, tengo que casarme con un esmoquin.

—Escucha —se inclinó de nuevo—, me gustan los hombres listos y los hombres guapos, y, por supuesto, a nadie le importa más la personalidad que a mí. Oh, solo una persona de cada cincuenta tiene algún atisbo de lo que es el sexo. Estoy obsesionada con Freud y todo eso, pero es una porquería que cada ápice de amor real en el mundo sea noventa y nueve por ciento pasión y una pequeña pizca de celos. —Terminó tan repentinamente como empezó.

—Por supuesto, tienes razón —asintió Amory—. Es una fuerza bastante desagradable y abrumadora que forma parte de la maquinaria bajo todo. Es como un actor que te deja ver sus mecanismos. Espera un minuto hasta que piense esto...

Hizo una pausa e intentó encontrar una metáfora. Habían rodeado el acantilado y cabalgaban por la carretera a unos quince metros a la izquierda.

—Verás, todo el mundo tiene que tener alguna capa para cubrirlo. Los intelectos mediocres, la segunda clase de Platón, usan los restos de la caballería romántica diluidos con sentimiento victoriano, y nosotros, que nos consideramos los intelectuales, lo cubrimos fingiendo que es otro lado de nosotros, que no tiene nada que ver con nuestros brillantes cerebros; fingimos que el hecho de que nos demos cuenta nos absuelve realmente de ser presa de ello. Pero la verdad es que el sexo está justo en medio de nuestras abstracciones más puras, tan cerca que oscurece la visión... Puedo besarte ahora y lo haré... —Se inclinó hacia ella en su silla de montar, pero ella se apartó.

—No puedo... no puedo besarte ahora... soy más sensible.

—Entonces eres más estúpida —declaró él con bastante impaciencia—. El intelecto no es protección contra el sexo, como tampoco lo es la convención...

—¿Qué lo es? —se encendió ella—. ¿La Iglesia Católica o las máximas de Confucio?

Amory levantó la vista, bastante desconcertado.

—Esa es tu panacea, ¿no? —gritó ella—. Oh, tú también eres un viejo hipócrita. Miles de sacerdotes ceñudos manteniendo arrepentidos a los italianos degenerados y a los irlandeses analfabetos con palabrería sobre el sexto y el noveno mandamiento. Todo son capas, sentimiento y colorete espiritual y panaceas. Te diré que no hay Dios, ni siquiera una bondad abstracta definida; así que todo tiene que ser resuelto para el individuo por el individuo aquí, en frentes altas y blancas como la mía, y tú eres demasiado remilgado para admitirlo. —Soltó las riendas y agitó sus pequeños puños a las estrellas.

—¡Si hay un Dios, que me fulmine... que me fulmine!

—Hablando de Dios de nuevo a la manera de los ateos —dijo Amory bruscamente. Su materialismo, siempre una capa delgada, fue hecho jirones por la blasfemia de Eleanor... Ella lo sabía y a él le enfurecía que lo supiera.

—Y como la mayoría de los intelectuales que no encuentran conveniente la fe —continuó fríamente—, como Napoleón y Oscar Wilde y el resto de tu tipo, gritarás a voz en cuello por un sacerdote en tu lecho de muerte.

Eleanor detuvo bruscamente su caballo y él frenó junto a ella.

—¿Lo haré? —dijo ella con una voz extraña que lo asustó— . ¿Lo haré?
¡Mira! ¡Me voy por el acantilado! —Y antes de que él pudiera interferir, se había dado la vuelta y cabalgaba a toda velocidad hacia el final de la meseta.

Él giró y partió tras ella, con el cuerpo como hielo, los nervios en un vaso estremecido. No había posibilidad de detenerla. La luna estaba bajo una nube y su caballo pisaría ciegamente. Entonces, a unos tres metros del borde del acantilado, dio un grito repentino y se arrojó de lado, cayendo de su caballo y, rodando dos veces, aterrizó en un montón de maleza a un metro y medio del borde. El caballo se precipitó con un relincho frenético. En un minuto él estaba al lado de Eleanor y vio que sus ojos estaban abiertos.

—¡Eleanor! —gritó.

No respondió, pero sus labios se movieron y sus ojos se llenaron de lágrimas repentinamente.

—Eleanor, ¿estás herida?

—No; no creo —dijo débilmente, y luego empezó a llorar.

—¿Mi caballo ha muerto?

—¡Dios Santo... sí!

—¡Oh! —gimió— . Pensé que me caía. No sabía...

La ayudó a levantarse suavemente y la subió a su silla de montar. Así emprendieron el regreso a casa; Amory caminando y ella inclinada hacia adelante sobre el pomo, sollozando amargamente.

—Tengo una vena de locura —balbuceó— , dos veces antes he hecho cosas así. Cuando tenía once años, mi madre se volvió... se volvió loca, completamente loca. Estábamos en Viena...

Durante todo el camino de vuelta habló entrecortadamente sobre sí misma, y el amor de Amory menguó lentamente con la luna. En su puerta, empezaron por costumbre a besarse para despedirse, pero ella no pudo correr a sus brazos, ni estos estaban extendidos para recibirla como la semana anterior. Durante un minuto estuvieron allí, odiándose con una amarga tristeza. Pero como Amory se había amado a sí mismo en Eleanor, ahora lo que odi-

aba era solo un espejo. Sus poses estaban esparcidas por el pálido amanecer como cristales rotos. Las estrellas se habían ido hacia mucho y solo quedaban las pequeñas ráfagas de viento suspirantes y los silencios entre ellas... pero las almas desnudas son siempre pobres cosas, y pronto él se volvió a casa y dejó que nuevas luces entraran con el sol.

UN POEMA QUE ELEANOR ENVIÓ A AMORY VARIOS AÑOS DESPUÉS

«Aquí, Nacida de la Tierra, sobre el ritmo del agua,
Susurrando su música y llevando una carga de luz,
Acoje al día como una hija risueña y radiante...
Aquí podemos susurrar sin ser oídos, sin miedo a la noche.
Caminando solos... ¿era esplendor, o qué, lo que nos unía,
En lo profundo del tiempo en que el verano suelta su cabello?
Amamos las sombras y los patrones con que cubrían el suelo,
Tapices, místicos, tenues en el aire sin aliento.
Ese fue el día... y la noche para otra historia,
Pálida como un sueño y sombreada de árboles a lápiz...
Pasaron fantasmas de las estrellas que habían buscado la gloria,
Nos susurraron de paz en la brisa quejumbrosa,
Susurraron de viejas fes muertas que el día había destrozado,
La juventud, la moneda que compró el deleite de la luna;
Ese fue el impulso que conocimos y el lenguaje que importaba,
Esa fue la deuda que pagamos al usurero Junio.
Aquí, el más profundo de los sueños, junto a las aguas que no traen
Nada del pasado que no necesitemos saber,
¿Y qué si la luz no es más que sol y los arroyuelos no cantan?
Estamos juntos, parece... te he querido tanto...
¿Qué contuvo la última noche, con el verano terminado,

Atrayéndonos de vuelta al hogar en el claro cambiante?
¿Qué acechó desde la oscuridad en el trébol fantasmal?
¡Dios!... hasta que te agitaste en tu sueño... y tuviste un miedo salvaje...
Bueno... hemos pasado... ahora somos crónica para lo misterioso.
Curioso metal de meteoros que fallaron en el cielo;
La Nacida de la Tierra, incansable, se extiende junto al agua, bastante
cansada,
Cerca de esta incomprendible criatura cambiante que soy yo...
El miedo es un eco que rastreamos hasta la hija de la Seguridad;
Ahora somos rostros y voces... y menos, demasiado pronto,
Susurrando medio amor sobre el ritmo del agua...
La juventud, la moneda que compró el deleite de la luna.»

UN POEMA QUE AMORY ENVIÓ A ELEANOR Y QUE LLAMÓ
«TORMENTA DE VERANO»

«Vientos tenues, y una canción que se desvanece y hojas que caen,
Vientos tenues, y a lo lejos una risa que se desvanece...
Y la lluvia y sobre los campos una voz que llama...
Nuestra nube gris soplada se apresura y se eleva,
Se desliza sobre el sol y allí aletea para llevar a sus
Hermanas. La sombra de una paloma
Cae sobre el palomar, los árboles están llenos de alas;
Y valle abajo a través de los árboles que lloran
El cuerpo de la tormenta más oscura vuela; trae
Con su nuevo aire el aliento de mares hundidos
Y un trueno tenue y sutil...
Pero yo espero...
Espero las nieblas y la lluvia más negra...»

Vientos más fuertes que agitan el velo del destino,
Vientos más felices que amontonan su pelo;
De nuevo
Me desgarran, me enseñan, esparcen el aire pesado
Sobre mí, vientos que conozco, y tormenta.
Hubo un verano en que cada lluvia era rara;
Hubo una estación en que cada viento era cálido...
Y ahora me pasas en la niebla... tu pelo
Soplado por la lluvia a tu alrededor, los labios húmedos curvados una vez
más
En esa ironía salvaje, esa desesperación alegre
Que te hizo vieja cuando nos hemos encontrado antes;
Como un espectro te deslizas ante la lluvia,
A través de los campos, soplada con las flores sin tallo,
Con tus viejas esperanzas, hojas muertas y amores de nuevo...
Tenue como un sueño y pálida con todas las viejas horas
(Los susurros se arrastrarán en la creciente oscuridad...
El tumulto morirá sobre los árboles)
Ahora la noche
Arranca de su pecho mojado la blusa salpicada
Del día, se desliza por las colinas soñadoras, brillante de lágrimas,
Para cubrir con su pelo el verde misterioso...
Amor por el crepúsculo... Amor por el brillo posterior;
Silencio en los árboles hasta sus últimas copas... sereno...
Vientos tenues, y a lo lejos una risa que se desvanece...»

CAPÍTULO 4. EL SACRIFICIO DISPLICENTE

Atlantic City. Amory paseaba por el paseo marítimo al final del día, arrullado por el oleaje eterno de las olas cambiantes, oliendo el olor medio lúgubre de la brisa salada. El mar, pensó, había atesorado sus recuerdos más profundamente que la tierra infiel. Parecía susurrar todavía de galeras nórdicas surcando el mundo acuático bajo banderas con figuras de cuervos, de los acorazados británicos, baluartes grises de la civilización, avanzando a vapor a través de la niebla de un oscuro julio hacia el Mar del Norte.

—¡Vaya... Amory Blaine!

Amory bajó la vista a la calle de abajo. Un coche de carreras bajo se había detenido y un rostro alegre y familiar asomaba por el asiento del conductor.

—¡Baja, patoso! —gritó Alec.

Amory saludó con una voz y, descendiendo un tramo de escaleras de madera, se acercó al coche. Él y Alec se habían estado viendo de forma intermitente, pero la barrera de Rosalind siempre se interponía entre ellos. Lo sentía; odiaba perder a Alec.

—Señor Blaine, le presento a la señorita Waterson, la señorita Wayne y el señor Tully.

—¿Cómo están?

—Amory —dijo Alec con exuberancia—, si subes, te llevaremos a algún rincón apartado y te daremos un traguito de Bourbon.

Amory lo consideró.

—Es una idea.

—Sube... muévete, Jill, y Amory te sonreirá muy guapo.

Amory se apretujó en el asiento trasero junto a una rubia llamativa de labios bermellón.

—Hola, Doug Fairbanks —dijo ella con ligereza—. ¿Caminando por ejercicio o buscando compañía?

—Estaba contando las olas —respondió Amory gravemente—. Me voy a dedicar a la estadística.

—No me tomes el pelo, Doug.

Cuando llegaron a una calle lateral poco frecuentada, Alec detuvo el coche entre sombras profundas.

—¿Qué haces por aquí en estos días fríos, Amory? —demandó, mientras sacaba un cuarto de galón de Bourbon de debajo de la manta de piel.

Amory evitó la pregunta. De hecho, no había tenido ninguna razón definida para venir a la costa.

—¿Recuerdas aquella fiesta nuestra, en segundo año? —preguntó en su lugar.

—¿Que si la recuerdo? Cuando dormimos en los pabellones de Asbury Park...

—¡Dios, Alec! Es difícil pensar que Jesse, Dick y Kerry estén los tres muertos.

Alec se estremeció.

—No hables de eso. Estos días de otoño sombríos ya me deprimen bastante.

Jill pareció estar de acuerdo.

—Doug aquí es un poco lúgubre de todos modos —comentó—. Dile que beba hondo, es bueno y escaso en estos días.

—Lo que realmente quiero preguntarte, Amory, es dónde estás...

—Pues en Nueva York, supongo...

—Me refiero a esta noche, porque si aún no tienes habitación, será mejor que me ayudes.

—Encantado.

—Verás, Tully y yo tenemos dos habitaciones con baño compartido en el Ranier, y él tiene que volver a Nueva York. No quiero tener que mudarme. La pregunta es, ¿ocuparás una de las habitaciones?

Amory estaba dispuesto, si podía entrar de inmediato.

—Encontrarás la llave en la recepción; las habitaciones están a mi nombre.

Declinando más locomoción o más estimulación, Amory dejó el coche y regresó paseando por el paseo marítimo hasta el hotel.

Estaba de nuevo en un remolino, un golfo profundo y letárgico, sin deseo de trabajar o escribir, amar o disiparse. Por primera vez en su vida, anhelaba más bien que la muerte arrollara a su generación, borrando sus fiebres, luchas y exultaciones mezquinas. Su juventud nunca pareció tan desvanecida como ahora, en el contraste entre la soledad absoluta de esta visita y aquella fiesta desenfrenada y alegre de cuatro años antes. Cosas que habían sido las meras banalidades de su vida entonces, el sueño profundo, el sentido de la belleza a su alrededor, todo deseo, se habían ido volando y los huecos que dejaron solo se llenaron con la gran apatía de su desilusión.

«Para retener a un hombre, una mujer tiene que apelar a lo peor que hay en él». Esta frase era la tesis de la mayoría de sus malas noches, de las cuales sentía que esta iba a ser una. Su mente ya había empezado a jugar variaciones sobre el tema. Pasión incansable, celos feroces, anhelo de poseer y aplastar; esto era lo único que quedaba de todo su amor por Rosalind; esto le quedaba como pago por la pérdida de su juventud: amargo calomel bajo el fino azúcar de la exaltación del amor.

En su habitación se desvistió y, envolviéndose en mantas para protegerse del frío aire de octubre, se adormeció en un sillón junto a la ventana abierta.

Recordó un poema que había leído meses antes:

«"Oh, corazón viejo y firme que tanto te afanaste por mí,
Yo malgasto mis años navegando por el mar..."»

Sin embargo, no tenía sensación de desperdicio, ni sensación de la esperanza presente que el desperdicio implicaba. Sentía que la vida lo había

rechazado.

— ¡Rosalind! ¡Rosalind! — Vertió las palabras suavemente en la penumbra hasta que ella pareció impregnar la habitación; la brisa salada y húmeda llenó su cabello de humedad, el borde de una luna quemó el cielo e hizo las cortinas tenues y fantasmales. Se quedó dormido.

Cuando despertó era muy tarde y reinaba el silencio. La manta se le había deslizado parcialmente de los hombros y se tocó la piel para encontrarla húmeda y fría.

Entonces se dio cuenta de un susurro tenso a no más de tres metros de distancia.

Se puso rígido.

— ¡No hagas ni un ruido! — Era la voz de Alec — . Jill... ¿me oyes?

— Sí... — respiró muy bajo, muy asustada. Estaban en el cuarto de baño.

Entonces sus oídos captaron un sonido más fuerte desde algún lugar del pasillo exterior. Era un murmullo de voces de hombres y un repetido golpeteo amortiguado. Amory se quitó las mantas y se acercó a la puerta del baño.

— ¡Dios mío! — llegó de nuevo la voz de la chica — . Tendrás que dejarlos entrar.

— ¡Sh!

De repente, un golpeteo constante e insistente comenzó en la puerta del pasillo de Amory y simultáneamente, del baño salieron Alec, seguido de la chica de los labios bermellón. Ambos estaban en pijama.

— ¡Amory! — un susurro ansioso.

— ¿Cuál es el problema?

— Son detectives del hotel. ¡Dios mío, Amory! Están buscando un caso de prueba...

— Bueno, mejor déjalos entrar.

— No lo entiendes. Pueden acusarme bajo la Ley Mann.

La chica lo siguió lentamente, una figura bastante miserable y patética en la oscuridad.

Amory intentó planear rápidamente.

—Tú haz ruido y déjalos entrar en tu habitación —sugirió con ansiedad —, y yo la sacaré por esta puerta.

—Pero también están aquí. Vigilarán esta puerta.

—¿No puedes dar un nombre falso?

—Ninguna posibilidad. Me registré con mi propio nombre; además, rasstrarían el número de matrícula del coche.

—Di que estáis casados.

—Jill dice que uno de los detectives del hotel la conoce.

La chica se había acercado sigilosamente a la cama y se había derrumbado sobre ella; yacía allí escuchando miserablemente los golpes, que se habían convertido gradualmente en un martilleo. Luego vino la voz de un hombre, enfadada e imperativa:

—¡Abran o derribaremos la puerta!

En el silencio que siguió a esta voz, Amory se dio cuenta de que había otras cosas en la habitación además de personas... sobre y alrededor de la figura agazapada en la cama pendía un aura, etérea como un rayo de luna, corrompida como vino rancio y débil, y sin embargo un horror, que ya se cernía difusamente sobre los tres... y junto a la ventana, entre las cortinas que se agitaban, había algo más, sin rasgos e indistinguible, y sin embargo extrañamente familiar... Simultáneamente, dos grandes casos se presentaron lado a lado a Amory; todo lo que tuvo lugar en su mente entonces ocupó en tiempo real menos de diez segundos.

El primer hecho que brilló radiamente en su comprensión fue la gran impersonalidad del sacrificio; percibió que lo que llamamos amor y odio, recompensa y castigo, no tenían más que ver con ello que la fecha del mes. Recapitoló rápidamente la historia de un sacrificio del que había oído hablar en la universidad: un hombre había hecho trampas en un examen; su compañero de cuarto, en un arrebato de sentimiento, había asumido toda la culpa; debido a la vergüenza, todo el futuro del inocente pareció envuelto en

pesar y fracaso, rematado por la ingratitud del verdadero culpable. Finalmente se había quitado la vida; años después, los hechos salieron a la luz. En su momento, la historia había desconcertado y preocupado a Amory. Ahora se daba cuenta de la verdad; que el sacrificio no era una compra de libertad. Era como un gran cargo electivo, era como una herencia de poder: para ciertas personas en ciertos momentos un lujo esencial, que conllevaba no una garantía sino una responsabilidad, no una seguridad sino un riesgo infinito. Su propio impulso podría arrastrarlo a la ruina; el paso de la ola emocional que lo hizo posible podría dejar al que lo hizo varado para siempre en una isla de desesperación.

...Amory sabía que después Alec lo odiaría en secreto por haber hecho tanto por él...

...Todo esto fue arrojado ante Amory como un pergamo abierto, mientras que, ajenos a él y especulando sobre él, estaban esas dos fuerzas sin aliento y expectantes: el aura etérea que pendía sobre la chica y aquella cosa familiar junto a la ventana.

El sacrificio, por su propia naturaleza, era arrogante e impersonal; el sacrificio debía ser eternamente displicente.

No lloréis por mí, sino por vuestros hijos.

Eso —pensó Amory— sería de alguna manera la forma en que Dios me hablaría.

Amory sintió una súbita oleada de alegría y entonces, como un rostro en una película, el aura sobre la cama se desvaneció; la sombra dinámica junto a la ventana, que era lo más parecido a como podía nombrarla, permaneció una fracción de momento y luego la brisa pareció levantarla rápidamente de la habitación. Apretó los puños con una rápida excitación extática... los diez segundos habían pasado...

—Haz lo que te digo, Alec... haz lo que te digo. ¿Entiendes?

Alec lo miró sin comprender, su rostro un cuadro de angustia.

—Tú tienes una familia —continuó Amory lentamente—. Tienes una familia y es importante que salgas de esto. ¿Me oyes? —Repetió claramente lo que había dicho—. ¿Me oyes?

—Te oigo. —La voz era curiosamente tensa, los ojos nunca se apartaron ni por un segundo de los de Amory.

—Alec, te vas a acostar aquí. Si alguien entra, finge estar borracho. Haz lo que te digo... si no, probablemente te mataré.

Hubo otro momento mientras se miraban fijamente. Luego Amory se dirigió enérgicamente al tocador y, cogiendo su cartera, hizo una seña perentoria a la chica. Oyó una palabra de Alec que sonó como «penitenciaría», luego él y Jill estaban en el baño con la puerta cerrada con cerrojo detrás de ellos.

—Estás aquí conmigo —dijo con severidad—. Has estado conmigo toda la noche.

Ella asintió, emitió un pequeño medio grito.

En un segundo, él abrió la puerta de la otra habitación y entraron tres hombres. Hubo una inmediata inundación de luz eléctrica y él se quedó allí parpadeando.

—¡Ha estado jugando un juego un poco demasiado peligroso, jovencito! Amory se rio.

—¿Y bien?

El líder del trío asintió autoritariamente a un hombre corpulento con un traje a cuadros.

—De acuerdo, Olson.

—Entendido, señor O'May —dijo Olson, asintiendo. Los otros dos echaron un vistazo curioso a su presa y luego se retiraron, cerrando la puerta con enfado detrás de ellos.

El hombre corpulento miró a Amory con desprecio.

—¿Nunca has oído hablar de la Ley Mann? Bajar aquí con ella —señaló a la chica con el pulgar—, con una matrícula de Nueva York en tu coche... a un hotel como este. —Sacudió la cabeza, implicando que había luchado por Amory pero que ahora se daba por vencido.

—Bueno —dijo Amory con bastante impaciencia—, ¿qué quiere que hagamos?

—Vístanse, rápido... y dígale a su amigo que no haga tanto escándalo.

—Jill sollozaba ruidosamente en la cama, pero ante estas palabras se calmó malhumoradamente y, recogiendo su ropa, se retiró al baño. Mientras Amory se metía en los calzoncillos de Alec, descubrió que su actitud ante la situación era agradablemente humorística. La virtud ofendida del hombre corpulento le daban ganas de reír.

—¿Alguien más aquí? —demandó Olson, tratando de parecer agudo y astuto.

—El tipo que tenía las habitaciones —dijo Amory despreocupadamente—. Aunque está borracho como una cuba. Ha estado ahí durmiendo desde las seis.

—Le echaré un vistazo en un momento.

—¿Cómo se enteró? —preguntó Amory con curiosidad.

—El recepcionista de noche los vio subir con esta mujer.

Amory asintió; Jill reapareció del baño, completamente, aunque bastante desordenadamente, vestida.

—Ahora bien —empezó Olson, sacando un cuaderno—, quiero sus nombres reales... nada de malditos John Smith o Mary Brown.

—Espere un minuto —dijo Amory tranquilamente—. Deje esa actitud de matón. Simplemente nos han pillado, eso es todo.

Olson lo fulminó con la mirada.

—¿Nombre? —espetó.

Amory dio su nombre y su dirección de Nueva York.

—¿Y la dama?

—Señorita Jill...

—¡Oiga! —gritó Olson indignado—, ¡déjese de rimas infantiles! ¿Cuál es su nombre? ¿Sarah Murphy? ¿Minnie Jackson?

—¡Oh, Dios mío! —gritó la chica, tapándose la cara manchada de lágrimas con las manos—. No quiero que mi madre se entere. No quiero que mi madre se entere.

—¡Vamos!

—¡Cállese! —le gritó Amory a Olson.

Un instante de pausa.

—Stella Robbins —balbuceó finalmente—. Lista de correos, Rugway, New Hampshire.

Olson cerró su cuaderno de un golpe y los miró con gran ponderación.

—Por derecho, el hotel podría entregar las pruebas a la policía y usted iría a la penitenciaría, sí señor, por traer a una chica de un estado a otro con fines inmorales... —Hizo una pausa para que la majestuosidad de sus palabras calara hondo—. Pero... el hotel los va a dejar ir.

—¡No quiere salir en los periódicos! —gritó Jill ferozmente—. ¡Dejarnos ir! ¡Ja!

Una gran ligereza rodeó a Amory. Se dio cuenta de que estaba a salvo y solo entonces apreció la plena enormidad de lo que podría haber incurrido.

—Sin embargo —continuó Olson—, hay una asociación protectora entre los hoteles. Ha habido demasiado de esto, y tenemos un acuerdo con los periódicos para que reciban un poco de publicidad gratuita. No el nombre del hotel, sino solo una línea diciendo que tuvieron un pequeño problema en Atlantic City. ¿Entiende?

—Entiendo.

—Se están librando por poco... muy poco... pero...

—Vamos —dijo Amory enérgicamente—. Salgamos de aquí. No necesitamos un discurso de despedida.

Olson atravesó el baño y echó un vistazo superficial a la forma inmóvil de Alec. Luego apagó las luces y les hizo señas para que lo siguieran. Mientras entraban en el ascensor, Amory consideró una bravuconada; finalmente cedió. Extendió la mano y le dio un golpecito a Olson en el brazo.

—¿Le importaría quitarse el sombrero? Hay una dama en el ascensor.

El sombrero de Olson se desprendió lentamente. Hubo dos minutos bastante embarazosos bajo las luces del vestíbulo mientras el recepcionista de noche y algunos huéspedes rezagados los miraban con curiosidad; la chica

vestida de forma llamativa con la cabeza gacha, el joven guapo con la barbillia varios puntos por encima; la inferencia era bastante obvia. Luego el frío exterior, donde el aire salado era aún más fresco y penetrante con los primeros indicios de la mañana.

—Pueden coger uno de esos taxis y largarse —dijo Olson, señalando el contorno borroso de dos coches cuyos conductores presumiblemente dormían dentro.

—Adiós —dijo Olson. Metió la mano en el bolsillo de forma sugerente, pero Amory bufó y, tomando el brazo de la chica, se dio la vuelta.

—¿A dónde le dijiste al conductor que fuera? —preguntó ella mientras daban vueltas por la calle oscura.

—A la estación.

—Si ese tipo le escribe a mi madre...

—No lo hará. Nadie se enterará nunca de esto, excepto nuestros amigos y enemigos.

Amanecía sobre el mar.

—Se está poniendo azul —dijo ella.

—Lo hace muy bien —asintió Amory críticamente, y luego, como una ocurrencia tardía—: Es casi la hora del desayuno... ¿quieres algo de comer?

—Comida... —dijo ella con una risa alegre—. La comida es lo que fastidió la fiesta. Pedimos una gran cena para que la subieran a la habitación sobre las dos. Alec no le dio propina al camarero, así que supongo que el pequeño bastardo se chivó.

El mal humor de Jill parecía haberse ido más rápido que la noche que se dispersaba.

—Déjame decirte —dijo enfáticamente—, cuando quieras montar ese tipo de fiesta, aléjate del alcohol, y cuando quieras emborracharte, aléjate de los dormitorios.

—Lo recordaré.

De repente, dio un golpecito en el cristal y se detuvieron en la puerta de un restaurante abierto toda la noche.

—¿Alec es un gran amigo tuyo? —preguntó Jill mientras se encaramaban a unos taburetes altos en el interior y apoyaban los codos en el mugriento mostrador.

—Solía serlo. Probablemente ya no querrá serlo más... y nunca entenderá por qué.

—Fue una especie de locura que asumieras toda esa culpa. ¿Es muy importante? ¿Como más importante que tú?

Amory se rio.

—Eso está por ver —respondió—. Esa es la cuestión.

EL COLAPSO DE VARIOS PILARES

Dos días después, de vuelta en Nueva York, Amory encontró en un periódico lo que había estado buscando: una docena de líneas que anunciaban a quien pudiera interesar que al señor Amory Blaine, quien «dio su dirección» como, etc., se le había pedido que abandonara su hotel en Atlantic City por entretener en su habitación a una dama que no era su esposa.

Entonces se sobresaltó, y sus dedos temblaron, pues directamente encima había un párrafo más largo cuyas primeras palabras eran:

«El señor y la señora Leland R. Connage anuncian el compromiso de su hija, Rosalind, con el señor J. Dawson Ryder, de Hartford, Connecticut...»

Dejó caer el periódico y se acostó en la cama con una sensación de hundimiento y miedo en la boca del estómago. Se había ido, definitivamente, finalmente se había ido. Hasta ahora había albergado medio inconscientemente la esperanza en lo profundo de su corazón de que algún día ella lo necesitaría y lo llamaría, gritaría que había sido un error, que su corazón solo dolía por el dolor que le había causado. Nunca más podría encontrar ni siquiera el sombrío lujo de desearla; no a esta Rosalind, más dura, más vieja; ni a ninguna mujer vencida y rota que su imaginación trajera a la puerta de sus cuarenta años. Amory había querido su juventud, el fresco resplandor de su mente y su cuerpo, la materia que ella estaba vendiendo ahora de una vez por todas. En lo que a él respectaba, la joven Rosalind estaba muerta.

Un día después llegó una carta escueta y concisa del señor Barton en Chicago, que le informaba de que, como tres compañías de tranvías más

habían entrado en suspensión de pagos, no podía esperar por el momento más remesas. Por último, en una aturdida noche de domingo, un telegrama le comunicó la repentina muerte de Monseñor Darcy en Filadelfia cinco días antes.

Entonces supo qué era lo que había percibido entre las cortinas de la habitación de Atlantic City.

CAPÍTULO 5. EL EGOÍSTA SE CONVIERTE EN UN PERSONAJE

«A una braza de profundidad en el sueño yazgo
Con viejos deseos, antes reprimidos,
Para clamar a la vida con un grito,
Mientras la oscuridad huye por la puerta que agrisa;
Y así, en busca de credos que compartir
Busco de nuevo el día asertivo...
Pero la vieja monotonía está allí:
Interminables avenidas de lluvia.
¡Oh, si pudiera levantarme de nuevo! Si pudiera
Despojarme del ardor de aquel viejo vino,
Ver la nueva mañana amasar el cielo
Con torres de hadas, línea tras línea;
Encontrar cada espejismo en el alto aire
Un símbolo, no un sueño de nuevo...
Pero la vieja monotonía está allí:
Interminables avenidas de lluvia.»

Bajo el rastrillo de cristal de un teatro, Amory estaba de pie, observando las primeras grandes gotas de lluvia salpicar y aplastarse en manchas os-

curas en la acera. El aire se volvió gris y opalescente; una luz solitaria delineó de repente una ventana al otro lado; luego otra luz; luego cien más danzaron y brillaron a la vista. Bajo sus pies, un grueso tragaluz con tachuelas de hierro se volvió amarillo; en la calle, las lámparas de los taxis enviaban brillos relucientes a lo largo del pavimento ya negro. La inoportuna lluvia de noviembre había robado perversamente la última hora del día y la había empeñado a ese antiguo perista, la noche.

El silencio del teatro a sus espaldas terminó con un curioso sonido de chasquido, seguido por el pesado rugido de una multitud que se levantaba y el entrecruzado estrépito de muchas voces. La función de matiné había terminado.

Se hizo a un lado, se adentró un poco en la lluvia para dejar pasar a la multitud. Un niño pequeño salió corriendo, olfateó el aire húmedo y fresco y se subió el cuello de su abrigo; vinieron tres o cuatro parejas con gran prisa; vino un nuevo puñado de personas cuyos ojos, al salir, miraban invariablemente, primero a la calle mojada, luego al aire lleno de lluvia, finalmente al cielo lúgubre; por último, una masa densa y paseante que lo desprimió con su pesado olor compuesto por el olor a tabaco de los hombres y la fétida sensualidad del polvo rancio en las mujeres. Después de la espesa multitud vino otro puñado; media docena de rezagados; un hombre con muletas; finalmente, el estrépito de los asientos plegables en el interior anunció que los acomodadores estaban trabajando.

Nueva York no parecía tanto despertar como darse la vuelta en la cama. Hombres pálidos pasaban corriendo, apretándose los cuellos de sus abrigos; un gran enjambre de chicas cansadas y charlatanas de una tienda por departamentos se agolpaba con chillidos de risa estridente, tres por paraguas; pasó un escuadrón de policías en marcha, ya milagrosamente protegidos por capas de hule.

La lluvia le dio a Amory una sensación de desapego, y los numerosos aspectos desagradables de la vida en la ciudad sin dinero se le ocurrieron en una procesión amenazante. Estaba el espantoso y apestoso agobio del metro: los carteles publicitarios imponiéndose, mirando con sorna como aburridos pesados que te agarran del brazo con otra historia; la quejumbrosa preocupación de si alguien no se está apoyando en ti; un hombre decidiendo no ceder su asiento a una mujer, odiándola por ello; la mujer odiándolo por

no hacerlo; en el peor de los casos, una sórdida fantasmagoría de aliento, y ropa vieja en cuerpos humanos y los olores de la comida que los hombres comían; en el mejor, solo gente, demasiado acalorada o demasiado fría, cansada, preocupada.

Se imaginó las habitaciones donde vivía esta gente: donde los patrones de los papeles pintados ampollados eran girasoles pesadamente reiterados sobre fondos verdes y amarillos, donde había bañeras de hojalata y pasillos sombríos y espacios sin vegetación e innombrables detrás de los edificios; donde incluso el amor se vestía de seducción: un sórdido asesinato a la vuelta de la esquina, una maternidad ilícita en el piso de arriba. Y siempre estaba la sofocante economía del invierno interior, y los largos veranos, pesadillas de transpiración entre paredes pegajosas y envolventes... restaurantes sucios donde gente descuidada y cansada se servía azúcar con sus propias cucharas de café usadas, dejando duros depósitos marrones en el azucarero.

No era tan malo donde solo había hombres o solo mujeres; era cuando estaban vilmente hacinados que todo parecía tan podrido. Era una especie de vergüenza que las mujeres desprendían al ser vistas por los hombres cansadas y pobres; era una especie de asco que los hombres sentían por las mujeres que estaban cansadas y pobres. Era más sucio que cualquier campo de batalla que hubiera visto, más difícil de contemplar que cualquier dificultad real moldeada de lodo, sudor y peligro, era una atmósfera en la que el nacimiento, el matrimonio y la muerte eran cosas repugnantes y secretas.

Recordó un día en el metro cuando un repartidor había traído una gran corona fúnebre de flores frescas, cómo el olor de ella había despejado de repente el aire y dado a todos en el vagón un resplandor momentáneo.

«Detesto a los pobres», pensó Amory de repente. «Los odio por ser pobres. La pobreza pudo haber sido hermosa una vez, pero ahora es podrida. Es la cosa más fea del mundo. Es esencialmente más limpio ser corrupto y rico que ser inocente y pobre». Le pareció ver de nuevo una figura cuyo significado lo había impresionado una vez: un joven bien vestido mirando desde la ventana de un club en la Quinta Avenida y diciéndole algo a su compañero con una mirada de absoluto asco. Probablemente, pensó Amory, lo que dijo fue: «¡Dios mío! ¿No es horrible la gente?».

Nunca antes en su vida Amory había considerado a los pobres. Pensó cínicamente cuán completamente carecía de toda simpatía humana. O. Henry había encontrado en esta gente romance, patetismo, amor, odio; Amory solo veía tosquedad, suciedad física y estupidez. No se hizo autoacusaciones: nunca más se reprochó por sentimientos que eran naturales y sinceros. Aceptó todas sus reacciones como parte de él, inmutables, amorales. Este problema de la pobreza, transformado, magnificado, unido a alguna actitud más grandiosa y digna, podría algún día incluso ser su problema; en el presente solo despertaba su profundo disgusto.

Caminó hasta la Quinta Avenida, esquivando la ciega y negra amenaza de los paraguas, y parado frente a Delmonico's llamó a un autobús. Abotonándose el abrigo, subió al techo, donde viajó en solitario esplendor a través de la lluvia fina y persistente, estimulado a la alerta por la fresca humedad perpetuamente renacida en su mejilla. En algún lugar de su mente comenzó una conversación, o más bien reanudó su lugar en su atención. No se componía de dos voces, sino de una, que actuaba a la vez como interrogadora y respondedora:

Pregunta.—Bueno... ¿cuál es la situación?

Respuesta.—Que tengo unos veinticuatro dólares a mi nombre.

P.—Tienes la finca de Lake Geneva.

R.—Pero tengo la intención de conservarla.

P.—¿Puedes vivir?

R.—No puedo imaginar no poder hacerlo. La gente gana dinero con los libros y he descubierto que siempre puedo hacer las cosas que la gente hace en los libros. Realmente son las únicas cosas que puedo hacer.

P.—Sé definido.

R.—No sé lo que haré, ni tengo mucha curiosidad. Mañana voy a dejar Nueva York para siempre. Es una mala ciudad a menos que estés en la cima.

P.—¿Quieres mucho dinero?

R.—No. Simplemente tengo miedo de ser pobre.

P.—¿Mucho miedo?

R.—Solo un miedo pasivo.

P.—¿Hacia dónde vas a la deriva?

R.—¡No me preguntes!

P.—¿No te importa?

R.—Más bien sí. No quiero cometer un suicidio moral.

P.—¿No te quedan intereses?

R.—Ninguno. No tengo más virtud que perder. Así como una olla que se enfriá desprende calor, así durante la juventud y la adolescencia desprendemos calorías de virtud. Eso es lo que se llama ingenuidad.

P.—Una idea interesante.

R.—Por eso un «hombre bueno que se tuerce» atrae a la gente. Se quedan alrededor y literalmente se calientan con las calorías de virtud que desprenden. Sarah hace un comentario poco sofisticado y los rostros sonríen con deleite: «¡Qué inocente es la pobre niña!». Se están calentando con su virtud. Pero Sarah ve la sonrisa y nunca vuelve a hacer ese comentario. Solo que se siente un poco más fría después de eso.

P.—¿Todas tus calorías se han ido?

R.—Todas. Estoy empezando a calentarme con la virtud de los demás.

P.—¿Eres corrupto?

R.—Creo que sí. No estoy seguro. Ya no estoy seguro del bien y del mal en absoluto.

P.—¿Es eso una mala señal en sí misma?

R.—No necesariamente.

P.—¿Cuál sería la prueba de la corrupción?

R.—Volverse realmente insincero; llamarle a mí mismo «no tan mal tipo», pensar que lamento mi juventud perdida cuando solo envidio los deleites de perderla. La juventud es como tener un gran plato de dulces. Los sentimentales creen que quieren estar en el estado puro y simple en que estaban antes de comer los dulces. No es así. Solo quieren la diversión de comerlos de nuevo. La matrona no quiere repetir su adolescencia; quiere

repetir su luna de miel. No quiero repetir mi inocencia. Quiero el placer de perderla de nuevo.

P.—¿Hacia dónde vas a la deriva?

Este diálogo se fusionó grotescamente en el estado más familiar de su mente: una mezcla grotesca de deseos, preocupaciones, impresiones exteriores y reacciones físicas.

Calle Ciento veintisiete... o Ciento treinta y siete... La dos y la tres se parecen... no, no mucho. Asiento húmedo... ¿la ropa absorbe la humedad del asiento, o el asiento absorbe la sequedad de la ropa? Sentarse en una sustancia húmeda daba apendicitis, según decía la madre de Froggy Parker. Bueno, él ya la había tenido... Demandaré a la compañía de vapores, dijo Beatrice, y mi tío tiene una cuarta parte de interés... ¿fue Beatrice al cielo?... probablemente no... Él representaba la inmortalidad de Beatrice, también los romances de numerosos hombres muertos que seguramente nunca habían pensado en él... si no era apendicitis, gripe quizás. ¿Qué? ¿Calle Ciento veinte? Esa debió ser la Ciento doce. Ciento dos en lugar de Ciento veintisiete. Rosalind no como Beatrice, Eleanor como Beatrice, solo que más salvaje e inteligente. Apartamentos caros por aquí, probablemente ciento cincuenta al mes, quizás doscientos. El tío solo había pagado cien al mes por toda la casa enorme en Mineápolis. Pregunta: ¿estaban las escaleras a la izquierda o a la derecha al entrar? De todos modos, en el 12 de Univee estaban al fondo y a la izquierda. Qué río más sucio... quiero bajar allí y ver si está sucio... los ríos franceses todos marrones o negros, igual que los ríos del Sur. Veinticuatro dólares significaban cuatrocientos ochenta donuts. Podía vivir con eso tres meses y dormir en el parque. Me pregunto dónde estaría Jill... Jill Bayne, Fayne, Sayne... qué demonios... me duele el cuello, asiento condenadamente incómodo. Ningún deseo de acostarme con Jill, ¿qué podía ver Alec en ella? Alec tenía un gusto tosco para las mujeres. Su propio gusto, el mejor; Isabelle, Clara, Rosalind, Eleanor, eran todas americanas. Eleanor lanzaría, probablemente zurda. Rosalind era jardinería, bateadora maravillosa, Clara primera base, quizás. Me pregunto qué aspecto tendría el cuerpo de Humbird ahora. Si él mismo no hubiera sido instructor de bayoneta, habría subido al frente tres meses antes, probablemente lo habrían matado. ¿Dónde está la maldita campana?...

Los números de las calles de Riverside Drive estaban oscurecidos por la niebla y los árboles goteantes, impidiendo cualquier cosa que no fuera un escrutinio rapidísimo, pero Amory finalmente había logrado ver uno: la calle Ciento veintisiete. Se bajó y, sin un destino claro, siguió una acera sinirosa y descendente y salió frente al río, en particular a un largo muelle y a un amasijo de astilleros para embarcaciones en miniatura: pequeñas lanchas, canoas, botes de remos y veleros. Giró hacia el norte y siguió la orilla, saltó una pequeña valla de alambre y se encontró en un gran patio desordenado junto a un muelle. Los cascos de muchos barcos en diversas etapas de reparación lo rodeaban; olió serrín y pintura y el apenas distinguible olor plano del Hudson. Un hombre se acercó a través de la densa penumbra.

—Hola —dijo Amory.

—¿Tiene un pase?

—No. ¿Es esto privado?

—Este es el Club Náutico y Deportivo del Río Hudson.

—¡Oh! No lo sabía. Solo estoy descansando.

—Bueno... —empezó el hombre dudosamente.

—Me iré si quiere que lo haga.

El hombre hizo ruidos no comprometedores con la garganta y pasó de largo. Amory se sentó en un bote volcado y se inclinó pensativamente hasta que su barbilla descansó en su mano.

—La desgracia es susceptible de convertirme en un hombre muy malo —dijo lentamente.

EN LAS HORAS LÁNGUIDAS

Mientras la llovizna caía, Amory miró inútilmente hacia atrás, a la corriente de su vida, todos sus brillos y sus sucios bajíos. Para empezar, todavía tenía miedo; ya no miedo físico, sino miedo de la gente y los prejuicios y la miseria y la monotonía. Sin embargo, en lo profundo de su amargo corazón, se preguntaba si, después de todo, era peor que este hombre o el siguiente. Sabía que finalmente podría sofisticarse hasta decir que su propia debilidad era solo el resultado de las circunstancias y el entorno; que a menudo, cuando se enfurecía consigo mismo como un egoísta, algo le susurraba insinuan-

temente: «No. ¡Genio!». Esa era una manifestación del miedo, esa voz que susurraba que no podía ser a la vez grande y bueno, que el genio era la combinación exacta de esos surcos y giros inexplicables en su mente, que cualquier disciplina lo reduciría a la mediocridad. Probablemente más que cualquier vicio o defecto concreto, Amory despreciaba su propia personalidad; detestaba saber que mañana y los mil días después se hincharía pomposamente ante un cumplido y se enfurruñaría ante una mala palabra como un músico de tercera o un actor de primera. Se avergonzaba del hecho de que la gente muy simple y honesta generalmente desconfiaba de él; de que había sido cruel, a menudo, con aquellos que habían hundido sus personalidades en él —varias chicas, y un hombre aquí y allá en la universidad—, de que había sido una mala influencia; gente que lo había seguido aquí y allá en aventuras mentales de las que solo él rebotaba ilesa.

Normalmente, en noches como esta, pues había habido muchas últimamente, podía escapar de esta introspección consumidora pensando en los niños y en las infinitas posibilidades de los niños; se inclinó y escuchó y oyó a un bebé sobresaltado despertarse en una casa al otro lado de la calle y prestar un pequeño gemido a la noche silenciosa. Rápido como un rayo se dio la vuelta, preguntándose con un toque de pánico si algo en la desesperación melancólica de su estado de ánimo había creado una oscuridad en su pequeña alma. Se estremeció. ¿Y si algún día la balanza se inclinaba, y se convertía en una cosa que asustaba a los niños y se colaba en las habitaciones en la oscuridad, se acercaba a una comuniación oscura con aquellos fantasmas que susurraban secretos sombríos a los locos de ese continente oscuro en la luna?

Amory sonrió un poco.

«Estás demasiado ensimismado», se oyó decir a alguien. Y de nuevo:

«Sal y haz un trabajo de verdad...»

«Deja de preocuparte...»

Imaginó un posible comentario futuro suyo.

«Sí, quizás fui un egoísta en mi juventud, pero pronto descubrí que me volvía morboso pensar demasiado en mí mismo».

De repente sintió un deseo abrumador de dejarse llevar al diablo; no de ir violentamente como un caballero debería, sino de hundirse segura y sen-

sualmente fuera de la vista. Se imaginó en una casa de adobe en México, medio reclinado en un sofá cubierto de alfombras, sus dedos delgados y artísticos cerrados sobre un cigarrillo mientras escuchaba guitarras rasgueando melancólicos trasfondos a una endecha secular de Castilla y una chica de piel olivácea y labios carmesí le acariciaba el pelo. Aquí podría vivir una extraña letanía, liberado del bien y del mal y del sabueso del cielo y de todo Dios (excepto el exótico mexicano que era bastante relajado y algo adicto a los aromas orientales), liberado del éxito y la esperanza y la pobreza en esa larga rampa de indulgencia que conducía, después de todo, solo al lago artificial de la muerte.

Había tantos lugares donde uno podría deteriorarse agradablemente: Port Said, Shanghái, partes de Turquestán, Constantinopla, los Mares del Sur; todas tierras de música triste y evocadora y muchos olores, donde la luxuria podía ser un modo y una expresión de la vida, donde las sombras de los cielos nocturnos y los atardeceres parecerían reflejar solo estados de ánimo de pasión: los colores de los labios y las amapolas.

AÚN DESBROZANDO

Una vez había sido milagrosamente capaz de oler el mal como un caballo detecta un puente roto por la noche, pero el hombre de los pies extraños en la habitación de Phoebe se había reducido al aura sobre Jill. Su instinto percibía la fetidez de la pobreza, pero ya no desentrañaba los males más profundos del orgullo y la sensualidad.

No había más sabios; no había más héroes; Burne Holiday se había hundido de la vista como si nunca hubiera vivido; Monseñor estaba muerto. Amory había crecido hasta mil libros, mil mentiras; había escuchado con avidez a personas que pretendían saber, que no sabían nada. Los ensueños místicos de los santos que una vez lo habían llenado de asombro en las horas silenciosas de la noche, ahora lo repelían vagamente. Los Byrons y Brookes que habían desafiado la vida desde las cimas de las montañas no eran al final más que *flâneurs* y farsantes, en el mejor de los casos confundiendo la sombra del coraje con la sustancia de la sabiduría. El desfile de su desilusión tomó forma en una procesión milenaria de Profetas, Atenienses, Mártires, Santos, Científicos, Don Juanes, Jesuitas, Puritanos, Faustos, Poetas, Pacifistas; como exalumnos disfrazados en una reunión universitaria, desfilaron ante él mientras sus sueños, personalidades y credos habían arro-

jado a su vez luces de colores sobre su alma; cada uno había intentado expresar la gloria de la vida y la tremenda importancia del hombre; cada uno se había jactado de sincronizar lo que había sucedido antes en sus propias generalidades desvincijadas; cada uno había dependido, después de todo, del escenario preparado y de la convención del teatro, que es que el hombre, en su hambre de fe, alimentará su mente con la comida más cercana y conveniente.

Las mujeres, de quienes había esperado tanto; cuya belleza había esperado transmutar en modos de arte; cuyos instintos insondables, maravillosamente incoherentes e inarticulados, había pensado perpetuar en términos de experiencia, se habían convertido meramente en consagraciones a su propia posteridad. Isabelle, Clara, Rosalind, Eleanor, estaban todas alejadas por su misma belleza, alrededor de la cual los hombres habían pululado, de la posibilidad de contribuir con algo más que un corazón enfermo y una página de palabras perplejas que escribir.

Amory basó su pérdida de fe en la ayuda de los demás en varios silogismos radicales. Dado que su generación, por muy magullada y diezmada que estuviera por esta guerra victoriana, era heredera del progreso. Dejando a un lado las pequeñas diferencias de conclusiones que, aunque ocasionalmente pudieran causar la muerte de varios millones de jóvenes, podrían explicarse, suponiendo que, después de todo, Bernard Shaw y Bernhardi, Bonar Law y Bethmann-Hollweg eran herederos mutuos del progreso, aunque solo fuera por estar de acuerdo en no ahogar a las brujas; dejando a un lado las antítesis y acercándose individualmente a estos hombres que parecían ser los líderes, se sintió repelido por las discrepancias y contradicciones en los propios hombres.

Estaba, por ejemplo, Thornton Hancock, respetado por la mitad del mundo intelectual como una autoridad en la vida, un hombre que había verificado y creído el código por el que vivía, un educador de educadores, un consejero de presidentes; sin embargo, Amory sabía que este hombre, en su corazón, se había apoyado en el sacerdote de otra religión.

Y Monseñor, sobre quien descansaba un cardenal, tenía momentos de extraña y horrible inseguridad, inexplicables en una religión que explicaba incluso la incredulidad en términos de su propia fe: si dudabas del diablo, era el diablo quien te hacía dudar de él. Amory había visto a Monseñor ir a las

casas de flemáticos filisteos, leer novelas populares furiosamente, saturarse de rutina, para escapar de ese horror.

Y este sacerdote, un poco más sabio, algo más puro, no había sido, Amory lo sabía, esencialmente más viejo que él.

Amory estaba solo; había escapado de un pequeño recinto a un gran laberinto. Estaba donde estaba Goethe cuando empezó «Fausto»; estaba donde estaba Conrad cuando escribió «La locura de Almayer».

Amory se dijo a sí mismo que había esencialmente dos tipos de personas que, por claridad natural o desilusión, abandonaban el recinto y buscaban el laberinto. Había hombres como Wells y Platón, que tenían, medio inconscientemente, una extraña y oculta ortodoxia, que solo aceptarían para sí mismos lo que podía ser aceptado por todos los hombres; románticos incurables que nunca, a pesar de todos sus esfuerzos, podían entrar en el laberinto como almas desnudas; había, por otro lado, personalidades pioneras como espadas, Samuel Butler, Renan, Voltaire, que progresaban mucho más lentamente, pero finalmente mucho más lejos, no en la línea pesimista directa de la filosofía especulativa, sino preocupados por el eterno intento de atribuir un valor positivo a la vida...

Amory se detuvo. Empezó por primera vez en su vida a tener una fuerte desconfianza de todas las generalidades y epigramas. Eran demasiado fáciles, demasiado peligrosos para la mente pública. Sin embargo, todo pensamiento solía llegar al público después de treinta años en alguna forma similar: Benson y Chesterton habían popularizado a Huysmans y Newman; Shaw había edulcorado a Nietzsche e Ibsen y Schopenhauer. El hombre de la calle oía las conclusiones de un genio muerto a través de las paradojas ingeniosas y los epigramas didácticos de otro.

La vida era un maldito embrollo... un partido de fútbol con todo el mundo en fuera de juego y el árbitro eliminado; todo el mundo afirmando que el árbitro habría estado de su lado...

El progreso era un laberinto... gente que se lanzaba a ciegas y luego volvía corriendo salvajemente, gritando que lo habían encontrado... el rey invisible, el *élan vital*, el principio de evolución... escribiendo un libro, empezando una guerra, fundando una escuela...

Amory, incluso si no hubiera sido un hombre egoísta, habría empezado todas las indagaciones consigo mismo. Él era su mejor ejemplo: sentado bajo la lluvia, una criatura humana de sexo y orgullo, frustrado por el azar y su propio temperamento del bálsamo del amor y los hijos, preservado para ayudar a construir la conciencia viva de la raza.

En el autorreproche, la soledad y la desilusión, llegó a la entrada del laberinto.

Otro amanecer se arrojó sobre el río, un taxi rezagado corría por la calle, sus luces aún brillando como ojos ardientes en un rostro blanco por una noche de juerga. Una sirena melancólica sonó lejos, río abajo.

MONSEÑOR

Amory no dejaba de pensar en cómo Monseñor habría disfrutado de su propio funeral. Fue magníficamente católico y litúrgico. El obispo O'Neill cantó la misa solemne y el cardenal dio las absoluciones finales. Thornton Hancock, la señora Lawrence, los embajadores británico e italiano, el delegado papal y una hueste de amigos y sacerdotes estaban allí; sin embargo, las tijeras inexorables habían cortado todos estos hilos que Monseñor había reunido en sus manos. Para Amory fue una pena inquietante verlo yacer en su ataúd, con las manos cerradas sobre sus vestiduras púrpuras. Su rostro no había cambiado y, como nunca supo que se estaba muriendo, no mostraba dolor ni miedo. Era el querido viejo amigo de Amory, suyo y de los demás, pues la iglesia estaba llena de gente con rostros aturdidos y fijos, los más exaltados pareciendo los más afligidos.

El cardenal, como un arcángel con capa y mitra, roció el agua bendita; el órgano rompió a sonar; el coro empezó a cantar el *Requiem Eternam*.

Toda esta gente se afligía porque, en cierta medida, dependían de Monseñor. Su dolor era más que un sentimiento por la «grieta en su voz o un cierto quiebre en su andar», como dijo Wells. Esta gente se había apoyado en la fe de Monseñor, en su forma de encontrar alegría, de hacer de la religión una cosa de luces y sombras, haciendo de toda luz y sombra meros aspectos de Dios. La gente se sentía segura cuando él estaba cerca.

Del intento de sacrificio de Amory había nacido meramente la plena conciencia de su desilusión, pero del funeral de Monseñor nació el duende romántico que iba a entrar en el laberinto con él. Encontró algo que quería,

que siempre había querido y que siempre querría: no ser admirado, como había temido; no ser amado, como se había hecho creer a sí mismo; sino ser necesario para la gente, ser indispensable; recordó la sensación de seguridad que había encontrado en Burne.

La vida se abrió en uno de sus asombrosos estallidos de resplandor y Amory rechazó súbita y permanentemente un viejo epígrama que había estado jugando lúgicamente en su mente: «Muy pocas cosas importan y nada importa mucho».

Por el contrario, Amory sintió un inmenso deseo de dar a la gente una sensación de seguridad.

EL HOMBRE GRANDE CON GAFAS

El día que Amory comenzó su caminata hacia Princeton, el cielo era una bóveda incolora, fresca, alta y sin amenaza de lluvia. Era un día gris, el menos carnal de todos los climas; un día de sueños y esperanzas lejanas y visiones claras. Era un día fácilmente asociado con esas verdades abstractas y purezas que se disuelven al sol o se desvanecen en una risa burlona a la luz de la luna. Los árboles y las nubes estaban tallados con severidad clásica; los sonidos del campo se habían armonizado en un monótono, metálico como una trompeta, sin aliento como la urna griega.

El día había puesto a Amory en un estado de ánimo tan contemplativo que causó mucha molestia a varios automovilistas que se vieron obligados a reducir considerablemente la velocidad o a atropellarlo. Tan absorto estaba en sus pensamientos que apenas se sorprendió de ese extraño fenómeno — la cordialidad manifestada a menos de ochenta kilómetros de Manhattan— cuando un coche que pasaba redujo la velocidad a su lado y una voz lo saludó. Levantó la vista y vio un magnífico Locomobile en el que estaban sentados dos hombres de mediana edad, uno de ellos pequeño y de aspecto ansioso, aparentemente un crecimiento artificial del otro, que era grande, con gafas y de aspecto imponente.

—¿Quiere que lo llevemos? —preguntó el crecimiento aparentemente artificial, mirando de reojo al hombre imponente como si buscara alguna corroboración habitual y silenciosa.

—¡Ya lo creo que sí! Gracias.

El chófer abrió la puerta y, subiendo, Amory se acomodó en el centro del asiento trasero. Observó a sus compañeros con curiosidad. La principal característica del hombre grande parecía ser una gran confianza en sí mismo contrapuesta a un tremendo aburrimiento con todo lo que lo rodeaba. La parte de su rostro que sobresalía bajo las gafas era lo que generalmente se denomina «fuerte»; rollos de grasa no indigna se habían acumulado cerca de su barbilla; en algún lugar arriba había una boca ancha y delgada y el modelo tosc de una nariz romana, y, abajo, sus hombros se desplomaban sin lucha en la poderosa mole de su pecho y vientre. Estaba excelentemente y discretamente vestido. Amory notó que tendía a mirar fijamente la nuca del chófer como si especulara constante pero desesperadamente sobre algún desconcertante problema piloso.

El hombre más pequeño solo era notable por su completa sumersión en la personalidad del otro. Era de ese tipo secretarial inferior que a los cuarenta tiene grabado en sus tarjetas de visita: «Asistente del Presidente», y sin un suspiro consagra el resto de sus vidas a los manierismos de segunda mano.

—¿Va lejos? —preguntó el hombre más pequeño de una manera agradable y desinteresada.

—Un buen trecho.

—¿Caminando por ejercicio?

—No —respondió Amory sucintamente—, estoy caminando porque no puedo permitirme viajar de otra forma.

—Oh.

Y luego de nuevo:

—¿Está buscando trabajo? Porque hay mucho trabajo —continuó con bastante irritación—. Todo este hablar de falta de trabajo. El Oeste está especialmente falto de mano de obra. —Expresó el Oeste con un gesto amplio y lateral. Amory asintió educadamente.

—¿Tiene un oficio?

No, Amory no tenía oficio.

—Oficinista, ¿eh?

No, Amory no era oficinista.

—Sea cual sea su campo —dijo el hombre pequeño, pareciendo estar de acuerdo sabiamente con algo que Amory había dicho—, ahora es el momento de las oportunidades y las aperturas de negocios. —Miró de nuevo hacia el hombre grande, como un abogado que interroga a un testigo mira involuntariamente al jurado.

Amory decidió que debía decir algo y, por más que lo intentó, solo se le ocurrió una cosa que decir.

—Por supuesto que quiero una gran cantidad de dinero...

El hombre pequeño rio sin alegría pero concienzudamente.

—Eso es lo que todo el mundo quiere hoy en día, pero no quieren trabajar para conseguirlo.

—Un deseo muy natural y saludable. Casi todas las personas normales quieren ser ricas sin gran esfuerzo, excepto los financieros de las obras de teatro con tesis, que quieren «abrirse paso a la fuerza». ¿No quiere usted dinero fácil?

—Por supuesto que no —dijo el secretario indignado.

—Pero —continuó Amory sin hacerle caso—, siendo muy pobre en la actualidad, estoy contemplando el socialismo como posiblemente mi fuerte.

Ambos hombres lo miraron con curiosidad.

—Estos lanzadores de bombas... —El hombre pequeño cesó cuando las palabras salieron pesadamente del pecho del hombre grande.

—Si pensara que eres un lanzador de bombas, te llevaría a la cárcel de Newark. Eso es lo que pienso de los socialistas.

Amory se rio.

—¿Qué es usted? —preguntó el hombre grande—, ¿uno de estos bolcheviques de salón, uno de estos idealistas? Debo decir que no veo la diferencia. Los idealistas holgazanean y escriben las cosas que agitan a los pobres inmigrantes.

—Bueno —dijo Amory—, si ser un idealista es a la vez seguro y lucrativo, podría intentarlo.

—¿Cuál es su dificultad? ¿Perdió su trabajo?

—No exactamente, pero... bueno, llamémoslo así.

—¿Cuál era?

—Escribir textos para una agencia de publicidad.

—Hay mucho dinero en la publicidad.

Amory sonrió discretamente.

—Oh, admito que hay dinero en ello a la larga. El talento ya no se muere de hambre. Incluso el arte consigue suficiente para comer en estos días. Los artistas dibujan las portadas de sus revistas, escriben sus anuncios, componen *ragtime* para sus teatros. Con la gran comercialización de la imprenta, han encontrado una ocupación inofensiva y educada para cada genio que podría haber tallado su propio nicho. Pero cuidado con el artista que también es un intelectual. El artista que no encaja: el Rousseau, el Tolstói, el Samuel Butler, el Amory Blaine...

—¿Quién es ese? —demandó el hombre pequeño con suspicacia.

—Bueno —dijo Amory—, es un... es un personaje intelectual no muy conocido en la actualidad.

El hombre pequeño rio su risa concienzuda, y se detuvo bastante de repente cuando los ojos ardientes de Amory se posaron en él.

—¿De qué se ríe?

—De esta gente intelectual...

—¿Sabe lo que significa?

Los ojos del hombre pequeño se crisparon nerviosamente.

—Pues, normalmente significa...

—Siempre significa inteligente y bien educado —interrumpió Amory—. Significa tener un conocimiento activo de la experiencia de la raza. — Amory decidió ser muy grosero. Se volvió hacia el hombre grande—. El joven —señaló al secretario con el pulgar, y dijo joven como se dice botones, sin implicación de juventud— tiene la habitual connotación confusa de todas las palabras populares.

—¿Se opone al hecho de que el capital controle la imprenta? —dijo el hombre grande, fijándolo con sus gafas.

—Sí, y me opongo a hacer su trabajo mental por ellos. Me pareció que la raíz de todo el negocio que vi a mi alrededor consistía en sobrecargar de trabajo y pagar mal a un montón de ineptos que se sometían a ello.

—Oiga —dijo el hombre grande—, tendrá que admitir que el trabajador ciertamente está muy bien pagado: jornadas de cinco y seis horas, es ridículo. No se puede comprar un día de trabajo honesto de un hombre en los sindicatos.

—Ustedes mismos se lo han buscado —insistió Amory—. Ustedes nunca hacen concesiones hasta que se las arrancan.

—¿Qué gente?

—Su clase; la clase a la que pertenecí hasta hace poco; aquellos que por herencia o industria o cerebro o deshonestidad se han convertido en la clase adinerada.

—¿Se imagina que si ese peón caminero de allí tuviera el dinero estaría más dispuesto a renunciar a él?

—No, pero ¿qué tiene que ver eso?

El hombre mayor lo consideró.

—No, admito que no tiene que ver. Aunque parece que sí.

—De hecho —continuó Amory—, sería peor. Las clases bajas son más estrechas, menos agradables y personalmente más egoístas, ciertamente más estúpidas. Pero todo eso no tiene nada que ver con la cuestión.

—Exactamente cuál es la cuestión?

Aquí Amory tuvo que hacer una pausa para considerar exactamente cuál era la cuestión.

AMORY ACUÑA UNA FRASE

—Cuando la vida se apodera de un hombre inteligente de educación media —empezó Amory lentamente—, es decir, cuando se casa, se convierte, nueve de cada diez veces, en un conservador en lo que respecta a las condiciones sociales existentes. Puede ser desinteresado, de buen corazón, incluso justo a su manera, pero su primer trabajo es proveer y aferrarse. Su esposa lo empuja, de diez mil al año a veinte mil al año, y así sucesivamente,

en una rueda de molino cerrada que no tiene ventanas. ¡Está acabado! ¡La vida lo tiene! ¡No sirve de ayuda! Es un hombre espiritualmente casado.

Amory hizo una pausa y decidió que no era una mala frase.

—Algunos hombres —continuó—, escapan del agarre. Quizás sus esposas no tienen ambiciones sociales; quizás han encontrado una o dos frases en un «libro peligroso» que les agradaron; quizás empezaron en la rueda de molino como yo y fueron derribados. De todos modos, son los congresistas que no se pueden sobornar, los presidentes que no son políticos, los escritores, oradores, científicos, estadistas que no son solo sacos de sorpresas populares para media docena de mujeres y niños.

—¿Es el radical natural?

—Sí —dijo Amory—. Puede variar desde el crítico desilusionado como el viejo Thornton Hancock, hasta Trotsky. Ahora, este hombre espiritualmente soltero no tiene poder directo, porque desafortunadamente el hombre espiritualmente casado, como un subproducto de su caza de dinero, ha aca- parado el gran periódico, la revista popular, el semanario influyente; para que la señora Periódico, la señora Revista, la señora Semanario puedan tener una limusina mejor que esa gente del petróleo de enfrente o esa gente del cemento de la vuelta de la esquina.

—¿Por qué no?

—Hace que los hombres ricos sean los guardianes de la conciencia intelectual del mundo y, por supuesto, un hombre que tiene dinero bajo un conjunto de instituciones sociales, naturalmente, no puede arriesgar la felicidad de su familia dejando que el clamor por otro aparezca en su periódico.

—Pero aparece —dijo el hombre grande.

—¿Dónde? En los medios desacreditados. Semanarios podridos de papel barato.

—De acuerdo, continúa.

—Bueno, mi primer punto es que a través de una mezcla de condiciones de las cuales la familia es la primera, existen estos dos tipos de cerebros. Un tipo toma la naturaleza humana tal como la encuentra, usa su timidez, su debilidad y su fuerza para sus propios fines. Opuesto está el hombre que, siendo espiritualmente soltero, busca continuamente nuevos sistemas que

controlen o contrarresten la naturaleza humana. Su problema es más difícil. No es la vida lo que es complicado, es la lucha por guiar y controlar la vida. Esa es su lucha. Él es parte del progreso; el hombre espiritualmente casado no lo es.

El hombre grande sacó tres puros grandes y los ofreció en su enorme palma. El hombre pequeño tomó uno, Amory negó con la cabeza y buscó un cigarrillo.

—Siga hablando —dijo el hombre grande—. He estado queriendo oír a uno de ustedes.

YENDO MÁS RÁPIDO

—La vida moderna —empezó Amory de nuevo—, ya no cambia de siglo en siglo, sino de año en año, diez veces más rápido que nunca antes: poblaciones que se duplican, civilizaciones unificadas más estrechamente con otras civilizaciones, interdependencia económica, cuestiones raciales, y estamos perdiendo el tiempo. Mi idea es que tenemos que ir mucho más rápido. —Enfatizó ligeramente las últimas palabras y el chófer inconscientemente aumentó la velocidad del coche. Amory y el hombre grande se rieron; el hombre pequeño también rio, después de una pausa.

—Todo niño —dijo Amory—, debería tener un comienzo igualitario. Si su padre puede dotarlo de un buen físico y su madre de algo de sentido común en su educación temprana, esa debería ser su herencia. Si el padre no puede darle un buen físico, si la madre ha pasado persiguiendo hombres los años en los que debería haberse estado preparando para educar a sus hijos, tanto peor para el niño. No debería ser apuntalado artificialmente con dinero, enviado a estas horribles academias, arrastrado por la universidad... Todo muchacho debería tener un comienzo igualitario.

—De acuerdo —dijo el hombre grande, sus gafas sin indicar ni aprobación ni objeción.

—Luego, haría una prueba justa de la propiedad gubernamental de todas las industrias.

—Eso ha demostrado ser un fracaso.

—No, simplemente fracasó. Si tuviéramos propiedad gubernamental, tendríamos las mejores mentes analíticas de negocios en el gobierno trabajan-

do para algo más que para sí mismas. Tendríamos Mackays en lugar de Burlesons; tendríamos Morgans en el Departamento del Tesoro; tendríamos Hills dirigiendo el comercio interestatal. Tendríamos los mejores abogados en el Senado.

—No darían sus mejores esfuerzos por nada. McAdoo...

—No —dijo Amory, negando con la cabeza—. El dinero no es el único estímulo que saca lo mejor que hay en un hombre, ni siquiera en América.

—Dijo hace un rato que sí lo era.

—Lo es, ahora mismo. Pero si se hiciera ilegal tener más de una cierta cantidad, los mejores hombres se congregarían en masa por la única otra recompensa que atrae a la humanidad: el honor.

El hombre grande hizo un sonido que se pareció mucho a un abucheo.

—Esa es la cosa más tonta que ha dicho hasta ahora.

—No, no es tonto. Es bastante plausible. Si hubiera ido a la universidad, le habría llamado la atención el hecho de que los hombres allí trabajarían el doble de duro por cualquiera de un centenar de honores insignificantes que aquellos otros hombres que se ganaban la vida mientras estudiaban.

—¡Niños... juegos de niños! —se burló su antagonista.

—Ni de lejos, a menos que todos seamos niños. ¿Ha visto alguna vez a un hombre adulto cuando intenta entrar en una sociedad secreta, o a una familia en ascenso cuyo nombre está propuesto en algún club? Saltarán cuando oigan el sonido de la palabra. La idea de que para hacer trabajar a un hombre hay que ponerle oro delante de los ojos es un desarrollo, no un axioma. Lo hemos hecho durante tanto tiempo que hemos olvidado que hay otra manera. Hemos creado un mundo donde eso es necesario. Déjeme decirle —Amory se volvió enfático—, si hubiera diez hombres asegurados contra la riqueza o la inanición, y se les ofreciera una cinta verde por cinco horas de trabajo al día y una cinta azul por diez horas de trabajo al día, nueve de cada diez de ellos estarían intentando conseguir la cinta azul. Ese instinto competitivo solo quiere una insignia. Si el tamaño de su casa es la insignia, se matarán a trabajar por eso. Si es solo una cinta azul, casi creo que trabajarían igual de duro. Lo han hecho en otras épocas.

—No estoy de acuerdo con usted.

—Lo sé —dijo Amory asintiendo con tristeza—. Aunque ya no importa. Creo que esta gente va a venir a tomar lo que quiere muy pronto.

Un siseo feroz provino del hombre pequeño.

—¡Ametralladoras!

—Ah, pero ustedes les han enseñado su uso.

El hombre grande negó con la cabeza.

—En este país hay suficientes propietarios para no permitir ese tipo de cosas.

Amory deseó conocer las estadísticas de propietarios y no propietarios; decidió cambiar de tema.

Pero el hombre grande se había enardecido.

—Cuando habla de «quitar cosas», está en terreno peligroso.

—¿Cómo pueden conseguirlo sin quitarlo? Durante años se ha entretenido a la gente con promesas. El socialismo puede no ser progreso, pero la amenaza de la bandera roja es ciertamente la fuerza inspiradora de toda reforma. Hay que ser sensacionalista para llamar la atención.

—Rusia es su ejemplo de una violencia benéfica, supongo.

—Muy posiblemente —admitió Amory—. Por supuesto, se está desbordando igual que la Revolución Francesa, pero no dudo de que es realmente un gran experimento y que vale la pena.

—¿No cree en la moderación?

—Ustedes no escuchan a los moderados, y ya es casi demasiado tarde. La verdad es que el público ha hecho una de esas cosas sorprendentes y asombrosas que hacen una vez cada cien años. Se han apoderado de una idea.

—¿Cuál es?

—Que por muy diferentes que sean los cerebros y las habilidades de los hombres, sus estómagos son esencialmente los mismos.

EL HOMBRE PEQUEÑO RECIBE LO SUYO

—Si cogieras todo el dinero del mundo —dijo el hombre pequeño con mucha profundidad—, y lo dividieras en partes igu...

—¡Oh, cállese! —dijo Amory enérgicamente y, sin prestar atención a la mirada enfurecida del hombre pequeño, continuó con su argumento.

—El estómago humano... —empezó; pero el hombre grande interrumpió con bastante impaciencia.

—Le estoy dejando hablar, ¿sabe? —dijo—, pero por favor, evite los estómagos. He estado sintiendo el mío todo el día. De todos modos, no estoy de acuerdo con la mitad de lo que ha dicho. La propiedad gubernamental es la base de todo su argumento, y es invariablemente una colmena de corrupción. Los hombres no trabajarán por cintas azules, todo eso son tonterías.

Cuando cesó, el hombre pequeño habló con un asentimiento decidido, como resuelto esta vez a decir todo lo que pensaba.

—Hay ciertas cosas que son la naturaleza humana —afirmó con una mirada de búho—, que siempre han sido y siempre serán, que no se pueden cambiar.

Amory miró del hombre pequeño al hombre grande con impotencia.

—¡Escuche eso! ¡Eso es lo que me desanima del progreso! ¡Escuche eso! Puedo nombrar de memoria más de cien fenómenos naturales que han sido cambiados por la voluntad del hombre; cien instintos en el hombre que han sido eliminados o que ahora se mantienen a raya por la civilización. Lo que este hombre acaba de decir ha sido durante miles de años el último refugio de los borregos asociados del mundo. Niega los esfuerzos de cada científico, estadista, moralista, reformador, médico y filósofo que alguna vez dio su vida al servicio de la humanidad. Es una acusación rotunda de todo lo que vale la pena en la naturaleza humana. Toda persona mayor de veinticinco años que haga esa afirmación a sangre fría debería ser privada del derecho al voto.

El hombre pequeño se reclinó contra el asiento, con el rostro morado de rabia. Amory continuó, dirigiendo sus comentarios al hombre grande.

—Estos hombres a medio educar y de mente rancia como su amigo aquí, que creen que piensan, cada cuestión que surge, encontrará a su tipo en el habitual embrollo espantoso. Un minuto es «la brutalidad y la inhumanidad de estos prusianos»; al siguiente es «deberíamos exterminar a todo el pueblo alemán». Siempre creen que «las cosas están mal ahora», pero «no tienen fe en estos idealistas». Un minuto llaman a Wilson «solo un soñador,

no práctico»; un año después lo critican por hacer realidad sus sueños. No tienen ideas lógicas y claras sobre un solo tema, excepto una oposición robusta y flemática a todo cambio. No creen que la gente sin educación deba ser bien pagada, pero no quieren ver que si no pagan a la gente sin educación, sus hijos también van a ser sin educación, y estamos dando vueltas y vueltas en un círculo. ¡Esa es la gran clase media!

El hombre grande, con una amplia sonrisa en el rostro, se inclinó y sonrió al hombre pequeño.

—Te está cayendo una buena, Garvin; ¿cómo te sientes?

El hombre pequeño intentó sonreír y actuar como si todo el asunto fuera tan ridículo como para estar por debajo de su atención. Pero Amory no había terminado.

—La teoría de que la gente es apta para gobernarse a sí misma descansa en este hombre. Si se le puede educar para que piense con claridad, concisión y lógica, liberado de su hábito de refugiarse en lugares comunes, prejuicios y sentimentalismos, entonces soy un socialista militante. Si no puede, entonces no creo que importe mucho lo que le ocurra al hombre o a sus sistemas, ahora o en el futuro.

—Estoy interesado y divertido —dijo el hombre grande—. Es usted muy joven.

—Lo que solo puede significar que no he sido ni corrompido ni amedrentado por la experiencia contemporánea. Poseo la experiencia más valiosa, la experiencia de la raza, pues a pesar de ir a la universidad, me las he arreglado para adquirir una buena educación.

—Habla usted con soltura.

—No son todo tonterías —gritó Amory apasionadamente—. Esta es la primera vez en mi vida que he discutido sobre socialismo. Es la única panacea que conozco. Estoy inquieto. Toda mi generación está inquieta. Estoy harto de un sistema donde el hombre más rico consigue a la chica más guapa si la quiere, donde el artista sin ingresos tiene que vender sus talentos a un fabricante de botones. Incluso si no tuviera talentos, no me contentaría con trabajar diez años, condenado al celibato o a una indulgencia furtiva, para darle a algún hijo de hombre un automóvil.

—Pero, si no está seguro...

—Eso no importa —exclamó Amory—. Mi posición no podría ser peor. Una revolución social podría colocarme en la cima. Por supuesto que soy egoísta. Me parece que he sido un pez fuera del agua en demasiados sistemas anticuados. Probablemente fui uno de los veinticuatro hombres de mi promoción en la universidad que obtuvieron una educación decente; aun así, dejaban que cualquier cabeza plana bien instruida jugara al fútbol y yo no era elegible, porque algunos viejos tontos pensaban que todos nos beneficiaríamos de las secciones cónicas. Detestaba el ejército. Detestaba los negocios. Estoy enamorado del cambio y he matado mi conciencia...

—Así que seguirá gritando que debemos ir más rápido.

—Eso, al menos, es verdad —insistió Amory—. La reforma no alcanzará las necesidades de la civilización a menos que se la obligue. Una política de *laissez-faire* es como malcriar a un niño diciendo que al final saldrá bien. Lo hará, si se le obliga.

—Pero usted no cree toda esa palabrería socialista que dice.

—No lo sé. Hasta que hablé con usted, no lo había pensado seriamente. No estaba seguro de la mitad de lo que dije.

—Me desconcierta —dijo el hombre grande—, pero todos ustedes son iguales. Dicen que Bernard Shaw, a pesar de sus doctrinas, es el más exigente de todos los dramaturgos con respecto a sus derechos de autor. Hasta el último céntimo.

—Bueno —dijo Amory—, simplemente afirmo que soy producto de una mente versátil en una generación inquieta, con todas las razones para unir mi mente y mi pluma a los radicales. Incluso si, en lo profundo de mi corazón, pensara que todos somos átomos ciegos en un mundo tan limitado como el golpe de un péndulo, yo y los de mi clase lucharíamos contra la tradición; intentaríamos, al menos, desplazar viejas hipocresías con otras nuevas. He pensado que tenía razón sobre la vida en varias ocasiones, pero la fe es difícil. Una cosa sé. Si vivir no es una búsqueda del grial, puede ser un juego condenadamente divertido.

Durante un minuto ninguno de los dos habló y luego el hombre grande preguntó:

—¿Cuál fue su universidad?

—Princeton.

El hombre grande se interesó de repente; la expresión de sus gafas se alteró ligeramente.

—Envié a mi hijo a Princeton.

—¿Ah, sí?

—Quizás lo conocía. Se llamaba Jesse Ferrenby. Murió el año pasado en Francia.

—Lo conocía muy bien. De hecho, era uno de mis amigos particulares.

—Era... un muchacho bastante bueno. Estábamos muy unidos.

Amory empezó a percibir un parecido entre el padre y el hijo muerto y se dijo a sí mismo que desde el principio había habido una sensación de familiaridad. Jesse Ferrenby, el hombre que en la universidad se había llevado la corona a la que él había aspirado. Todo estaba tan lejos. Qué niños pequeños habían sido, trabajando por cintas azules...

El coche redujo la velocidad a la entrada de una gran finca, rodeada por un enorme seto y una alta valla de hierro.

—¿No quiere entrar a almorzar?

Amory negó con la cabeza.

—Gracias, señor Ferrenby, pero tengo que seguir.

El hombre grande extendió la mano. Amory vio que el hecho de haber conocido a Jesse pesaba más que cualquier desaprobación que hubiera creado con sus opiniones. ¡Qué fantasmas eran las personas con las que trabajar! Incluso el hombre pequeño insistió en darle la mano.

—¡Adiós! —gritó el señor Ferrenby, mientras el coche doblaba la esquina y subía por el camino de entrada—. ¡Buena suerte para usted y mala suerte para sus teorías!

—¡Igualmente, señor! —gritó Amory, sonriendo y agitando la mano.

«FUERA DEL FUEGO, FUERA DE LA PEQUEÑA HABITACIÓN»

A ocho horas de Princeton, Amory se sentó al borde de la carretera de Jersey y contempló el campo helado. La naturaleza como un fenómeno bastante tosco, compuesto en gran parte por flores que, al ser inspeccionadas de cerca, parecían apolilladas, y por hormigas que atravesaban interminablemente briznas de hierba, siempre era desilusionante; la naturaleza representada por cielos y aguas y horizontes lejanos era más agradable. La escarcha y la promesa del invierno lo emocionaban ahora, le hacían pensar en una batalla salvaje entre St. Regis y Groton, hace siglos, hace siete años, y en un día de otoño en Francia doce meses antes, cuando había yacido en la hierba alta, su pelotón aplastado a su alrededor, esperando para tocar los hombros de un artillero de Lewis. Vio las dos imágenes juntas con algo de la misma exaltación primitiva: dos juegos que había jugado, diferentes en calidad de acritud, unidos de una manera que los diferenciaba de Rosalind o del tema de los laberintos, que eran, después de todo, el negocio de la vida.

«Soy egoísta», pensó.

«Esta no es una cualidad que cambiará cuando "vea el sufrimiento humano" o "pierda a mis padres" o "ayude a otros".

Este egoísmo no es solo parte de mí. Es la parte más viva.

Es trascendiendo de alguna manera, en lugar de evitando, ese egoísmo que puedo traer aplomo y equilibrio a mi vida.

No hay virtud de desinterés que no pueda usar. Puedo hacer sacrificios, ser caritativo, dar a un amigo, soportar por un amigo, dar mi vida por un amigo; todo porque estas cosas pueden ser la mejor expresión posible de mí mismo; sin embargo, no tengo ni una gota de la leche de la bondad humana.»

El problema del mal se había solidificado para Amory en el problema del sexo. Empezaba a identificar el mal con el fuerte culto fálico en Brooke y en el primer Wells. Inseparablemente ligado al mal estaba la belleza; la belleza, todavía un tumulto constante y creciente; suave en la voz de Eleanor, en una vieja canción por la noche, desenfrenada y delirante a través de la vida como cascadas superpuestas, mitad ritmo, mitad oscuridad. Amory sabía que cada vez que se había acercado a ella con anhelo, esta le había sonreído con el rostro grotesco del mal. Belleza del gran arte, belleza de toda alegría, sobre todo la belleza de las mujeres.

Después de todo, tenía demasiadas asociaciones con la licencia y la indulgencia. Las cosas débiles a menudo eran hermosas, las cosas débiles nunca eran buenas. Y en esta nueva soledad suya que había sido seleccionada para la grandeza que pudiera alcanzar, la belleza debía ser relativa o, siendo ella misma una armonía, solo crearía una discordia.

En cierto sentido, esta renuncia gradual a la belleza fue el segundo paso después de que su desilusión se completara. Sintió que estaba dejando atrás su oportunidad de ser un cierto tipo de artista. Le parecía mucho más importante ser un cierto tipo de hombre.

Su mente dio un giro repentino y se encontró pensando en la Iglesia Católica. La idea era fuerte en él de que había una cierta carencia intrínseca en aquellos para quienes la religión ortodoxa era necesaria, y la religión para Amory significaba la Iglesia de Roma. Muy posiblemente era un ritual vacío, pero parecía ser el único baluarte asimilador y tradicional contra la decadencia de la moral. Hasta que las grandes multitudes pudieran ser educadas en un sentido moral, alguien debía gritar: «¡No harás!». Sin embargo, cualquier aceptación era, por el momento, imposible. Quería tiempo y la ausencia de presiones ulteriores. Quería conservar el árbol sin ornamentos, comprender plenamente la dirección y el impulso de este nuevo comienzo.

La tarde menguó desde el bien purificador de las tres hasta la dorada belleza de las cuatro. Después caminó a través del dolor sordo de un sol poniente, cuando incluso las nubes parecían sangrar, y al anochecer llegó a un cementerio. Había un olor oscuro y soñador a flores y el fantasma de una luna nueva en el cielo y sombras por todas partes. Por un impulso consideró intentar abrir la puerta de una cripta de hierro oxidado construida en la ladera de una colina; una cripta lavada y cubierta de flores de un azul acuoso, tardías y llorosas, que podrían haber crecido de ojos muertos, pegajosas al tacto con un olor nauseabundo.

Amory quería sentir «William Dayfield, 1864».

Se preguntó cómo las tumbas podían hacer que la gente considerara la vida en vano. De alguna manera no podía encontrar nada desesperado en haber vivido. Todas las columnas rotas y las manos entrelazadas y las palomas y los ángeles significaban romances. Se imaginó que en cien años le gustaría que los jóvenes especularan si sus ojos eran marrones o azules, y esperaba con bastante pasión que su tumba tuviera un aire de muchos, mu-

chos años atrás. Le pareció extraño que de una fila de soldados de la Unión, dos o tres le hicieran pensar en amores muertos y amantes muertos, cuando eran exactamente como el resto, incluso hasta el musgo amarillento.

Mucho después de la medianoche, las torres y agujas de Princeton eran visibles, con aquí y allá una luz que ardía hasta tarde, y de repente, de la clara oscuridad, el sonido de las campanas. Como un sueño sin fin continuó; el espíritu del pasado meditando sobre una nueva generación, la juventud elegida del mundo confuso e incierto, todavía alimentada románticamente de los errores y los sueños medio olvidados de estadistas y poetas muertos. Aquí estaba una nueva generación, gritando los viejos gritos, aprendiendo los viejos credos, a través de un ensueño de largos días y noches; destinada finalmente a salir a ese sucio y gris tumulto para seguir el amor y el orgullo; una nueva generación dedicada más que la última al miedo a la pobreza y al culto al éxito; crecida para encontrar a todos los Dioses muertos, todas las guerras luchadas, todas las fes en el hombre sacudidas...

Amory, apenado por ellos, no sentía pena por sí mismo; arte, política, religión, cualquiera que fuera su medio, sabía que ahora estaba a salvo, libre de toda histeria; podía aceptar lo que era aceptable, vagar, crecer, rebelarse, dormir profundamente durante muchas noches...

No había Dios en su corazón, lo sabía; sus ideas todavía estaban en desorden; siempre estaba el dolor del recuerdo; el pesar por su juventud perdida; sin embargo, las aguas de la desilusión habían dejado un depósito en su alma, responsabilidad y un amor por la vida, el débil despertar de viejas ambiciones y sueños no realizados. Pero... ¡oh, Rosalind! ¡Rosalind!...

—Es todo un pobre sustituto, en el mejor de los casos —dijo con tristeza.

Y no podía decir por qué la lucha valía la pena, por qué había decidido usar al máximo a sí mismo y a su herencia de las personalidades que había conocido...

Extendió los brazos al cielo cristalino y radiante.

—Me conozco a mí mismo —gritó—, pero eso es todo.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**